

MENSAJES PRESIDENCIALES
1958-1962

2

ARTURO FRONDIZI

MENSAJES PRESIDENCIALES
1958-1962

2

Fundación
Centro de Estudios Presidente Arturo
Frondizi

Índice

Saludo desde Ushuaia 6 de enero de 1960	11
La responsabilidad de la Corporación Argentina de Productores de Carnes 15 de enero de 1960.....	13
La Argentina y México: culturas y desarrollos nacionales 25 de enero de 1960.....	17
Agradecimiento al recibir el Águila Azteca 26 de enero de 1960.....	23
Latinoamérica y los Estados Unidos 26 de febrero de 1960.....	29
Día de las Américas 14 de abril de 1960.....	35
Significado de la inauguración de Brasilia 21 de abril de 1960.....	37
La prensa en la sociedad moderna 29 de abril de 1960.....	39
Desarrollo nacional y paz social 1º de mayo de 1960.....	41
La Argentina y el Uruguay 10 de mayo de 1960	79
El sesquicentenario de la Revolución de Mayo 22 de mayo de 1960	81
La problemática de América latina en la perspectiva histórica 24 de mayo de 1960	87
Los vínculos históricos de la Argentina y España 29 de mayo de 1960	93
Objetivos de la política exterior argentina en Europa 12 de junio de 1960.....	95
Saludo al pueblo de Italia 14 de junio de 1960.....	109
La Argentina y la herencia cultural de Italia 14 de junio de 1960	111

La participación de Italia en el desarrollo nacional	
16 de junio de 1960	113
Visita a Gubbio	
16 de junio de 1960	115
La Argentina y la Santa Sede	
18 de junio de 1960	117
Las relaciones económicas argentino-italianas	
19 de junio de 1960	119
El ejemplo de Milán	
19 de junio de 1960	127
Saludo al arribar a Suiza	
20 de junio de 1960	129
La cooperación económica y cultural suiza	
20 de junio de 1960	131
Trabajo, convivencia y democracia	
20 de junio de 1960	135
Política comercial exterior y desarrollo nacional	
21 de junio de 1960	137
Los efectos del desarrollo sobre el comercio internacional	
21 de junio de 1960	143
Agradecimiento al Consejo Federal del Gobierno de Suiza	
21 de junio de 1960	145
La paz mundial y el drama del subdesarrollo	
22 de junio de 1960	147
Las virtudes sanmartinianas	
23 de junio de 1960	151
Mensaje de paz desde París	
23 de junio de 1960	153
La herencia cultural de Francia	
23 de junio de 1960	155
Latinoamérica y el resurgimiento europeo	
23 de junio de 1960	159
Desarrollo económico y capitales extranjeros	
23 de junio de 1960	161
La Argentina y Bélgica	
24 de junio de 1960	165
El desarrollo de las relaciones comerciales internacionales	
25 de junio de 1960	167
La Argentina y la República Federal Alemana	
27 de junio de 1960	173

Agradecimiento al recibir la condecoración de la República Federal Alemana 27 de junio de 1960	175
Saludo al pueblo alemán de Bonn 27 de junio de 1960	177
Las relaciones culturales y económicas con Alemania 27 de junio de 1960	179
El desarrollo y los problemas del comercio exterior 28 de junio de 1960	183
La expansión del comercio exterior 28 de junio de 1960	187
El intercambio argentino-alemán 28 de junio de 1960	191
Saludo al pueblo holandés 1º de julio de 1960	193
Los objetivos argentinos respecto de la Comunidad Económica Europea 1º de julio de 1960	195
Entrega de condecoraciones 1º de julio de 1960	199
La paz internacional y la seguridad jurídica 1º de julio de 1960	201
Libertad e imaginación creadora 1º de julio de 1960	205
Brindis 2 de julio de 1960	207
Significado de la civilización occidental 4 de julio de 1960	209
La colaboración entre Estados 4 de julio de 1960	211
Las condiciones para el desarrollo de la vida internacional 4 de julio de 1960	213
La transformación de la economía agraria en una economía industrial integrada 5 de julio de 1960	217
Apoyo argentino a la convivencia pacífica 5 de julio de 1960	225
Exportaciones y prácticas discriminatorias 6 de julio de 1960	227
Libertad y bienestar 6 de julio de 1960	231
Saludo en Madrid 7 de julio de 1960	233

Las relaciones de cooperación con España	
7 de julio de 1960	235
Sentimientos comunes argentino-hispanos	
8 de julio de 1960	241
El ser nacional argentino	
9 de julio de 1960	243
Origen y futuro de la relación con España	
9 de julio de 1960	247
La Argentina y Bolivia	
17 de julio de 1960.....	249
Europa y el desarrollo argentino	
21 de julio de 1960.....	253
La siderurgia, base de la transformación económica nacional	
25 de julio de 1960.....	269
El autoabastecimiento de petróleo	
4 de noviembre de 1960.....	285
Contribución de la Iglesia a la integración histórica de nuestra nacionalidad	
13 de noviembre de 1960.....	297
Promoción del desarrollo dentro del régimen democrático	
14 de noviembre de 1960.....	303
El Gobierno es nacional	
23 de noviembre de 1960.....	311
El Gobierno frente a la insurrección	
2 de diciembre de 1960.....	333
El Día del Petróleo	
13 de diciembre de 1960	339
Mensaje de Fin de Año	
31 de diciembre de 1960, a las 22.....	349
Sierra Grande: un paso decisivo en la batalla del acero y el progreso de la Patagonia	
28 de enero de 1961	353
Mensaje desde la Antártida	
8 de marzo de 1961	369
Los problemas del trabajo y el subdesarrollo	
10 de abril de 1961.....	373
El aporte histórico de la inmigración	
10 de abril de 1961.....	383
La civilización latina y la unidad nacional	
10 de abril de 1961.....	385
La Argentina será una gran nación	
1º de mayo de 1961.....	391

Saludo desde Ushuaia

Mensaje al llegar a Ushuaia, el 6 de enero de 1960

Al llegar a las regiones australes de la patria, deseo que mi primer acto sea dirigir un cálido mensaje de salutación a cuantos en ellas trabajan con denuedo y sacrificio por el engrandecimiento nacional.

Lo hago en nombre de la Nación Argentina, y rindo así tributo a los hombres y mujeres que, en el extremo sur de su territorio, ofrecen un alto ejemplo de fe en las posibilidades creadoras del esfuerzo humano.

Desde aquí se valoran en toda su dimensión el aporte abnegado que ellos rinden a la construcción de un gran futuro que garantice la felicidad de las generaciones que nos sucedan.

Vaya para todos nuestro saludo y nuestro reconocimiento.

Para los soldados de la patria, que al mismo tiempo que custodios de la soberanía son aquí avanzadas de progreso y civilización; para los que echan las simientes de empresas industriales que anticipan la realidad de pujantes fuentes de riqueza; para los que crean las bases del comercio, que acerca y vitaliza los más variados esfuerzos productivos; para los que ejercen con sacrificio la noble tarea educadora; para todos aquellos, en fin, que desde las más diversas actividades desafían las circunstancias adversas de un medio bravío y muchas veces inhóspito, con las armas fecundas de su trabajo intelectual o físico.

Y recordemos también muy especialmente, como símbolo de la fibra nacional, a esos puñados de compatriotas heroicos que en los cercanos confines de la Antártida Argentina ejercen con gallarda entereza la representación de nuestros inalienables derechos históricos.

Para todos ellos nuestro emocionado recuerdo. Y que el ejemplo admirable de su afán constructivo, desplegado en el marco enaltece-

dor de la solidaridad y la clara conciencia de un destino común, sirva de inspiración a todos los argentinos en esta hora que reclama que un fecundo espíritu de unidad nacional presida el gran esfuerzo en que la Nación está empeñada.

La responsabilidad de la Corporación Argentina de Productores de Carnes

Discurso pronunciado en la cena ofrecida por la Corporación Argentina de Productores de Carnes, el 15 de enero de 1960

Accedo, con gran placer, a la invitación un poco coercitiva del señor presidente de la CAP, de pronunciar algunas palabras.

Esta noche, celebrando el 25 aniversario de la Corporación Argentina de Productores de Carnes, se señala una época en el desenvolvimiento económico y social argentino.

Nadie en la Argentina debe olvidar que aquí, en esta mesa, están sentados representantes de unos 400.000 ganaderos inscriptos en los registros de esta Corporación. De modo que se ha hecho bien en destacar la importancia económica de esta institución para la República. Deseo señalar el profundo significado que tiene la Corporación Argentina de Productores de Carnes en el proceso de democratización de la economía argentina, que no es, de ninguna manera, proceso de estatización de la economía.

¿Qué significa esta Corporación Argentina de Productores de Carnes? Miles de familias distribuidas en todas las regiones del país nos habían demostrado que eran capaces de criar ganado, capaces de producir buena carne y, desde esta Corporación, nos han demostrado que quienes son capaces de hacer eso en los campos de toda la República, tienen también capacidad para manejar sus propios negocios.

En otras palabras: ha terminado la Corporación Argentina de Productores de Carnes con el viejo concepto que entendía que los ganaderos sabían solamente criar o montar bien a caballo. Ahora, a través de esta institución, han demostrado capacidad empresaria y de dirección comercial, en los aspectos vinculados a la actividad ganadera.

Y ya que me han pedido que pronunciara estas palabras, voy a usar un minuto más del tiempo de ustedes.

Tenemos plena confianza en la Corporación Argentina de Productores de Carnes. Tanta, que esta noche, con gran satisfacción, he firmado el decreto por el cual se le adjudica a la CAP el frigorífico nacional Lisandro de la Torre. Y quizás convenga, en estas épocas de legítimas turbulencias políticas, que recuerde que con ese decreto se han unido dos nombres, dos figuras que en su hora combatieron. La ley que permitió la creación de la Corporación Argentina de Productores de Carnes se debe a un Gobierno y a políticos de los que fue un gran adversario Lisandro de la Torre y, por otra parte, en Lisandro de la Torre, quienes fuimos sus adversarios reconocemos a un argentino que combatió con pasión por el bien de la República.

Nosotros esperamos de ustedes, señores miembros de la CAP, que mediten en la extraordinaria responsabilidad que tienen en la actuación en el mercado interno y en el mercado externo. No tienen ni les corresponde el monopolio. Hemos dicho que queremos la libre competencia y, por lo tanto, queremos ver a los ganaderos argentinos transformados en empresarios y en vendedores de carne, dentro y fuera de la República, compitiendo con las viejas empresas.

Tienen en estos momentos el desafío del país, que los mira, y al que deben demostrar que si son capaces de producir un buen novillo son capaces, también, de sacarle el mejor precio, en interés de la República y del pueblo argentino.

El Gobierno y el país –más el país que el Gobierno, que es lo fundamental– esperan de los ganaderos un trabajo fecundo. Necesitamos aumentar la producción de carnes dentro de la República y, en consecuencia, les pedimos a todos ustedes que se preocupen por la tecnificación del campo, que se preocupen por la utilización de la ciencia y de la técnica en todos sus aspectos, que piensen que el gran delito que en la Argentina comete un propietario de tierras, hoy, es no hacerles producir mucho. Ese es el delito que el pueblo argentino jamás les perdonará a los propietarios de tierras.

En consecuencia, el país espera de ustedes que a cada hectárea la hagan producir mucho, y no le preocupa a la República otro aspecto

en ese terreno económico, que la elevación del nivel de producción por hectárea.

Por lo tanto, los seres antisociales son los que tienen campos y no los hacen trabajar y, por eso, estoy satisfecho de encontrarme entre ustedes, que promueven la actividad económica del campo, y que aumentan la producción día a día. En ese terreno, creo que ustedes le darán, también a la República, una extraordinaria satisfacción.

Finalmente, no olvidemos que el campo es una unidad excepcional, en la cual viven ustedes, que son los productores, y también otros sectores sociales, de los que tenemos que preocuparnos todos.

Pero debe quedar bien entendido que las mejoras sociales, ni en el campo ni en las ciudades, podrán ser jamás el resultado de leyes o de decretos. Si no hay aumento de producción, si no hay, en definitiva, una auténtica capitalización nacional, será absolutamente inútil que gobernantes y políticos prometan realizaciones o dicten leyes, porque las leyes y los decretos no crean la riqueza, pero sí la crea el trabajo fecundo del ser humano.

El Gobierno nacional ha adoptado una política económica que ha definido de manera absolutamente coherente. El 29 de diciembre de 1958 nosotros lanzamos al país un plan de estabilización y de desarrollo.

Lo estamos cumpliendo; tenemos muchas dificultades, pero lo llevaremos adelante. Los señores ganaderos de todo el país saben lo que ha significado ese plan para el desarrollo del campo argentino. Ese plan ha implicado también extraordinarios sacrificios para otros sectores del pueblo argentino, pero si nos hemos decidido a plantearlo, anunciarlo y ejecutarlo, es en la absoluta convicción de que ese era el único y el mejor camino para la salvación económica de la República.

Quiero decir desde aquí al país que ese plan será llevado adelante como una cuestión fundamental que hacemos nosotros, no en defensa de ideas personales, sino en defensa de los intereses de la República. Necesitamos estabilizar el país desde el punto de vista financiero y necesitamos realizar una gran expansión de carácter económico. La producción agropecuaria será una de las bases fundamentales, pero el país necesita caminos, el país necesita autoabastecimiento de

combustibles, además necesita siderurgia, porque es inútil pedirles a ustedes que mecanicen el campo si no somos capaces de crear siderurgia dentro del país. El país necesita también la petroquímica, porque el campo necesita abonos, fertilizantes y plaguicidas y, consecuentemente, este plan no es un plan para un Gobierno; no es un plan que hayamos lanzado al servicio de una fracción política. Hemos enfrentado todas las dificultades y las vamos a continuar enfrentando, porque creemos que por ese camino la realización económica podrá ser llevada a los más altos niveles y entonces sí podrá haber mejoras en el nivel de toda la población argentina.

Les agradezco mucho la invitación a este acto y quiero que mis últimas palabras sean un llamado a la unión de todos los argentinos. Unión no quiere decir unanimidad; unión quiere decir coincidencia en los grandes objetivos de la República.

Aquí, en esta mesa, están sentados productores, pero también están sentado ciudadanos que pueden tener, y que tienen, sus ideas políticas; pero, por encima de las pasiones, por encima de todo lo que pueda desatar el vendaval político, se debe pensar que cada uno de nosotros tiene el deber de contribuir a la unidad y a la paz entre los argentinos.

Nosotros, desde el gobierno, procuraremos realizar nuestra parte. Le pedimos a la República que nos perdone nuestros errores, pero, de todos modos, entre algunas de las contribuciones que pensamos continuar realizando al servicio de la unión y de la paz, está la de no contestar jamás ninguna injuria que se nos dirija, porque el honor de ser presidente de la República obliga a la humildad del más pequeño de los argentinos.

La Argentina y México: culturas y desarrollos nacionales

Discurso pronunciado al condecorar con el Collar de la Orden del Libertador General San Martín al señor presidente de México, licenciado Adolfo López Mateos, en el Salón Blanco de la Casa de Gobierno, el 25 de enero de 1960

Excelentísimo Señor Presidente de los Estados Unidos Mexicanos:

Constituye para mí un honor y una satisfacción imponeros el Collar de la Orden del Libertador General San Martín. Esta ceremonia reviste una especial significación, ya que en ella la República Argentina otorga su más elevada distinción a quien tiene la honra y la responsabilidad de guiar los destinos del pueblo mexicano.

La personalidad de José de San Martín, cuyo venerado nombre lleva la condecoración que vamos a imponeros, condensa las mayores virtudes cívicas y militares que puede ostentar nuestra tierra. La invocación de su nombre significa para los argentinos evocar la firmeza y rectitud de su carácter, el excepcional desinterés que fue norma de su vida y la inmensa trascendencia de su acción militar, política y moral. Significa, asimismo, rememorar, como cuando se nombra a Benito Juárez y a tantos otros próceres de nuestra América, la heroica empresa de la emancipación que nuestros pueblos realizaron en pujante unidad de ideales. Por ello, al conjuro del recuerdo sanmartiniano, esta ceremonia se convierte en símbolo del abrazo fraterno de nuestro pueblo al pueblo azteca, un abrazo que une el extremo norte y el extremo sur de la gran comunidad de naciones que se extiende desde el río Bravo hasta la Antártida.

En la hora actual, que sentimos como hora de América, creo propicio recordar que uno de los objetivos surgidos del nacimiento mismo de nuestras naciones fue el acercamiento fecundo y solidario entre ellas. Ese objetivo respondía a una realidad afirmada en la identidad de la fe religiosa y de la cultura, y robustecida en la gesta eman-

cipadora, donde se demostró que solo a través de la libertad de todas las naciones hermanas se consolidaría la independencia de cada una.

Constituimos el grupo más numeroso y compacto de estados soberanos vinculados por una tradición y un destino comunes. En el concierto internacional, la voz de América latina es, fundamentalmente, la de un solo pueblo, integrado por casi doscientos millones de almas y unido por las más puras esencias de la civilización cristiana. Juntos luchamos por conquistar nuestra independencia y juntos estamos bregando por afianzar en nuestros países las instituciones democráticas y republicanas. En las asambleas mundiales actuamos concordantemente para afirmar principios de derecho internacional que fueron y son esenciales en nuestras gestas históricas: el principio de la libre determinación de los pueblos, el de la no intervención, el de arreglo pacífico de las controversias y el del afianzamiento de los ideales de democracia, libertad y bienestar para todos los hombres, sin distinciones ni privilegios.

Los países de América latina somos una fuerza ponderable en la Organización de las Naciones Unidas y debemos influir grandemente en la consolidación de la paz y en el intercambio espiritual y material entre todos los pueblos de la tierra.

En este preciso instante de la historia del mundo, en que se advierte más cercano el ideal de la paz entre las naciones, América latina puede y debe ser destinataria de gran parte de los beneficios emergentes del alivio experimentado en la tensión internacional. Los ingentes recursos que van quedando liberados a medida que se asegura la paz, no tienen campo más propicio que América latina para ser aplicados a realizaciones constructivas. La actual situación histórica debe llevar a las naciones muy desarrolladas a colaborar y a promover el proceso de desarrollo de los países menos adelantados. América latina constituye hoy un factor vital para el equilibrio, la seguridad y la prosperidad del mundo. Por eso debemos ofrecer a hombres y bienes las indispensables garantías jurídicas e institucionales para que puedan incorporarse al proceso de nuestro integral desenvolvimiento.

En efecto, los latinoamericanos poseemos uno de los territorios más ricos y feraces de la tierra, habitado por hombres y mujeres in-

corporados desde hace varios siglos a la civilización y la cultura occidentales. Tenemos en nuestro haber un siglo y medio de vida independiente. Después de cruentas luchas intestinas, estamos logrando gradualmente la pacificación y el funcionamiento normal de nuestras instituciones democráticas. Tenemos conciencia de que los hombres y las mujeres de todas las razas que pueblan estas tierras poseen la voluntad de trabajo y el ímpetu necesarios para crear mayores bienes espirituales y materiales, y ponerlos al servicio de los pueblos.

Pero el disfrute de tal riqueza y el futuro de bienestar que él promete están, lo sabemos, condicionados al logro de un objetivo inexcusable: el pleno desarrollo económico.

Para alcanzar ese desarrollo estamos dispuestos a concertar nuestros esfuerzos, de modo de realizar una eficaz complementación y cooperación económicas. Nuestras naciones tendrán así la fuerza efectiva que permitirá a la comunidad latinoamericana hacer valer sus derechos e intereses en el concierto mundial.

Advirtamos, sin embargo, que el ideal de la comunidad latinoamericana, entrevisto por los estadistas y soldados de la Independencia no ha de alcanzarse sino mediante la afirmación y consolidación de las entidades nacionales. La integración nacional es requisito indispensable de la integración internacional, del mismo modo que son los elementos profundamente nacionales de la cultura los que adquieren en la historia valor universal.

México y la Argentina son países de neta personalidad y profundas raíces vernáculas. Su historia se caracteriza por una lucha constante en pos de la creación y la afirmación de su conciencia nacional. Es esta rica diferenciación sustancial la que servirá de base a una real y pujante comunidad latinoamericana, síntesis de vigorosas entidades nacionales.

Si examinamos la trayectoria de las luchas nacionales de México y su evolución hacia formas avanzadas de vida espiritual, social, política y económica, veremos que ese proceso tiene semejanzas con el proceso argentino. La lucha por la emancipación del dominio español fue seguida en ambas naciones por un largo período de convulsiones internas, que, lentamente, dejaron paso al establecimiento de un or-

den jurídico y la vigencia de las instituciones representativas. Y así, mientras se libraba la Primera Guerra Mundial, México y la Argentina vivieron épocas similares de progreso democrático. La sanción de la Constitución mexicana de 1917 inicia una fecunda etapa de reconocimiento de derechos sociales. Del mismo modo, el advenimiento de Hipólito Yrigoyen al gobierno argentino en 1916 marca el comienzo de una nueva etapa en la vigencia de los valores democráticos y en la intervención del pueblo en el destino nacional.

La nacionalización del petróleo mexicano y la historia de nuestros Yacimientos Petrolíferos Fiscales significan, para cada país, el hito inicial de una genuina independencia económica. El petróleo es para México lo que es para la Argentina: el punto de partida de la industrialización integral y de la explotación moderna del agro.

El desarrollo material de México tiene su lógico equivalente en un pujante desarrollo cultural, uno de los más profundos y distintivos del mundo contemporáneo. La vocación nacional del pueblo mexicano se ha expresado en sus descollantes manifestaciones artísticas, en una madura investigación social dirigida hacia lo vernáculo, en su vibrante literatura y en una política educacional y de alfabetización de masas que es un ejemplo en América. Es que México ha vivido profundamente, en hechos materiales y espirituales, la epopeya de una revolución nacional de entrañable raíz popular, revolución que ahora culmina en una notable promoción de hombres de gobierno, encabezada por vos, Excelentísimo Señor, promoción que está consolidando la significación histórica de vuestro heroico país.

Cuando un pueblo adquiere tal dimensión, puede proclamar con orgullo que está completando la obra que iniciaron los próceres fundadores. La gesta de Hidalgo, Morelos y Juárez se consuma cabalmente en el México de hoy, hermosa realidad de un pueblo que lucha sin descanso por conquistar su destino y que está articulando orgánicamente los objetivos de su desarrollo económico.

Los argentinos seguimos con fraterna solidaridad este magnífico proceso mexicano, en momentos en que nuestro pueblo lucha también por asentar las bases fundamentales de su desarrollo.

El ejemplo mexicano demuestra que un país que alcanza su estabilidad interna se torna invulnerable a cualquier designio antinacional y puede abrir sus puertas al aporte extranjero, seguro de que su estructura nacional lo defiende.

A la inversa, el aporte masivo de capital extranjero en una economía débil e inestable es susceptible de agravar la relación de dependencia. De ahí que ningún programa de desarrollo pueda ejecutarse con garantías para la soberanía y el bienestar del pueblo sin que el propio país realice los sacrificios necesarios para sanear las finanzas internas y externas.

México ha cumplido con decisión e inteligencia sus objetivos nacionales de estabilidad y desarrollo. Se ha convertido así en uno de los pilares de la futura integración americana, puesto que se ha empeñado en lograr su propia integración nacional.

Sé muy bien cuán grande es el trecho que aún deben recorrer México y la Argentina para cumplir cabalmente el proceso de desarrollo de sus fuerzas creadoras, tanto en el orden espiritual como en el económico. El vigoroso impulso de progreso técnico que el mundo entero recibe hoy por parte de las naciones más adelantadas, exige de los demás países un gran esfuerzo para ajustarse al ritmo de ese impulso. El futuro de prosperidad que nos aguarda constituye hoy un formidable desafío a nuestra generación.

Ese desafío debe ser un estímulo más para la lucha.

Estoy seguro de que la determinación de idénticos objetivos por parte del pueblo argentino, y la firmeza con que ha de perseguirlos, nos permitirán colaborar con México y las demás naciones de nuestra comunidad latinoamericana en la consecución de programas concretos de cooperación y complementación económicas, que culminarán en el establecimiento de un mercado común.

La tradicional amistad entre nuestros dos pueblos, Excelentísimo Señor, deberá traducirse en un creciente intercambio espiritual y material. Comprometo la firme resolución de nuestro gobierno de incrementar al máximo esa relación.

No es posible olvidar que en el sistema interamericano se ha ido desplegando un vasto programa de iniciativas dirigidas a superar los

obstáculos que traban el progreso de los países de este hemisferio. Tales iniciativas constituyen un instrumento fecundo en los más elevados campos de la técnicas y de la cultura.

La política internacional argentina asigna un valor muy significativo al perfeccionamiento del sistema panamericano, y tiende al auspicio de todas las iniciativas tendientes a mejorarlo.

Excelentísimo Señor Presidente:

Esta ceremonia trasciende ampliamente sus aspectos formales. Están aquí presentes, más que dos gobernantes, dos pueblos hermanos, unidos en el pasado y fervorosamente solidarios en la conquista del porvenir.

Vuestra enaltecida presencia aquí y esta distinción que os imponemos y que tanto merecéis por lo que sois y por lo que representáis, son prenda y símbolo de que estamos, mexicanos y argentinos, tratando de cimentar la independencia y la unión que iniciaron nuestros héroes.

Tengo absoluta fe en que nuestros pueblos cumplirán su deber también en esta segunda etapa de la lucha por la emancipación americana. Transmitid al vuestro la honda convicción de que en esta empresa la nación mexicana estará en nuestro corazón, muy próxima a nosotros en su lucha y en sus triunfos.

Agradecimiento al recibir el Águila Azteca

*Discurso pronunciado en el Plaza Hotel de Buenos Aires,
el 26 de enero de 1960*

Excelentísimo Señor Presidente de los Estados Unidos Mexicanos:

Con una honda emoción he recibido de vuestras manos, Excelentísimo Señor Presidente, la máxima distinción que otorga la nación mexicana. Ese sentimiento no está únicamente determinado por el hecho de ser el primer gobernante de mi país a quien es conferida la Orden del Águila Azteca, sino sobre todo porque este collar constituye la prenda viva y el símbolo profundo en que se condensa un mensaje de siglos, trascendente en la historia de América, que conserva plena vitalidad en el presente y se proyecta hacia el porvenir. El diseño magistral de este emblema nos dice que México no renegó jamás de ser lo que era y lo que es. Surgió ante el mundo con una fuerte y definida personalidad. La profunda raíz azteca, hundida en el tiempo, afirmó un tronco que nada podría llegar a torcer. Inequívocamente mexicanos, desde el primer día fuisteis –como lo hubiera dicho nuestro San Martín– lo que debíais ser, y si no, nada.

El collar que recibo, cuyo estilo no imita a ningún otro, es por muchos motivos la imagen simbólica del pueblo mexicano, profundamente fiel a su entraña nacional y, por ello mismo, excepcionalmente capacitado para expresar valores universales. No es otro el secreto de la grandeza de vuestros estupendos pintores, cuyas obras, arraigadas hondamente en lo nacional y en lo popular, constituyen una de las más eminentes creaciones de valor universal del arte de nuestro tiempo. Ni de otra manera se han manifestado vuestros músicos, de alguno de los cuales podría decirse que ha expresado lo indígena de América entera.

La criollísima imagen de vuestro México, hijo legítimo de aztecas y españoles, no se aparta de nuestros ojos en este instante de la vida americana. América latina, tan varia y tan rica, expresa en vuestra patria una síntesis muy clara. Está presente en ella, vigente y no dormida, triunfante y no derrotada, la raíz indígena, recordándonos que América fue una civilización y una cultura aún antes de su descubrimiento. Allí está, también, viva y actual, la raíz ibérica, reiterándonos que en la génesis de nuestras nacionalidades se hizo presente su genio.

Al cabo de los siglos, América latina muestra una variedad de naciones cuyo perfil no desmiente la identidad del origen. Tampoco la comunidad del origen frena la independencia y la originalidad del impulso vital de cada una.

Difícil pero fecundo equilibrio el de la semejanza y la independencia. En esa ecuación se condensa quizá nuestro deber americano de hoy.

Al nacer, todas las naciones de Latinoamérica afirmaron su independencia, aun siendo hermanas y necesitadas del apoyo y la cooperación de las demás. Afrontaron, casi todas unidas, la ardua empresa de la emancipación, y más tarde, descuidando lamentablemente estrechar sus lazos, cada una reafirmó celosamente su índole. Así las sorprende el perentorio llamado de este momento histórico, en el cual no admite dilaciones la exigencia de la unidad de los pueblos.

De hoy en más, los destinos de las naciones se conjugan en vastos conglomerados continentales o casi continentales.

Viejas naciones, cargadas de pasado, lo han comprendido y actúan en consecuencia. Europa entera está reordenando su historia según ese mandato de integración continental.

Nuestra América marcha muy retrasada con respecto al ritmo de la hora. Debemos advertir que su destino histórico será logrado solo si alcanzan su pleno desarrollo las entidades nacionales y se afirma la unidad del conjunto.

Desde hace más de un siglo, hay dos Américas con distintos niveles de adelanto. Los Estados Unidos, con un sentido nacional que superó cualquier divisionismo o interés parcial, lograron la concen-

tración de todas las fuerzas de su pueblo en pos del objetivo del integral desarrollo nacional. En cambio, y mientras tanto, América latina, dispersa, librados sus pueblos al esfuerzo individual, demoraba la conquista de su propio futuro. El momento actual la encuentra cumpliendo un gran esfuerzo, gracias al cual América toda, de uno a otro polo, podrá exhibir al mundo su gran aptitud de realización.

Es cada día más visible que mediante la cooperación internacional y la acción conjunta podrán abreviarse las etapas de esta segunda gesta de la emancipación latinoamericana. La unidad de América no es una idea, sino una innegable realidad, pero en sus más beneficiosas formas lleva todavía una vida latente. La mejor manera de que alcance aliento vital es elevar al máximo los niveles de colaboración entre sus países.

Necesitamos cooperar todos con todos, cabría decir hombro con hombro, para señalar la naturaleza y la urgencia de la acción. Los problemas del crecimiento son análogos en toda América latina, y solo podrán ser resueltos con una acción coordinada, sin que ninguna de las naciones vea menoscabada su individualidad. Los estadistas y los soldados de la epopeya emancipadora así lo comprendieron en su momento. La historia demostró que si no hubieran aunado esfuerzos y recursos, la Independencia se habría aplazado muchos años.

La vocación permanente de los pueblos de América es forjar su futuro en común. Hoy están dadas las condiciones objetivas para realizar ese imperativo que viene desde el fondo de la historia. La gradual madurez institucional y política, y el avance hacia un cabal desarrollo amplían cada día la perspectiva del porvenir latinoamericano. Va resultando impostergable la necesidad de encarar los problemas de nuestras naciones con un criterio de hermandad continental, al margen de toda pretensión de hegemonías ni tutelas que nadie toleraría. Es cada vez más claro que el desnivel de desarrollo debe constituir un motivo más de colaboración y de ayuda. Solidaridad, y no tutela, ha de ser la norma en un continente que, como el nuestro, es un continente de hermanos.

Está fuera de discusión que la cooperación internacional, ya sea a escala regional, ya a otra más amplia, es un eficaz instrumento para

acelerar planes dirigidos a alcanzar ambiciosos y costosos objetivos. Librados a sus posibilidades, los países de América latina verían retrasado el cumplimiento de muchas de sus aspiraciones más hondas. Por ello, toda iniciativa tendiente a cooperar para eliminar los obstáculos que traban el progreso de nuestros países debe contar con el auspicio y el apoyo resuelto de los pueblos y los Gobiernos. La política internacional argentina asigna un valor muy significativo al perfeccionamiento del sistema de cooperación interamericano, y nuestro país apoyará toda propuesta tendiente a mejorarlo. Creemos que dicho sistema debe ser un decisivo exponente de la capacidad de América para encarar los problemas de sus pueblos de manera concreta y dinámica. Pero no debe ocultarse que la cooperación internacional no puede ser el factor decisivo de nuestro progreso, ya que la base insustituible de todo desarrollo nacional es el esfuerzo y el sacrificio que cada país debe realizar por sí mismo.

Excelentísimo Señor Presidente:

La antigüedad de siglos en que se nutre el ser de la nación azteca es una garantía de autenticidad, pero no una rémora. La tradición y el progreso tecnológico más avanzado no son inconciliables. Las grandes obras de la técnica contemporánea demuestran que pueden y deben ser vitalizadas por una gran tradición cultural, cuando un pueblo puede aportarla. Estas son algunas de las lecciones que nos ofrece vuestro extraordinario país, tan antiguo y tan joven.

Siempre creadora, el alma de un pueblo debe aspirar a perdurar renovada en cada etapa de su existencia. Así también podrá renovarse el aporte histórico de América.

Nuestra América se hizo presente en la época del descubrimiento y también más tarde, cuando las luchas de la emancipación cambiaron el mapa político y crearon un nuevo equilibrio mundial. De la misma manera, la época actual le reserva un papel de indudable gravitación mundial en la creación de valores culturales, en las grandes decisiones políticas y en la producción de bienes materiales.

México y la Argentina han de empeñar su esfuerzo creador en el cumplimiento de esa misión latinoamericana.

En prenda de tan venturosa esperanza recibo y agradezco, en nombre del pueblo argentino, y como homenaje a él rendido, este símbolo de la belleza, el coraje y el amor a la libertad que alientan en el alma del pueblo mexicano.

Latinoamérica y los Estados Unidos

Discurso pronunciado en el Plaza Hotel de Buenos Aires, en la comida ofrecida al presidente de los Estados Unidos, general Eisenhower, el 26 de febrero de 1960

Excelentísimo Señor Presidente de los Estados Unidos de América:

Os doy la bienvenida en nombre del pueblo argentino, que ve en vos al soldado ilustre que condujo una de las hazañas bélicas más memorables de la historia y al eminente estadista empeñado en ganar para el mundo una paz permanente, fundada en la libertad, la democracia y la justicia.

Los argentinos reconocemos en Vuestra Excelencia una imagen viva del carácter de América. Descendiente de inmigrantes, sois símbolo elocuente del crisol de razas de los hombres y mujeres de nuestro continente, sois el fruto del propio esfuerzo.

Vuestra historia, Señor Presidente, es la del hombre americano, que nada espera del azar ni del esfuerzo ajeno y que se siente orgulloso de ser único autor de su destino.

Tal es la estirpe de los hombres que han forjado la grandeza de los Estados Unidos.

Esta visita asume para nosotros un significado muy especial. Se realiza en vísperas de negociaciones de profunda gravitación para nuestro tiempo, en las que llevaréis la doctrina, las inquietudes y las aspiraciones de Occidente para contribuir al establecimiento de las condiciones básicas de la paz y la convivencia entre todos los países del mundo. El pueblo argentino apoya firmemente todo esfuerzo y toda iniciativa dirigidos a mejorar las relaciones entre los Estados. Los argentinos somos hombres de paz, hemos crecido y progresado a su amparo. Rechazamos como inmoral y contraria a la ley de Dios toda conquista fundada en el derecho de la guerra. Aspiramos, como el

pueblo norteamericano, a vivir en un mundo pacífico y civilizado en el cual conquistaremos nuestro lugar merced al trabajo y al sacrificio. Estamos seguros de que, en un mundo liberado para siempre del horror de la guerra, los valores espirituales que nos definen prevalecerán, porque están fundados en la sagrada dignidad del hombre. Tenemos la certeza de que la causa de la libertad y la justicia es invencible y por eso miramos con confianza el porvenir. Estamos también firmemente convencidos de que nuestra generación y las sucesivas recibirán el beneficio de la más grande transformación científica y tecnológica que haya experimentado la humanidad en toda su larga y dramática historia. Ya está ante nuestra vista, con toda la evidencia del hecho histórico, la inevitable unidad del género humano, fruto de esa transformación y de una poderosa conciencia moral, cada día más exigente.

La atenta vigilancia de la coyuntura contemporánea nos determina a poner de relieve nuestro derecho a participar de las decisiones que se adopten en el concierto internacional, con el propósito de mejorar la convivencia entre todos los pueblos del mundo. Este derecho, común a todas nuestras naciones hermanas, es consecuencia de la unidad de la historia de nuestro tiempo. Cualquier lesión a este principio involucra, directa o indirectamente, vulnerar una de las vigencias fundamentales de la democracia concebida en el orden internacional.

Vuestra visita, Señor Presidente, tiene además, para América latina, otro valor más próximo. Es la culminación de un proceso de profundas consecuencias en el ámbito mundial. Vuestra nación, que se mantenía aislada de los acontecimientos que se desarrollaban fuera de sus fronteras, ha debido asumir la más decisiva responsabilidad en el mundo actual. Somos conscientes de las dificultades que el pueblo norteamericano afronta para adecuarse a esta realidad que obedece a un proceso histórico ineludible. Invirtió enormes recursos para salvar a Europa de la destrucción y de la ruina. Ayudó a la reconstrucción tanto de sus aliados como de sus adversarios. Ahora, cumplida su misión en la rehabilitación de otras naciones, vuestro país enfrenta el problema de alcanzar una paz mundial duradera y, consiguientemente, el de

adaptar su propia economía a la nueva situación. Los Estados Unidos deben producir para la paz y tienen que adecuarse a las poderosas corrientes del intercambio comercial que abarca el mundo entero.

En estas condiciones, la participación del pueblo norteamericano en el ámbito de la cooperación económica internacional es inevitable. Así lo habéis comprendido, Señor Presidente, con ese claro instinto práctico del hombre estadounidense que prefiere siempre el directo lenguaje de los hechos. El estratega que planeó las más complicadas operaciones de la guerra debe enfrentar ahora la tarea de planear la batalla de la paz.

Dicha cooperación tiene dos objetivos impostergables: el fortalecimiento y la expansión de la economía mundial y la aceleración del desarrollo de los países rezagados, condición indispensable para lograr el crecimiento armónico de todas las naciones, impuesto por la hora actual.

Más de dos tercios de la población del mundo vive en los países menos desarrollados del Asia, África y América latina. Esta circunstancia torna imperativo comprender de manera cabal sus necesidades y sus aspiraciones.

De la justa esperanza que alienta en la conciencia de esos pueblos y de la respuesta adecuada que se dé a sus anhelos de mejoramiento económico y social dependerá, en buena medida, el destino del mundo libre. Estamos convencidos de que la democracia conduce a esa respuesta, de allí nuestra fe profunda en su capacidad para demostrar que la libertad no solo es compatible con el bienestar, sino que constituye el instrumento más apto para alcanzarlo y consolidarlo.

Estos países ya no se resignan a vivir en la escasez y en el atraso. Están firmemente decididos a participar del progreso contemporáneo, al que han contribuido directa o indirectamente con sus sacrificios. Solo cabe preguntarse si lo harán en la libertad y en la democracia o si recurrirán a la dictadura para imponer a sus pueblos grandes privaciones.

La nación a la que pertenecéis, Señor Presidente, cree que el progreso de los pueblos no debe hacerse a costa de la degradación del hombre. La Argentina participa también de esa creencia y aspira a desarrollarse para dignificar al hombre y no para someterlo. Busca

alcanzar altos niveles culturales y materiales sin que de ello resulte el más mínimo menoscabo de su dignidad y de su soberanía, ni del señorío de sus habitantes.

Verificamos hoy con satisfacción que nuestros hermanos del norte prestan la atención que merece esta Latinoamérica que coordina sus esfuerzos para impulsar su desarrollo económico y para asegurar bienestar y cultura a sus pueblos. En mi visita a vuestro gran país, señalada por la más cordial y comprensiva recepción de todos los sectores sociales, comprobé que pueblo y gobierno comprenden cabalmente que esta es la hora de América.

También nosotros lo comprendemos, Señor Presidente. Tenemos la seguridad de que el éxito de la empresa que afrontan nuestros pueblos solo será alcanzado mediante el esfuerzo sostenido que cada país esté dispuesto a realizar. Pero debemos señalar también que, dados el ritmo de crecimiento que requieren nuestros países y la intensidad de las aspiraciones de sus pueblos, ese esfuerzo debe ser adecuadamente complementado por las diversas formas de integración regional y de cooperación hemisférica y mundial, en las cuales el aporte de los Estados Unidos tiene una importancia fundamental.

Sabemos que el camino a recorrer está sembrado de dificultades. Demandará a nuestros pueblos sacrificios transitorios pero costosos. Vosotros, los norteamericanos, sabéis por experiencia que la grandeza de una nación se forja en la lucha constante de su propio pueblo. El credo americano, el de toda América, es el de la libre iniciativa de los hombres y de los pueblos. Sabemos que a América latina la haremos los latinoamericanos si sabemos trabajar con fe y con sacrificio y si eliminamos las trabas que obstaculizan la expresión de las aptitudes creadoras del hombre.

Por nuestra parte, los argentinos no requerimos nada que no podamos retribuir con nuestro propio trabajo. Estamos dispuestos a participar de todas las formas de cooperación económica interamericana e internacional sobre la base de una asociación de naciones libres y en pie de igualdad, sin concesiones contrarias a nuestra más absoluta autodeterminación.

Sois, Señor Presidente, representante de un pueblo que está dispuesto a colaborar con sus hermanos del sur con el concepto inequí-

voco de que el progreso de América latina es una de las más firmes garantías de su propio bienestar y de su propia seguridad. Nada conviene más a la economía en constante expansión de la nación norteamericana que el progreso de las economías de las restantes naciones del continente.

A su vez, en lo que hace a la Argentina, la colaboración económica y técnica de vuestra nación contribuirá a acelerar el proceso de desarrollo de nuestro país, maduro ya para su armónico desenvolvimiento y con un futuro que se ofrece pleno de extraordinarias posibilidades. Permite también la ampliación y complementación de los respectivos mercados y abre amplias perspectivas de intercambio cultural y comercial. La política de los Estados Unidos de apoyar los planes de expansión económica debe ser seguida por otras naciones altamente industrializadas como un medio más para la comprensión internacional.

Puedo aseguraros, asimismo, que todo lo que recibimos a través de la cooperación externa para impulsar nuestro desarrollo económico, es y será incorporado a planes reales y concretos, de manera tal que el efecto de esa colaboración será mensurable en términos de progreso y de bienestar social permanente.

Hemos defendido permanentemente el derecho de los pueblos a disponer de su propio destino. Hemos defendido los fueros sagrados del hombre, la libertad y la justicia. Nuestro destino americanista no excluyó ni excluye nuestra vocación universal. Fue un eminente argentino quien sintetizó ese hondo sentir cuando expresó: "América para la humanidad".

He afirmado antes que esta es la hora de América. Es la hora del continente americano, integrado en el concierto pacífico de todos los pueblos de la tierra: la hora de un continente unido, asociación de pueblos vigorosos y prósperos, que aporte a la experiencia del mundo el espíritu de la aventura joven, hija de la libertad y de la esperanza, que ha sido el rasgo distintivo de la epopeya americana.

Señor Presidente:

La Argentina es, desde hoy, vuestro hogar, cálido y fraterno. Que Dios os acompañe en vuestro paso por la tierra de los argentinos.

Día de las Américas

*Mensaje transmitido por la Voz de América, de Washington,
el 14 de abril de 1960*

Hoy, 14 de abril, se celebra en todo el continente el Día de las Américas. Nuestro pueblo festeja con fervor una fecha de tan hondo contenido para los argentinos. Los hombres y las mujeres de este país son cada día más orgullosamente conscientes del origen y del destino comunes que los hermanan a los otros pueblos que habitan esta tierra de inagotables esperanzas humanas que es América.

Más que nunca, América encarna hoy un presente y una posibilidad futura de incalculable valor. Por ello, la unidad de las naciones del continente constituye un imperativo histórico irrenunciable.

América ha sido llamada a demostrar, ante las generaciones presentes y las que vendrán, que la libertad civil y política no se opone al bienestar, sino que es su soporte y a la vez su fruto maduro. Esa es su magnífica y ardua responsabilidad histórica.

Nuestro continente vive horas decisivas. Estamos convencidos de que cuando la historia coloca a los pueblos en una encrucijada, tienen ellos la libertad de elegir el camino.

La actitud que adopten en ese momento y los criterios que los guíen para la decisión imprimirán un signo ineludible a su futuro.

Por eso afirmamos que América debe acometer la empresa de su desarrollo armónico mediante el esfuerzo vigoroso y sostenido de sus comunidades nacionales. Porque solo el porvenir conquistado con el propio empeño es el reflejo fiel de las virtudes comprometidas en la tarea.

Por eso también, la respuesta de América al desafío y la responsabilidad con que la enfrenta la historia deberá, asimismo, afirmar la plenitud del goce de la libertad y la vigencia integral de la demo-

cracia. Solo resguardando celosamente los atributos de la dignidad humana podrán realizarse de modo cabal los generosos objetivos que impulsaron a las generaciones fundadoras de nuestras naciones.

Inspirados en esos ideales y esos conceptos, los americanos del norte, del centro y del sur recordamos hoy el Día de las Américas con fe inquebrantable en la grandeza de su destino y con la firme decisión de crear las condiciones ciertas de su realización.

Significado de la inauguración de Brasilia

Mensaje transmitido por Radio Bandeirantes, de San Pablo, en ocasión de la inauguración de Brasilia, el 21 de abril de 1960

En nombre del pueblo y del Gobierno argentinos, tengo la satisfacción de adherirme calurosamente al júbilo que vive hoy el pueblo hermano del Brasil. Puedo afirmar que la magnífica realización del genio y la pujanza de la nación brasileña que se inaugura en este día, llena de orgullo al pueblo argentino, porque consideramos como propias, por ser triunfos de América, las conquistas que, como Brasilia, dan fe ante el mundo de la inquebrantable voluntad de hacer realidad el magnífico sueño americano.

Cumple así el Brasil el mandato de su historia. Cumplen también sus tenaces forjadores con la visión de aquellos que, en su hora, comprendieron la necesidad de fecundar su generosa geografía. Es que el hombre americano, frente a la plenitud de la naturaleza que lo rodea, ha decidido incorporarla definitivamente a su vida en términos de permanente progreso.

Los argentinos sabemos que la desde hoy capital del Brasil nace bajo ese signo. Sabemos que el genio de sus diseñadores ha hecho posible interpretar la belleza natural de la tierra, mediante formas arquitectónicas cuya concepción de futuro no reniega de los trazos auténticos del perfil americano.

Tenemos también plena conciencia de que esa integración de la gran ciudad y el paisaje generoso significan, asimismo, integrar en un mismo y venturoso porvenir todos los recursos que Dios volcara en la tierra brasileña.

El vigoroso esfuerzo emprendido por la Argentina está dirigido, también, a desentrañar las riquezas que encierra cada una de sus latitudes, en la procura de una participación plena e integrada de toda

la Nación en la empresa de su desarrollo, en sus sacrificios de hoy y en su prosperidad del ya cercano mañana. Es por ello que valoramos en su cabal dimensión la obra que hoy culminan y que hoy inician el pueblo y el Gobierno del Brasil.

La prensa en la sociedad moderna

Discurso del señor Presidente en el banquete de la Asociación de la Prensa Extranjera, en el Plaza Hotel de Buenos Aires, el 29 de abril de 1960

Agradezco la invitación de la Asociación de la Prensa Extranjera, que me permite compartir estos gratos momentos con tan dignos representantes de la prensa internacional.

Aprecio también, en toda su significación, las palabras pronunciadas por vuestro presidente. Cobran ellas un valor muy especial en estos momentos en que nuestro país se dispone a celebrar el aniversario de aquella fecha en que, hace 150 años, el pueblo afirmaba para siempre su derecho a la libertad. Pero al mismo tiempo, a la par de su independencia, ese pueblo exigía “saber de qué se trataba”. La doble exigencia popular en ese instante dramático tiene el valor de un símbolo que, desde entonces, alumbró el camino de la historia argentina: un pueblo en la aurora de su vida libre comprendía que debía ser informado para participar plenamente en la construcción de su destino.

No debe, pues, extrañarnos que todo a lo largo de su historia muchos próceres de nuestra patria, como los que ha evocado el señor presidente de la asociación, buscaran servir a la Nación informando a su pueblo. Su profunda convicción democrática, su fe en el juicio libre del país y en el adelanto de la razón pública, los llevaron a ejercer la tarea periodística con el mismo afán, con la misma abnegación, con que ejercieron las más altas tareas de gobierno. Son esa fe y esa convicción de tantos de nuestro próceres las que han dado contenido real al papel de la prensa en la formación de nuestras instituciones.

Pocos lugares tan oportunos para recordarlo como esta reunión de representantes de la prensa mundial en nuestro país.

Vosotros, señores, cumplís una labor de fundamental importancia para el acercamiento de los pueblos y la mejor comprensión de las realidades nacionales.

Hoy, todo acontecimiento acaecido en cualquier latitud de la realidad mundial, determina repercusiones e influencias en todos los restantes sectores que integran esa misma realidad. De allí vuestra noble misión, señores corresponsales extranjeros: os toca contribuir a que la creciente interdependencia, que es signo de nuestros tiempos, se impregne de un espíritu de fecunda colaboración y de recíproco conocimiento entre las naciones. Ello se logra con la información clara y veraz de las experiencias y realizaciones que tienen lugar en el ámbito de los distintos países.

Es así como la prensa internacional ejerce una influencia positiva, al hacer posible que cada pueblo extraiga enseñanzas fecundas de la realidad que gestan otros pueblos en la elaboración de su destino.

Nosotros valoramos plenamente esa vuestra trascendental función en la sociedad moderna.

Deseo ratificar una vez más, ante vosotros esta noche, que mi gobierno tiene la profunda convicción de que el testimonio público de la prensa al servicio de la verdad informativa es siempre constructivo, especialmente cuando ejerce la crítica o señala deficiencias.

Por eso nos complace contar con vuestro juicio como atentos observadores de la realidad nacional, en esta hora en que los argentinos realizan un esfuerzo decisivo para alcanzar la plenitud de sus posibilidades espirituales y materiales.

Agradezco vuestra invitación y los conceptos del señor presidente de la Asociación de la Prensa Extranjera, y brindo por vuestra felicidad personal, por el progreso de los órganos informativos que representáis y por las naciones en que ellos desenvuelven su noble misión educadora.

Desarrollo nacional y paz social

*Mensaje leído ante el Congreso de la Nación reunido en
Asamblea Legislativa, el 1º de mayo de 1960*

- I. Introducción.
- II. Subsistencia de los dos grandes objetivos: legalidad y desarrollo.
- III. Legalidad.
Funcionamiento de los resortes constitucionales.
 - a) Elecciones. Su proyección institucional.
 - b) Separación de poderes.
 - 1. Poder Legislativo.
 - 2. Poder Judicial.
 - c) Régimen federal.
 - d) Prolongación del estado de sitio y aplicación del Plan Conintes.
 - e) La paz social y la actividad sindical.
- IV. La legalidad y el desarrollo.
- V. Desarrollo y estabilidad.
 - 1. Los orígenes del plan económico.
 - 2. El programa económico: un solo objetivo fundamental.
 - 3. Desarrollo y estabilización: dos metas inseparables. Dónde estamos.
 - 4. Petróleo: autoabastecimiento.
 - 5. Otros recursos energéticos.

6. Petroquímica y química pesada: actividades básicas para nuestro desarrollo.
 7. Estabilización financiera.
 8. Siderurgia: eje de nuestra expansión económica.
 9. Transportes.
 10. El plan carretero: desarrollo regional.
 11. Recuperación del agro.
 12. Política industrial.
 13. Comercio exterior.
-
- VI. Fuerzas Armadas. Su contribución al orden y la paz de la República.
 - VII. Política internacional.
 - VIII. Política cultural.
 - IX. Salud pública.
 - X. Conclusiones. Perspectivas.

I. Introducción

Señores Senadores; Señores Diputados:

De conformidad con los preceptos constitucionales, venimos, mediante el presente mensaje, a dar cuenta a Vuestra Honorabilidad del estado de la Nación, e informarle de la labor cumplida y de las medidas que juzgamos necesarias y convenientes para alcanzar los objetivos que señalamos al asumir el gobierno.

Esos objetivos fijados el 1º de mayo de 1958 mantienen íntegramente su validez e inspiran toda la actividad del Gobierno. Algunos han sido logrados o están en vías de serlo. En la consecución de otros estamos retrasados, pero lo que no se ha modificado en absoluto es la firme decisión de ejecutarlos hasta el fin, superando todas las dificultades y venciendo todas las adversidades.

Con la franqueza que debemos al pueblo, le diremos en qué medida hemos cumplido el mandato que recibimos y cuánto resta aún por hacer para completar una obra que la Nación entera ha emprendido.

II. Subsistencia de los dos grandes objetivos: legalidad y desarrollo

Hace un año repetimos ante esta Honorable Asamblea los dos objetivos que nos proponíamos lograr. Los hechos han confirmado plenamente su validez y es menester tenerlos en cuenta para hacer un análisis exacto de estos últimos doce meses.

El primero –dijimos entonces– era asegurar la plena vigencia del régimen constitucional; terminar con las divisiones entre los argentinos y restablecer la paz social; poner fin a la intolerancia, al miedo y a la persecución, como sistema de gobierno, para crear las condiciones de una auténtica convivencia democrática.

El segundo objetivo fundamental era salir del estancamiento y el retroceso económico, abatir las trabas que frenaban el desarrollo nacional y desatar la expansión de todas las fuerzas creadoras del país, para que la Argentina llegara a ser la gran nación que, por su pueblo y sus riquezas naturales, merece ser.

“Ambos objetivos –afirmamos entonces–, la pacificación democrática y el desarrollo nacional, están indisolublemente unidos. La paz y la libertad, sin progreso económico son tan efímeras como el progreso material que no se funda en la moral y en la libertad”.

Estos objetivos siguen en pie y no constituyen, por supuesto, un programa que pertenezca a un partido o a una fracción. Integran –sin lugar a dudas– un vasto programa nacional del que nadie puede excluirse. Es posible discrepar acerca de los métodos para alcanzarlos, pero nadie puede contradecirlos sin negar al mismo tiempo la razón de ser de la Nación y su proyección hacia su natural destino de gran potencia.

Las incontables circunstancias adversas que hubo y habrá que superar para avanzar decididamente hacia los grandes fines nacionales, contribuyeron a hacer más complejo el proceso y más difícil la comprensión. Sin embargo, en la medida en que adelantemos en el camino propuesto, el horizonte se irá aclarando. Será cada vez más evidente que, no obstante la confusión creada por elementos de diversa naturaleza y gravitación, los objetivos básicos subsisten tal cual

fueron formulados. Trabajamos, en efecto, para que tenga plena e indiscutida vigencia al Estado de derecho y para promover la expansión económica que elevará los niveles de vida del pueblo y conferirá a la Nación bases materiales de sustento para su soberanía.

Por encima de hechos circunstanciales, los actos de nuestro gobierno persiguen con absoluta firmeza el logro de esos objetivos, tanto más próximos cuanto mayor sea el esfuerzo que todos realicemos para ello. Cuantas veces se haga el análisis de la obra del Gobierno, esta propuesta inicial servirá de índice para que comprobemos progresos, pausas y retrocesos.

III. Legalidad

Funcionamiento de los resortes constitucionales

El 1º de mayo de 1958 quedó establecido el Estado de derecho. Acontecimientos políticos y sociales, producidos con posterioridad, crearon obstáculos para su vigencia plena. Empero, pese a todas las dificultades, en este momento se observan, en la mayoría de los sectores de la vida nacional, manifestaciones del inequívoco anhelo de que el país retome total y definitivamente esa senda, de la que no debe apartarse, porque así conviene a la convivencia interior y a su proyección en el concierto internacional.

El Estado de derecho no es un elemento estático. Constituye una realidad dinámica confrontable con los hechos y es, al mismo tiempo, una aspiración que exige su constante perfeccionamiento. Para alcanzar su plena vigencia, el Poder Ejecutivo pone su mejor voluntad, pero considera indispensable la comprensión de todos los sectores de la vida nacional, para que el terrorismo, la insurrección y la injuria sean reemplazados por el diálogo que ennoblece a la ciudadanía y engrandece a la Nación.

Los elementos objetivos que permiten apreciar los factores positivos y negativos que han influido sobre la vigencia del Estado de derecho, son los siguientes:

- a) Elecciones. Su proyección institucional.
- b) Separación de poderes.
- c) Régimen federal.
- d) Prolongación del estado de sitio y aplicación del Plan Conintes.
- e) La paz social y la actividad sindical.

En esta enumeración se han escogido los hechos y circunstancias más salientes del último año, mencionando aun aquellos en que se presenta debilitado el Estado de derecho, porque juzgamos que este mensaje debe ser el análisis sincero y riguroso de la situación por la que atraviesa el país.

a) Elecciones. Su proyección institucional

Hace un año dijimos ante esta misma Honorable Asamblea:

“Se realizarán las elecciones generales que establecen la Constitución Nacional y las leyes nacionales respectivas, cumpliéndose escrupulosamente con los plazos y las normas en ellas establecidos.”

Tenemos ahora la alta satisfacción de exhibir el cabal cumplimiento de esa promesa. Hasta la víspera misma del comicio, desde diversos sectores, se trató inútilmente de impedir que se llevara a cabo.

La modificación en la composición de esta Honorable Asamblea es el resultado de las últimas elecciones generales. No obstante la necesaria vigencia del estado de sitio y del Plan Conintes, el período preelectoral y los comicios mismos transcurrieron dentro de una completa normalidad. Las agrupaciones políticas que concurren a elecciones gozaron de amplia libertad para su propaganda y para que sus partidarios llegaran hasta las urnas custodiadas por las Fuerzas Armadas de la Nación, como ya es tradicional entre nosotros.

No sería completo este análisis si no mencionáramos un factor negativo. Algunas agrupaciones políticas no participaron del comicio. Puesto que deliberadamente se colocaron en la ilegalidad y fuera de

la convivencia democrática, el Poder Ejecutivo sometió a la justicia las pruebas de su actividad insurreccional y de los actos criminales de terrorismo. A sus dirigentes incumbe la responsabilidad de esta exclusión del proceso normal de la democracia.

Los resultados de las elecciones demuestran que la inmensa mayoría del pueblo es partidaria del orden y encuentra que en la legalidad pueden arbitrarse todas las soluciones.

La renovación de la mitad de la Cámara de Diputados de la Nación, de gran parte de las legislaturas provinciales y las comunas, muestra al país en pleno cumplimiento de las normas institucionales. Es fundamental señalar que, por su índole, esta renovación no modifica el cuadro general de la política del Gobierno, sino en la medida en que alcanza expresión en los cuerpos colegiados. Conforme a nuestro régimen republicano y según textos expresos de la Constitución Nacional, el pueblo no delibera ni gobierna sino por medio de sus representantes y esta representación se otorga por períodos prefijados.

La voluntad popular que se expresó en los últimos comicios se reflejará a través de los representantes electos, en el marco constitucional que corresponde. El Poder Ejecutivo, que ha demostrado ser respetuoso de la crítica, por acerba que sea, escuchará todas las observaciones y sugerencias que los distintos sectores del pueblo formulen dentro del cauce regular de las instituciones.

Afirmamos categóricamente, de nuevo, que el camino del sufragio está abierto para todos los argentinos que aceptan la convivencia democrática. Ellos son inmensa mayoría y constituyen la mejor garantía de la preservación de la legalidad alcanzada.

b) Separación de poderes

1. Poder Legislativo

El Poder Ejecutivo ha sido y es respetuoso de la separación de poderes, condición indispensable del Estado de derecho.

No ha tenido conflicto alguno con la rama legislativa, porque ambos poderes se limitan estrictamente a la esfera que les marca la Constitución Nacional.

Las Honorables Cámaras sumaron a su actividad legislativa una acción investigadora llevada a cabo con absoluta libertad, que honra al régimen democrático y testimonia la completa independencia de los poderes que lo integran.

Ejerció así sus prerrogativas de control de la conducta de los funcionarios públicos, otro de los rasgos esenciales de la vida republicana.

2. Poder Judicial

También ha sido celosamente mantenida la independencia del Poder Judicial, que pudo consagrarse a la limpia administración de la justicia, sin interferencias del poder político.

El Congreso aprobó, a pedido del Poder Ejecutivo, el aumento del número de los jueces de la Corte Suprema de Justicia de la Nación, tal como este alto tribunal lo había solicitado.

c) Régimen federal

Hemos respetado las autonomías provinciales conforme a los claros preceptos de la Constitución Nacional. Por creer que, en la gran nación que aspiramos a construir, las provincias deben ser entidades que ejerzan plenamente las facultades que les son propias, es que no deseamos que el Gobierno federal se constituya en conductor de las políticas locales. Estimamos que en esa práctica ilegítima reside una de las causas de la corrupción del federalismo.

La conducta expuesta no es, por otra parte, sino consecuencia del pleno acatamiento al orden constitucional y a la norma jurídica. Si alguna discrepancia pudiera existir en cuanto a la amplitud de los poderes delegados a la Nación por las provincias, ese acatamiento permite que los órganos jurisdiccionales de la Constitución señalen con autoridad los límites de la delegación.

Asegurar el régimen federal importa, a la vez, normalizar la vida institucional de las provincias. Sancionadas por Vuestra Honorabilidad las leyes números 14945 y 15024, se convocó a elecciones en las provincias de Misiones y La Pampa, actos electorales cumplidos con las mismas garantías otorgadas a los comicios generales del 27 de marzo próximo pasado.

d) Prolongación del estado de sitio y aplicación del Plan Conintes

No hay Estado de derecho si no se mantiene el orden público; no hay legalidad posible si la anarquía corroe las instituciones y si la razón de la fuerza sustituye a la razón del derecho. Es así primera obligación del Gobierno mantener el orden público y preservar al país de la anarquía.

Sin estos requisitos no hay democracia, ni régimen republicano. La Nación misma corre peligro de perecer.

Al asumir el gobierno, nos propusimos mantener los principios institucionales. Nos propusimos mantener los derechos individuales que dignifican a la persona humana y enaltecen a la comunidad. Nos propusimos mantener el orden público, sin el cual no existen principios institucionales ni derechos individuales. Nos propusimos evitar la anarquía, porque en ella se disgregan los elementos nacionales, se envilece el pueblo y naufraga la dignidad colectiva y la individual. Todo ello dentro del Estado de derecho y de la Constitución. Con el aval de un gran partido democrático del que venimos y con el aval de nuestra propia vida pública, rechazamos categóricamente toda forma dictatorial y continuaremos bregando para que existan en nuestro país las condiciones políticas, económicas, sociales y culturales que tornen imposible la restauración de viejas dictaduras o la implantación de dictaduras nuevas.

Pero el camino hacia ese objetivo básico del Gobierno, el de la legalidad como bien común y sin excepciones, es duro y difícil en este período de nuestra historia y en él hemos sufrido graves dificultades. La exaltación teórica del golpe de Estado por distintos sectores y la

preparación de los medios que a él conducen determinaron que hubiera de mantenerse hasta ahora la vigencia del estado de sitio.

Este recurso de emergencia, previsto en la Constitución Nacional para preservar la legalidad y las autoridades creadas por ella, corre riesgo de desnaturalizarse si se prolonga indefinidamente. No obstante, en salvaguardia del orden público, tuvimos que afrontar este riesgo. Para evitarlo, aseguramos la plena vigencia de la libertad de prensa para todos, menos para los elementos insurreccionales, y aun permitimos que se afectara la dignidad de funcionarios y mandatarios sin intentar siquiera una elemental acción legal contra los responsables de tales abusos. Aseguramos de este modo la defensa del sistema republicano, frente a la ineludible necesidad de implantar y mantener el estado de sitio.

La actividad insurreccional y los actos de terrorismo que la expresaron exigieron de nosotros graves medidas. Al estado de sitio hubo de agregarse la aplicación del Plan Conintes, destinado a vencer la acción del terrorismo desatada para abrir la puerta a la anarquía y al golpe de Estado. El método terrorista y los objetivos que se persiguen niegan por igual la legalidad, la democracia y aun la mera convivencia humana. Por ello, se justifica que, en preservación de estos bienes de la nacionalidad, se hayan aplicado los recursos extremos que la ley pone en manos del Gobierno.

Precisamente la vigencia del estado de sitio y la aplicación del Plan Conintes permitieron que se realizaran en orden los comicios del 27 de marzo, a pesar de los planes de acción insurreccional.

Los dirigentes comunistas y los sectores peronistas que impulsaron esa acción deben tomar conciencia de la pesada responsabilidad que gravita sobre ellos por los quebrantos que, por su culpa, sufre la legalidad como bien común y la democracia como medio práctico para expresarla. Los hechos de que son culpables los excluyen por propia voluntad de la convivencia democrática argentina; los que deseen participar de los beneficios de la libertad deberán renunciar a los métodos antidemocráticos que los han llevado a apartarse de la comunidad política nacional.

El Gobierno, al asegurar el orden público, los principios institucionales y el orden constitucional mediante recursos extremos –pero siempre fundados en la Constitución y la ley– que limitan los derechos individuales y están en evidente conflicto con su profunda vocación democrática y popular, mantiene su decisión de crear condiciones estables de paz y legalidad. Exhorta, pues, a quienes han provocado esas medidas represivas a que renuncien a la violencia y comprendan que solo dentro de la legalidad es posible la vigencia auténtica de la democracia. Naturalmente que esta exhortación no va dirigida a los delincuentes que deberán sufrir todo el peso inflexible de la ley.

e) La paz social y la actividad sindical

Nadie puede negar el principalísimo papel que juegan en la sociedad moderna las organizaciones sindicales. Solo una organización sindical responsable y fuerte, y una organización empresaria igualmente responsable y fuerte, pueden concurrir a determinar ese punto ideal de equilibrio en que el capital y el trabajo se convierten en los artífices mancomunados del renovado milagro de la producción. Esta es la mejor garantía de la progresiva elevación del nivel de vida material y cultural de los trabajadores, de la progresiva capitalización y consolidación de las empresas y de la progresiva y firme grandeza de la Nación.

Con el objeto de normalizar la vida sindical, el Congreso sancionó la Ley de Asociaciones Profesionales, legítima aspiración de los trabajadores argentinos.

En lugar de canalizar sus esfuerzos hacia la normalización de sus organizaciones, ciertos dirigentes obreros, respondiendo a consignas políticas y extrasindicales, cometieron el error de lanzar a los trabajadores a huelgas y movimientos de diverso carácter. Algunos tuvieron franca fisonomía insurreccional, con el evidente objetivo de perturbar el funcionamiento normal de las instituciones y crear el clima para un golpe de Estado. Otros se basaron en reclamaciones laborales, sabiendo de antemano que la situación económica del país no permitía

satisfacerlas. Con la economía y las finanzas de la Nación al borde del colapso, con índices crecientes de consumo por la sola influencia de factores vegetativos, era imposible atender esas demandas laborales, por justas que parecieran y por más que los trabajadores estuvieran convencidos de la razón que los asistía.

Al negarse a reconocer que la única solución orgánica del problema social consiste en transformar paulatinamente los términos de nuestra realidad económica, caracterizada por el estancamiento de la producción y el aumento creciente del consumo, esos dirigentes sindicales sirvieron al fin político que se escudaba en reclamos aparentemente legítimos.

Por esa vía, y pese al papel histórico de avanzada de la nacionalidad que cabe a los trabajadores organizados, el error de algunos dirigentes los indujo a enfrentar el interés de la Nación en su conjunto. Las huelgas políticas o para el logro de aumentos de salarios sin contrapartida de producción agravaron aún más las difíciles circunstancias económico-financieras que pesaban sobre el país y sobre los mismos trabajadores. Al quebrantar gravemente la disciplina del trabajo, se socavaron también gravemente las fuentes que proveen a la economía familiar.

Tales conflictos gremiales significaron en 1959 una pérdida de 5000 millones de pesos en jornales y una merma en la actividad económica de 27000 millones de pesos.

Pese a todo ello, la paz social como objetivo esencial del Gobierno mantiene plenamente su validez. Cabe también a los trabajadores adoptarla decididamente como su propio objetivo, para evitar que las justas reivindicaciones de bienestar se transformen en pretexto político para enfrentarlos con los intereses de la Nación. Los dirigentes gremiales deben tomar plena conciencia de esta realidad fundamental.

IV. La legalidad y el desarrollo

Es necesario detenerse aun en el significado de la legalidad que preconizamos y a la que no hemos renunciado, a pesar de las transitorias

medidas que hemos debido adoptar para evitar su quiebra total. Ella constituye el medio para alcanzar la convivencia pacífica entre los argentinos; permite el imperio de la paz social y es la condición indispensable del desarrollo de las fuerzas espirituales y materiales de la Nación. Sin legalidad sólidamente establecida, ningún país puede aspirar a cimentar su unidad social y su progreso cultural. Sin legalidad, no hay estímulo para el esfuerzo creador de sus habitantes, en cualquier orden.

El capital, interno y externo, se retrae. Productores y obreros se debaten en la incertidumbre. Se pierde la confianza en el futuro de la Nación.

Nuestro país sale de un largo período de quiebra del orden jurídico. El Gobierno constitucional se preocupó desde el primer momento por restablecer la confianza de propios y extraños en la solvencia y estabilidad de nuestras instituciones. Hemos logrado despertar esa fe y así lo demuestran las inversiones nacionales y extranjeras realizadas desde el 1º de mayo. El desarrollo económico de la Nación y su prestigio internacional dependen del afianzamiento definitivo del Estado de derecho.

V. Desarrollo y estabilidad

I. Los orígenes del plan económico

Al asumir el gobierno contrajimos el solemne compromiso de sanear su economía y conducirla por el camino de un vigoroso desarrollo. Estábamos persuadidos de que para orientar la actividad nacional hacia dichos objetivos era imprescindible modificar sustancialmente la estructura económica del país. En la medida en que la Nación se decidiera a movilizar sus ingentes recursos naturales, su imaginación y su espíritu de empresa, dejaríamos de aplicar remedios parciales y transitorios que solamente disimulan o postergan la crisis.

Conscientes de la interdependencia de los problemas políticos y sociales con la evolución económica, la programación del desarrollo

y de la estabilidad tuvo –y tiene– primacía absoluta en el programa de gobierno que propusimos a los veinte millones de argentinos. Sin transformación de las bases estructurales de la Nación, que permita destruir el círculo vicioso del trueque de productos agropecuarios por combustibles, hierro, acero, productos químicos, y los equipos y máquinas necesarios, resultarían frustradas todas las perspectivas de vida democrática, paz social, unidad nacional y desarrollo cultural, indispensables para cumplir nuestro destino histórico.

Además, y esta es la consideración primordial que inspira al plan de desarrollo, nuestra decisión de modificar la estructura económica es un medio para lograr fines éticos y culturales de mayor trascendencia que los objetivos materiales. La experiencia histórica demuestra que la libertad, la cultura y el equilibrio espiritual del hombre, de la familia y de la sociedad, no se logran plenamente cuando los individuos viven esclavizados por la pobreza o la estrechez económica.

El desarrollo de nuestra economía engrandecerá a la Nación, pero también engrandecerá el ámbito espiritual y material del hombre argentino. Aspiramos a que todos los habitantes de la Nación, los que viven en las ciudades o en los lejanos confines de la patria, disfruten de un nivel de vida decoroso, se beneficien del fruto de su trabajo, tengan acceso a las maravillosas conquistas de la civilización contemporánea. No queremos una nación rica para una minoría rica. Queremos una nación de hombres y mujeres felices; de niños y jóvenes sanos de espíritu y de cuerpo, cuya educación les provea de todos los medios para enriquecer su cultura y sus aptitudes vitales. Queremos que las condiciones materiales de la existencia permitan la consolidación de una sociedad unida por los fuertes vínculos morales y espirituales de su tradición cristiana.

2. El programa económico: un solo objetivo fundamental

Con estas convicciones –arraigadas en la propia realidad de nuestras necesidades impostergables– lanzamos un plan de firme estabilización financiera y de resuelto desarrollo económico. No es por azar

que el plan sea, en verdad, uno solo, ni que las medidas iniciales de la expansión económica hayan precedido a las de la estabilidad financiera. Decididos a transformar las bases esenciales de la economía argentina para que la Nación pueda forjar su propio destino, fijamos cuidadosamente las etapas, concebimos los instrumentos necesarios y establecimos las prioridades absolutas y relativas en el camino que habríamos de recorrer. La acción del Gobierno no puede, pues, ser juzgada de modo cabal si no se parte de todos los factores que decidieron su acción y no se confronta su desarrollo con la realidad del país y la situación internacional.

3. Desarrollo y estabilización: dos metas inseparables. Dónde estamos

Al implantar la reforma monetaria y cambiaria en diciembre de 1958, expresamos al pueblo de la República que ella constituía un esfuerzo supremo destinado a impedir que las dramáticas condiciones que soportaba el país desencadenaran una crisis económica, social y política de dolorosas consecuencias para el pueblo argentino, con sus conocidos efectos de paralización industrial, desocupación, descenso del nivel de vida y desesperación individual y colectiva. Pero añadimos que dicho esfuerzo sería inútil si no estuviera en marcha la transformación de una estructura económica que ya no puede proporcionar a los argentinos el nivel de vida a que estos aspiran y merecen. Por ello, inmediatamente de hacernos cargo del gobierno, nos lanzamos con absoluta y deliberada prioridad a promover la explotación de los recursos esenciales de que el país disponía, antes de atacar una reforma monetaria que, aunque impostergable, no podía llevarse a cabo aisladamente sin producir gravísimos perjuicios al pueblo de la República.

Por otra parte, dicha reforma no hubiera podido prosperar si no nos hubiéramos empeñado en modificar radicalmente nuestra estructura económica, a menos que consintiéramos una violenta y antisocial concentración de la riqueza. Tras asegurar el orden jurídico institucional, cumplir con los compromisos internacionales que heredamos del

pasado y modificar el concepto del país en el crédito internacional, dimos lo que se ha denominado “la batalla del petróleo”.

Como punto de partida del plan, nos propusimos el doble objetivo de alcanzar a corto plazo el autoabastecimiento en esta materia y liberar a nuestra balanza de pagos internacionales de un peso asfixiante para la economía del país.

La misma prioridad esencial en el programa de expansión económica asignamos a la explotación de los recursos carboníferos, al desarrollo de la industria siderúrgica, al establecimiento de la petroquímica, a la expansión de la producción de gas, a la conquista de las fuentes energéticas ofrecidas por nuestras caídas de agua, al programa de comunicaciones y transporte carretero. La confianza despertada en los inversionistas nacionales y extranjeros por la movilización de los yacimientos petrolíferos y de gas, prontamente se extendió a los demás sectores. Para cristalizarlo y diversificar la expansión económica, acometimos la tarea de sanear nuestra moneda y restablecer las finanzas públicas, factor indispensable para crear las bases del desarrollo nacional.

Por otra parte, la expansión económica debe ser considerada en términos prácticos desde dos ángulos. El primero es el de la acción concentrada que puede llevar a cabo el Gobierno para estimular en forma deliberada la implantación de determinadas industrias de interés nacional o el incremento de actividades económicas específicas.

En segundo lugar, debe señalarse otro criterio también fundamental, que es el de promover el desarrollo económico en su conjunto, no por la vía de una acción concentrada y directa del Gobierno para estimular tales o cuales actividades, sino estableciendo condiciones básicas por sí solas propicias para la expansión y el desarrollo de centenares de miles de pequeñas, medianas y también grandes empresas privadas. Y en este sentido, ya se está observando una tendencia fundamentalmente favorable para el país.

Durante el mes de febrero próximo pasado, por ejemplo, del total de nuestras importaciones, el 51% ha correspondido a maquinarias y equipos de producción, lo que da una idea de la intensidad del reequipamiento industrial y del desarrollo de la actividad económica que

se está operando en estos momentos. Los resultados halagüeños que en el primer año de ejecución arroja el plan en el sector monetario y financiero, deben ser confrontados con los obtenidos en el campo de nuestro crecimiento económico. Las postergaciones sufridas y los éxitos alcanzados en uno y otro aspecto del mismo objetivo constituyen el balance de la situación actual. A ellos nos referiremos en forzada síntesis, para determinar cuánto nos falta recorrer para que la República Argentina realice, en este aspecto, su destino.

4. Petróleo: autoabastecimiento

A los dos años de nuestra gestión de gobierno, la República marcha resueltamente a bastarse a sí misma en sus necesidades de combustibles líquidos. La producción petrolífera, que en 1958 fue de unos 5,5 millones de metros cúbicos, en 1959 ascendió a más de 7 millones de metros cúbicos. La producción estimada para el corriente año será de 11,5 millones de metros cúbicos, a los que hay que agregar el equivalente a la producción de gas, o sea otros 3 millones de metros cúbicos, lo que hace un total de 14,5 millones. En 1961 alcanzaremos el autoabastecimiento e incrementaremos nuestras exportaciones ya comenzadas en forma incipiente.

La gravitación del éxito alcanzado en materia de petróleo sobre la economía debe medirse también por la liberación de nuestro poder adquisitivo en el exterior. Las importaciones de combustibles insumieron en el período 1955/58, 1022 millones de dólares, valor superior al déficit de nuestra balanza comercial en el mismo lapso. Considerando que la producción nacional de petróleo y gas en 1960 casi duplicará la del año precedente, se obtendrá un importante ahorro de divisas. El país puede así aplicar esos recursos sustanciales para subvenir a otras necesidades e intensificar el reequipamiento de su economía.

Pero estos éxitos trascendentales y rotundos del esfuerzo nacional –en cuyo proceso Yacimientos Petrolíferos Fiscales mantiene la hegemonía de la Nación sobre sus fuentes energéticas– no deben hacer-

nos olvidar la magnitud de nuestras necesidades futuras en materia de combustibles.

Lanzado el país por el camino del desarrollo económico integral, nuestras necesidades energéticas se multiplicarán en razón directa del crecimiento industrial y de la tecnificación del agro.

5. Otros recursos energéticos

La acción volcada al sector petrolífero no ha actuado en desmedro de otras fuentes de energía. La canalización del gas natural hacia los centros de consumo materializa otro de los grandes triunfos logrados por la Nación en su lucha por expandir la economía nacional y abrir nuevas perspectivas al bienestar del pueblo.

La política de explotación de nuestros recursos energéticos fue complementada con la aceleración de los trabajos de construcción del gasoducto y oleoducto de Campo Durán, que acaba de entrar en servicio antes del plazo fijado.

Logrado este propósito, al millón de metros cúbicos diarios de gas que recibíamos en Buenos Aires, procedente de Comodoro Rivadavia, se suman ahora 7 millones de metros cúbicos de Campo Durán. Se han realizado ya los estudios para la construcción del segundo gasoducto desde el sur a Buenos Aires y el segundo gasoducto del norte pasando por el litoral. La línea de recorrido de oleoductos y gasoductos atrae como un imán a las nuevas industrias, que multiplican las fuentes de trabajo y el volumen de la producción.

A su vez, el Gobierno ha encarado decididamente el gran problema del déficit de energía eléctrica. En cumplimiento del convenio constitutivo de la empresa SEGBA, se está trabajando intensamente en el aumento de la capacidad de la usina de Puerto Nuevo, para lo cual se instalará un nuevo turbogenerador de 140 mil kilovatios, que ya se halla en el país y cuya puesta en funcionamiento se espera para fines del corriente año. Al mismo tiempo, se han activado las obras de la nueva y moderna central de Buenos Aires, a instalarse en Dock Sud.

No podemos, sin embargo, dejar de señalar con absoluta franqueza el hecho de que no se ha avanzado al ritmo deseado en otros sectores de la producción energética. El principal factor causante de dicho retraso está constituido por las dificultades financieras del país. No deja también de ejercer influencia en estas demoras el hecho de no comprender que la meta de una economía dinámica y de alto desarrollo está por encima de las dificultades circunstanciales que el esfuerzo nacional puede y debe vencer aquí y ahora.

En esta situación se encuentra la producción de energía hidroeléctrica y la de carbón, sectores que es menester impulsar con la misma intensidad con que se han movilizado nuestros recursos petrolíferos. A este respecto, el Gobierno desea puntualizar que en ningún momento ha desconocido la trascendencia del esfuerzo que el país espera en esta materia. Pruebas de ello son la reestructuración llevada a cabo en Yacimientos Carboníferos Fiscales con vistas a promover el desarrollo de sus actividades; el apoyo prestado a las tareas de la Comisión Mixta de Salto Grande, que acaba de licitar internacionalmente el estudio definitivo de las obras hidroeléctricas del río Uruguay; el acuerdo suscripto con el Fondo Nacional de las Naciones Unidas para el estudio del programa eléctrico y, finalmente, la garantía acordada por el Estado nacional a las obras provinciales de producción eléctrica.

El Gobierno abraza la esperanza de remover en un futuro inmediato los factores adversos aludidos respecto de la hidroelectricidad y el carbón. Además, en relación con este último, el Poder Ejecutivo cree necesario producir en el país el carbón que ahora importamos y que tenemos en nuestro subsuelo.

6. Petroquímica y química pesada: actividades básicas para nuestro desarrollo

En el campo de la industria petroquímica y de la química pesada, las realizaciones obtenidas corresponden con precisión a las previsiones del programa, para ofrecer bases sólidas e inquebrantables a nuestra expansión económica.

El financiamiento externo, materializado en forma de inversiones de capital en nuestro suelo, constituye una prueba cabal de su voluntad de sumarse al esfuerzo nacional, así como del interés despertado en el exterior por la cantidad y diversidad de nuestros recursos naturales cuando el país se ha decidido a movilizarlos. El total de esas inversiones extranjeras desde el 1º de mayo de 1958 alcanza a 330 millones de dólares, parte importante de las cuales está destinada a la petroquímica.

La petroquímica, además del significado industrial que tiene, influirá en la reactivación y expansión de nuestro agro. Los herbicidas y los fertilizantes, sumados a la mecanización de la explotación agraria y a la electrificación rural, abrirán nuevas y extraordinarias perspectivas a la fundamental producción agropecuaria.

7. Estabilización financiera

El programa de estabilización representa una amplia coordinación de las política presupuestaria, monetaria y crediticia, a fin de lograr una equilibrada utilización de todos los resortes de acción del Estado sobre el valor del dinero. Tal vez el resultado más espectacular y lo que da una más exacta medida de la intensidad del esfuerzo que está realizando todo el pueblo argentino y de la confianza y respeto despertados en el extranjero por dicho esfuerzo, es el aumento de reservas y de disponibilidades financieras que tiene hoy el país. Las tenencias de oro y divisas libres que al 1º de mayo de 1959 eran de 96,3 millones de dólares han pasado a ser de más de 400 millones de dólares al 1º de mayo de 1960, es decir, que se ha producido una mejora del orden de los 300 millones de dólares. Las reservas y las disponibilidades financieras en oro y divisas libres del Banco Central se elevan hoy a más de 600 millones de dólares. Todo ello, según se ha expresado, da una idea de la magnitud del esfuerzo argentino, y constituye una base firme para su tranquilidad futura y una garantía de que la desocupación podrá ser evitada. Estamos hoy en condiciones de emplear adecuadamente esas reservas para facilitar el equipamiento y el desarrollo del país.

Volcamos la acción del Gobierno con energía y firmeza a sanear nuestra moneda y rehacer las finanzas públicas, porque era impostergable sustituir una economía enteramente ficticia por otra en la que la población no gastará más que el conjunto de bienes y servicios que produce.

Sin embargo, conscientes de sus repercusiones sociales, fijamos el objetivo de la estabilización en el alto nivel que corresponde a una economía impulsada vigorosamente al desarrollo. Toda demora, cualquier retroceso en el plan de expansión económica nacional, torna ilusorio el objetivo de lograr una real y verdadera estabilización financiera. La circunstancia de haber logrado en poco tiempo la estabilidad monetaria, expresada en el hecho de que el peso mantiene su correlación con las monedas fuertes extranjeras, y el axioma innegable de que sin dicha estabilidad la recuperación económica y la expansión resultan vanos ideales, no deben, sin embargo, inducirnos a error. La estabilidad monetaria de que gozamos es, fundamentalmente, consecuencia de la restricción impuesta a las importaciones y de la limitación del consumo interno. Ambos factores son y deben ser de excepción y transitorios, dadas la magnitud y diversidad de los recursos naturales de que el país dispone. Por ello, la acción del Gobierno debe intensificarse en la reducción drástica de los gastos del Estado, cuyo déficit provoca anemia a la Nación, cercena su desarrollo y esteriliza el esfuerzo que la estabilización impone al pueblo.

Si bien el ritmo inflacionario ha disminuido, subsiste el déficit presupuestario que se origina en el exceso de burocracia y en la incapacidad de algunas empresas estatales o sectores de ellas para autofinanciarse. Nuestro deber consiste en corregir estos dos graves defectos mediante la racionalización de los servicios administrativos y la privatización, dentro de los lineamientos trazados, de los sectores de empresas del Estado que resultan antieconómicos en sus manos.

No puede negarse que el proceso inflacionario se halla en parte contenido y que se ha logrado cierta estabilidad en los precios, debida principalmente a la restricción del consumo, es decir, al sacrificio popular. También se ha avanzado en la racionalización de la adminis-

tración pública, pues desde enero de 1959 hasta el 31 de marzo de este año se ha disminuido en más de 50.000 agentes, cifra sin precedentes en la historia de nuestra burocracia, pero que, sin embargo, no basta para que se cumplan las metas propuestas.

Presentamos estos resultados y formulamos esta autocrítica con franco lenguaje, porque juzgamos que así estaremos en mejores condiciones para resolver uno de los principales problemas que hemos de enfrentar en los meses venideros.

8. Siderurgia: eje de nuestra expansión económica

Factores adversos a la evolución nacional han determinado un evidente retraso en el programa siderúrgico. El plan de desarrollo debió comenzar con él, pero nos decidimos por la reactivación petrolífera porque las inversiones en este campo reditúan más rápidamente que las aplicables a la siderurgia y desgravan a más breve plazo nuestra deficitaria balanza de pagos. Ello no significa rectificación alguna de la importancia fundamental que la siderurgia posee en el programa de expansión nacional, ni que el Gobierno haya cedido o ceda en el futuro en sus esfuerzos destinados a dar el máximo impulso a la industria del acero. Prueba de ello es la aceleración que hemos impuesto a los trabajos que se ejecutan en San Nicolás, cuya coquería ha iniciado su producción, como así también las obras de Fabricaciones Militares en Zapla.

Por otra parte, se ha dado un paso trascendental para el futuro de la Patagonia y del país. Fabricaciones Militares adjudicó la explotación del yacimiento de Sierra Grande (Río Negro), sobre la base integral de un plan minero y fabril, a una sociedad argentina en colaboración con un grupo de personas especializadas europeas y americanas.

Dar a la siderurgia una solución victoriosa como la que la Nación ha alcanzado para el petróleo, es vital para su economía, para su balanza de pagos y, en definitiva, para su destino. La siderurgia es uno de los pilares del bienestar de nuestro pueblo, de nuestra in-

dependencia y de nuestra soberanía como nación. Constituye el fundamento primordial del desarrollo y consolidará definitivamente la seguridad nacional. Frente a la gravitación que las importaciones de hierro, aceros y derivados ejercen sobre nuestra balanza de pagos, la magnitud de nuestras necesidades indica que ningún precio es excesivo para encarar este decisivo objetivo nacional.

Se debe recordar que nuestra producción de lingotes de acero alcanza a cubrir solo el 13,2% de nuestro consumo, por cierto altamente restringido, y que las necesidades para 1965 serán del orden de los 4 millones de toneladas, vale decir, el doble del consumo actual. Como en el caso del petróleo, la responsabilidad del Gobierno y de los distintos sectores que integran la Nación está comprometida en la lucha por la expansión siderúrgica, base esencial para la mecanización del agro y sin la cual no pueden vivir ni desarrollarse la industria liviana, el transporte y otras actividades sustanciales. El dilema es claro: o promovemos resueltamente la siderurgia nacional, con lo cual nutrimos de equipos y maquinarias a nuestras actividades primarias, a la producción de bienes intermedios y a nuestras industrias, o sometemos la producción agropecuaria a un perenne estancamiento y condenamos a las industrias existentes a una ruinosa paralización.

Se equivocan profundamente quienes sostienen que nos resulta más económico importar que producir acero. Por elevados que fueren las inversiones y los costos iniciales, la siderurgia nacional es la base absolutamente indispensable de cualquier plan de desarrollo económico. Así ha ocurrido, sin excepciones, en todas las naciones poderosas y altamente evolucionadas.

9. Transportes

Las limitaciones de la presente situación financiera nacional e internacional han impedido concentrar los esfuerzos del Gobierno en el grave problema de los transportes.

Sin los fundamentos que provienen de una vigorosa industria siderúrgica, del desarrollo de la producción automotriz y de combustibles,

de la incrementación de las plantas de material ferroviario establecidas en el país y de la iniciación del plan carretero, la mera reconstitución de nuestro sistema de comunicaciones terrestres existente habría significado cristalizar la circulación de los bienes en el signo económico que actualmente tiene, adverso al desarrollo de la Nación. Ganada la batalla del petróleo, que proporcionará combustibles líquidos en abundancia; impulsada la fabricación de camiones y automóviles mediante la radicación de capitales extranjeros e inversión de capitales argentinos, capaces de producir unidades de óptima adecuación al transporte moderno; promovido el plan de caminos, y alentada la siderurgia, se ofrecen las condiciones básicas para que el Gobierno vuelque su esfuerzo en un problema cuya solución, como la de los demás, posea los caracteres dinámicos de un incesante crecimiento económico nacional.

Al efecto, se efectúan activamente los estudios tendientes a reorganizar y equipar la integridad del sistema de transportes. Los organismos del Estado, a través de sus técnicos, conjuntamente con los de organismos internacionales especializados, se encuentran en plena realización de un programa que va desde la eliminación de los gravosos desequilibrios presupuestarios de las empresas estatales, hasta llevar a cabo el sistema moderno de interconexión que requiere la expansión de nuestra economía.

10. El plan carretero: desarrollo regional

La extensión física de un país está dada por sus límites geográficos, pero su extensión económica se determina por la intercomunicación de sus diversas regiones. Lo que no está al alcance de la Nación como entidad de conjunto, no pertenece a su actividad práctica. Y todo aislamiento implica un principio de segregación.

Desde hace más de un cuarto de siglo, la Nación no ha aumentado su red carretera y, por añadidura, la conservación de los caminos existentes ha sido sumamente precaria. Es impostergable la necesidad de imprimir un ritmo enérgico y acelerado al programa vial, a fin de comunicar las diversas zonas del país, integrándolas geográfica-

mente, y multiplicar la superficie territorial de su actividad práctica. Poner en contacto fuentes de producción con concentraciones de consumidores, activar económica, cultural y socialmente zonas aletargadas y hacer posible la convivencia intensiva de todas sus partes, abre perspectivas insospechadas al mercado productivo y consumidor, y sella la unión nacional de manera inquebrantable.

El Poder Ejecutivo Nacional acaba de dar el primer paso hacia la concreción de estos propósitos. Recientemente ha dispuesto que Yacimientos Petrolíferos Fiscales transfiera los aportes que tanto dicha empresa fiscal como las compañías privadas expendedoras de nafta deben destinar a la Dirección Nacional de Vialidad. Mientras YPF puede recurrir a otras fuentes de crédito para continuar, desarrollo de su plan de reactivación, es menester ampliar al máximo la red caminera mediante la aplicación de recursos apropiados.

11. Recuperación del agro

El Poder Ejecutivo puede anunciar que ha detenido una de las más graves crisis que ha soportado la producción agropecuaria, fuente de riqueza tradicional de nuestro país y vehículo insuperado en la obtención de las divisas que necesita la Nación para sustentar su intercambio con el exterior en forma positiva. Son visibles los signos de recuperación de la ganadería nacional, y los precios de venta, tanto internos como externos, han alcanzado, y en algunos casos superado, los de paridad de anteguerra. La superficie cultivada denota síntomas de auspiciosa mejoría: la de los dos últimos años ha sido la más extensa que registra la historia del país.

Pero, al igual que en los demás sectores de la producción, de nada valdría esta mejoría si no se transforman las bases económicas de la explotación agropecuaria. Dicha transformación depende sustancialmente de dos factores: mecanización y aplicación de nuevas técnicas. La mecanización está inexorablemente vinculada al desarrollo energético y siderúrgico. Pretender mecanizar el agro con combustible, equipos y maquinarias procedentes del exterior es un círculo vicioso

que el país viene padeciendo desde hace muchos años. Gran parte de las divisas de que dispone el país proviene de la exportación de productos agropecuarios y no bastan ni siquiera para mantener una economía estancada como la que heredamos. En consecuencia, solamente la siderurgia nacional, que abastezca de hierro, acero y derivados a la industria de tractores, maquinarias, motores e implementos agrícolas y la plena explotación de nuestros recursos energéticos podrán sentar bases sólidas y firmes para una verdadera expansión agropecuaria. Por otra parte, la acción del Instituto de Tecnología Agropecuaria y de CAFADE, con la cooperación de organismos internacionales, y el desarrollo de la química pesada y la petroquímica, podrán dotar al campo de las nuevas técnicas y de los elementos humanos capaces de impulsarlo a su real crecimiento.

La reconstitución de los planteles ganaderos permite augurar que el año próximo dispondremos de mayores saldos exportables. La contracción del consumo interno, provocada fundamentalmente por la eliminación del control de precios, es evidentemente una situación transitoria para mantener y expandir nuestras exportaciones de carnes con el objeto de mejorar nuestra posición en los pagos internacionales, deteriorada por las fluctuaciones negativas en el mercado mundial de granos. Pero nuestro objetivo, que lograremos inexorablemente, consiste en alcanzar un mayor volumen de carne que permita intensificar la exportación sin causar inconvenientes al correcto y racional abastecimiento interno.

En cuanto a la economía agropecuaria en general, se está perfeccionando la organización de la lucha contra la erosión y las plagas, y se fomentará cada vez más la modernización y mecanización de las explotaciones con métodos comerciales de empresa moderna. Solo el progreso científico-técnico del agro es capaz de aumentar la producción, liberar mano de obra para la industria y proveer altos niveles de vida a la población agraria.

Además, la conversión de la industria agropecuaria a formas científicas de explotación permitirá aumentar la producción y rebajar los costos, única manera de competir con éxito en el mercado mundial sin reducir los ingresos de los productores y peones del campo.

12. Política industrial

La expansión de la industria nacional es uno de los pilares básicos del programa de desarrollo que hemos emprendido. El Gobierno ha querido que esa expansión actuara en términos de la mayor eficiencia posible, a la par que orientada hacia altos índices de productividad. A ello ha respondido la disminución de los recargos a la importación, pero es evidente que esa rebaja no debe traducirse en un descenso de la producción ni en su estancamiento. Si esto ocurriera, la disminución de los recargos transformaría los objetivos de racionalización de nuestras industrias en depresión económica, la que el Gobierno impedirá a toda costa, por los daños sociales y los perjuicios irreparables que ocasionaría al porvenir de la República, en todos sus aspectos.

Por el contrario, el Gobierno ha adoptado medidas para favorecer el reequipamiento industrial y hará todo lo que esté a su alcance para estimular el aumento cuantitativo y cualitativo de la producción y la racionalización de los costos.

13. Comercio exterior

Los resultados de nuestra balanza comercial en 1959 demuestran que hemos ahorrado parte de las divisas que hasta entonces gastábamos en la importación de combustibles. Mientras que en el período 1955/1958 se acumularon saldos desfavorables en nuestras relaciones comerciales con el exterior por más de mil millones de dólares, hemos cerrado el año 1959 con una balanza comercial equilibrada e incluso con un pequeño superávit.

Aunque este signo no deja de ser auspicioso, no hay que sobrestimarlos. Ello se ha debido, en buena medida, a la reducción de importaciones, efecto, a su vez, de nuestro empeño en situar la capacidad de compra externa en términos reales y verdaderos que impidieron la cesación de pagos. La paulatina recuperación del campo y la movilización de los demás recursos naturales del país a través del plan de desarrollo, tornan inaplazable la acción del Estado para aumentar las

exportaciones, incluso las no habituales, y diversificar los mercados de colocación.

A este propósito sirven las normas que se han sancionado sobre *draw back*. El país está en condiciones de superar su carácter de simple exportador de productos primarios e iniciar la colocación exterior de productos semielaborados y manufacturas, para los cuales encontrará mercado en América latina y en las naciones nuevas de Asia y África.

Abolidos los controles, los cambios diferenciales y los cupos de exportación, y ubicado el tipo de cambio único en un nivel alentador para nuestras ventas en el exterior, se requiere una política comercial que desborde actividad y eficiencia. La diversidad y magnitud de nuestras riquezas naturales, y la habilidad y la inteligencia creadora de los argentinos, harán de la patria un taller de alta productividad y plena eficiencia, a medida que el plan de expansión económica avance en su realización, sobre la base de principios sanos.

Con este propósito, nuestro Gobierno ha acentuado su presencia en la coyuntura económica internacional contemporánea. En el plano regional, es notoria la participación que ha cabido a nuestro país en la creación de una Zona de Libre Comercio entre siete países de América latina, que reúnen en conjunto 140 millones de habitantes.

La Asociación Latinoamericana de Libre Comercio multiplica el mercado consumidor de las producciones nacionales, necesario para la evolución, de estas en términos de costos económicos. Además intensificará el comercio tradicional de materias primas y alimentos y promoverá el intercambio de los productos industriales que todos fabricamos en magnitudes crecientes. Atento al desarrollo de sus relaciones comerciales con Europa y los Estados Unidos, nuestro Gobierno ha seguido muy estrechamente los problemas comerciales suscitados entre la Comunidad Económica Europea y la Asociación Europea de Libre Comercio y de ambas con los Estados Unidos de América. Consciente de que el desenlace de las actuales diferencias y su evolución ulterior gravitarán directamente sobre nuestra economía, ha defendido ante los gobiernos asociados el derecho que le asiste de participar de estos acontecimientos, en su condición de país

occidental y americano y en vista de sus tradicionales e importantes relaciones comerciales con Europa y los Estados Unidos.

VI. Fuerzas Armadas. Su contribución al orden y a la paz de la República

A pesar de todas las circunstancias e incitaciones, a pesar de los hechos que requirieron su presencia en el primer plano de la vida nacional, las Fuerzas Armadas han comprendido que el país solo puede vivir y desarrollarse dentro de la legalidad. Superando episodios internos, las Fuerzas Armadas no salieron de la legalidad. Por el contrario, demostraron compartir el unánime convencimiento de que era esencial mantener la vigencia de la ley y respetar la decisión popular.

Las veces que las Fuerzas Armadas debieron abandonar sus tareas propias para hacer efectivas movilizaciones y aplicar el Plan Conintes, lo hicieron respondiendo a instrucciones expresas del poder constitucional y con la finalidad inexcusable de salvaguardar la paz y el orden interno.

En países como el nuestro, que están empeñados en promover su desarrollo y viven una dramática época amenazada por elementos de disociación, las Fuerzas Armadas son algo más que custodios de las fronteras. Se constituyen en la columna vertebral que sustenta el orden, la paz interior y la cohesión nacional. Esto lo han comprendido las Fuerzas Armadas y, por ello, me satisface afirmar que, en la Argentina, la promoción del caos y la anarquía chocaron con la indeclinable vocación nacional de los hombres de armas. Con la colaboración de las Fuerzas Armadas, la convivencia de los argentinos se desarrolla dentro el marco de la ley; y a la ley y a los gobernantes puede cambiárselos mediante la exclusiva y civilizada vía del sufragio.

Consciente de las altas funciones de las Fuerzas Armadas, el Poder Ejecutivo trata de dotarlas, en la medida de las posibilidades financieras, con todos los elementos indispensables para su perfeccionamiento profesional.

Las Fuerzas Armadas están actualizando rápidamente su preparación integral para satisfacer nuevas exigencias de la situación internacional e interna, en cumplimiento de su misión permanente de defender la integridad del territorio patrio y de garantizar la paz interior, asegurando el normal desenvolvimiento de las instituciones republicanas.

En tal sentido, destaco que para enfrentar la realidad de las nuevas formas y medios de agresión, el Ejército ha iniciado la transformación y adaptación de sus antiguas estructuras orgánicas, métodos de educación e instrucción y de preparación de sus cuadros profesionales y sus soldados, para la defensa nacional.

La patria entera sabe de la capacidad, heroísmo, sentido del deber y eficiencia técnica de los hombres a quienes ha entregado un uniforme para que la defiendan. Pero sabe, también, que toda esa calidad humana, en un mundo regido por los avances tecnológicos, puede ser ineficaz si no está sustentada en un desarrollo científico-económico.

Por ello, el Poder Ejecutivo está seguro de que la única posibilidad sería de proveer a las Fuerzas Armadas de los medios de defensa más avanzados, es la de lograr el desenvolvimiento integral de nuestras riquezas. Sin autoabastecimiento petrolífero, sin energía eléctrica, sin acero, sin petroquímica, sin industria pesada, sin caminos y medios de transporte, sin alta investigación científica, no puede existir auténtica defensa nacional en la era moderna.

El Gobierno está decidido a atacar los problemas en sus causas profundas y así como trabaja para modificar las bases de una estructura económica que frena a un país de inmensas posibilidades, quiere plantear el vital tema de la defensa de la República en sus términos más hondos y reales. Sin desarrollo científico-económico no puede existir defensa nacional. Y esa adecuación de los términos reafirmará una vez más la indisoluble unidad del pueblo con las Fuerzas Armadas. El soldado, el obrero, el universitario, el sacerdote, el político, el comerciante, el industrial, el agricultor, contribuirán todos, desde su esfera de acción, a realizar la histórica vocación de una patria grande.

VII. Política internacional

En el año 1960, la situación mundial experimenta profundas transformaciones. Este hecho adquiere particular significación para nuestro proceso de desarrollo. En términos generales, puede afirmarse que las tensiones entre los grandes bloques han ido derivando del terreno estratégico militar al económico-social.

Con ello, la llamada "guerra fría" comienza a ceder y esa situación crea condiciones favorables para los intereses de los Estados que necesitan de la cooperación de los países más evolucionados para su desenvolvimiento.

Nuestra política exterior tiene en cuenta esta coyuntura y está al servicio de una firme y definida política de desarrollo nacional. Reiterando la amistad con todos los pueblos del mundo y manteniendo siempre una estricta defensa de la soberanía nacional, hemos actuado en los organismos internacionales con absoluta independencia, seriedad y mesura. Nuestros representantes han sostenido los principios tradicionales de la conducta internacional argentina.

Hemos apoyado con nuestro voto las aspiraciones de los pueblos por su independencia; hemos auspiciado todas las formas de integración y cooperación económica en beneficio de las naciones insuficientemente desarrolladas; hemos bregado por la protección internacional de los derechos humanos y hemos reiterado nuestra inmovible adhesión al principio de no intervención y a los esfuerzos por afianzar la paz del mundo.

Fieles a la norma de que la política exterior de un estado no es sino la proyección, en la esfera mundial, de sus ideales e intereses nacionales, actuamos conscientes de que pertenecemos a la comunidad americana y occidental, dentro de la cual han de realizarse nuestros objetivos particulares, sin perder el sentido de la vocación universal que hemos expresado en toda nuestra historia. Ningún país, ninguna región del globo, pueden aislarse de los problemas de un mundo cada vez más interdependiente y más convencido de la necesidad de afianzar la paz entre los pueblos.

En la Conferencia sobre la Antártida, logramos imponer la tesis argentina, consagrada en el tratado, contraria a la internacionalización de esa zona. En ese instrumento se han incorporado los principios de libertad y cooperación en el estricto terreno de la investigación científica con fines pacíficos, proscribiéndose las explosiones nucleares en toda la región antártica.

Como testimonio concreto de una política de paz y solidaridad con los pueblos hermanos de América, debo destacar que hemos suscrito con la República de Chile las bases de un acuerdo para la solución definitiva de los problemas limítrofes. Los problemas relacionados con el canal de Beagle y río Encuentro se resolverán mediante el recurso de soluciones pacíficas que han de establecerse en los documentos que oportunamente serán sometidos a la consideración de Vuestra Honorabilidad.

En la parte, económica de este mensaje, analizamos las nuevas agrupaciones y alineamientos de los intereses nacionales y regionales de orden mundial y su repercusión sobre la economía argentina. La clara tendencia hacia las integraciones zonales y los grandes cambios sobrevenidos en la posguerra obligan a nuestra política económica a tomar en cuenta dichas situaciones, para que ellas no resulten perjudiciales a nuestros intereses y, por el contrario, puedan favorecerlos.

Esta es una de las razones que nos han determinado a aceptar la invitación de visitar países europeos tradicionalmente vinculados al nuestro. Entendemos que el contacto personal entre jefes de Estado, procedimiento corriente y de notorios resultados en la diplomacia actual, nos permitirá exponer con claridad el pensamiento argentino dentro del cuadro de la actual situación mundial. Ubicado nuestro país en el sistema de cooperación interamericana, este viaje pondrá en evidencia nuestro anhelo de mantener y ampliar las tradicionales corrientes de intercambio entre la Nación Argentina y la Europa continental e insular, en todo aquello que favorezca los firmes objetivos de nuestro desarrollo espiritual y económico. La apertura de nuevos y vastos mercados como consecuencia del histórico despertar de los pueblos coloniales, ha interesado profundamente a las grandes y medianas potencias de Europa y debe interesar a nuestro país, que

se apresta a ingresar al mundo de las naciones desarrolladas y exportadoras de otros bienes que no sean los tradicionalmente agropecuarios.

Por otra parte, estimo oportuno subrayar a Vuestra Honorabilidad la magna significación americanista que asumieron las visitas de los presidentes de México, licenciado López Mateos, y de los Estados Unidos, general Eisenhower.

El viaje del presidente mexicano ha consolidado más aún los indestructibles lazos que nos unen al pueblo azteca.

La visita del primer magistrado de la Unión y el recibimiento que nuestro pueblo le dispensó, son testimonio elocuente de la firme amistad que existe entre nuestros dos países.

También debemos destacar que la visita del presidente Sukarno, de la República de Indonesia, ha reafirmado, una vez más, que la Argentina mantiene cordiales relaciones con todas las naciones del mundo.

En síntesis, nuestra política exterior, estructurada en el sistema interamericano, acentuará de ahora en más su proyección universal, en la medida en que se cumplan los planes de expansión cultural y material que se ha trazado nuestro pueblo con clara visión de su grandioso destino.

En lo que se refiere al culto, el país exhibe un clima de libertad religiosa y respeto mutuo entre todos sus habitantes, ofreciendo así en el campo espiritual una muestra ejemplar de armónica convivencia. El Gobierno auspicia complacido las manifestaciones del espíritu religioso de nuestro pueblo, pues sabe que ellas son un elemento fundamental para la paz social, el perfeccionamiento moral y aun el desarrollo material.

Tenemos el ejemplo del Congreso Eucarístico Nacional de Córdoba, que se prestigió con la visita del legado pontificio, y en donde se comprobó palpablemente el vigor de nuestra tradición católica y las excelentes relaciones imperantes entre la Iglesia y el Estado. En este aspecto, el Poder Ejecutivo está dispuesto a encarar toda posibilidad de adecuar esas relaciones a la realidad actual.

VIII. Política cultural

La política cultural del Poder Ejecutivo tiende a que la cultura actúe en función del desarrollo integral del país y, paralelamente, a que, a través de ese desarrollo, todo el pueblo tenga pleno acceso a los supremos bienes del espíritu. Queremos una educación de frente al país y a su servicio. Queremos una cultura que realice, dentro de la línea de su entrañable tradición espiritual y en un clima propio de la mayor libertad, todas las virtualidades del hombre argentino. Nuestra intención será ver instalarse todos los días, a lo largo de todo el país, escuelas, centros de investigación científica, bibliotecas y museos.

Pero en esta, como en todas las otras grandes cuestiones nacionales, es imprescindible discernir con realismo y seriedad el verdadero fondo del problema. De nada sirve que levantemos, agobiando todavía más el presupuesto nacional, edificios dedicados a la investigación científica, si luego no podemos terminarlos o no podemos dotarlos del instrumental adecuado, o si, posteriormente, los graduados tienen que emigrar a otros países buscando las oportunidades que su tierra es incapaz de brindarles. Por lo tanto, al lado de un instituto para la formación de técnicos siderúrgicos nosotros queremos construir un alto horno. Para que el instituto pueda mantenerse y para que sus alumnos tengan dónde volcar sus conocimientos.

El Poder Ejecutivo, dentro de sus posibilidades reales, mantendrá y acrecentará sus aportes en la materia. El próximo censo escolar, entre otras cosas, demostrará el notable avance que se ha realizado contra el analfabetismo, pero también que el último resabio de este mal, el ausentismo, encuentra su explicación en necesidades familiares, dificultades de transporte y otras razones que se originan en deficiencias de la economía.

Este hecho refuerza la convicción del Poder Ejecutivo de que una de sus mayores contribuciones a la educación y a la cultura, debe ser la creación de un clima social asentado sobre una economía de desarrollo y regido por las normas jurídicas.

Por ello existe exacta correspondencia entre el plan de desarrollo y la libertad de enseñanza que se ha acordado plenamente. No

queremos que la República pierda ningún aporte cultural o técnico necesario para su grandeza, liberación y bienestar.

Los primeros resultados de esa política educacional, que originó tantos equívocos, no hacen sino confirmar la razón de la tesis. El Poder Ejecutivo está adoptando una serie de medidas para complementarla en el plano administrativo y con profunda satisfacción ve surgir institutos universitarios privados y centros de investigación técnica, que responden a necesidades vitales del desarrollo nacional.

Por lo tanto, el Gobierno mantendrá, en toda plenitud, su apoyo a la universidad oficial, pero al mismo tiempo no escatimará ningún esfuerzo para auxiliar otras fuentes de promoción intelectual, técnica y científica que son esenciales para la Nación.

Queremos que por la vía estatal o privada, a los abogados, médicos, historiadores o filósofos, se sumen más ingenieros industriales, físicos, químicos, agrónomos, especialistas en siderurgia, en caminos, en petróleo, en electrónica y en todas las otras manifestaciones de la tecnología contemporánea. Estamos decididos a que nuestros jóvenes no contemplen barreras alzadas frente a sus inquietudes y que a través de su completa realización personal puedan contribuir al esfuerzo de convertir a la Argentina en una gran potencia.

IX. Salud pública

El vital problema de la salud pública, con los medios materiales que exige, es considerado por el Poder Ejecutivo de acuerdo con la idea central que preside su acción.

Vale decir, que para abarcarlo integralmente hacen falta recursos y que para conseguir estos recursos es indispensable el desarrollo económico.

A pesar de esta dificultad, que hace a la esencia de la cuestión, el Poder Ejecutivo no ha escatimado esfuerzos para lograr las condiciones biofísicas y sociales necesarias para el hombre en su lucha contra la enfermedad y su acceso a una plena salud, meta final de la asistencia sanitaria contemporánea.

En procura de una mayor y mejor salud pública, el Gobierno coordinó los esfuerzos de la Nación y de las provincias para luchar contra las enfermedades en todo el ámbito de la República y, al mismo tiempo, jerarquizó los medios de acción para obtener su utilización racional y sus prioridades en forma tal que pudieran reforzarse los que fueran más insuficientes.

El aumento de técnicos en sanidad mediante la creación de la Escuela Nacional de Salud Pública; la creación de departamentos de Medicina Preventiva y Social en los hospitales; las campañas de vacunación y los centenares de puestos de hidratación inaugurados, demuestran, entre otras cosas, la sensibilidad del Poder Ejecutivo para atender uno de los más trascendentes problemas de la Nación.

Pero faltaría a la verdad si no proclamara esta verdad fundamental: solo podremos proteger la salud pública en forma adecuada si tenemos los medios imprescindibles y estos solo los tendremos mediante el desarrollo económico.

En este sentido, estoy persuadido de que al surgir un nuevo pozo de petróleo o instalarse un alto horno o terminarse un dique, se estarán construyendo en ese o en cualquier otro lugar del país los cimientos de una vivienda, de una escuela o de un moderno hospital.

X. Conclusiones. Perspectivas

En esta forma queda enunciada la línea general de los últimos doce meses de gestión del Poder Ejecutivo. La hemos presentado ante la Honorable Asamblea omitiendo aspectos concretos que encontrará en la Memoria anexa.

A pesar de todas las dificultades, a pesar de los riesgos e inconvenientes de todo orden, la acción mancomunada de pueblo y Gobierno ha permitido que muchas de las metas esenciales estén a la vista y algunas, incluso, casi conquistadas.

Pocos Gobiernos han sido tan atacados como el nuestro.

Consciente de las difíciles circunstancias en que le toca desenvolverse, no se detiene a contestar agravios. Prefiere exhortar a la unión

de todos los argentinos en lugar de ahondar sus diferencias. Porque no es el prestigio de un gobierno el que está en juego, sino la existencia misma de la Nación, su estabilidad jurídica, su paz social, su futuro económico, su progreso espiritual.

Hemos sorteado las amenazas de la violencia, con sacrificios que no todos comprendieron. Pero día a día debe afianzarse el clima de convivencia ajustada al derecho. Y en la medida en que los distintos sectores de la vida nacional acepten la legalidad como marco del debate cívico, se ampliarán las bases democráticas hasta abarcar a todos los argentinos.

Creemos firmemente que la consolidación de la paz interna y de las instituciones, así como la discusión libre y civilizada de todas las ideas, son requisitos indispensables de la estabilidad y expansión de una economía moderna, base de la justicia social. Estamos ejecutando un plan económico que transformará caducas estructuras y creará condiciones permanentes de abundancia y bienestar para el pueblo. Para esa obra, estamos resueltos a soportar todos los ataques y a resistir todas las presiones. Esta obra pertenece a la Nación y no importa quiénes sean sus ejecutores, porque la bandera del desarrollo nacional ya no puede ser arriada. Solamente las vacilaciones y temores de hoy pueden poner en peligro nuestras conquistas de mañana. Dios dará fortaleza a todos los argentinos para consumir sin claudicaciones la tarea que han iniciado.

No podemos concluir este mensaje sin reconocer el mérito del verdadero protagonista de esta nueva hazaña argentina; sin reconocer, emocionada y orgullosamente, la admirable capacidad de patriotismo, sensatez y sacrificio de nuestro pueblo. Ese pueblo, que soporta las mayores privaciones, inevitables en esta etapa, debe ser el beneficiario del éxito. Aunque algunos hechos le parezcan contradictorios o se intente confundir su ánimo, debe estar seguro de que, con todo nuestro espíritu, con todo nuestro corazón, con todas nuestras fuerzas y a pesar de todas las circunstancias, es su libertad esencial, su felicidad y su grandeza lo que inspira cada minuto de nuestra acción de gobierno.

Tenemos la esperanza de que la historia pueda decir que los sacrificios no han sido inútiles porque hemos servido a la causa del pueblo argentino.

Invocando para vuestras deliberaciones la protección de Dios y la inspiración de la patria, declaro abierto el período de sesiones del Honorable Congreso de la Nación, en este año del sesquicentenario de la Revolución de Mayo, con que se inicia el proceso de nuestra emancipación nacional.

La Argentina y el Uruguay

*Mensaje para CX8 Radio Sarandí de Montevideo,
grabado el 10 de mayo de 1960*

Los argentinos vemos en el pueblo oriental al viejo compañero de las luchas heroicas emancipadoras de las primitivas provincias del Río de la Plata y al noble hermano en todas las ásperas alternativas de las posteriores luchas políticas por el afianzamiento constitucional y democrático de las dos repúblicas, que, como consecuencia de aquella transformación emancipadora, nacieron en una y otra ribera del gran río.

Hijas, vuestra República y la nuestra, del movimiento libertador de 1810, es una inmensa dicha comprobar cómo, al siglo y medio, nuestra fraternidad originaria nos abraza más fuertemente que nunca y cómo, ante el nombre sagrado de la Revolución matriz de Mayo, nuestros pueblos se descubren reverentes y, replegados en la meditación histórica, contraen su conciencia hacia el cumplimiento, conforme a las necesidades de hoy, de los grandes ideales que emergen de aquella epopeya progenitora.

Esas necesidades de hoy consisten principalmente en hacer efectivas y dar bases económicas duraderas a la libertad, la justicia y la democracia que enseñaron e impulsaron los próceres fundadores. Si los hombres deben ser sagrados para los hombres y los pueblos para los pueblos, juntamente con el Estado de derecho en el orden nacional e internacional –que ha de prevalecer por sobre todas las dificultades– y el funcionamiento representativo de la república, los gobiernos no podrían ya concebirse sino habilitando aquellas bases económicas que la superación humana y la realización nacional y la internacional exigen.

Para esa gran tarea, de desarrollo nacional y americano, signo de la nueva era cuyo advenimiento fluye, debemos los pueblos de la América latina buscar soluciones conjuntas a los problemas comunes. Solo una integración económica mancomunada permitirá a la América latina emerger definitivamente de su actual condición, asegurando para sus pueblos la libertad con justicia. Pero este proceso es difícil si cada país pretende afrontar separadamente la tarea. Una labor coordinada permitirá, en cambio, cumplir con las dos condiciones principales del desarrollo económico exigido: contar con la mayor suma de los recursos posibles y ampliar los mercados en la medida de las inversiones necesarias.

De una manera natural, esa labor debe comenzar desde ya entre las naciones limítrofes. ¡Cómo no habríamos de llevarla a cabo triunfalmente la Argentina y el Uruguay, educados en la solidaridad desde su nacimiento como naciones!

En ese sentido, es auspicioso que estemos avanzando los dos países fraternos ribereños del Plata. Ahora mismo, comisiones mixtas elaboran planes de intensificación del intercambio y de organización de las defensas del común de nuestra producción básica. Un concurso mundial exitoso permitirá la confección de los planos definitivos de la gran represa de Salto Grande, destinada a transformar la economía del Uruguay y de vastísimas zonas de nuestro territorio; mientras el afán de la comunicación más viva e intensa de nuestros pueblos proyecta alzar un gran puente sobre el río Uruguay, por donde podrán circular personas y mercaderías y tenderse fecundos oleoductos, gasoductos y líneas eléctricas de alta tensión.

Así que la gran fecha del sesquicentenario nos toma cultivando con la República Oriental del Uruguay los sentimientos de nuestra hermandad histórica, pero afirmándolos, conforme las necesidades de la época, con propósitos del más vigoroso desarrollo y de mutua eficaz coordinación.

Para el Presidente de la Nación Argentina es honroso y grato dejarlo así consignado, deseando al pueblo uruguayo en el gran aniversario común tanta ventura de porvenir como a su propio pueblo desea.

El sesquicentenario de la Revolución de Mayo

Discurso inaugural de las celebraciones del sesquicentenario de la Revolución de Mayo, pronunciado en los balcones del Cabildo de Buenos Aires, el 22 de mayo de 1960

I

Desde las venerables salas del Cabildo de Buenos Aires, donde se oyó hace siglo y medio la voz vibrante de una patria que nacía, declaro inauguradas las ceremonias con que celebramos el 150^o aniversario de la Revolución de Mayo.

En este mismo Cabildo y en esta misma plaza, un puñado de héroes dio los pasos iniciales de una epopeya que el Ejército de los Andes culminaría en Chile y Perú años más tarde. El pensamiento de Mayo se hizo carne en el corazón de todo un pueblo, improvisó sus armas, exigió sacrificios a ricos y pobres, y triunfó en praderas, ríos y montañas, muy lejos de esta Plaza Mayor.

El ámbito de la gesta es un paisaje de dimensión majestuosa. Desde los Andes al Atlántico un continente nuevo y misterioso configura el marco que requería la hazaña emancipadora. Es en ese ámbito donde se desarrolla nuestra pequeña sociedad colonial, simple en su comunidad de aldea, primaria en su aprendizaje, pero en cuyo seno estaban dadas las condiciones históricas para la gran transformación.

De ese núcleo elemental, de esa vida quieta y apacible surgen, sin embargo, los hombres creadores que dirigen el proceso con genio, con pasión, con desprendimiento religioso. No existían técnica, ni armas, ni poderío económico.

Toda la acción se improvisaba frente a los hechos. Sin embargo, la revolución se produjo y se propagó triunfante. Es que Saavedra, Moreno, Belgrano, San Martín y tantos otros poseen en su escala humana la dimensión de los héroes. Ganan batallas, organizan estados,

publican libros. Ellos son los que responden victoriosamente a la adversidad, los que forjan el estilo y el perfil de la patria.

Junto a este puñado de hombres está el otro gran protagonista: el pueblo de la fe y del heroísmo. Unos pocos miles de hombres y mujeres a lo largo y a lo ancho del dilatado territorio. Es la legión que se pone en marcha movida por el solo fuego del espíritu. Esos hombres simples, incultos y rutinarios se convierten, en virtud de una esperanza, en artesanos incontenibles de la historia.

En la estela de sus marchas y de sus victorias van quedando sus hogares, su vida solariega y su suelo nativo.

Dan prueba, en cien combates, de la fe que los anima.

Marchan juntos hacia la culminación de la epopeya impulsados por una misma esperanza; la de crear en este rincón de la tierra americana una patria libre donde imperen para siempre la justicia y el ideal de la dignidad humana.

Es ese mismo pueblo el que forjó en la acción la unidad nacional. El gaucho de la campaña y el hombre de la ciudad, el soldado y el sacerdote, el criollo y el mestizo, se unieron en el sacrificio común y en el ideal compartido.

El país participa así del milagro de la unión de todos. Es por ello que Mayo se graba en el umbral de la nacionalidad prefijando que nuestro gran destino nunca podrá ser definitivamente asegurado al margen de la unión y de la concordia.

La historia grande de una nación solo recoge aquellos momentos en que los pueblos que la viven han sabido deponer sus discordias en aras del supremo interés de la patria. Por ello pudo realizarse en Mayo el esfuerzo genial que triunfó en el campo político y militar, y superó los obstáculos tremendos de un espacio americano que parecía inconquistable.

II

Mucha sangre se ha derramado desde entonces. Una nación independiente se gesta en un largo y cruento proceso de luchas, aciertos y errores, conquistas y retrocesos.

Ningún pueblo ha escapado a esta implacable ley histórica que le impone tremendos sacrificios para la conquista de su soberanía y de su libertad. No es solamente la guerra contra el adversario extraño; son las disputas internas, entre facciones y hombres de la misma causa patriótica, que no se ponen de acuerdo sobre las formas y los métodos de la empresa común.

La historia argentina registra, hasta nuestros días, episodios sucesivos de esta búsqueda afanosa del camino emancipador. Provincianos y porteños, unitarios y federales, se enfrentaron en el largo período de la independencia y la organización nacional. A veces, la pasión de la lucha los arrastró al odio y a la guerra entre hermanos. Sin embargo, aun en medio de la confusión y el estrépito del combate, por encima del rencor y de la sangre, un mismo ideal los inspiraba. El sentimiento de patria estaba presente en el error de unos, en la clara visión de otros, en las vacilaciones de muchos, en el coraje de todos. La historia explica ahora lo que a muchos les parecía incomprensible y realiza la síntesis que entonces pudo juzgarse quimérica. Visto en la perspectiva serena del tiempo, el tumulto del pasado se aquieta y se vislumbran las líneas directrices de la unidad nacional. Nada se ha perdido en la lucha. Todo se proyecta en la experiencia, que recogen las sucesivas generaciones y que va delineando el patrimonio auténtico e indivisible de la Nación Argentina.

La lección de grandeza que nos han legado los hombres de Mayo, sirve para iluminar nuestra senda y templar nuestras voluntades. Sirve también para señalarnos el ideal común, acerca del cual no caben discrepancias: el afianzamiento definitivo de la nacionalidad.

La Nación está más allá del espíritu faccioso, más allá del interés parcial de los sectores, de las clases sociales y de las regiones que integran su geografía. La Nación es el bien común, el pasado, el presente y el porvenir. Para defender y engrandecer la comunidad nacional, se deben deponer todas las consideraciones partidistas, perfectamente legítimas, siempre que no pongan en peligro la existencia misma de la patria.

Hemos establecido, a través de siglo y medio de constante esfuerzo, una democracia representativa y republicana, como lo quisieron

los hombres de Mayo. Es todavía una fórmula no lograda en su plenitud, una realidad precaria, permanentemente amenazada por nuestras impaciencias y nuestra intolerancia, pero que los argentinos nos hemos propuesto consagrar como principio inconvencible y definitivo de la vida nacional.

La perfección teórica de nuestras instituciones no corresponde a una realidad económica, social y cultural acorde con esas elevadas normas jurídicas. Hemos edificado la República del derecho y de la ley, pero sus bases culturales y materiales son todavía endeble y vulnerables. Las presiones externas y las divisiones internas que amenazan nuestra soberanía desde los primeros tiempos de nuestra vida independiente desaparecerán solamente cuando seamos una nación totalmente realizada. Para ello, debemos dar contenido real a nuestra independencia, consolidando nuestras formas espirituales y culturales y desarrollando nuestros recursos materiales. No seremos la nación que los héroes de Mayo proyectaron mientras no seamos capaces de asegurar los beneficios de la libertad para todos, integrar nuestra extensa geografía, liberar la economía de todo resabio colonial, proveer trabajo, bienestar y cultura a todos los habitantes del país.

Cuando hayamos logrado esta síntesis nacional, será más fácil cumplir en el mundo la misión que nos incumbe. Podremos contribuir a la consolidación de una gran comunidad americana y desde ella gravitar más decididamente en el ámbito universal. No queremos una nación fuerte pero aislada, sino una nación con el poderío suficiente para aportar su esfuerzo a la gran aventura de un mundo unido en la paz y la justicia. De un mundo lanzado a la generosa empresa de extirpar de la humanidad –de toda la humanidad– el miedo, la opresión, la miseria y la ignorancia.

Constituimos una sociedad abierta al influjo civilizador de todas las razas y naciones del orbe. De ese influjo hemos nacido todos los argentinos, herederos de la cultura hispánica de nuestros colonizadores y de las culturas de los pueblos de nuestra diversa y fecunda corriente inmigratoria. No nos separan odios ancestrales de raza o de religión, ni nos divide la existencia de rencores sociales.

La Argentina está afirmando, en medio de incontables dificultades, la estructura jurídica del Estado. Si somos tenaces y sabemos conducirnos dentro del marco civilizado de la ley, acortaremos la distancia que nos separa de la auténtica y definitiva convivencia democrática.

Ya no necesitamos dirimir nuestros pleitos en el campo de batalla. Rechazamos la violencia en todas sus formas, para que la ley sea voluntariamente consentida por todos en vez de ser impuesta por la fuerza.

Ahora tenemos que ganar otras batallas. Extraer nuestros minerales, mecanizar nuestro agro, electrificar el país entero, construir caminos, fundir acero, fabricar maquinarias, formar técnicos, educadores y artistas, y difundir los beneficios de la salud, la educación y la civilización moderna a todo el país.

Pero las batallas más importantes y difíciles de ganar son las espirituales. En nuestro caso, la afirmación, en todos los argentinos, del gran principio de amor que encierra la moral cristiana y de los eternos ideales de libertad, justicia y democracia que Mayo nos legó.

Este es el mandato que hemos recibido de la historia, el mandato que específicamente toca cumplir a nuestra generación. Dentro de la paz interna y del orden constitucional inalterable, con formas económicas en proceso de desarrollo, el pueblo argentino desplegará ante el mundo sus inmensas riquezas espirituales, su generosa vocación humanista, su acendrado amor por la libertad y la democracia, su íntima filiación cristiana.

En este aire jubiloso de las grandes efemérides, desde el solar que vio nacer el espíritu de Mayo, invoco a los padres de la patria para que su memoria nos aliente y nos inspire.

Invoco a José de San Martín, quien nos enseñó este noble concepto de concordia:

“La unión y la confraternidad, tales serán los sentimientos que hayan de nivelar mi conducta pública cuando se trate de la dicha y de los intereses de los pueblos”.

El bronce de las campanas del viejo Cabildo nos convoca al emocionado recuerdo de los días gloriosos de Mayo.

La Nación que surgió de esas jornadas es hoy una fecunda y vigorosa comunidad de seres libres, obstinadamente empeñada en afirmar su independencia y su prestigio en el mundo.

Frente a todas las dificultades de nuestro quehacer contemporáneo, debemos evocar la fe, la audacia creadora y el genio de los patriotas que soñaron, lucharon y se sacrificaron para gestar una nación soberana.

Sus esperanzas y sus luchas siguen siendo las nuestras.

Que sean nuestros también su valor, su nobleza, su pasión patriótica, su hermandad en la proeza de construir la patria. Que Dios nos ilumine para que el año del sesquicentenario sea el de la unión, la justicia y la paz entre todos los argentinos. Que el espíritu de Mayo descienda sobre nosotros y nos aliente con su luz inspiradora y eterna.

La problemática de América latina en la perspectiva histórica

Discurso pronunciado en la comida ofrecida por el señor Presidente de la Nación a los señores jefes de las delegaciones extranjeras, en Buenos Aires, el 24 de mayo de 1960

El pueblo argentino se siente honrado de que hayáis venido a compartir con nosotros la inmensa emoción de celebrar el 150^º aniversario de la gloriosa Revolución de Mayo. Y agradece ese gesto que afianza la amistad profunda que une a los argentinos con todos los pueblos de la tierra, síntesis de fraternidad que es también la síntesis del pensamiento rector de los fundadores de la Nación.

Mantener la mano tendida a la amistad del mundo es un rasgo esencial del carácter argentino. Nos distingue desde los días iniciales de nuestra gesta emancipadora, se expresa poéticamente en las estrofas de nuestro Himno Nacional; vive en las páginas tumultuosas de nuestra historia y asume jerarquía institucional en los preceptos generosos de la Constitución Argentina.

El acontecimiento que celebramos, aunque esencialmente argentino, fue continental por sus proyecciones y universal por sus fundamentos ideológicos. Mayo de 1810 es la eclosión en nuestra patria de las grandes corrientes del pensamiento republicano, que marchaban por los caminos del mundo proclamando que la dignidad del hombre solo es concebida en la plenitud de su libertad.

Y sobre la base de ese principio que resumía una elevada concepción del ser humano, se propagó de inmediato a gran parte de la América hispana. San Martín y Bolívar, entre otros, le dieron la dimensión y la trascendencia de empresa común de todos los pueblos de América. Los teóricos de la Revolución y sus ejércitos victoriosos sellaron, en jornadas heroicas, la indestructible unidad de América latina, unidad de la que los pueblos son sus más legítimos protagonistas.

Los bronces que hoy resuenan en los campos y ciudades argentinos, exaltan una epopeya americana alentada por un pensamiento universal. La Revolución de Mayo, uno de los gritos inaugurales de la libertad del continente, se constituye así en capítulo trascendente de la historia de la libertad del hombre.

La América, libertada como consecuencia de la voluntad de sus pueblos, pertenece hoy, por sus orígenes y su vocación, a una humanidad que se empeña en la búsqueda de normas y realizaciones que permitan preservar la libertad y asegurar la justicia.

Nuestra América, uno de los escenarios de la liberación espiritual y material del hombre, es protagonista y no mero testigo del drama de un mundo que, pese a todos los obstáculos y retrocesos momentáneos, marcha hacia la consolidación de la paz y hacia la convivencia fraternal entre todas las razas y todas las naciones.

La paz no es una abstracción, ni la simple negación de la fuerza, ni tampoco una tregua valiosa pero cargada de peligros. La paz es el resultado concreto de la convivencia internacional, fundada en el respeto recíproco de los Estados y la colaboración sin discriminaciones entre los componentes de la comunidad universal.

América latina ha dado el ejemplo histórico del respeto a las soberanías ajenas, y ahora ha tomado medidas concretas para integrar sus economías nacionales en un activo y libre intercambio entre sus Estados.

Pero se ha preocupado al mismo tiempo de señalar, enfáticamente, que su integración regional no significa aislamiento y mucho menos hostilidad frente al resto del mundo. Por el contrario, aspira a una integración regional para servir mejor, más eficientemente, a la expansión del comercio internacional, y al progreso cultural y material del mundo entero.

Queremos ser económicamente más fuertes, no para restar nuestras fuerzas al concierto mundial, sino para sumarlas a las energías que buscan el bienestar de la humanidad en su conjunto.

Ser más fuertes significa diversificar, expandir y tecnificar nuestras respectivas economías nacionales y acrecentar nuestro acervo científico y cultural. Significa superar la etapa de la producción prima-

ria e incorporarnos a las formas avanzadas de la economía moderna. Este enunciado, tan simple en apariencia, demanda un gran esfuerzo y una adecuada coordinación de factores para hacerlo realidad.

Nuestro país está realizando ese esfuerzo de superación con grandes sacrificios de su pueblo. Le inspira la certidumbre de que el camino escogido conduce inevitablemente a la victoria y está alentado por el espíritu inquebrantable de la libertad, la independencia y la justicia.

Sin embargo, no se puede ocultar que el logro de la vida autónoma y la vigencia de las instituciones democráticas en continuo perfeccionamiento, solo se tornan factibles en el marco de una política mundial que tenga en cuenta, como factores indispensables del bienestar y el progreso, a todos los pueblos de la tierra. Hoy puede afirmarse que el desenvolvimiento de los países poco desarrollados no solo es un imperativo de justicia, sino condición ineludible de la seguridad y la prosperidad de las propias naciones más desarrolladas.

Viven en América latina doscientos millones de seres humanos que han elegido un camino respondiendo tanto a los dictados de su conciencia, como a las condiciones culturales y materiales del proceso histórico. En este esfuerzo han volcado lo mejor de su espíritu y han puesto, sin retaceos, toda su pasión.

En tan difícil camino los guía su irrenunciable vocación cristiana, esencialmente ecuménica, que los hace parte de un mundo que no admite divisiones insuperables. Por eso, son hoy paladines de la convivencia universal allí donde pueda oírse su voz.

Y, sin embargo, aunque el espíritu de nuestros países esté en el alto nivel que la civilización ha alcanzado, la mayoría de los habitantes de la América latina se encuentran privados de gran parte de las ventajas que esa misma civilización ahora ofrece. Esta dramática paradoja constituye un desafío no solo para nuestros pueblos, sino para todos los pueblos del mundo. En la elevación de las condiciones espirituales y materiales de vida de los países y en el proceso de la afirmación completa de las nacionalidades, nuestra América no puede estar ausente.

Así como hace 150 años fue parte de una de las revoluciones políticas más importantes de los tiempos, no puede hoy quedar al margen

de las transformaciones que vive la humanidad, en esta hora dramática y grandiosa de su historia.

La cooperación internacional en todas sus formas –aporte de capitales, asistencia técnica y expansión del intercambio cultural y material– es absolutamente necesaria para que el proceso de desarrollo de estos pueblos se cumpla en menos tiempo y con menos sacrificios.

De estas formas de cooperación internacional, que están en la base del pensamiento liberador que inspiró la gesta de Mayo, ninguna más efectiva y permanente en el terreno material que la de asegurar y ensanchar los canales del comercio exterior de los países en lucha por su desarrollo.

La exportación regular y competitiva de sus productos es el único instrumento permanente para incrementar su capacidad financiera y técnica. Para los países altamente desarrollados, esto significa al mismo tiempo consolidar y expandir los mercados para sus máquinas, materias primas industriales y capitales de exportación.

Contra esta concepción del comercio se levantan muchas medidas proteccionistas o restrictivas que traban la colocación ventajosa de nuestros productos primarios en el mercado mundial. Esto contradice los preceptos librecambistas que los países industrializados tratan de imponer a favor de sus exportaciones. Y, además, aunque momentáneamente favorezcan al sector agropecuario de dichos países, a la larga perjudicarán su economía considerada en su conjunto.

Para América latina no hay otra solución de fondo al deterioro de los términos de su intercambio, que no sea la expansión de sus economías en sus rubros básicos. Sin ello, no hay autonomía y, en consecuencia, tampoco puede haber altos niveles de vida, culturales y materiales.

He mencionado estos problemas en un acto eminentemente protocolar, porque estoy seguro de que habréis de convenir en que las relaciones internacionales exigen en nuestro tiempo un lenguaje amistoso, claro y, fundamentalmente, pleno de franqueza. Y amistoso, claro y franco es el reconocimiento del pueblo y del Gobierno argentinos por vuestra presencia en ocasión de los festejos con que celebramos el sesquicentenario de la Revolución de Mayo.

Vemos en vosotros no solo a los representantes legítimos de países amigos con los que nos sentimos fraternalmente solidarios, sino a seres humanos venidos de distintas regiones del mundo para participar en nuestra fervorosa recordación de la gesta patria y compartir los sentimientos de gratitud con que exaltamos a los próceres de la liberación nacional.

El pueblo argentino, republicano por convicción política, celoso defensor de la condición humana, ama la paz, la vida democrática y la libertad para sí mismo con la misma pasión con que aspira a ver realizados esos mismos valores para toda la humanidad.

Vuestra presencia entre nosotros confirma estos principios. Hermanados en la condición humana, unidos en los anhelos de superación espiritual y material, coincidentes en nuestra vocación de pueblos soberanos, somos consecuentes con la Revolución de Mayo.

Excelencias:

Los niños que habéis visto desfilar en una luminosa mañana de mayo, como otros millones de niños de nuestra patria, son los depositarios del futuro argentino.

Esos niños, a su vez, recordarán siempre que, frente a sus ojos, en la plaza que la historia de su patria inundara de gloria, se aunaron en una misma emoción, representantes de todos los pueblos del mundo con un solo propósito: evocar la gesta de Mayo, jalón en la historia de la libertad de los pueblos.

Al agradecer, una vez más, vuestra presencia entre nosotros, brindo por la felicidad de las naciones que representáis y por vuestra ventura personal.

Los vínculos históricos de la Argentina y España

*Discurso pronunciado a bordo del crucero Canarias
anclado en Puerto Nuevo, el 29 de mayo de 1960*

Con verdadera emoción acepto, en nombre de la Nación Argentina, esta nueva muestra de la generosa hidalguía de España, este nuevo símbolo de la indestructible amistad que une a nuestros pueblos.

La Hoja de Hechos del general San Martín que acabáis de entregarme, tiene para nosotros un significado profundo. En ella los argentinos podemos discernir los primeros pasos de una vida de héroe dedicada, en todo su arrojo y en toda su humildad, a trazar el perfil más noble de nuestra patria.

José de San Martín expresa, con espléndida perfección, la síntesis de las virtudes más elevadas que puede exhibir nuestra tierra. Al conjuro de su nombre evocan los argentinos la grandeza de su alma, sus desvelos por la patria, el desinterés que fue ley inquebrantable de su vida, la recta firmeza de su carácter, la inmarcesible trascendencia de su gesta. La invocación de su figura es una y la misma que la del nacimiento de nuestra patria. Es el recuerdo del instante en que nos separamos de España, como en amorosa rebeldía el hijo de la madre, para caminar solos, pero siempre, desde entonces, acompañados por el afecto y la mirada orgullosa de quien nos exigiera el coraje antes de reconocernos la independencia. Tanto ha comprendido España el sentido profundo de nuestra emancipación, que habéis mencionado Chacabuco y Maipú, campos en donde San Martín demostrara que su sangre española, en contacto con la tierra americana, le había dado genio y bravura.

Os aseguro, Excelencia, que valoramos en toda su dimensión vuestro gesto, porque sabemos que este documento se integra en la magnífica historia del valor español. Pero podéis tener la certeza

de que si estas páginas se alejan materialmente de España, no por ello dejan de pertenecer al acervo común de nuestro pasado. Ellas servirán para que los argentinos comprendamos más aún que nuestras glorias se entrelazan para que los héroes de la historia grande de nuestros pueblos sean objeto de una misma veneración.

La Argentina, señor ministro, nace en el ámbito histórico del Occidente cristiano que España tanto contribuyera a forjar en su más profunda dimensión espiritual.

Nuestra patria en su marcha esforzada hacia la construcción de su destino surge de España, de la esencia íntima del ser español, y aspira a construir, como su legítimo heredero, pero con profunda originalidad, el ser americano en esta tierra joven. Originalidad no en el sentido de crear obras sin pasado, sino realidades nuevas que, teniendo su origen y su punto de partida, conviertan el pasado en un dinámico mirar hacia el futuro.

De allí que para los argentinos, que estamos lanzados a una vigorosa empresa de porvenir, la estimación por las virtudes auténticas del espíritu hispano adquiere toda su plenitud.

El eje de nuestro pensamiento reside en la historia que nos es común, en el patrimonio espiritual que nos habéis legado. De allí que nuestro empeño y nuestra obra se arraiguen en la raíz fecunda de España y la latinidad.

Señor Ministro:

Os agradezco muy sinceramente las insignias con que me habéis distinguido. Me son ellas muy caras no solo porque lo son de España, sino también porque llevan el sello de vuestros navegantes, descubridores de continentes y de nuevos horizontes.

Las considero, no un reconocimiento personal, sino una prueba más de los sentimientos que, más allá de las personas y los hechos, laten en nuestros pueblos.

Objetivos de la política exterior argentina en Europa

Mensaje leído con motivo del viaje a Europa, transmitido por radio y televisión, el 12 de junio de 1960

A pocas horas de delegar el mando presidencial, me dirijo al pueblo de la República para exponerle, de un modo franco y directo, las preocupaciones del Gobierno en la presente situación internacional y los motivos de urgente interés público que me han determinado a visitar varias naciones europeas, tradicionalmente amigas de la nuestra.

Seré, asimismo, recibido por el Santo Padre en el centro espiritual de la cristiandad.

En la época contemporánea no puede formularse y menos ejecutarse una política nacional que no tome en cuenta su vínculos y proyecciones internacionales. Vivimos en un mundo en el que las soberanías nacionales se consolidan y definen en una vasta estructura de interdependencia universal. Las antiguas relaciones de subordinación y dependencia de unos pueblos respecto de otros están siendo reemplazadas por el tratamiento igualitario entre los Estados, principio que no es una mera fórmula jurídica, sino una realidad cada día más evidente. Se traduce en hechos perfectamente identificables, que son consecuencia de un fenómeno fundamental: la solución de los problemas nacionales tiene siempre causas y efectos que trascienden las fronteras de cada país y, por consiguiente, hay que encarar esas soluciones dentro de las corrientes y las fuerzas que operan en el cuadro mundial.

Esta interdependencia de las naciones imprime una gran fluidez y velocidad a las relaciones internacionales. Los constantes cambios, reajustes y alineamientos que ocurren a veces a escala regional, y otras en escala mundial, demandan un permanente intercambio de informaciones y de ideas entre estadistas, hombres de ciencia, economistas, sociólogos y representantes de las fuerzas sociales y culturales de

cada país. Hasta la diplomacia tradicional necesita ser complementada y agilizada por el encuentro directo de los jefes de Estado o los cancilleres, para que el intercambio franco y sin intermediarios produzca resultados más inmediatos.

El año 1960 señala el comienzo de una década de profunda significación para la coyuntura política y económico-social del mundo contemporáneo. En todas las naciones, y especialmente en Europa occidental, se debaten problemas de integración económica, de cooperación internacional, de agrupaciones regionales y de comercio mundial, que tendrán hondas y extensas consecuencias para todos los países, grandes y pequeños.

De la manera como se resuelvan esos problemas dependerá el porvenir de muchos pueblos y de millones de seres humanos. Cualquier medida impremeditada o que solo consulte intereses parciales o transitorios, puede ser muy perjudicial para quienes la adopten y para otros que sufrirán sus consecuencias.

Nuestro país, como todos los de América latina, atraviesa un momento crítico de su historia. Ha emprendido un programa de desarrollo que es fundamental para liberarlo del atraso, el estancamiento y la crisis crónica de su economía. Lo que se resuelva en los grandes centros mundiales en los próximos meses puede significar para América latina y para nuestro país un formidable estímulo para esos planes de desarrollo o graves obstáculos para su ejecución.

La situación es muy delicada y riesgosa. Por eso, no he vacilado en aceptar cordiales y reiteradas invitaciones que me han formulado, desde el comienzo de mi mandato, Gobiernos de naciones europeas a las cuales la Argentina está unida por entrañable y vieja amistad. Voy a Europa a renovar y fortalecer esos vínculos y a informarme e informar, a mi vez, acerca de problemas de cooperación internacional que tendrán grave y decisiva influencia sobre el plan económico que, a costa del sacrificio de sus hijos, está cumpliendo nuestro país. Considero este viaje esencial para el pueblo argentino.

Esta gira es parte de la política exterior comenzada el 1º de mayo de 1958, que fue puesta al servicio de los intereses y del desarrollo nacionales.

Creo oportuno recordar que poco antes de asumir el gobierno realicé un viaje por varios países vecinos. En ellos manifesté la convicción de que el desarrollo de cada una de las naciones americanas es condición y prenda del desarrollo de las demás. En esos países amigos, ámbito natural e inmediato de nuestra presencia internacional, sostuvimos que los intereses comunes de América latina solo podían ser preservados a través del fortalecimiento del sistema interamericano, sobre la base de vínculos igualitarios y multilaterales, que excluyen toda pretensión de liderazgos y predominios.

Con la inspiración de esta sencilla filosofía, la Argentina se reubicó dentro del continente, asumiendo en los foros internacionales y en cada gestión bilateral las obligaciones que la cooperación interamericana le exigía. Ese fue el objetivo que nos guió al dar nuestro cordial apoyo al dinámico movimiento conocido con el nombre de "Operación Panamericana" y al intervenir resuelta y seriamente en la gestión de la Zona de Libre Comercio que une hoy a siete países de nuestra América. Antes de cumplir un año de gobierno, viajé a los Estados Unidos, donde expuse con absoluta claridad los problemas de nuestro país, problemas de los que participan los otros países hermanos del continente. Al hacerlo, creí contribuir a proyectar las necesidades y los intereses latinoamericanos en el continente.

Sobre la base del reconocimiento de un hecho irrefutable, de la unidad originaria americana y de su consecuente unidad de destino histórico, señalé la imprescindible necesidad de que los Estados Unidos, el país más desarrollado y poderoso del continente, contribuyeran a los esfuerzos que por la plena realización nacional se estaban cumpliendo en esta parte de América. Al formular estas ideas, estábamos totalmente convencidos de que el problema que ellas planteaban no era un problema en el que estuviera en juego solamente nuestro interés nacional o regional. Sabíamos que era un problema en el que estuviera en juego solamente nuestro interés nacional o regional. Sabíamos y lo repetimos ahora, que ni América ni Occidente pueden correr el riesgo de albergar en su seno, como peligroso fermento, una Latinoamérica de escaso desarrollo.

Reafirmada la posición de la Argentina en América, mi viaje a Europa habrá de responder a dos objetivos fundamentales. En primer término, fortalecer nuestras relaciones con los tradicionales países amigos de Europa, dentro del ritmo previsto en nuestra expansión dinámica. En segundo término, prevenir, en la medida de nuestras posibilidades, las tendencias restrictivas que se insinúan y que pueden actuar no solo en nuestro menoscabo, sino también en perjuicio de los demás países hermanos de Latinoamérica.

Este enfoque de la política internacional de la Argentina para ponerla decididamente al servicio del desarrollo nacional, nos ha exigido un complejo programa de expresiones y realizaciones. Decididas las prioridades señaladas por la historia, por la naturaleza y por nuestro irrevocable destino nacional, dicho programa se fue ejecutando en forma progresiva a medida que se iban logrando los objetivos trazados. Quisimos así afianzar el interés regional, expresado en el ámbito inmediato de nuestros países vecinos y del resto de los países hermanos de Latinoamérica. Quisimos después consolidar el interés continental a través del afianzamiento del sistema interamericano, dinámico y renovado, en su función de vehículo del destino común de América. Queremos aportar ahora nuestro esfuerzo a la consideración unitaria, total, aunque no exclusivista, del interés del mundo occidental. Estamos convencidos de que el sistema de vigencias que da sentido al Occidente solo podrá asegurarse con la articulación inteligente y equitativa de una política de cooperación económica internacional.

Pero esa política deberá fundarse en una observación franca de la realidad, y deberá contemplar los intereses de todas las regiones que integran el Occidente, y no solamente los intereses de alguna de ellas.

El esfuerzo argentino

La Argentina está llevando a cabo un gran esfuerzo para explotar sus excepcionales riquezas y aprovechar al máximo el espíritu creador de su pueblo, en el camino que habrá de conducirla a su completa reali-

zación nacional. Y creemos que ese esfuerzo debe ser conocido en sus detalles por todas las naciones de Europa.

El 1º de mayo de 1958 nos propusimos llevar a cabo un programa de gobierno tendiente a lograr los altos ideales de la nacionalidad. Ofrecimos a todos los argentinos una empresa que se proponía alcanzar dos objetivos fundamentales e inmediatos. El primero consistía en restablecer la plena vigencia del régimen constitucional para crear las condiciones de una auténtica convivencia democrática. El segundo consistía en atacar frontalmente el estancamiento económico en que nos encontrábamos, abatiendo las trabas que frenaban el desarrollo nacional y desatando la fuerza expansiva y creadora del país. Identificamos así, conjugándolos en un mismo proceso, el Estado de derecho y el desarrollo nacional. Lo hicimos de esa manera en la convicción de que paz, libertad y legalidad, sin progreso económico, son tan efímeras como el desarrollo material que no se asienta en la paz social y en la libertad de la persona humana.

Hemos avanzado sustancialmente en el primer sentido.

La República, a pesar de ciertas vicisitudes, va desarrollando su actividad, al amparo de las leyes y de la Constitución, con creciente firmeza. En lo que hace al orden internacional, fieles al principio de la continuidad jurídica del Estado, respetamos los compromisos contraídos por Gobiernos anteriores y cumplimos puntualmente con esas obligaciones sin cuestionar su legalidad, oportunidad o conveniencia.

En cuanto al otro objetivo fundamental, lanzamos la República a la realización de un vigoroso programa de expansión económica. Estábamos y estamos absolutamente persuadidos de que el país no toleraba ni tolera que se intente resolver con paliativos los problemas de una economía que amenazaba sumirnos en toda suerte de privaciones, con irreparables consecuencias sociales. Con la dinámica de una verdadera movilización quisimos promover una transformación sustancial en nuestra estructura económica, que nos permitiera poner en el mercado, y al servicio de la Nación, nuestras ingentes riquezas inexploradas.

Bajo este signo dimos la batalla del petróleo, cuyo éxito indiscutido ha servido para despertar la confianza del capital nacional y del in-

versor extranjero, para disminuir sustancialmente el déficit de nuestra balanza de pagos y para demostrar al pueblo cómo puede realizar su destino si se decide a movilizar sus recursos naturales.

Creados de esta manera el atractivo y la confianza indispensables para canalizar el ahorro nacional y la inversión externa en la explotación de nuestras riquezas, extirpadas así las primeras raíces del escepticismo argentino, enfrentamos el problema del saneamiento financiero. Sabíamos perfectamente que, así como el programa de desarrollo ofrecía francos estímulos para una renovada actividad nacional, el plan de estabilización financiera ocasionaría privaciones y gravosos esfuerzos a toda la población. Sin embargo, por ser impostergradable la rehabilitación de nuestras finanzas públicas, emprendimos el plan de estabilización con la misma decisión con que encaramos el plan de desarrollo.

La actividad del país oscila desde entonces entre estos dos objetivos, ambos igualmente necesarios e irrenunciables, si la Nación pretende labrar definitivamente su propia grandeza. Las alternativas de este doble movimiento económico ofrecen al mundo un ejemplo de esfuerzo y de responsabilidad con pocos precedentes en pueblos colocados en situación semejante a la nuestra.

En cuanto a la estabilización, en su momento dijimos claramente que para nosotros ella no significaba estancamiento, y mucho menos retracción económica. Aparte de que la evolución del país no toleraría un solo instante alcanzar una estabilización financiera sin perspectivas de expansión económica, este propósito sería inadmisibles en una nación que dispone de los recursos inexplorados con que cuenta la nuestra. Era impostergradable sustituir una economía distorsionada por otra en la que la Nación no gastara más de lo que produce. Pero situamos el objetivo de la estabilización en el plano ascendente que resulta de una economía vigorosamente impulsada por la explotación integral de sus riquezas. Era evidente que la asistencia financiera obtenida en el exterior para estabilizar nuestra moneda se fundó primordialmente en la consideración de la capacidad de crecimiento que dan al país sus recursos y sus hombres. La ayuda financiera exterior sería estimulada por los rendimientos logrados por las inversiones en

el sector del petróleo y del gas, una vez consolidadas las condiciones jurídicas de seguridad para el capital privado.

Las nuevas condiciones internas y externas

Hay, sin embargo, dentro de este panorama, un hecho que debemos reconocer y, por lo tanto, enfrentar. Las obligaciones pendientes en nuestras cuentas internacionales obligaron a canalizar el crédito exterior hacia las exigencias de la estabilización, restringiendo las posibilidades de desarrollo nacional. La tarea inmediata consiste en restablecer un adecuado equilibrio, sobre todo después de que el país ha probado su capacidad de esfuerzo y sacrificio, suficiente como para infundir la más absoluta confianza al ahorrista nacional y al inversor extranjero.

En consecuencia, el país necesita ahora reafirmar las prioridades fijadas en el programa de desarrollo, tendientes a la expansión económica nacional.

La acción del Gobierno deberá entonces volcarse a lograr iguales resultados que los obtenidos en petróleo y gas, en la siderurgia, sin la cual no puede concebirse grado alguno de progreso; en la petroquímica y la química pesada, sin las cuales resulta vano todo intento de completar el proceso industrial; en el plan carretero, sin el cual constituye una quimera el propósito de integrar, a lo largo de todo el país, las fuentes de producción con las concentraciones de consumidores; en el aprovechamiento de nuestras caídas de agua y de nuestros yacimientos carboníferos, que, juntamente con el petróleo y el gas, constituyen la sangre de la actividad industrial.

Canalizar el ahorro y la inversión hacia estos sectores básicos de nuestra economía, sin descuidar los recursos destinados a dar solidez a las finanzas y a la moneda, constituye la verdadera empresa de capitalización nacional que el país puede y debe realizar en esta hora, si no quiere perpetuar su estancamiento.

Al decidirnos por la política que hemos esbozado, tuvimos clara conciencia de la posición que nos correspondía en un mundo cuyo

progreso demanda el esfuerzo conjunto de todos los pueblos, aunque tuvimos fundamentalmente en cuenta los beneficios que recogería nuestro país.

Es por ello que, dentro de un firme aliento nacional, creemos que el país debe estar incorporado al quehacer internacional para servir a los más sanos principios de cooperación y solidaridad entre los pueblos. Es que, conscientes de la caducidad de todas las pretendidas autosuficiencias, entendemos el desarrollo nacional no solo en función de factores internos, sino también en función de todos los que operan en el ámbito exterior. A este respecto, nos referiremos ahora a las nuevas condiciones que pueden presentarse a nuestras relaciones con el mundo externo.

Hemos señalado ya que nos preocupan mucho las modalidades que se insinúan en la evolución económica del mundo occidental.

Seguimos atentamente la forma en que se han venido desarrollando las relaciones económico-comerciales de la Comunidad Económica Europea y de la Asociación Europea de Libre Comercio. Y hemos seguido también, muy de cerca, la actividad internacional desplegada por el Gobierno de los Estados Unidos, en relación con los problemas europeos, que se articula particularmente en el llamado Plan Dillon.

Esta conjunción de intereses internacionales, peculiarmente compleja y fluida, influye de manera importante sobre tres materias vinculadas al desarrollo argentino y al de los países de América latina que se encuentran en circunstancias semejantes a la nuestra. Me refiero al problema de la liberación del comercio internacional, al problema de la cooperación financiera en el sector del desarrollo y al problema de la coordinación de las economías occidentales.

En cuanto a la liberación del comercio internacional, es evidente que la eliminación de las discriminaciones comerciales y la atenuación del proteccionismo económico, adoptados por Europa inmediatamente después de la guerra, han influido, en buena medida, en el acrecentamiento de nuestros ingresos provenientes del exterior.

Actualmente la situación es la siguiente: de la recuperación de nuestro agro resultarán mayores saldos exportables de alimentos y otras materias primas que tienen por tradicional destino los merca-

dos europeos. Si las tarifas aduaneras vigentes en Europa para estos productos se elevaran, y si se impusieran, aun de modo encubierto, medidas que directa o indirectamente significaran discriminaciones contra nuestros productos, se restaría al país la fuente más normal y más sana de financiar su propio desarrollo. Luego de la reforma cambiaria de diciembre de 1958, la Argentina tiene personería y justificación para reclamar a los países europeos la observancia de las reglas de juego de la economía libre, que se contradice a sí misma cuando pretende ser unilateral.

En cuanto al problema de la cooperación financiera para el desarrollo, debemos señalar que, siendo América latina el único sector económicamente rezagado del hemisferio occidental, llama poderosamente la atención la tendencia europea a financiar el desarrollo de otras regiones, a las que se da prelación sobre América latina. Y lo que es más grave, esa tendencia se extiende al intercambio comercial con algunos territorios extracontinentales asociados a Europa, amenazando con restringir o abolir tradicionales suministros proporcionados por los países latinoamericanos.

Por último, en lo que se refiere al problema de la coordinación de las economías occidentales, en relación con las diferencias suscitadas entre la Europa insular y la continental, por una parte, y de ambas con los Estados Unidos de América, por la otra, observamos la tendencia a limitar esa coordinación al sector del comercio industrial.

Esa posición, de por sí restrictiva e injusta, podría traducirse en una tendencia más proteccionista para el sector agropecuario, especialmente el de los países de la Comunidad Europea. Su resultado inmediato sería estimular una autarquía antieconómica en el sector de la producción agropecuaria de esos países. Tal autosuficiencia perjudicaría los intereses de los exportadores latinoamericanos que están en condiciones de producir sobre bases más económicas y competitivas.

Estamos convencidos de que, sin perjuicio de reconocer la necesidad de mejorar los ingresos de la población agropecuaria europea, la imposición de barreras comerciales directas y de otros procedimientos que ocultan profundas discriminaciones en materia comercial es

el camino menos indicado para intensificar y coordinar la cooperación económica en el ámbito occidental.

Hechas estas observaciones acerca de las nuevas condiciones que parecen insinuarse seriamente en el panorama exterior, corresponde que señalemos, con el mismo realismo y la misma franqueza, las perspectivas que puede ofrecer a los países europeos nuestra actual política económica.

Perspectivas europeas de nuestra política

Se trata de determinar con claridad y desde nuestro punto de vista, las bases sobre las que deben replantearse nuestras relaciones económicas y comerciales con el Viejo Mundo.

Hemos temido siempre que la concertación de políticas económicas realizadas por países altamente industrializados, sin el conocimiento cabal de los intereses y de las posibilidades de América latina, provoque graves fisuras en el bloque occidental.

Un estudio realizado por una comisión de expertos del Acuerdo General de Tarifas y Comercio (GATT) acaba de señalar que, entre 1928 y 1955, las exportaciones de productos alimenticios no tropicales hacia los países industrializados disminuyeron en un 14%. Los mismos expertos señalan que tal disminución es consecuencia directa del proteccionismo. "A nuestro juicio –informan– no carece de fundamento la opinión de los países productores de materias primas de que los acuerdos y reglamentos actualmente en vigor en materia de política comercial les son relativamente desfavorables". ("Las tendencias del comercio internacional", Octubre 1958).

Pondremos especial énfasis en explicar que ese proteccionismo excesivo, que nos priva de mercados para nuestros productos primarios, puede llegar a hacer imposible que adquiramos en esos países los elementos técnicos que necesitamos para nuestro desarrollo y que ellos están en aptitud y necesidad de colocar.

Cuáles son nuestros intereses afectados y cuáles nuestras posibilidades será lo que vamos a poner de relieve, personalmente, en los países europeos.

Así, será indispensable demostrar cuáles serán las relaciones económicas que pueden resultar de la transformación estructural a que hemos lanzado nuestra economía. Desde luego se señalará que la necesidad de ese cambio es inexorable. La Argentina, a riesgo de caer en irreparable postración, debe romper un esquema caduco según el cual debía ser proveedora de alimentos y materias primas, a precios en constante descenso, para cambiarlos por manufacturas, maquinarias, hierro y combustibles, a precios cada día más altos. De continuar sometida a los términos de esa ecuación, hubiera llegado a corto plazo a interrumpir definitivamente, por falta de medios de pago, sus relaciones comerciales con los países de alta industrialización.

Por ello, el programa de desarrollo económico nacional, que estamos llevando a cabo con esfuerzo y sacrificio, tiene la significación internacional de permitirnos mantener y acrecentar nuestras tradicionales relaciones con el exterior.

Es axiomático que movilizar nuestras enormes riquezas, en un sentido de expansión económica integral, habrá de generar mayor poder económico no solo interno, sino también externo. Y ese mayor poder económico podrá ser utilizado, dentro de un proceso de sustitución de importaciones paralelo al proceso de desarrollo, en la adquisición de equipos, maquinarias y bienes de capital que, juntamente con sus avanzadas tecnologías, orgullo justificado de nuestro tiempo, pueden ofrecernos los países altamente industrializados. Esta es la clave para intensificar de una manera insospechada nuestras relaciones comerciales con esos países. Pero corresponde insistir en que el aumento del comercio de los países subdesarrollados con los que han alcanzado un alto nivel de crecimiento, exige, como condición indispensable, la expansión de las economías de los primeros. Si estos países en desarrollo realizan, además, un esfuerzo interno tendiente a un saneamiento de sus finanzas de la envergadura del que nosotros estamos realizando, habrá que convenir en que brindan extraordinarias oportunidades al estrechamiento de relaciones con el resto del mundo y a una reactivación del comercio internacional.

Quedaría solo por señalar el mercado con que contarían nuestras industrias intermedias y manufacturas livianas, en el esquema

de desarrollo que hemos trazado. En este sentido, debemos aludir a la activa participación que nos ha cabido en la creación de la Zona Latinoamericana de Libre Comercio que, a la vez que nos proporcionará mercados de adecuada dimensión, estimulará una intensificación de la inversión de capitales procedentes de ultramar, dificultada en el presente por la existencia de mercados cerrados que impiden una mejor productividad y una mayor circulación de bienes.

Quiero, para terminar, señalar un aspecto más. América latina ha adquirido, en los últimos tiempos, plena conciencia de su realidad, de sus posibilidades, de sus actuales limitaciones y de su presencia en el mundo. Por ello, así como la Argentina está realizando un ingente esfuerzo para lograr un desarrollo acorde con nuestro tiempo, otros países de esta parte del mundo están cumpliendo un esfuerzo análogo.

Es por ello que toda política de cooperación económica internacional debe considerar necesariamente la magnitud de esos esfuerzos y la dramática situación que viven los pueblos de América latina. De lo contrario, podría ser alterada la estructura armónica del bloque occidental, al que pertenece América latina por razones históricas, espirituales y religiosas. Confiamos en la responsabilidad de los estadistas que tienen en sus manos el trazado de esos planes. Sobre la base de esa confianza es que nos disponemos a llevar a Europa el saludo, la solidaridad y las inquietudes de nuestro pueblo.

Insisto en destacar que Latinoamérica es la única región poco desarrollada de Occidente, a pesar de que Dios ha derramado generosamente sus dones sobre estas tierras, dotándolas de los mejores recursos humanos y naturales.

El subdesarrollo de América latina es un hecho objetivo, reconocido sin dificultad por los extranjeros atentos a la realidad. Y esa situación es soportada por nuestros países, con la secuela de desórdenes político-sociales que le son inherentes.

Por esa razón, no puede desconocerse que el desarrollo de América latina es una necesidad primordial del mundo actual. Debe reconocerse también que, en función de la sustancia espiritual y religiosa de nuestros pueblos, ese desarrollo debe promoverse dentro del cuadro de los valores que Occidente nos ha legado. Si ese desarrollo fuera de-

tenido o gravemente perturbado, se correría el enorme riesgo de que las fricciones político-sociales que ello provocara indujeran a estos pueblos a la búsqueda de soluciones de distinto origen y con intervención de factores ajenos, que introducirían grandes alteraciones en las perspectivas actuales del equilibrio mundial.

Con esta honda preocupación por el destino de nuestra civilización y por el del pueblo argentino, emprendo este viaje por varias naciones europeas. Entiendo realizar así un acto de gobierno indispensable y urgente, íntimamente vinculado a la suerte del plan de desarrollo nacional, cuyo éxito depende, en gran medida, de sus proyecciones internacionales. De nada valdría el sacrificio de nuestra generación si el mundo cerrara sus puertas a nuestros productos, nos negara su apoyo o simplemente se mantuviera indiferente frente a nuestros problemas. Nuestra expansión económica solo puede realizarse aceleradamente en el cuadro de un mundo pacífico y abierto a la más amplia comunicación espiritual y material entre todos los pueblos de la tierra.

La preocupación con que abordamos los problemas de nuestro país y los de América latina no nos aleja de la ansiosa y esperanzada labor de los demás pueblos en esta hora crucial de la historia.

Conocemos la magnitud de los factores que llevan a un enfrentamiento de orden internacional. No subestimamos la gravitación desfavorable de tales factores. Pero tenemos fe en el hombre. Sabemos que actúan en el mundo de hoy múltiples elementos que impulsan la cooperación y la complementación internacionales, y confiamos en que prevalezcan sobre los factores de enfrentamiento. Si la ciencia y la técnica crean posibilidades de destrucción, también abren las puertas para que el hombre se vea aliviado de seculares peligros y temores. La paz y la fraternidad en el mundo están a nuestro alcance si conseguimos que actúen los factores de cooperación.

Nuestro aporte podrá no ser de gran magnitud, pero, unido a otros similares, deberá ser tenido en cuenta, y quizá la gravitación de todos ellos acabará por resultar decisiva.

De cualquier modo, por sobre todo cálculo, estamos decididos a aportar nuestro esfuerzo a la causa de la paz y el entendimiento entre las naciones.

Llevo este sincero mensaje de amistad al Viejo Mundo en nombre del pueblo argentino. Confío en que el continente que nos dio vida y cultura nos abrirá sus brazos en nuestra edad adulta. La hazaña del descubrimiento de América quedaría desvirtuada si ahora los doscientos millones de latinoamericanos no hallaran comprensión y estímulo en la ardua tarea de promover su desarrollo. Ese es el único camino que conduce a la rápida elevación de los niveles de vida y de cultura del pueblo, y es, asimismo, la manera cierta de lograr la consolidación de un mundo justo, próspero y feliz para ventura de todos los seres que lo habitan.

Saludo al pueblo de Italia

*Palabras pronunciadas al arribar al Aeropuerto de Ciampino,
Roma, el 14 de junio de 1960*

Al pisar suelo italiano, tierra de mis mayores, siento la profunda emoción que me dictan mi sangre y mis afectos más hondos. En nombre del pueblo argentino saludo fraternalmente al noble pueblo italiano, sintiendo la inmensa alegría de unir en un abrazo a estas dos naciones que son una sola por su tradición cultural y sus vínculos de raza.

El propósito de esta visita a Italia es el de reafirmar la antigua amistad de su pueblo con el pueblo argentino.

En mis conversaciones con las autoridades, los hombres de negocios, los dirigentes sociales y culturales, y todos los hombres y mujeres de este gran pueblo, expresaré la esperanza de fortalecer aún más esa amistad y ampliar el intercambio espiritual y material entre nuestras dos naciones.

Pueblo de Italia: un argentino, descendiente de italianos, os envía su más cálido mensaje de afecto y de fraternidad.

La Argentina y la herencia cultural de Italia

*Palabras de agradecimiento al alcalde de Roma,
pronunciadas en Roma, el 14 de junio de 1960*

Señor Alcalde:

Agradezco profundamente las palabras que acabáis de pronunciar. Como representante de un pueblo joven, encontrarme en Roma, que es como encontrarme ante la historia misma, me llena de emoción entrañable.

En esta ciudad cada monumento, cada iglesia, cada piedra testimonian la grandeza de un pasado cuyos valores culturales y religiosos plasmaron el destino de nuestra civilización. Nos sentimos invadidos de un legítimo orgullo al sabernos herederos de tan luminoso patrimonio.

A través del latín, Roma nos legó el idioma, cuyo molde canaliza la expresión del alma y ordena el divagar del pensamiento. De su genio jurídico recibimos la idea de la libertad que se alcanza no por gracia del gobernante, sino por imperio de un orden jurídico que abarca al gobernante mismo. Somos también lejanos pero directos beneficiarios de su vasta empresa civilizadora, gracias a la cual el mundo occidental conoció varios siglos de fecunda paz. Y como si todo ello fuera poco, fue Roma quien encauzó, ordenó y difundió el ardiente mandato de amor brotado en Judea a instancias del verbo de Cristo.

Idioma, conciencia jurídica, impulso civilizador y vida religiosa integran una herencia imperecedera, por la cual vuestra ciudad es universal tanto como italiana. El contacto con ella constituye la primera de las hondas emociones que me reserva la estada en vuestro glorioso país.

Por virtud de esa herencia, múltiple y densa, un imperio cultural se prolonga a través del tiempo y del espacio, y muchos pueblos, como el argentino, se declaran orgullosos de pertenecer a él.

Señor Alcalde:

Recibid y transmitid a vuestros conciudadanos el afecto indeclinable de los argentinos, para quienes Roma, cabeza de Italia, faro latino y católico, y cuna del derecho, es parte de la propia alma.

La participación de Italia en el desarrollo nacional

Palabras de agradecimiento en el banquete ofrecido por el presidente Gronchi, pronunciadas en Roma, el 16 de junio de 1960

Señor Presidente:

En nombre del pueblo argentino agradezco, conmovido las palabras que acabáis de pronunciar.

Son algo más que el saludo de un gobernante a otro. Trasuntan sentimientos que arrancan de una vieja y entrañable amistad entre los italianos y los argentinos. Una amistad sellada en un hecho más profundo que el intercambio corriente entre dos naciones. Este hecho es la convivencia, la fusión íntima entre dos pueblos a lo largo de la historia. La sangre italiana es parte de nuestra sangre, de tal modo que italianos y argentinos somos hermanos por razón natural. Lo somos también porque juntos aramos nuestros campos, encendimos los fuegos de nuestras forjas, construimos las instituciones y la cultura de nuestro país. En todos los caminos argentinos, en cada ciudad, en cada aldea, hay nombres italianos que perpetúan esa hermandad originaria.

Los argentinos no permanecemos indiferentes ante la suerte y el prestigio de Italia.

Sé que los italianos sienten del mismo modo el vínculo ancestral que los une a los argentinos. Lo advertimos en el interés con que siguen nuestra trayectoria nacional y en la fe que depositan en el porvenir de la Argentina. Jamás han vacilado en esa fe, ni en los momentos más confusos de nuestra historia.

Actualmente, el aporte italiano a la expansión de la economía argentina es de primera magnitud. El capital privado italiano tiene ilimitada confianza en la capacidad de nuestro pueblo para superar su dificultades y para sentar las sólidas bases de un rápido progreso.

Una vez más, cúmplenos reconocer agradecidos este aporte fraternal de Italia.

Nadie mejor que los italianos sabe que la Argentina hace honor a la generosa contribución de otros pueblos a su desarrollo espiritual y material.

Señor Presidente:

Muchas cosas haremos juntos, italianos y argentinos, en la grandiosa perspectiva que se abre al mundo en que nos toca vivir. La más hermosa aventura del genio del hombre está tejiendo su trama ante nuestros ojos. Si Dios nos concede la gracia infinita de la paz, y si los hombres hacemos nuestra parte para merecerla, la miseria y la ignorancia desaparecerán de la faz de la tierra.

La Argentina luchará ardientemente por el afianzamiento de esa paz y por el incremento del intercambio civilizador entre todas las naciones del mundo.

En esta milenaria metrópoli del cristianismo, al pie de las colinas sagradas donde nació la civilización que nos nutre, brindo por la paz del mundo, por que el verbo de Jesús ilumine a los hombres y a los pueblos.

Brindo por la grandeza de Italia y por vuestra ventura personal.

Visita a Gubbio

Palabras pronunciadas en Gubbio, Italia, el 16 de junio de 1960

Señor Alcalde:

Le agradezco muy sinceramente las cordiales palabras con que me ha recibido. Ellas serán en el futuro un lazo más de los muchos que me unen a esta querida ciudad.

Sé que todos habrán de comprenderme si confieso que llego a ella con la más honda emoción. Aquí vieron la luz por vez primera mis padres, y aquí forjaron su carácter y sus esperanzas. Aquí, como tantos otros millones de laboriosos hijos de Italia, probaron y vigorizaron su voluntad, esa voluntad que luego, aplicada al progreso del Nuevo Mundo, fecundaría el porvenir de sus propios hijos.

Nadie podrá saber cuánto debieron ellos, cuánto debemos mi familia y yo, cuánto deberán nuestros hijos y los hijos de nuestros hijos a la clara y armoniosa vida de esta Umbría enclavada en el corazón de Italia. Su luz y su paisaje modelan el alma insensiblemente y la convierten en un fruto más de una tierra que parece creada para suscitar la belleza en el corazón del hombre.

Séame permitido recordar con emoción y con orgullo la hospitalidad con que los recibió mi patria argentina, de acuerdo con la tradición de fraternidad que alentó a los próceres fundadores. Los brazos abiertos de mi tierra y los brazos tendidos de quienes se dirigieron a ella para forjarse una nueva vida se entrelazaron en una labor fecunda, sobre el surco, en el taller, en el pincel y en la pluma. A ese venturoso abrazo de solidaridad humana debe mi país cuanto es, y nunca como en esta ocasión me ha sido grato recordarlo.

Señor Alcalde, vecinos todos de Gubbio:

Reciban ustedes, a través de mi emocionada salutación, el abrazo cordial y agradecido de cuantos en la Argentina deben al genio, a la industria y al esfuerzo de los italianos algo de lo que da belleza, bien o verdad a sus vidas.

La Argentina y la Santa Sede

Palabras pronunciadas en el almuerzo ofrecido en la Embajada Argentina ante la Santa Sede, el 18 de junio de 1960

Eminentísimos Señores Cardenales,
Excelencias, Señores:

El teneros aquí como huéspedes de la Argentina representa un alto honor para todos nosotros. Nos permite, asimismo, expresar de alguna manera nuestro agradecimiento por la paternal acogida que nos ha dispensado el Sumo Pontífice.

En estos momentos en que el mundo vive en la angustia, en que el temor y la inseguridad definen la realidad internacional, el verbo del espíritu y la palabra trascendente que esparce esta santa ciudad, hacen de la Cátedra de San Pedro el guión de la esperanza humana.

La Argentina, nacida católica y fiel a su nacimiento, aporta al mundo su mensaje de paz. Tenemos fe en que los valores del espíritu iluminarán la senda del amor y la comprensión entre todos los hombres.

Esa convicción de nuestro pueblo parte de su vida, es su esencia y la razón de su orgullo. En la ciudad de Córdoba, distinguida hija de la devoción católica, el legado de Su Santidad pudo ver a la patria argentina reunida bajo el signo de la cruz.

Quiero tan solo asegurar a tan altos dignatarios de la Iglesia, de nuestra Iglesia, que el Gobierno argentino, traduciendo el sentimiento de su pueblo, está dispuesto a intensificar al máximo los vínculos que lo unen con la Santa Sede y a adecuar en todo lo posible las relaciones entre la Iglesia y el Estado a la realidad de nuestros días.

Permitidme ahora brindar con emocionada reverencia por Su Santidad, Juan XXIII.

Las relaciones económicas argentino-italianas

*Discurso pronunciado en la Cámara de Comercio de Milán,
el 19 de junio de 1960*

Me siento honrado y feliz de dirigir la palabra, en tierra italiana, a vosotros, que constituís un auditorio tan selecto, para hablaros de la Argentina, cuyo nombre pronunciado aquí evoca motivos de amistad, de unión y de concordia.

La responsabilidad que asumo me impone la obligación de transmitir mi pensamiento con absoluta franqueza y de la manera más clara y precisa. Quiero deciros de las razones que nos exigen estrechar más aún los lazos que nos unen; y quiero exponer ante vosotros las orientaciones fundamentales de mi gobierno con relación al desarrollo económico y cultural de mi patria.

Nuestro diálogo, por múltiples causas, es fácil de entablar. La unidad de cultura y la identidad de sentimientos y de intereses, que en tantos momentos de nuestra historia tradujeron nuestros pueblos, han forjado ya un clima de afecto y de amistad permanente.

El primer deber de un hombre de América que llega a esta tierra consiste en rendir homenaje al mensaje espiritual que hace dos mil años Roma nos legara. El reconocimiento de la verdad en el credo, y de la justicia en el derecho, nos conducen de la mano al tronco común de la latinidad.

La gran aventura humana que Roma protagonizó representa para nosotros la empresa más audaz que un pueblo acometiera para constituir un Estado regido por la razón y la ley.

A mediados del siglo pasado el despertar de la idea nacional tuvo en Italia un campo fértil para su maduración.

Es así que la lucha por la unificación de Italia representa una de las más ricas experiencias históricas.

Tras las banderas de la unidad nacional que desde hacía tantos siglos habían levantado las mejores inteligencias de Italia se congregó el pueblo de todos los estados en que se hallaba dividida vuestra península y, más allá de las divisiones políticas y traspasando las divergencias ideológicas, vosotros realizasteis el milagro de una férrea unidad nacional. Lo que en aquella oportunidad edificasteis, visto hoy a través de la perspectiva que los años transcurridos nos ofrecen, surge ante nosotros como una Italia unificada que, por estar construida sobre las sólidas bases del esfuerzo nacional, es y será eterna.

Más allá de la influencia que emana desde el ángulo cultural itálico, vuestra patria alcanza en mi país la consideración y el afecto que despierta el intenso contacto humano que determinaron las fuertes corrientes inmigratorias provenientes de la península. Puedo afirmar por ello que, así como compartimos los triunfos de la reconstrucción italiana, no nos fue ajeno vuestro dolor y vuestro sacrificio.

En el presente momento puedo transmitir mi satisfacción profunda y sincera al verificar que las viejas corrientes humanas que antaño cambiaron la fisonomía de mi pueblo, se complementan con la afluencia de la elevada capacidad técnica de la que sois poseedores y la instalación de numerosas empresas industriales que están contribuyendo de manera eficaz al desarrollo de la economía argentina.

Además, en la misma medida en que ambos países han ido afianzando las condiciones de su progreso material, este se ha consolidado, situación que se traduce en el importante intercambio comercial existente, que complementa de manera feliz los vínculos económicos y culturales. En el plano político no hay problema que conturbe nuestras relaciones internacionales. Fieles a nuestra condición histórica, conjugamos nuestros esfuerzos en el escenario mundial para consolidar un estado de paz con seguridad y de justicia con libertad y dignidad humana.

El cuadro que he trazado de nuestras vinculaciones es optimista en todos sus términos, de allí que los presupuestos espirituales y materiales para estrechar más aún esta amistad están a nuestro alcance. De allí también la responsabilidad de que estamos investidos, porque con la existencia de esas condiciones favorables, de no alcanzar los

objetivos de un mayor acercamiento y de una más firme colaboración, nos será imposible descargarnos del peso de nuestro fracaso.

Tengo la certeza de estar frente a un auditorio formado por personalidades destacadas de la esfera de la economía, las finanzas y la empresa. Por ello quiero extraer de vuestra atención el mayor fruto posible para la buena colaboración en el desarrollo económico de nuestros países; sé que la intensificación de las corrientes financieras y comerciales siempre es de recíproco beneficio y de resultados favorables para las naciones.

Creo, pues, oportuno transmitirles en qué consiste la peculiar experiencia que vive actualmente la Nación Argentina. Deseo poner todo el énfasis posible en el hecho de que el plan de estabilización financiera y desarrollo económico emprendido por el Gobierno argentino responde a la firme convicción de que nuestro país no puede continuar desempeñando en el concierto económico internacional el papel de exportador de alimentos a precios inestables y declinantes, adquiriendo en el exterior materia prima industrial, combustibles y productos elaborados a precios cada vez más elevados. La Argentina es un país excepcionalmente dotado de recursos naturales, cuya cuantía y diversidad la predisponen a un gran futuro si la combinación de los factores, tanto internos como internacionales, le permiten realizar de manera cabal la empresa de desarrollo nacional en que está empeñada.

Aferrados, pues, a nuestra propia realidad, desde el primer día de gobierno nos lanzamos a transformar resueltamente la estructura misma de la economía nacional, movilizandolos todos los recursos humanos y materiales de que disponemos. En nuestro caso, dicha transformación significa, en la hora actual, estabilización financiera y expansión económica, metas absolutamente inseparables de nuestro desarrollo nacional, e imposibles de ser alcanzadas separadamente, la una sin la otra. En otras palabras, conscientes de que la expansión económica que no se funde en moneda sana y finanzas ordenadas resulta altamente vulnerable cuando no fugaz, la Nación entera está realizando toda suerte de esfuerzos destinados a estabilizar definitivamente nuestra moneda y a restaurar nuestras finanzas sobre bases

estables y permanentes. Pero persuadidos de que las consecuencias de la retracción económica son tan nocivas como las derivadas de una economía inflacionaria y desequilibrada, nos propusimos impulsar al país por el camino de una expansión económica armónica pero acelerada, acorde con los recursos de que disponemos en abundancia y con el espíritu de empresa y la capacidad creadora de nuestro pueblo.

Tales son, en esencia, los objetivos de nuestro plan de estabilización financiera y desarrollo económico que nos comprometimos a ejecutar al asumir el gobierno. A fin de preservar al país de una crisis económica de dolorosas consecuencias sociales, nos decidimos a movilizar nuestros propios recursos materiales, ingentes pero inexplorados, antes de acometer la estabilización de nuestra moneda y la recuperación de nuestras finanzas que, aunque imposterables, no podían ser llevadas a cabo aisladamente sin producir graves perjuicios a la Nación. Así, inmediatamente de instalados en el gobierno, nos propusimos alcanzar, a corto plazo, el autoabastecimiento en materia de petróleo, con el objeto de liberar nuestra balanza de pagos internacionales de un peso asfixiante que amenazaba con paralizar la economía del país. Análoga prioridad asignamos a la explotación de nuestras fuentes de gas natural y de nuestros recursos carboníferos; al desarrollo de la industria siderúrgica; al establecimiento de la petroquímica y la química pesada; a la industria automotriz; al aprovechamiento de las fuentes energéticas naturalmente provistas por nuestras caídas de agua; al plan de comunicación y transportes y a la recuperación de nuestras actividades agropecuarias tradicionales.

La circunstancia de que el comportamiento de algunos factores internos y aun internacionales no hubieran respondido plenamente a nuestros deseos y necesidades, no nos impidió acometer en su momento la tarea de sanear la moneda nacional y restablecer el equilibrio de las finanzas públicas, persuadidos de su necesidad imposterable para asegurar las bases del desarrollo argentino.

Los resultados alcanzados en poco más de dos años de ejecución del plan económico, tanto en el sector monetario y financiero como en el campo de nuestra expansión económica, nos permiten afirmar

que hemos recorrido, no sin arduas dificultades, buena parte del camino que nos conducirá a resolver definitivamente los problemas de nuestro estancamiento económico, y con ello a echar las bases de una sólida expansión nacional.

La Argentina aspira a que los países de Europa occidental, agrupados, por una parte, en la Comunidad Económica Europea y, por otra, en la Asociación Europea de Libre Comercio, contribuyan de modo creciente a la realización de este vasto programa de desarrollo nacional. Esta cooperación, con raíces históricas, puede ser intensificada mediante la expansión del intercambio comercial entre nuestros países, la ampliación de las exportaciones de maquinarias y equipos con pago diferido y una resuelta promoción de las inversiones de capitales en forma de maquinarias, divisas y materias primas, así como a través de una mayor asistencia técnica.

En esta gran empresa de desarrollo nacional de mi país, Italia —me complace destacarlo en este foro— ha colaborado activamente.

Por lo que atañe al intercambio comercial, el último año hemos alcanzado una de las cifras más altas de las relaciones recíprocas, totalizando 169,1 millones de dólares, que representa para Italia el segundo lugar en América después del comercio con los Estados Unidos, y el quinto lugar en el mundo.

Estos niveles pueden ser aumentados en la medida en que ambos países intensifiquen la liberación de su comercio, como lo ha hecho mi país.

La colaboración del capital extranjero en la empresa de desarrollo nacional en que estamos empeñados adquiere una importancia excepcional en la actual coyuntura argentina.

Merced a la incorporación del ahorro extranjero a nuestro desenvolvimiento económico, podremos acelerar nuestra tasa de crecimiento sin necesidad de deprimir más allá de lo conveniente el consumo de nuestra población. La cooperación externa contribuirá a incorporar la técnica más evolucionada y las conquistas del progreso científico alcanzado en los centros económicos más importantes del mundo, actuando a modo de poderoso factor de perfeccionamiento en nuestro aparato productor.

Sin embargo, la experiencia demuestra que si el incentivo económico no se apoya en una situación política orientada por el signo de la ley, sus objetivos no pueden alcanzarse de manera eficaz. En el aspecto concreto de la legislación económica las decisiones adoptadas por el Gobierno argentino son pruebas fehacientes de nuestro decidido propósito de promover la iniciativa privada y el espíritu empresario. En este sentido, la orientación fiscal del Gobierno, su política monetaria y el ajuste que se está operando en las empresas nacionales, concurren a la creación de las condiciones más eficaces para la vigencia de la actividad económica privada.

No existe discriminación alguna en el trato que se concede a las empresas extranjeras con relación a las de capital nacional. No existen tampoco privilegios o prerrogativas especiales para el capital extranjero, pero debemos concluir en que ellos no son necesarios cuando están dados los presupuestos, objetivos que estimulan la actividad económica y cuando el proceso de promoción se canaliza, sin trabas por sus cauces naturales.

Estoy seguro de que habrá entre vosotros dirigentes de empresas que se hallan en este momento operando en la Argentina. Ellos os podrán decir mejor que lo expresado en esta escueta síntesis, y con la convicción que surge de la experiencia, del funcionamiento de sus propias industrias, del nivel alcanzado por la economía argentina, de las posibilidades que ofrece y de las normas políticas que aplica el Gobierno nacional en su gestión económica.

La adaptación de la economía argentina a las exigencias de un mejor desenvolvimiento internacional responde a las ideas y objetivos que acabo de expresar. Desde el momento en que asumimos el gobierno, realizamos una profunda transformación en nuestro régimen económico, mediante el establecimiento de la libre convertibilidad monetaria y la liberación de nuestro comercio exterior sobre bases francamente multilaterales y no discriminatorias. Esta transformación ha tenido como propósito situar a la Argentina en el mismo sistema económico que involucra, entre otros, a los países de Europa occidental.

Dada la analogía de sus formas de organización y su estrecha interdependencia funcional, la eficacia de este sistema económico está

condicionada por la reciprocidad que cada uno de los países obtenga en el ámbito internacional.

Y a riesgo de menoscabar la universalidad inherente al sistema, parece inadmisibile que esa reciprocidad resulte limitada a determinados sectores de la economía nacional, o medida por el nivel de desarrollo alcanzado por los distintos países.

Fiel a estos principios, el Gobierno argentino ha expresado reiteradamente su particular interés en participar de toda acción colectiva que, mediante la coordinación y cooperación internacional, tenga por propósito lograr la más amplia reciprocidad posible para el libre fluir de bienes y servicios, así como resolver los problemas que derivan de la interdependencia entre países de análoga constitución económica. Estamos persuadidos de que solo la cooperación internacional puede asegurar la eficacia del sistema económico que nos es común y afianzar su vigencia por encima de los diferentes grados de expansión de las economías nacionales.

En lo que concierne al comercio internacional, nos parece imperativo que los progresos alcanzados en el proceso de liberación del comercio de productos industriales deben ampliarse al intercambio de productos agropecuarios, con respecto al cual subsisten aún altas restricciones que cercenan su expansión y, particularmente, detienen el desarrollo de las naciones económicamente rezagadas. En un sistema económico interdependiente como el que involucra a los países del hemisferio occidental, es axiomático que cuanto menos restrictivo sea el régimen de importación que los países industrializados impongan a la importación de artículos producidos a precios más favorables por las naciones de menor desarrollo, mayor será la demanda de bienes y equipos industriales que aquellos producen. Se evitará así sustraer recursos a la actividad de alta productividad mediante su desplazamiento a la menos eficiente. Estamos persuadidos de que es este el camino capaz de alentar un desarrollo armónico y común que asegure la expansión creciente no solo de las economías rezagadas, sino también de las altamente industrializadas.

La gran batalla para estabilizar y expandir la economía argentina que estamos librando se basa en un gran esfuerzo nacional y en el

apoyo de una sana cooperación internacional. Nuestro triunfo no será solamente una victoria económica; la colaboración de los países como el vuestro contribuirá a asegurar la unidad material y espiritual de las formas de vida occidental.

El ejemplo de Milán

Palabras pronunciadas en la comida ofrecida por el intendente de la ciudad de Milán, el 19 de junio de 1960

Agradezco vivamente esta demostración de afecto al representante de un pueblo que considera a Italia parte inseparable de su propio ser.

Hemos hablado, en otra ocasión, de negocios. Habéis tenido la generosidad de escucharme en una exposición sobre la economía argentina y sus proyecciones en las relaciones ítalo-argentinas.

Esta magnífica ciudad de Milán, uno de los grandes centros industriales de vuestro país, es una genuina expresión del genio, la tenacidad y la disciplina de los italianos. Las guerras y las invasiones no han podido aniquilar este emporio de trabajo y de inteligencia creadora que es Milán.

Contemplando las delicadas agujas de piedra que coronan la maravillosa arquitectura del Duomo, me preguntaba si ellas no simbolizan el espíritu de este pueblo ejemplar: perennidad de la roca y poesía de la forma... eternidad y gracia.

Tendría mucho que decir sobre la valiosa contribución de la industria milanesa al progreso argentino. Sobre la calidad extraordinaria de vuestros productos y la competencia técnica de vuestros empresarios y obreros.

Pero los argentinos estamos familiarizados con estas cualidades excepcionales de Milán como centro industrial y nada podría yo agregar a lo que piensan y dicen a diario muchos miles de mis compatriotas que trabajan con equipos y con técnicos originarios de esta gran ciudad.

Quiero simplemente agradecer vuestra hospitalidad, el diálogo cordial y sincero que hemos entablado durante mi breve tránsito por

esta ciudad gloriosa y admirable, y la generosa confianza que me habéis expresado respecto del porvenir argentino.

Podéis estar seguros de que la Argentina honrará esa confianza, como lo ha hecho en el pasado. Y espera que la cooperación de vuestra industria y vuestros capitales se acreciente en el futuro inmediato, pues los planes de desarrollo que ha puesto en marcha el pueblo argentino ofrecen amplia perspectiva a un aporte tan calificado como el vuestro.

Hemos hablado como hermanos que comparten un destino común. Italia y Argentina solo quieren trabajar en paz, construir su porvenir y asegurar para sus hijos y los hijos de sus hijos un futuro cada vez más venturoso.

Solo necesitamos paz para nuestra labor y nuestros sueños.

Por eso, al despedirme de vosotros, quiero deciros que la imagen de la Italia industrial, optimista y segura de sí misma que llevo guardada en el corazón, me inspirará e inspirará a todos los argentinos en la empresa en que estamos empeñados.

Brindo, pues, por esta Italia eterna y siempre floreciente.

Por la paz del mundo, que protegerá nuestro trabajo, por la felicidad de todos vosotros y por la indestructible amistad de Italia y la Argentina.

Saludo al arribar a Suiza

Palabras pronunciadas en la estación de Berna, el 20 de junio de 1960

Me siento feliz de traer al pueblo suizo el amistoso saludo de mi pueblo, lejano en la geografía, pero muy próximo en ideales y propósitos comunes.

Los argentinos admiramos la histórica contribución de este pequeño país –enclavado en el corazón mismo de Europa– a la causa de la humanidad. Para las incipientes democracias del Nuevo Mundo, Suiza ha sido siempre paradigma de la libertad. Es para nosotros motivo de admiración la capacidad de vuestro pueblo para construir una sociedad pacífica y soberana en medio de las legendarias tormentas políticas y militares del Viejo Mundo. Sin otras armas que vuestra insuperable organización política, habéis mantenido vuestra independencia y habéis llegado a ser una de las naciones más prósperas y mejor constituidas del mundo.

Traigo, pues, el afán de ponerme en contacto con este pequeño gran pueblo y asimilar las enseñanzas que derivan de su espíritu democrático y de su tenaz dedicación al trabajo.

En los escasos días en que tendré el placer de convivir con vosotros, trataré de afianzar la tradicional amistad que une a Suiza con la Argentina, y explorar todas las posibilidades de incrementar el intercambio cultural y económico entre ambos pueblos.

Estoy seguro de que la característica hospitalidad suiza será motivo de los más gratos recuerdos de mi viaje. Muchas gracias por vuestra generosa bienvenida.

La cooperación económica y cultural suiza

*Discurso de respuesta al presidente Max Petitpierre,
en Berna, el 20 de junio de 1960*

Excelentísimo Señor:

Señoras, Señores:

Las generosas palabras que acabáis de pronunciar, Señor Presidente, testimonian el sincero afecto que el pueblo suizo dispensa al pueblo argentino y que nosotros retribuimos de todo corazón.

Para mí ha sido motivo de intensa satisfacción comprobar, a través de la cordialísima recepción que me ha tributado el pueblo suizo, que las relaciones entre nuestros países son más estrechas que nunca. Permitidme que me enorgullezca de esto, porque presido un gobierno que ha hecho todo lo posible por colocar a las relaciones suizo-argentinas en el marco más estricto del derecho, del respeto recíproco y de la buena voluntad, tres requisitos indispensables de la solidaridad y cooperación internacionales.

Estoy absolutamente seguro de que estas normas regirán el futuro de nuestras relaciones, porque la Argentina está definitivamente resuelta a dar su más amplia contribución a la estabilidad y el perfeccionamiento del derecho internacional público y privado.

Admiramos, señor Presidente, la historia y el presente de vuestro pueblo. De una pequeña, aunque hermosa, entidad geográfica, habéis hecho una gran nación democrática y progresista. El trabajo y la disciplina de los suizos han hecho maravillas en este rincón de Europa. No ha quedado riqueza natural a la que no se haya aplicado el ingenio y el esfuerzo del hombre. Vuestra educación pública universalmente famosa os ha provisto de artesanos, técnicos, artistas, escritores y estadistas que son orgullo del continente. Habéis defendido vuestras instituciones democráticas y vuestra soberanía nacional contra todos

los peligros de una Europa mil veces convulsionada. Sois un ejemplo de perseverancia, buen sentido, patriotismo y cultura para el mundo que os respeta y quiere. Así, puede decirse de Suiza que es la hazaña más inteligente del hombre por convertir un pequeño territorio en una gran nación.

Esta gran nación suiza contribuye al bienestar y a la paz del mundo como muy pocas. Su modernísima industria, sus ciencias y su técnica proveen de maquinaria e instrumentos de precisión a todas las naciones de este lado y del otro lado del mar. Sus educadores inspiran las más modernas corrientes de la pedagogía universal. Sus instituciones políticas y su concepto de la dignidad humana han servido de ejemplo a toda la evolución democrática del mundo occidental. Su lucha permanente por la protección jurídica de los derechos individuales la han convertido en uno de los más activos centros financieros del orbe.

Cuando observamos el pasado del mundo vemos que pocos han sido los pueblos que han hallado la milagrosa fórmula de realizarse en la paz y solo en ella. Pienso, por eso, que podéis enorgulleceros de vuestro pasado y que tenéis razón cuando veneráis la imagen y la personalidad de aquellos que os precedieron. Ellos os legaron una patria que es bastión de la paz y la armoniosa convivencia. Vuestra arquitectura social es un ejemplo de nuestra civilización occidental cristiana, que dio al mundo el original mensaje de que todos los hombres son dignos y que debe respetárselos en su fe, en su trabajo y en sus esperanzas.

La Argentina espera mucho de la cooperación cultural y económica de Suiza para la consecución de los planes de desarrollo que ha iniciado nuestro pueblo. Necesitamos capitales, asistencia técnica, intercambio comercial. Todo ello para ser aplicado a un país enormemente rico, poblado por una raza de origen europeo, con una tradición liberal, democrática y pacífica nunca desmentida. La Argentina, como toda América latina, es la gran reserva de Occidente, el ámbito natural de las futuras proyecciones de la pujanza europea. En ninguna otra parte del globo puede encontrar Europa campo más propicio para sus inversiones y su comercio exterior.

En mis conversaciones con los dirigentes de vuestra economía señalaré, con la precisión de que sea capaz, los factores que favorecen este intercambio entre Europa y Latinoamérica. Señalaré también los factores que son susceptibles de perturbarlo. En esta ocasión solamente quiero decirles que el destino del mundo occidental y cristiano está indisolublemente unido a una idea universal de cooperación entre los países desarrollados y los que no lo están en grado suficiente. Y esta cooperación puede asumir diferentes formas, pero una de las más efectivas y perdurables es la del intercambio de bienes y servicios. Nada reemplaza al comercio como instrumento de progreso y de colaboración entre los pueblos. El restablecimiento de los canales multilaterales del comercio mundial, sin perjuicio de los convenios regionales no discriminatorios, es la única garantía de solidez económica del mundo occidental.

Toda otra concepción, basada en proteccionismos regionales excesivos, tendientes a promover la autosuficiencia de productos agropecuarios, resultará, a la larga, en el estancamiento y la postración de las economías liberales. América latina será un gran mercado para la industria europea solo en la medida en que no se restrinja su capacidad de exportar sus materias primas y alimentos hacia los centros industriales de Europa y aun de los Estados Unidos.

Dejo simplemente esbozada esta inquietud, que constituye tema invariable de mis diálogos con los estadistas y economistas de Europa y América.

Aquí solamente quiero señalar que la Argentina desea afianzar y ensanchar su intercambio cultural y económico con Suiza y no omitirá esfuerzos para lograrlo.

Hago votos por la amistad invariable de nuestros pueblos y por la felicidad personal de Vuestra Excelencia.

Trabajo, convivencia y democracia

Palabras pronunciadas en el banquete ofrecido por el Consejo Federal de la Confederación Helvética, el 20 de junio de 1960

Señores:

Me ha sido muy grato compartir esta mesa con los representantes de una de las más puras democracias del mundo.

Pertenezco a un país que se ha nutrido de las mismas ideas de libertad y de respeto a la persona humana. Toda nuestra historia ha sido una lucha constante por asegurar para los argentinos los insuperables dones de la democracia.

En esta lucha, el claro ejemplo de Suiza nos ha alentado siempre.

Suizos y argentinos pertenecemos a una comunidad de pueblos libres, consagrada al trabajo fecundo y a la convivencia pacífica con todas las naciones de la tierra.

El porvenir de la humanidad depende cada vez más de esa convivencia y de la abolición de la guerra como solución de las diferencias entre los pueblos.

Suiza es tierra de paz, baluarte de la paz en el centro mismo de la civilización europea.

Brindo por esta Suiza de la paz, por este pueblo engrandecido por el trabajo.

Brindo por la amistad indestructible de la nación suiza y de la nación argentina.

Por la prosperidad de este hermoso y valiente país y por la felicidad de todos los que rodean esta mesa.

Muchas gracias, en nombre del pueblo argentino.

Política comercial exterior y desarrollo nacional

Palabras pronunciadas en ocasión del almuerzo con los hombres de negocios de Suiza, el 21 de junio de 1960

Señor Consejero Federal, Señores:

Las palabras que acabamos de escuchar me satisfacen profundamente, porque ellas revelan un acabado conocimiento de la realidad argentina y también obligan mi agradecimiento por el auspicioso juicio que formulan sobre la acción de mi gobierno en el campo económico y financiero, y por el estímulo que procuran a la cooperación suiza en el plan de desarrollo que está en ejecución en nuestro país.

Estas palabras adquieren una alta significación por el calificado auditorio que las ha escuchado, integrado por hombres de empresa que representan al pueblo suizo en uno de sus aspectos más pujantes.

Yo deseo aprovechar esta oportunidad para hablaros de mi país y luego deciros nuestro pensamiento sobre los problemas que tendremos que resolver en común.

La Argentina pertenece por vocación a la comunidad de naciones herederas del mensaje espiritual elaborado por Europa. La libertad, el respeto a la dignidad humana, la defensa del ideal de la igualdad de los derechos para todos los hombres y para todos los pueblos son, en consecuencia, valores comunes de Suiza y de la Argentina.

Pero no solo a través del patrimonio cultural de Occidente hallamos una relación íntima entre vuestro pueblo y el mío. La participación de Suiza en el desarrollo económico argentino ha operado a través de canales directos y permanentes desde el comienzo mismo de nuestra organización institucional. Las prósperas colonias y los aportes del ahorro helvético en actividades esenciales de nuestra eco-

nomía son contribuciones estables que testimonian vínculos profundos e indestructibles entre nuestros dos países.

La Argentina de hoy aspira a mantener y acrecentar estos vínculos. Como habéis tenido la gentileza de recordar, señor Consejero Federal, mi gobierno ha solucionado las diferencias existentes entre importantes sectores financieros de vuestro país y el Estado argentino, acerca de la situación de los capitales suizos interesados en los servicios eléctricos del Gran Buenos Aires. Ello ha constituido una demostración fehaciente de la comprensión de mi país sobre la necesidad de afirmar presupuestos jurídicos serios y justos, para que el capital extranjero pueda sentirse garantido y equitativamente considerado.

Los problemas aún pendientes en ese sector eléctrico serán resueltos con el mismo espíritu de equidad que ha primado en los arreglos ya realizados. En ese sentido, las negociaciones se encuentran tan avanzadas que prácticamente podemos considerar resueltos aquellos problemas.

En consecuencia, nos atrevemos a afirmar que no existen cuestiones pendientes entre la Argentina y Suiza.

Estamos llevando a cabo en la Argentina un plan de estabilización financiera y desarrollo económico que tiende a superar el estancamiento de la economía nacional, dar bases sólidas a la situación monetaria y promover las condiciones materiales necesarias para un vigoroso desarrollo nacional.

En este plan, el capital extranjero desempeña un papel de suma importancia. Desde el momento en que el ahorro nacional, si bien de volumen considerable, no es suficiente para responder a las necesidades financieras de los importantes sectores de la economía que deseamos desarrollar, la colaboración del capital extranjero servirá para acelerar el programa de expansión, disminuir los sacrificios que este implica y posibilitar un crecimiento del intercambio que será de recíproco beneficio.

Los intereses lesionados con la política de estabilización han sido, indiscutiblemente, numerosos; pero ante la alternativa del caos o la restauración de la confianza en el signo monetario, no había opción.

Hoy puedo afirmar que estamos alcanzando ese nivel de estabilización. Esto nos brinda la posibilidad de proseguir enérgicamente el plan de desarrollo que hemos elaborado siguiendo las líneas del interés nacional. Petróleo, acero, energía y caminos son los sectores a los que en este momento damos mayor prioridad. En cuando a petróleo, puedo suministraros una información que demuestra el éxito que se está logrando y acredita en qué medida las riquezas potenciales de un país pueden hacerse realidad.

La producción petrolífera fue en 1958 de unos 5,5 millones de metros cúbicos; en 1959 ascendió a más de 7 millones. Estimamos que la producción de este año será de 11,5 millones, a los que hay que agregar el equivalente de la producción de gas, o sea otros 3 millones de metros cúbicos; en total, 14,5 millones. En 1961 lograremos el autoabastecimiento y aumentaremos nuestras exportaciones en ese rubro, que ya ha comenzado en forma incipiente.

Considerando que las importaciones de combustibles insumieron entre 1955 y 1958 unos 1000 millones de dólares, valor superior al déficit de nuestra balanza comercial en el mismo lapso, es fácil deducir la trascendencia que tendrá para el desarrollo nacional el autoabastecimiento petrolífero que alcanzaremos el año próximo.

El éxito de lo que hemos llamado "la batalla del petróleo" se consolidará con el progreso del plan siderúrgico, que constituye en este momento el eje de la expansión económica. Por otra parte, en el campo de la petroquímica y de la química pesada, sectores que tienen un profundo significado en nuestro desarrollo nacional, la financiación externa tendrá un terreno apto para materializarse, al igual que en el del transporte, sobre el cual mi gobierno ha elaborado planes concretos.

Fácil es comprender, pues, que las modificaciones que experimentará la realidad económica argentina como consecuencia del desarrollo de los sectores mencionados, transformarán el tradicional esquema de sus relaciones comerciales con los países altamente industrializados de Europa.

El simple intercambio de materias primas por productos manufacturados ya no tendrá vigencia. Pero esto no debe conducir a una perspectiva pesimista acerca del volumen de nuestro comercio exte-

rior, pues en la medida en que una nación se industrializa, eleva su ingreso y evolución hacia un mayor bienestar, va configurando una demanda de signo diferente de la tradicional, pero con un creciente volumen de bienes de importación. La movilización de nuestros recursos naturales requiere plantas industriales, máquinas, instrumentos de precisión, elementos de tracción mecánica e implementos industriales en cantidad cada vez mayor. Los productos de la tecnología superior permanecerán, en consecuencia, como un rubro fundamental de nuestro comercio internacional.

Pero también tenemos cabal conciencia de que, en definitiva, una política de desarrollo económico debe estar fundada en el incremento de aquellos sectores de la economía nacional que suministran al país su poder de compra en el exterior.

Es por eso que hemos trazado una política tendiente a promover la activación de la producción agrícola y ganadera, que constituye la base fundamental de nuestras exportaciones. Se comprenderá, por la misma razón, que nos preocupe hondamente cierta tendencia proteccionista de la política comercial de los núcleos europeos en estos rubros.

En efecto, no nos oponemos, desde luego, a la formación de mercados regionales: pero creemos que ellos deben ser instrumentos eficaces de un activo intercambio entre las naciones que presentan un alto grado de interdependencia en razón de la similitud de sus estructuras y funcionamiento. Es por eso que mi país, que ha adaptado su economía a las exigencias de un mayor comercio internacional mediante la libre convertibilidad monetaria y la liberación de su intercambio con el resto del mundo, afirma su fe en los beneficios de un libre fluir de bienes y servicios entre los países de análoga constitución económica. Una alternativa cerradamente proteccionista nos empobrecería a todos, atomizando el mundo occidental en compartimentos estanco y aun hostiles.

Suiza ha llevado hasta sus últimas consecuencias y con magníficos resultados la política de economía libre. Es por ello que estoy persuadido de que vosotros, hombres de empresa de este país, sabréis comprender las preocupaciones que en toda América latina suscita

la tendencia proteccionista que apunta en Europa, cuya consecuencia puede ser, entre otras, la disminución del poder de compra de un continente que quiere elevar su nivel de vida mediante la importación creciente de los productos de la ciencia y la técnica europeas.

Dentro de los esfuerzos dirigidos al establecimiento de una economía libre, debemos reconocer que los resultados obtenidos en el campo del comercio internacional son considerablemente menores que los que se han logrado en el rubro de las transacciones monetarias y financieras. Las tendencias restrictivas en el régimen de intercambio de los productos agropecuarios contribuyen a limitar aquellos esfuerzos. Cabe entonces preguntarse si los países de avanzado desarrollo podrán encarar estos problemas mediante arbitrios que no distorsionen peligrosamente su intercambio con los países exportadores de productos agrícolas y ganaderos. Pues solo mediante el aumento de sus ingresos externos podrán estos intensificar la demanda de productos industriales sin restricciones ni discriminaciones.

Son estas realidades y estas preocupaciones las que he querido traeros, aprovechando la oportunidad que me ha brindado el Consejo Federal. Preocupaciones y realidades que son propias de un continente que busca su acceso al bienestar, pero que inciden también en un proceso de extensión mundial. Yo he querido exponerlas aquí, ante vosotros, representantes de un país que la Argentina admira, con la convicción de que podréis contribuir a dar respuesta a estos interrogantes que preocupan a pueblos nacidos bajo idénticos principios que los vuestros y que persiguen su felicidad a través de ideales análogos a los sustentados por Suiza.

Los efectos del desarrollo sobre el comercio internacional

Discurso pronunciado en la Cámara de Comercio Argentina para Suiza, en Berna, el 21 de junio de 1960

Señor Presidente de la Cámara de Comercio, Señores:

Es para mí un motivo de satisfacción este breve encuentro con vosotros, que constituís uno de los organismos más aptos para facilitar el intercambio comercial entre nuestro país y Suiza, porque me brinda la oportunidad de agradeceros la activa y cordial colaboración que prestáis a la Embajada Argentina, materializada, entre otras cosas, con la publicación de su boletín mensual, cuya colección acabo de recibir.

El comercio entre la Argentina y los países de alto nivel industrial como Suiza ha de acrecentarse en la medida en que nuestro plan de desarrollo exija en forma cada vez más acentuada los productos en que vuestro país se especializa. La Argentina reclamará más y más los instrumentos de precisión, los productos químicos aptos para intensificar la producción y las creaciones de la alta técnica especializada, que representan renglones difícilmente sustituibles, pues suponen un nivel científico sumamente elevado.

Es por esta razón que soy ampliamente optimista sobre el futuro del intercambio suizo-argentino. Comprendo las inquietudes que habéis expresado, señor presidente, en torno de algunos problemas vinculados a nuestras importaciones; pero a ellas debo responder asegurando que las medidas adoptadas para equilibrar nuestra balanza de pagos durarán el tiempo que duren las dificultades derivadas de una estructura económica que era insuficiente para responder a las necesidades de nuestro país y que ahora está modificándose profundamente en virtud del impulso que han adquirido sectores funda-

mentales de nuestra actividad, como el petróleo, la siderurgia, la petroquímica y el transporte.

Habéis señalado con acierto la incidencia que tendrá en las futuras balanzas de pago el autoabastecimiento petrolífero que estamos a punto de alcanzar.

Es necesario que se comprenda definitivamente que el desarrollo de los países que aún no han alcanzado su plena realización tendrá una incidencia favorable en todo el proceso del intercambio mundial. Cuanto más elevado sea el nivel de vida de los pueblos, mayor será su demanda de bienes y servicios. En este sentido, la zona de libre cambio latinoamericana constituye la posibilidad cierta de un gran mercado, cuya capacidad de compra será mucho mayor que la que representan globalmente los países que la integran.

Esta agrupación regional, que no persigue fines políticos ni ha adoptado principios restrictivos, será en el futuro una potencia económica en cuyo éxito tenemos profunda fe.

Tomo en cuenta, señor presidente, los problemas que habéis expuesto en vuestro discurso. Los miembros de la Cámara de Comercio Argentina para Suiza pueden tener la seguridad de que mi gobierno estudiará con toda atención las posibilidades de solucionarlos.

Señores:

Hace un momento he tenido el honor de dirigir la palabra a un distinguido núcleo de hombres de negocios de Suiza. Les he reseñado las perspectivas de nuestro país y he afirmado ante ellos mi convicción de que Suiza permanecerá siempre en nuestro intercambio comercial como uno de los clientes y proveedores más importantes de la Argentina.

Yo quiero reafirmar esta convicción ante vosotros, hombres de Suiza, que, por estar vinculados en alguna medida a mi país, estáis en condiciones de apreciar mejor los esfuerzos que realiza el pueblo argentino para desarrollar su riqueza y alcanzar su bienestar sobre la base de sus ideales permanentes de libertad y justicia.

Agradecimiento al Consejo Federal del Gobierno de Suiza

*Banquete ofrecido por el Presidente de la Nación al Consejo Federal
de la Confederación Helvética, el 21 de junio de 1960*

Señores:

Tenía de Suiza la imagen, casi idílica, que se aprende en los libros y en las láminas. Sabía de su pequeñez geográfica y de su magnitud histórica. He vuelto a contemplar ahora sus paisajes inolvidables, la gracia infantil de sus aldeas, la serena certidumbre de sus ciudades. He convivido con este pueblo, maestro de convivencias, artesano de la vecindad y la integración de razas y de idiomas en un mismo cuerpo nacional. He visto los frutos de vuestro ingenio y de vuestro trabajo, la delicada arquitectura de vuestra sólida economía.

He respirado en la calle, en los salones, en las aulas, el inconfundible acento del espíritu nacional suizo, hecho de disciplina, de laboriosidad y de tranquila confianza.

La armonía de paisaje corresponde exactamente a la armonía interior de las gentes. Habéis hecho de vuestra patria un jardín de flores y de espíritu.

Flores y extraordinaria cortesía habéis tenido para este modesto representante de un lejano país. No tan lejano, sin embargo, de vuestro corazón, si he de juzgar por las demostraciones de simpatía y admiración hacia la Argentina que habéis tributado en mi persona.

Regresaré a mi patria con el más acendrado recuerdo de vuestra hospitalidad. Diré a mis compatriotas que podemos contar con la amistad sin reservas de esta gran nación, espejo de virtudes ciudadanas.

Agradezco en vosotros la calurosa acogida de todo el pueblo suizo, desde sus más altos hasta sus más modestos ciudadanos.

Brindo por la amistad de nuestros pueblos, por la prosperidad de Suiza y la de todos vosotros.

Gracias, muchas gracias y hasta siempre.

La paz mundial y el drama del subdesarrollo

Palabras pronunciadas en el banquete ofrecido por el presidente de Francia general De Gaulle, al Presidente de la Nación, en París, Francia, el 22 de junio de 1960

Señor Presidente:

Os agradezco los generosos conceptos que habéis vertido, puesto que proceden del jefe de un país tradicionalmente vinculado al nuestro, interpretan los sentimientos de un afecto de raíz histórica y tienen una significación más profunda que la que surge del mero protocolo. Sabed que estas palabras vuestras repercutirán hondamente en el corazón de mi pueblo, sensible como pocos a las manifestaciones de la amistad.

A lo largo de sus ciento cincuenta años de vida independiente, la Argentina ha registrado los efectos de una influencia francesa que ha actuado en su actividad cultural y económica, y en sus instituciones políticas. Esa influencia se ha hecho y sigue haciéndose perceptible hasta en lo más íntimo de nuestro ser nacional, que, sin ella, hubiera asumido una fisonomía distinta.

Podemos afirmar que los objetivos fundamentales que el pueblo francés se ha fijado para la elaboración de su destino, tal como ha ido fijándose en la realidad contemporánea, son los mismos que se ha trazado el pueblo argentino. Como vosotros, los argentinos luchamos por el perfeccionamiento de las instituciones políticas, económicas y sociales de todos los pueblos del mundo. Hoy más que nunca la política internacional se desenvuelve en un ámbito determinado por el juego recíproco de la actividad que despliegan simultáneamente todos los países, sin que el juego propio de cada uno de ellos deje de hacerse sentir en el de todos los demás.

Las naciones del mundo entero se preparan para seguir un camino que conduce a la consolidación de la paz por medio de una política

de armónicas coincidencias. Más allá de las vacilaciones y los choques esporádicos, se abre paso la certeza de que ya no son posibles los conflictos bélicos mundiales. Hoy, más que nunca, saben los pueblos que el destino nacional de cada uno de ellos se juega en otro plano que el de las luchas sangrientas. Ni los intereses económicos ni las ideologías dirimirán supremacías en los campos de batalla de una guerra general.

Creemos que, a la luz de estas certezas, el mundo occidental debe analizar todas las perspectivas dentro y fuera de su ámbito. Su primera comprobación consiste en advertir que el desarrollo armónico de los países de Occidente y el bienestar de sus poblaciones no se asegurarían con la sola reconstrucción de las economías europeas, por plausible que ello sea, ni con la liberación del intercambio de los productos industriales, en tanto no se resuelva el problema que presentan las economías de naciones insuficientemente desarrolladas.

Como presidente de una nación latinoamericana, parte de un continente que habitan 200 millones de seres humanos, vengo repitiendo, a lo largo de esta gira europea, que Occidente no concluye en Europa. Es preciso señalar que la única región de Occidente que no ha alcanzado su pleno desarrollo económico es, precisamente, la que habitan esos 200 millones de hombres y mujeres, en cuyo nombre os hablo. Aunque ellos no han recibido plenamente los beneficios de la civilización occidental, constituyen –paradójicamente– a la vez la vanguardia y la reserva del espíritu que la anima. Son la vanguardia, porque nuestros pueblos depositan en los valores espirituales su mayor esperanza y lo hacen con ahincada porfía, buscando por todos los caminos dar bases materiales a lo que hasta ahora es un mundo soñado y sin embargo próximo. Son la reserva porque en su rico territorio se dan las condiciones para que florezca una cultura vigorosa.

Esas naciones se encuentran hoy en una circunstancia histórica dramática. Ricos en materias primas, con una creciente población particularmente apta para el trabajo, constituyen el mercado potencial más amplio. Pero advierten que sus propios recursos financieros resultan insuficientes para aumentar su producción, hacer realidad

la amplitud de ese mercado y completar su desarrollo. Es que los alimentos y materias primas que producen son objeto de un trato discriminatorio en los países que tradicionalmente los adquirirían, empeñados ahora en ser autosuficientes como región en materia agropecuaria. Tal política parece ignorar que al privar de recursos adecuados a Latinoamérica cercena al mismo tiempo la posibilidad de colocar allí los productos de su más avanzada técnica.

La República Argentina se encuentra empeñada en la lucha por romper este círculo que la condena al incompleto desarrollo y al subconsumo. Para ello ha procedido a estabilizar sus finanzas, liberar de trabas su comercio exterior y poner en marcha un plan de expansión que tiene ya éxito completo en materia de petróleo y cobra intensidad en otros rubros: hierro, carbón, petroquímica. Sustituimos, gracias a la propia producción, elementos que antes importábamos. Ahora queremos incorporar en su lugar las avanzadas técnicas. Nos constituimos así en un mercado ávido de productos que Europa puede proporcionar. Pero para adquirirlos necesitamos no solo mantener nuestras exportaciones, sino incrementarlas.

Los países que tradicionalmente adquieren los diversos productos latinoamericanos de exportación marchan hacia un proteccionismo regional que anula la competencia. Sin embargo, no pueden haber olvidado que su propio comercio internacional se basa en un intercambio de productos primarios por bienes manufacturados, máquinas y equipos.

No podrán olvidar tampoco que una importante emigración de personas y capitales ha creado en la Argentina –y en América latina en general– cuantiosos intereses que constituyen un vínculo insoslayable entre ambos sectores.

En cuanto a Francia, quiero recordar ahora que sus hijos siempre han encontrado en mi país campo propicio para desenvolver sus reconocidas virtudes de trabajo y espíritu de empresa. Existen rubros específicos de nuestra industria que tienen el signo de lo francés no solo en las técnicas que siguen, sino también en los apellidos de sus fundadores, y que ya constituyen una tradición firmemente arraigada en mi patria.

Las nuevas e irreversibles condiciones creadas en la Argentina presentan una nueva estructura para que esa capacidad de trabajo y creación empresaria se desenvuelva sin limitaciones.

Señor Presidente:

Nuestro país mira con confianza el porvenir. En la hora en que los pueblos asumen la responsabilidad de su destino, nada puede serles negado. Me complace decir esto en una nación como Francia, que, siendo eterna por su espíritu que la hace universal, mantiene intacto un sano nacionalismo que es motor de sus mejores realizaciones.

Como dije al comenzar, el mundo ha llegado a no tener otra alternativa que la paz. Pero la paz no es solo el descanso de las armas; constituye un desafío a las naciones y a las culturas para que muestren hasta qué punto su plena realización conduce hacia la paz social y el bienestar.

El sector que se muestre incapaz de alcanzar estos objetivos se habrá frustrado y quedará en la historia como un ciclo perimido.

La confianza que depositamos en vosotros y en nuestro propio esfuerzo, la que nos anima en común, nos pone a cubierto de este riesgo. Juntos encontraremos el camino más allá de las dificultades circunstanciales que suelen oscurecer esta clara perspectiva.

Levanto mi copa por Francia, por el Presidente de la nación francesa y su señora esposa, por el héroe de la Resistencia y por la inquebrantable amistad de nuestras dos naciones.

Las virtudes sanmartinianas

Discurso pronunciado durante la inauguración del monumento al General José de San Martín, en París, el 23 de junio de 1960

Señores:

En nombre del pueblo argentino agradezco con profunda emoción al pueblo francés por haber querido que entre las glorias de la que esta ciudad es evocación y testigo, se encuentre la figura máxima de nuestra patria. Este bronce recuerda una vida de héroe dedicada, en toda su humildad y en todo su arrojo, a la causa de la libertad. Es la síntesis de la historia de una nación. Es el símbolo de la lucha de un pueblo por su propio destino.

El general José de San Martín expresa en grado excelso las más altas virtudes que pueda exhibir el pueblo argentino. La nobleza inquebrantable, el desprendimiento en sus sacrificios, la sencillez y el silencio, su fe en la libertad del hombre y en el triunfo final de la dignidad, son los rasgos que trazan un perfil heroico que es ejemplo y meta de nuestra patria.

Los ideales que iluminaron su marcha son los mismos que dieron trascendencia a nuestra emancipación. Su convicción de que el hombre debe ser arquitecto de su propio destino lo llevó a conquistar la libertad de su pueblo. Bajo la inspiración de la fraternidad condujo la antorcha libertadora a tierras hermanas. Fiel al principio de igualdad de los pueblos, bajó su espada para que los brazos que él liberara fueran también libres para construir su propio futuro.

Tras la epopeya americana, la grandeza de su alma lo alejó de la guerra entre hermanos y sus armas no sirvieron al miedo ni a la opresión. Se alejó así de su patria para encontrar en tierra de Francia la muerte tranquila que coronara una vida sin sombras.

Señores:

Los ideales que hicieron de la hazaña de San Martín una gesta gloriosa y los valores que definieron su vida de hombre y de soldado son los mismos que hacen perdurable el legado de Francia.

Es por ello que este monumento que hoy inauguramos, al mismo tiempo que un homenaje de la nación francesa al pueblo argentino, es también una síntesis luminosa del pasado que une para siempre a nuestros pueblos.

Al conjuro del recuerdo de ese magnífico caballero cristiano que habéis querido honrar, esta ceremonia se convierte en símbolo del abrazo fraterno que une a Francia y la Argentina, extremo norte y extremo sur del siempre vigente mundo latino.

Mensaje de paz desde París

Discurso pronunciado en ocasión de la ceremonia del agasajo al Presidente de la Nación en la Alcaldía de París, el 23 de junio de 1960

Para quienes somos hijos de la cultura latina, pocas emociones pueden superar a la de hallarse en París, dos veces milenaria capital de capitales.

Para los que hemos nacido a la vida independiente guiados por las luces de la Revolución francesa, esta ciudad es el símbolo de todas las libertades, madre de los derechos del hombre, tribuna inspiradora de la democracia universal.

Recibo, conmovido, señor presidente del Consejo Municipal de París, vuestras afectuosas palabras de salutación.

Sois herederos de una tradición heroica, que en este mismo lugar tuvo manifestaciones gloriosas, desde las reuniones de los electores representantes de París en las jornadas de 1789, hasta los sangrientos episodios de la Comuna y las más recientes luchas de la Resistencia y la Liberación.

Gran parte de la historia de Francia se refleja en este lugar del viejo París. Como representante de una joven democracia latina, saludo en vos el espíritu de la Francia inmortal.

Buenos Aires, la capital argentina, es también una gran ciudad de cuatro millones de habitantes. Su arquitectura y su espíritu tienen mucha semejanza con el París moderno. Muchos argentinos han visitado París asiduamente durante la época de nuestra formación nacional y asimilaron vuestra cultura y vuestras costumbres. Por eso hemos tenido siempre a esta ciudad muy cerca de nuestro corazón y hemos compartido sus sufrimientos y sus victorias.

La antigua amistad entre nuestros pueblos ha de fortalecerse cada día más, pues las circunstancias presentes del mundo tornan

imperativa la íntima solidaridad de las naciones de Occidente. París y Buenos Aires, hermanas en el pasado, seguirán unidas en la defensa del patrimonio universal de sus culturas. La misma vocación ecuménica de la Ciudad Luz alienta en los pueblos del Nuevo Mundo. Queremos contribuir a la causa de la humanidad, a la causa de la paz y de la convivencia entre todos los pueblos y las razas del orbe.

Deseo que París sea la caja de resonancia de este mensaje de paz que los jóvenes pueblos de América envían a la vieja pero eterna Europa. Padres e hijos realizaremos juntos el milagro de un mundo unido, sin odios y sin recelos. Un mundo unido para asegurar el bienestar y la felicidad a todos los pueblos de la tierra.

En nombre del pueblo argentino agradezco con todo mi corazón el saludo del París que tanto admiramos y queremos.

La herencia cultural de Francia

Discurso pronunciado en ocasión del almuerzo ofrecido por el primer ministro del Gobierno de Francia, Señor Michel Debré, en París, el 23 de junio de 1960

Este año celebramos en la República Argentina el 150^o aniversario de la Revolución de Mayo, paso inicial de la independencia política de mi país.

Al evocar a los próceres que articularon la doctrina de esa revolución, se advierten de inmediato las fuentes en que abrevaron sus ideas revolucionarias. Fueron la Enciclopedia y la Revolución francesa de 1789. El mismo hálito racionalista y liberal que inundó, desde Francia, las tierras de la Europa absolutista de fines del siglo XVIII, cruzó los mares y alimentó los sueños de los revolucionarios que forjaron la emancipación de las colonias sudamericanas. Este milagro, siempre presente y renovado, del pensamiento de las edades, que no reconoce distancias ni fronteras, se repitió en todo el curso de formación de la cultura de las nuevas nacionalidades americanas. El derecho positivo se inspiró en el Código de Napoleón. Las garantías individuales reprodujeron, en los textos de nuestras constituciones, los principios inmortales de la Declaración de los Derechos del Hombre y del Ciudadano. La literatura, la música, la pintura, recibieron el influjo de Hugo, de Debussy, de Monet.

En nuestros días, la influencia francesa se manifiesta en los campos de la ciencia y de la técnica moderna. Recibimos también el importante aporte de la industria, las finanzas y el comercio francés.

De la contribución de todas las culturas europeas, operando sobre el limo ancestral de la herencia española, han nacido y crecido nuestras expresiones nacionales. A ello hemos agregado el factor telúrico de nuestro ancestro indígena. Somos, así, plurales herederos del in-

dio, del español, del francés, del inglés, del alemán, del italiano, del escandinavo y de los pueblos eslavos y orientales.

Esta raza, joven en la historia, fruto de tantas corrientes diversas, tiene, sin embargo, una fisonomía propia e intransferible. América latina es el retoño provisor de Occidente, que se esfuerza y sueña por señalar su presencia vital en el universo.

Me atrevería a decir, a los occidentales del Viejo Mundo, que los occidentales del nuevo son la reserva de los legendarios ideales cristianos y humanistas de Europa. El antiguo continente donde alumbraron las luces de Atenas y de Roma se prolonga en el continente virgen descubierto por Colón.

Esta continuidad de la historia no es una fórmula retórica, sino un fenómeno viviente y dramático. Si los lazos se debilitaran o rompieran, progenitores y progenie sufrirían el mismo sino.

América latina está resuelta a incorporarse a las grandes corrientes culturales y materiales del mundo moderno.

Sus amigos de Europa no pueden ignorar este designio, que es designio común de Occidente. No hay esquema unificador ni de cooperación europea que pueda prescindir de los pueblos americanos, porque ello equivaldría a mutilar un alma que alienta a unos y otros, que lucha y se debate en ellos por igual, que morirá o sobrevivirá en todos ellos o en ninguno.

He traído a Europa este mensaje de solidaridad de sus retoños americanos. Es una simple presencia, modesta y sin reclamos, en momentos en que los problemas de la paz y de la cooperación internacional señalan el angustioso dilema que la humanidad enfrenta entre sobrevivir o perecer.

Nuestros pueblos quieren la paz y la necesitan. Desean vivir en un mundo abierto, generoso, libre del miedo y de la violencia. Somos pueblos y naciones en desarrollo, que necesitan acelerar su proceso material injustamente retrasado y que no pueden cumplir su destino en un mundo cercado por muros hostiles. Queremos dar y recibir, sin retaceos ni restricciones. Comerciar con todas las naciones, intercambiar productos, hombres e ideas con todos los pueblos de la tierra. Este es el aire que necesitamos respirar para alcanzar niveles de

progreso económico y altos niveles de vida para el hombre de nuestra América.

Las antiguas naciones de Occidente tienen la histórica, la tremenda responsabilidad de crear en el mundo esas condiciones de libertad, paz y confianza y de progreso.

Francia, la Francia que fue implacable con el despotismo y magnánima con el vencido, está llamada a ser en Europa la clave de la armonía y de la cordialidad. Y a influir en el mundo entero para que la suprema dignidad del hombre, que ella defendió con lágrimas y sangre a través de toda su historia, se realice plenamente en todas las regiones de la tierra.

Agradezco al Gobierno y al pueblo de Francia la generosa recepción que me han tributado.

Brindo por el destino de esta patria universal de la inteligencia y la tolerancia, y por vuestra felicidad y la de todos los franceses.

Latinoamérica y el resurgimiento europeo

Discurso pronunciado por el Presidente de la Nación en respuesta al del decano del Cuerpo Diplomático de los países latinoamericanos acreditado ante el Gobierno de Francia, en París, el 23 de junio de 1960

Señor Decano, Señores Embajadores, Señoras y Señores:

Vuestras palabras han provocado en mi corazón gratas resonancias. En este momento, junto a vosotros, percibo en tierra europea la profundidad de nuestros vínculos y el arraigo de nuestra amistad.

El idioma que nos une, la historia que compartimos y la comunidad de origen y de cultura son factores que concurren para que nuestros países ofrezcan una perspectiva común sobre la realidad del mundo contemporáneo.

A su vez, los problemas que enfrentan nuestros pueblos tienen trazos idénticos y facetas análogas. De allí que la necesidad de conjugar nuestros esfuerzos en una acción conjunta no solo sea una posibilidad ofrecida por ideas, intereses y afectos que coparticipamos, sino que surge como un objetivo provisto de un grado de necesidad que lo hace impostergradable.

Hoy como ayer no debemos negar la evidencia ajena ni cerrar nuestro pensamiento a las ideas que se nutren de la realidad de nuestros días. En este sentido, y es precisamente este el lugar para decirlo, la experiencia europea en el tratamiento multilateral de los problemas económicos representa una fuente de inspiración de sumo valor para nuestros objetivos de fortalecimiento espiritual y material.

Es innecesario destacar las ventajas de la cooperación internacional en esta hora del mundo. La economía contemporánea se sustenta en una trama compleja, que interrelaciona las economías nacionales en un grado nunca alcanzado hasta el presente. No existen ya economías que puedan marchar a la vera de la situación general del mundo.

La magnitud del comercio internacional es la prueba más fehaciente del nivel de interdependencia y constituye también, por otra

parte, un signo bastante preciso de la prosperidad o de la retracción de la economía internacional.

La importancia que asignamos a las corrientes comerciales, a su fortalecimiento y a su expansión, se traduce en nuestra decisión de impulsar el intercambio de nuestros países al nivel más alto posible. De allí que hemos emprendido la tarea de aunar nuestros esfuerzos en la Asociación Latinoamericana de Libre Comercio que, confío, será objeto de perfeccionamiento en el futuro, hasta alcanzar la dimensión de una comunidad económica regional que cumpla los fines propios de un mercado común latinoamericano.

Señores:

La visión que nos ofrece este viejo continente es un estímulo para proyectar nuestra imaginación en el porvenir de nuestras tierras. Si miramos las fábricas, los caminos y los ferrocarriles que, al igual que sus puertos, sufrieron el embate demoledor de las armas más poderosas que el ingenio humano había concebido; al unir todas esas impresiones y proyectarlas sobre lo que se ofrece al espectáculo de nuestros ojos de hoy, adquirimos una cabal sensación de lo que pueden la capacidad creadora, el esfuerzo tenaz, la esperanza y la fe de un pueblo, cuando los estímulos que lo lanzan hacia el futuro corresponden a sus auténticas necesidades y sus reales anhelos.

Vosotros, que sois los representantes de las naciones de América latina, debéis transmitir el mensaje que la Europa de hoy brinda al mundo, para que los gobiernos y los pueblos de nuestra América perciban en todo su significado el hecho de que hoy este continente, apelando a las fuentes originales de su energía, ha vuelto a ser uno de los centros dinámicos de la economía mundial y de la vida contemporánea.

Señores:

Este ha sido uno de los momentos más felices de mi viaje. En verdad os digo que estas horas pasadas con vosotros me han acercado en el pensamiento y en el afecto a mi tierra argentina. La solidaridad de las naciones hermanas de la América latina vive y perdura en el corazón de cada latinoamericano. Es por ello que los años del futuro serán testigos de la unión indestructible de nuestros pueblos forjada en la historia de la sangre y en la pasión de la lucha.

Desarrollo económico y capitales extranjeros

*Discurso pronunciado en el Patronato de Francia, en París,
el 23 de junio de 1960*

Con profunda satisfacción os dirijo la palabra. Desearía que de este encuentro surgiera con claridad qué es lo que puede esperar Francia de nosotros y qué es lo que nosotros esperamos de Francia y, en general, de Europa. Cuando hablo de nosotros, me refiero a los 200 millones de hombres y mujeres que habitamos en Latinoamérica, único sector de Occidente demorado en su desarrollo.

No desconocéis el panorama geográfico de la República Argentina. Con su territorio de aproximadamente tres millones de kilómetros cuadrados, ocupa el décimo lugar en el mundo por su superficie. El subsuelo argentino, en gran parte inexplorado, es una de las reservas más importantes en materia de minerales y combustibles. Los grandes yacimientos metalíferos, las caídas de agua que representan un desafío al ingenio humano, el variado muestrario mineral que ofrece a todo lo largo la Cordillera de los Andes, constituyen solo un aspecto de la potencia económica de la Argentina. El clima, que junto con la tierra es el hacedor de los paisajes, ha dotado a mi país de extensas praderas que el tesón y el trabajo de millones de familias campesinas han transformado en regiones de inmensa riqueza.

La República Argentina, detenida en su desarrollo más que nada porque el deterioro de los términos de su intercambio comercial impidió una capitalización adecuadamente acelerada, ha tomado todas las garantías para desenvolver sus industrias básicas. Petróleo, siderurgia, energía termo e hidroeléctrica, petroquímica, celulosa, establecimiento de industrias, constituyen las prioridades que hemos fijado para nuestro desenvolvimiento. Ellas ofrecen amplio campo para las inversiones y constituyen el mejor estímulo para la acción empre-

saria. Estoy seguro de que Francia no estará ausente de este esfuerzo. En las generaciones pasadas, compatriotas vuestros se incorporaron a nuestro país y sus descendientes siguen en él las rutas marcadas por aquellos pioneros. En el momento presente, la técnica y los capitales franceses tienen en mi país amplio campo para su desenvolvimiento.

En la Argentina, en efecto, estamos llevando a cabo la transformación de la estructura económica vigente. Según ella, nuestro país desempeñaba el papel de productor agrícola-ganadero que intercambiaba los productos de su tierra, cada vez más baratos en los mercados mundiales, por manufacturas, hierro y combustibles, cada vez más caros. La dependencia de nuestra economía aumentaba a medida que se acentuaban los adelantos tecnológicos y el índice de productividad de los países altamente desarrollados.

Como primer paso, quisimos poner en marcha la economía nacional que se encontraba postrada. Lanzamos así la llamada "batalla del petróleo", tendiente a obtener rápidamente el autoabastecimiento de ese combustible. En el lapso de dos años se logró duplicar la producción nacional de petróleo y, en el transcurso del año 1961, ya logrado el completo autoabastecimiento, estaremos en condiciones de exportar. También nos preocupó impulsar otros rubros fundamentales: el carbón, hidroelectricidad, termoelectricidad, química pesada.

La política relativa al petróleo, al carbón y al acero tiene una significación monetaria del orden de los 500 millones de dólares –aproximadamente la mitad del valor de nuestras importaciones– y, juntamente con los otros rubros, llevará a una adecuada e integrada explotación de todos los recursos básicos de la economía argentina.

En conjunto, esta parte del plan económico tiende a sustituir nuestra economía agraria por una economía con petróleo, carbón, hierro e hidroelectricidad, que ofrezca, tanto en el campo como en la ciudad, las posibilidades que se abren al aplicarse los adelantos tecnológicos del mundo de hoy.

Este ambicioso plan demanda una fuerte masa de capital. No alcanzado para ello el ahorro nacional, hubo que recurrir al ahorro extranjero. Decidimos, pues, explotar directamente las riquezas naturales enumeradas, que proporcionarían los medios de pago sufi-

cientes para satisfacer los compromisos financieros que se concertaran. Quedaba de tal modo asegurada la posibilidad de obtener una expansión del mercado interno que, otorgando un más alto nivel de vida a la población, ofrecía las condiciones para lograr una estabilización definitiva en el sector político y social.

El programa de desarrollo fue complementado con un severo plan de estabilización financiera. Su aplicación ha eliminado todas las discriminaciones monetarias y cambiarias en relación con el exterior, y el control de cambios, que durante treinta años aprisionó a la economía nacional, ha sido sustituido por un régimen de tipo de cambio único, libre y fluctuante, en un mercado financiero abierto, de modo de asegurar una absoluta libertad para todas las transacciones. El sistema que hemos bosquejado rápidamente se completa con un régimen provisional de recargos para la importación y retenciones para la exportación que funcionan a la manera de arancel aduanero.

Al asumir el gobierno, afirmamos enfáticamente que había llegado para la Argentina la hora de la ley. Hemos cumplido con esa afirmación, poniendo al servicio de su cumplimiento toda la fuerza de que dispone un Estado de derecho. En cuanto hace a nuestras relaciones con el exterior, todos los compromisos contraídos por Gobiernos anteriores fueron escrupulosamente cumplidos sin examinar su conveniencia, su oportunidad, ni aun su justicia intrínseca.

Lo que se quiso fue restablecer sin cortapisas la seguridad jurídica para los inversionistas. Lo mismo cabe decir en cuanto al capital extranjero invertido en el país. A la posibilidad de girar al exterior las ganancias obtenidas sin limitación alguna, cabe agregar el hecho de que el capital extranjero es tratado sobre una base de absoluta igualdad con respecto al capital nacional.

Este esfuerzo de nuestro país y, en general, el de toda América latina, está amenazado por las tendencias proteccionistas para la producción agropecuaria que aparecen en el Mercado Común Europeo. Si ellas prosiguieran manifestándose frenarían nuestro desarrollo o lo orientarían a apoyarse en otras zonas económicas. Al mismo tiempo, repercutirían en los países europeos afectados. Si se eliminara la pro-

tección a los productos agropecuarios, aumentarían las importaciones y se ampliaría, al propio tiempo, el mercado latinoamericano para la industria europea.

El pertenecer a una comunidad de naciones que aceptan normas de convivencia comunes, tanto como la estrecha correspondencia entre sus recíprocos intereses económicos, obliga a contemplar en conjunto este problema, que amenaza afectar el desarrollo del comercio entre dos vastas zonas de Occidente.

En el otro aspecto fundamental de nuestras relaciones económicas, he procurado describir las perspectivas de mi país como terreno propicio para la inversión de los capitales y para el espíritu de empresa. Francia, tradicionalmente ligada a la historia y al desarrollo argentino, no ha de estar ausente en esta etapa de nuestra expansión, cuando las oportunidades se multiplican constantemente. Algunos, entre ustedes, están desde hace tiempo ligados a la actividad empresaria en mi país y, por tanto, pueden informar con más amplitud y, seguramente, con la convicción nacida de la propia experiencia, acerca de las condiciones que en él existen.

Os he hablado con lealtad y con franqueza. Mis palabras llevan implícito un mensaje de 200 millones de seres que habitan, como vosotros, en el mundo occidental: en él trabajan y en él depositan sus esperanzas. Quienes, como vosotros, han alcanzado un nivel superior de desarrollo, no pueden menos que atender a una realidad palpable.

Deposito en vosotros esa esperanza de una clara comprensión, que hará más fácil el entendimiento entre nuestras naciones en la hora, ya llegada, de resolver los arduos problemas ya planteados.

La Argentina y Bélgica

*Discurso pronunciado en el Palacio Real de Bruselas, Bélgica,
el 24 de junio de 1960*

Grande es el placer y grande es el honor que significa para nosotros ser huéspedes del Rey de los belgas y encontrarnos en estas tierras, que aunque lejanas a las nuestras, no lo son en el conocimiento que tenemos los argentinos de vuestras tradiciones y del lugar que ocupáis en las páginas de la historia. Conocemos la trayectoria de vuestros héroes y de vuestros reyes, quienes como aquel noble caballero, el rey Alberto, universalmente conocido como el Rey Soldado, han honrado a esta nación y a esta dinastía.

Sabemos de vuestras grandezas y espíritu progresista. Vuestros artistas y hombres de ciencia, técnicos y hombres de letras, han logrado a lo largo de los siglos una labor muchas veces precursora en el campo de la cultura y del progreso material.

En mi país, Majestad, hemos seguido con inquietud y afecto los momentos difíciles por los que no hace mucho atravesaban las naciones europeas. Durante esos cruciales períodos, los argentinos no se mantuvieron ajenos, y compartieron en su pensar y sentir las diversas y difíciles etapas que trajeron como consecuencia la última conflagración. Supimos entonces admirar los esfuerzos y actos heroicos de este pueblo, decidido a no perder el don sagrado de la libertad. Admiramos también la capacidad de recuperación de una nación, que se encuentra hoy en un estado floreciente, gracias a sus calidades de trabajo morales y técnicas.

Ya disipados a través del tiempo aquellos recuerdos, Bélgica asume una acción preponderante en la etapa internacional de confraternidad y entendimiento. Nuestro país, Majestad, ha tenido siempre un intercambio cultural y económico con el vuestro, intercambio que

no dudo será día a día de mayor beneficio mutuo. Pero sobre los intereses económicos y vinculaciones de toda otra índole, existe algo superior, y en ello –lo afirmo hoy– juzgo hemos encontrado la verdadera identificación: nuestra comunión de ideales en luchar con todas nuestras fuerzas por lograr un mundo de mayor comprensión, de mutuo respeto, que permita asegurar el bienestar de los pueblos y la paz entre ellos.

Aunque breve mi permanencia en el suelo belga, os puedo ya adelantar que el recuerdo de vuestra hospitalidad quedará profundamente grabado en mi memoria.

Antes de terminar estas breves palabras –que, aunque limitadas en su extensión, no lo son en cuanto al inmenso agradecimiento que deseo expresaros por tan magnífica demostración de homenaje al país que represento– no puedo dejar de mencionar un vínculo más que une al Reino de Bélgica con la Nación Argentina. El general don José de San Martín, héroe máximo de nuestra emancipación, fue un caballero cristiano que, inspirado por la libertad, persiguió no solo aquella de su propio país, sino que, arrastrado por la dimensión de la epopeya americana, concluyó por liberar a tres naciones y adquirir renombre internacional.

Conoció vuestro país, residió en vuestra tierra y llegó hasta esta ciudad de Bruselas donde se le brindaron afectos que obligan a la gratitud de mi país y nos acercan aún más en nuestros vínculos inquebrantables.

Majestad, al encontrarme entre vosotros, la cordialidad y la sinceridad del caluroso recibimiento que nos habéis ofrecido hacen que me sienta en esta tierra hospitalaria como si estuviera en la propia. Ojalá el futuro me depare aún el insigne honor de recibirlos en mi país, retribuir vuestras atenciones y demostraros cuán cerca del corazón de los argentinos se encuentran Vuestra Majestad y el pueblo belga.

En nombre de los que me acompañan, en el del pueblo argentino, que saluda a este país amigo por mi intermedio, en el nombre propio y en el de mi señora esposa, os agradezco todas vuestras gentilezas, y hago votos por la grandeza y el progreso de vuestro reino, por la felicidad personal de Vuestra Majestad y de vuestra augusta familia.

El desarrollo de las relaciones comerciales internacionales

Discurso pronunciado en ocasión del almuerzo ofrecido por las autoridades de las comunidades europeas con sede en Bruselas, Bélgica, el 25 de junio de 1960

Es para nosotros una oportunidad excepcional exponer ante el foro de los países europeos, reunidos en organizaciones comunitarias –fórmula la más avanzada de la actual política internacional–, la posición argentina sobre extremos que, si son propios de estos países, inciden de manera muy especial sobre el nuestro y sobre la suerte de 200 millones de hombres y mujeres que viven en América latina.

En distintos lugares de Europa adonde nos ha llevado esta gira tan fugaz, pero tan provechosa en experiencias y en conocimientos, nos hemos referido a la situación económica y política mundial, vista desde nuestra perspectiva de país americano. Y vista también, naturalmente, desde nuestra propia perspectiva nacional, que es la perspectiva de un país en pleno y pujante desarrollo.

Ya hemos dicho que somos optimistas en cuanto al modo en que se van desarrollando los sucesos mundiales de mayor significación. Dentro de un proceso complejo y fluido, el quehacer político económico mundial permite afirmar que, afortunadamente, los conflictos existentes y los conflictos latentes se van trasladando paulatinamente del área militar –llámese esta guerra fría o caliente–, a un área de competencia pacífica que está determinada por un nuevo tipo de lucha: la lucha contra el insuficiente desarrollo.

Y esta lucha tiene por escenario vastas zonas del globo que, en su mayoría, son las que hasta ayer servían de marco a un enfrentamiento de predominios de otro carácter. La condición fundamental del mantenimiento de los conflictos de que adolece el mundo actual está dada por las grandes contradicciones que existen entre los países de un muy avanzado desarrollo y los países de insuficiente desarrollo.

Hoy, con el mejoramiento de los medios de información y propaganda, los pueblos han llegado a un alto grado de politización y tienen conciencia de su derecho a obtener condiciones de vida acordes con su espíritu creador, su propio esfuerzo y la riqueza de su suelo. Esa misma circunstancia ha provocado la reiteración de un fenómeno que ya no puede ignorarse. Me refiero a la dimensión mundial que toman con rapidez sucesos que, en otras épocas de la historia y en circunstancias diferentes, hubieran quedado restringidos a lo que sustancialmente son sucesos de índole local.

Por ello es que, analizadas las peculiares coyunturas de cada área con una perspectiva que no ignora ese extremo recién aludido, podemos afirmar nuestra certeza de que el proceso de desarrollo que están experimentando actualmente nuestros países de Latinoamérica puede ejercer una importante influencia en la evolución de los sucesos mundiales. En particular, puede influir en la suerte de las tentativas que, con una dinámica cada vez más acelerada, se efectúan a fin de coordinar y armonizar las relaciones económico-financieras entre los distintos países del mundo.

América latina es la única zona deficientemente desarrollada de Occidente. Es sabido que el subdesarrollo, que es un hecho fundamentalmente económico, encierra una dimensión político-social trascendente. Tanto es así que, como ya lo hemos señalado, el juego de las tensiones políticas mundiales ha ido derivando a ese sector, en una encomiable lucha por proveer a los pueblos que adolecen de tal situación, los elementos necesarios para que puedan superar su estado de atraso. Es que, de hecho, una Latinoamérica subdesarrollada presenta, para Occidente, todas las características de un peligro latente que requiere un activo tratamiento preventivo.

Queremos referirnos ahora en forma concreta a los esfuerzos de la cooperación económica internacional que se encuentran en plena y acelerada gestación, dentro de la etapa occidental.

En esta materia, la Argentina ha dado testimonio de su convicción de que los problemas solo pueden solucionarse con una estrecha colaboración que permita armonizar los intereses de las diversas áreas. El vehículo más directo para afianzarla es la asociación regional. En

la medida en que la asociación regional procura armonizar los enfrentamientos de intereses que pueden suscitarse en una escala geográfica reducida, aprovechando los beneficios de la complementación y de la diversidad en el desarrollo de determinados sectores, facilita efectivamente una coordinación ulterior de más amplias perspectivas, a condición de que ello se logre sin desatender las exigencias del desarrollo de los sendos países constitutivos.

La Argentina ha demostrado su decisión de estar a la altura de los tiempos, y la recientemente convenida Asociación Latinoamericana de Comercio Libre, que une a siete países de nuestras tierras, permitirá multilateralizar nuestro comercio zonal y proveer a una mayor facilidad del intercambio de bienes y capitales. Por ello es que consideramos que agrupaciones como la Comunidad Económica Europea y la Asociación Europea de Libre Comercio constituyen contribuciones efectivas para alcanzar, dentro del mundo occidental, una sólida coordinación económica que redunde en beneficio de la convivencia pacífica internacional.

No podemos, sin embargo, dejar de expresar nuestras inquietudes al observar que, juntamente con esos laudables propósitos de cooperación económica, se insinúan ciertas tendencias a la autarquía regional que, paradójicamente, podrían conspirar contra una equitativa coordinación de las economías nacionales de los países de Occidente.

Hay dos circunstancias que nos provocan particular inquietud. En primer término, la política agropecuaria del Mercado Común Europeo, en la que se insinúa una intensificación del proteccionismo ya existente y aun discriminaciones indirectas contra las importaciones de ultramar.

Nuestro país, tradicional abastecedor de productos agropecuarios a los países de Europa occidental puede ser considerablemente afectado por una política económica que asuma las tendencias indicadas. Y en esto hay que tener muy en cuenta que los esfuerzos que mi país está llevando a cabo en la lucha contra el subdesarrollo originarán significativos aumentos de nuestros excedentes de alimentos y otras materias primas semielaboradas. Y hay que tener en

cuenta también que las medidas de gobierno adoptadas en mi país, con relación al intercambio internacional, responden a los más sanos principios de la cooperación económica mundial. Sintetizando: hemos sometido nuestro comercio exterior a un sistema multilateral y competitivo, con un régimen de cambio único y fluctuante en un mercado de divisas sin restricciones. Y nadie puede ignorar la relevancia que ese esfuerzo tiene si se considera el hecho de nuestro insuficiente desarrollo. Pero el esfuerzo y los sacrificios del país para mantener ese régimen han sido siempre referidos a las perspectivas de cooperación internacionales.

Esa posición nuestra, indiscutible, nos autoriza a pedir una política comercial análoga por parte de los países con alto nivel de desarrollo. Países que, además, disponen de fuertes reservas monetarias como para financiar, sin grandes esfuerzos, cualquier sector de su producción nacional, de modo tal de no afectar importaciones tradicionales, producto de actividades eficientes y en óptimas condiciones de mercado.

Fundados en las preocupaciones que acabo de mencionar, ya hemos expresado a los Gobiernos europeos amigos el derecho que nos asiste a participar en la reestructuración de la organización para la Cooperación Económica Europea, en una perspectiva atlántica, como la que prevé el Plan Dillon, pero sin exclusiones inequitativas.

No debe olvidarse que el subdesarrollo, fundado en una base social-económica, tiene una dramática magnitud política. Del reconocimiento de esta magnitud política y de su real gravedad, puede depender la suerte del mantenimiento del sistema de vigencias espirituales, religiosas y políticas que constituyen el mundo occidental. Y creemos que no debe olvidarse tampoco que la hermosa realidad europea que hoy admiramos los que, como nosotros, tienen el privilegio de acercarse a estas tierras, se debe en gran parte a un semejante enfoque de los problemas planteados en la inmediata posguerra.

Estamos convencidos que lo contrario, es decir, el encarar la cooperación económica internacional entre áreas occidentales que ignore o perjudique a otras, llevará el signo de su propia insuficiencia. Podrá ofrecer, quizá, solución transitoria a ciertos problemas, pero dará las

bases también para el origen de nuevas cuestiones de fondo, con pre-
visibles consecuencias mucho más graves por su carácter político y
social, en la medida en que influyen sobre la suerte de países en pleno
proceso de desarrollo y que tienen en sus exportaciones tradicionales
y eficientes el medio natural de financiarlo, que es como decir el único
medio natural de participar en el proceso económico del conjunto de
países occidentales.

Como presidente de un país latinoamericano que está realizando,
incluso con el sufrimiento de sus hijos, el duro proceso por la realiza-
ción nacional, nos creemos obligados a señalar sin eufemismos esta
grave circunstancia. Lo subrayamos en primer término, en defensa de
nuestros propios intereses nacionales, que han sido el motor funda-
mental de toda nuestra política; lo señalamos, además, como miem-
bros de la comunidad latinoamericana sumergidos aún en el subde-
sarrollo económico; pero lo advertimos, sobre todo, en la convicción
de que se encuentran en juego los valores que dan sentido a nuestra
vida occidental.

El Occidente no termina en este viejo continente, ni en el norte de
América. Por expresa vocación histórica de Europa, el Occidente se ha
extendido a otras tierras lejanas, entre ellas, la nuestra. Los hijos de la
Europa actual no pueden abandonar las tareas que iniciaron sus pa-
dres y que dieron sentido a Europa en el mundo. No pueden olvidar
que el Occidente es uno solo y que, a menos de arriesgar el dejar de
serlo, debe mantenerse unido y sin fracturas.

La Argentina y la República Federal Alemana

Discurso pronunciado al imponer al presidente de la República Federal Alemana, Doctor Lubke, el Collar de la Orden del Libertador General San Martín, en el Hotel Petersberg, en Bonn, el 27 de junio de 1960

La condecoración que os acabo de imponer, Señor Presidente, testimonia la profunda estima del pueblo argentino por el pueblo alemán.

Las relaciones entre nuestros países son más cordiales y estrechas que nunca. Los respectivos Gobiernos han sabido colocarlas en el plano del más absoluto respeto y confianza, fundados en el estricto cumplimiento del derecho internacional.

El acatamiento a estas formas jurídicas de convivencia es la base de las relaciones estables y firmes entre los pueblos. En ese ámbito, la amistad histórica que siempre nos hemos brindado cobrará aún mayor vigor en adelante.

La Argentina es uno de los buenos amigos que tiene Alemania. Hemos recibido con sincera gratitud el aporte cultural, científico y económico de los alemanes desde los primeros días de nuestra vida nacional. El intercambio entre nuestras naciones ha sido considerable y fecundo.

Mi visita a vuestro gran país responde al deseo de fortalecer y ampliar esa amistad tradicional. El extraordinario esfuerzo de trabajo y disciplina de vuestro pueblo ha colocado de nuevo a Alemania entre los grandes países de Europa y el mundo. La Argentina y América latina integran la comunidad occidental y anhelan vehementemente aportar su contribución a la paz y al progreso de la humanidad. Necesitan el apoyo y la comprensión de las grandes naciones cuya herencia cultural y moral comparten.

Estoy seguro de que la concepción de una gran nación que inspira la política alemana de posguerra, es absolutamente compatible con la concepción más amplia de la interdependencia entre los países que

desean convivir y progresar en paz. Bajo este signo solidario podrá salvarse el destino de nuestra civilización cristiana.

Agradezco la generosa invitación de visitar vuestro maravilloso país y formulo votos por vuestra ventura personal y la de vuestra distinguida esposa.

Agradecimiento al recibir la condecoración de la República Federal Alemana

*Palabras expresadas en ocasión de recibir del presidente de la
República Federal Alemana, Doctor Lubke, la condecoración
de ese Gobierno, en Bonn, el 27 de junio de 1960*

Recibo esta honrosa distinción como prueba de la tradicional amistad del pueblo alemán hacia el pueblo argentino y agradezco profundamente su otorgamiento.

En las pocas horas de mi permanencia en esta gran nación, he podido apreciar la extraordinaria estimación en que los alemanes tienen a los argentinos. Es una amistad que trasciende todo protocolo y que viene de muy atrás en el recuerdo. Me complace comprobarlo, pues la Argentina desea profundamente ahondar esas relaciones y hacerlas cada día más activas y fecundas.

En mi primer encuentro con vos, Señor Presidente, me referí a la comunidad espiritual y material de las naciones occidentales y expresé la esperanza de que contribuyan juntas a la paz y a la convivencia entre los pueblos.

Espero concretar este pensamiento en las conversaciones que mantendré con las autoridades de esta gran República.

Entretanto, reitero mi sincera gratitud por vuestra generosa hospitalidad y simpatía.

Saludo al pueblo alemán de Bonn

*Palabras pronunciadas en la Municipalidad de Bonn,
el 27 de junio de 1960*

He dejado mi firma de argentino en el Libro de Oro de la ciudad de Bonn, cuna de Beethoven, cuya casa natal espero visitar.

Cuando menciono a Beethoven, rindo homenaje al genio de toda una raza a la que tanto debe el acervo cultural de la humanidad.

Evoco, asimismo al gran luchador moral, cuya grandeza de espíritu logró convertir el reto de la adversidad en el más fuerte acicate para la creación. Beethoven es uno de los más altos ejemplos del genio nacional de los alemanes, que sobrevive a todas las adversidades de su historia.

Alemania sigue contribuyendo a la lozanía indestructible de la vieja Europa y a la estructura moral y material de Occidente.

Desde esta ciudad acunada por las aguas del Rhin legendario, envío el cariñoso saludo del pueblo argentino al pueblo alemán. Que este afecto de un pueblo lejano remonte las aguas del río histórico, padre de naciones, y se transmita a todas las latitudes de esta gran nación amiga.

Las relaciones culturales y económicas con Alemania

Discurso pronunciado en la comida ofrecida por el Presidente de la República Federal Alemana, en Bonn, el 27 de junio de 1960

Señor Presidente:

Quiero expresar, antes que nada, mi profundo agradecimiento por la cordialidad con que el Gobierno y el pueblo alemán han recibido a nuestra comitiva. Las palabras que acabáis de pronunciar constituyen un capítulo más en la serie de afectuosas demostraciones que hacen de nuestra estada en vuestro país un momento inolvidable.

Nuestra presencia en Alemania trasciende el mero protocolo. Tenemos la esperanza de poder transmitir en estos días nuestra sincera admiración por la pujanza con que estáis construyendo vuestro futuro, sobre la base del esfuerzo del pueblo y la vigencia efectiva de la democracia.

Deseamos también haceros llegar el testimonio de nuestro reconocimiento por lo que ha sido y es el aporte alemán a la formación de nuestra vida cultural. Un pueblo que, como el argentino, se encuentra en plena gestación de su cultura, no puede prescindir de la profundidad del pensamiento filosófico alemán, del genio de vuestros músicos, de la inspiración de vuestros poetas. Nuestras casas de estudio, nuestras salas de concierto, nuestras bibliotecas y hasta nuestras librerías demuestran que así lo hemos comprendido. La obra de aquellos creadores nos muestra constantemente la extraordinaria vocación del espíritu germano por alcanzar lo sublime. La gloria imperecedera de la nación alemana consiste en haber alcanzado la cumbre en la ciencia, en la filosofía y en las artes. Esa vocación del espíritu germano recibe en nuestra tierra el mejor homenaje: el de un pueblo que, empeñado en construir su propio ser cultural, reconoce en ese espíritu

valores universales que incorpora como luz inspiradora de sus propias creaciones.

Pero no es solo el mensaje espiritual de vuestros creadores el que une a nuestros pueblos y compromete nuestra gratitud. En la Argentina, Señor Presidente, tenemos la satisfacción de contar, para el logro de nuestros objetivos, con el trabajo fecundo y la imaginación creadora de los alemanes que han hecho su nueva patria de nuestro suelo.

Al amparo de una legislación amplia y generosa, de la ausencia de rencores sociales, de la libertad de cultos y creencias, y de la bienvenida de un pueblo que recibe a los hombres de todas las latitudes sin discriminación alguna, vuestros connacionales han encontrado en la Argentina un ámbito acogedor. Allí demuestran cada día su laboriosidad y su espíritu de empresa incorporándose a la lucha por nuestro desarrollo. Allí han fundado prestigiosos órganos periodísticos y colaboran activamente en las tareas de la educación mediante casas de estudio que son modelo por su disciplina y eficiencia. Su patrocinio de instituciones musicales y su adhesión entusiasta a todo acontecimiento artístico enriquecen nuestra vida espiritual. Muchas de nuestras provincias recogen los frutos del trabajo incansable de las colonias agrícolas, en donde el inmigrante germano y sus hijos fecundan el suelo argentino.

En las ciudades o en los campos, en los talleres o en las escuelas, caracteriza a los alemanes, en la Argentina, su celoso respeto por la ley y las instituciones, su solidaridad social, su elevado sentido de la convivencia.

Comprenderéis, Excelencia, hasta qué punto la realidad de sus hijos me anunciaba el magnífico espectáculo de la Alemania de hoy.

Señor Presidente:

El presente nos encuentra hoy reafirmando esa amistad y estableciendo las bases para una política de colaboración leal y positiva, que contemple los intereses recíprocos de ambas naciones. La identidad de sentimientos e ideales que define la conducta exterior de Alemania y la Argentina constituye el eje de esa política. La común apreciación de la realidad internacional es reflejo de la concepción

que nuestros pueblos comparten acerca de los valores fundamentales de la persona humana y su dignidad trascendente.

La política internacional argentina, así como la de vuestro país, tiene como principio rector el de la libre determinación de los pueblos. Ese principio, que exhibimos con orgullo desde nuestro nacimiento a la vida independiente, no es una actitud ocasional, sino que traduce en el campo de las relaciones entre los Estados nuestra convicción profunda de que el hombre debe ser libre para forjar su propio destino.

Hoy, cuando el mundo vive momentos cargados de tensión, es más que nunca necesario el entendimiento, en todos los órdenes, de las naciones unidas por un mismo ideal. Ese entendimiento, del cual depende, en definitiva, la suerte misma de nuestra civilización, debe asentarse también sobre un principio que constituye una de las premisas fundamentales de la política exterior argentina. Ese principio es el de la igualdad entre todos los estados, con independencia de su grandeza o poderío. Por ello, tenemos la esperanza de aportar nuestro mensaje de paz y de transmitir con firmeza nuestro profundo convencimiento de que la paz solo puede alcanzarse en la justicia y en la libertad, mediante el esfuerzo conjunto y sin pausas de todas las naciones que hacen de esos valores la razón de su existencia.

Señor Presidente:

Tengo la seguridad de que esta visita a vuestro gran país y los contactos directos y francos que él ha permitido, contribuirán decisivamente a estrechar al máximo los vínculos que unen a nuestras dos naciones, para que ambas, mediante la colaboración y el entendimiento, se dirijan hacia la realización de sus más altos destinos.

El desarrollo y los problemas del comercio exterior

Discurso pronunciado ante hombres de negocios de la República Federal Alemana, en el Hotel Excelsior, Colonia, el 28 de junio de 1960

Es para mí una gran satisfacción hallarme rodeado de tan distinguidos representantes de la economía alemana.

Habéis sido los arquitectos de la reconstrucción de vuestro país, obra de todo el pueblo alemán y ejemplo del mundo.

Como representante de un país donde siempre hemos admirado el genio de vuestra raza, saludo en vosotros a un gran pueblo amigo, cada vez más cercano de nuestro afecto.

Ninguna empresa, por extraordinaria que sea, supera las posibilidades del hombre. Construye sobre las cenizas y las ruinas, vence el hambre y la enfermedad, olvida el infortunio y comienza de nuevo, una y mil veces. Los alemanes saben de este heroico empeño. Han logrado levantarse del abismo merced a la inteligencia, el tesón, el valor y la disciplina de todo el pueblo.

Pertenezco a un pueblo joven, que ha tenido la inmensa fortuna de no conocer los estragos de la guerra moderna.

Sin embargo, está empeñado, desde su aparición en el concierto de las naciones soberanas, en una lucha ardua por completar su soberanía política, con la base indispensable de su soberanía económica. Los pueblos atrasados no son nunca enteramente libres. Están sometidos a las presiones y a las fluctuaciones de una economía exterior contra las cuales no pueden defenderse.

Las naciones de América latina han decidido, en esta particularmente favorable coyuntura del mundo, superar su estancamiento económico e incorporarse a las grandes corrientes de la economía universal.

Esto significa también un gran esfuerzo. No se trata de reconstruir, de partir de la economía de escasez hacia la economía de abundancia. El ejemplo de la voluntad nacional alemana nos inspira, aunque sean diferentes las circunstancias de la acción.

La Argentina ha emprendido un programa orgánico y serio para salir del estancamiento de su economía. Partimos de una situación muy grave, agotadas nuestras reservas en oro y divisas, afectado nuestro crédito exterior, con una balanza comercial deficitaria y con un agudo proceso inflacionario que amenguaba en forma creciente nuestra capacidad de consumo interno.

No voy a detallar aquí las medidas que hemos adoptado para resolver esta crisis. Haré solamente una apretada síntesis de nuestro plan de estabilización financiera y desarrollo económico.

En cuanto a la estabilización, comenzamos por suprimir todas las trabas al comercio interno y externo, los controles cambiarios, los subsidios y los precios políticos. Hemos mantenido transitoriamente, ciertos recargos a la importación, que irán desapareciendo a medida que aumenten nuestros medios de pago. Paralelamente, estamos reduciendo el déficit fiscal, suprimiendo gastos improductivos del Estado.

Hemos obtenido algunos resultados halagüeños, como el de mantener la cotización internacional de nuestra moneda y reducir la emisión. Falta todavía mucho por hacer para equilibrar los ingresos y los gastos del Estado, pero tenemos el firme propósito de llegar muy pronto a confeccionar un presupuesto sin déficit o con déficit muy reducido.

Estas medidas y otras de tipo deflacionario hubieran producido un peligroso efecto sobre la economía de la población, si no hubiéramos iniciado simultáneamente, y aun precediéndolas, un plan de expansión económica basado en el desarrollo de nuestros recursos naturales. Así, libramos la batalla del petróleo. Merced a la cooperación de contratistas extranjeros y al fortalecimiento de la empresa petrolífera estatal, podremos autoabastecernos de petróleo y sus productos el año entrante. Este hecho es significativo cuando se considera que hasta hace dos años importábamos más del sesenta por ciento del petróleo que consumíamos.

Ahora estamos sentando las bases de la siderurgia y la petroquímica, y la ampliación de nuestra producción energética. Hemos iniciado la ejecución de un plan vial que se traducirá en 15.000 kilómetros de nuevos caminos en el plazo de cinco a seis años. Igualmente incrementaremos el transporte terrestre, fluvial y aéreo. En todos estos planes, esperamos recibir el aporte del capital extranjero que se radique en nuestro territorio y al que ofrecemos la más amplia protección jurídica.

Así expuesto, el plan de desarrollo, en su concreción práctica, es perfectamente factible y al alcance de nuestras posibilidades. Un plan de estabilización que no se contrarrestara con un plan de expansión produciría desocupación, miseria y un nuevo retroceso. Resulta redundante explicar esto a este calificado auditorio.

Es evidente que nuestro pueblo será el que tendrá que hacer los mayores sacrificios para obtener estos resultados.

Sabemos de sobra que ninguna ayuda externa suple la capitalización que se logra mediante el ahorro y el trabajo internos. Todos los millones del Plan Marshall hubieran sido inútiles si los europeos no hubieran sabido hacer por sí mismos lo que había que hacer y en el momento en que había que hacerlo.

Pero hay una forma de cooperación internacional que tiene efectos mucho más profundos, estables y productivos que la simple asistencia financiera y técnica. Me refiero al comercio. Cuando un país productor de materias primas y alimenticias necesita financiar su desarrollo industrial, no hay fuente más segura y regular para ello que el producto de sus exportaciones. Si encuentra mercado y precios remunerativos para ellas, dispondrá de los fondos necesarios para adquirir en el exterior materia prima y maquinaria para su industria y podrá pagar los servicios de sus compromisos financieros.

El grave problema que enfrentan los países latinoamericanos en proceso de desarrollo es la contracción de sus mercados exteriores. El fenómeno universal del deterioro de los precios de los productos primarios y de los grandes saldos exportables que algunos países colocan en los mercados a precios sin competencia, sumado a las medidas proteccionistas con que otros países industriales defienden su

antieconómica producción agropecuaria, conspiran contra la balanza de pagos de los países exportadores.

A su vez, esta reducción de su capacidad de compra en el exterior perjudica a los países industriales y a los mercados exportadores de capital. Se cierra de nuevo el círculo vicioso creado por las barreras artificiales al comercio.

La gran tarea de los estrategas de la cooperación económica internacional será encontrar fórmulas flexibles que permitan el acceso libre y competitivo de los productos a los mercados mundiales. Para ello habrá que conciliar y coordinar los intereses de los agrupamientos regionales que se están gestando actualmente en diversas zonas del mundo.

Es posible que no exista absoluta incompatibilidad entre estos sistemas regionales y la concepción del comercio multilateral sin discriminaciones. Habrá que encontrar la fórmula de integración universal de estos nódulos regionales, porque, en caso contrario, se corre el riesgo de crear compartimentos estancos que terminarán por asfixiarse en su propio aislamiento. La dinámica de la producción altamente tecnificada de nuestros días rechaza la antinomia de las restricciones al tráfico universal de esa producción multiplicada por la técnica.

Dejo estas modestas reflexiones en mentes altamente preparadas para analizarlas y discutir las.

Agradezco sinceramente la atención que me habéis dispensado. Podéis estar seguros de que no me inspira otro propósito que el de hacer que mi país sea un factor positivo en la gran empresa de cooperación internacional que se abre al genio de las generaciones actuales en todo el mundo.

Muchas gracias.

La expansión del comercio exterior

Discurso pronunciado en ocasión de la comida ofrecida por el canciller de la República Federal de Alemania, Doctor Konrad Adenauer, en Bonn, el 28 de junio de 1960

Alemania, en la historia contemporánea, es una prueba ejemplar de lo que significa el esfuerzo nacional en la reconstrucción de un país asolado por la guerra. Sin la heroica decisión de reconstruir el país a costa de todo género de sacrificios, la asistencia financiera internacional, por más cuantiosa que hubiera sido, habría resultado vana.

El esfuerzo alemán ofrece a nuestros ojos un pueblo resueltamente decidido a movilizar todos sus recursos materiales, su ingenio y su imaginación para reconstituir una verdadera potencia mundial. Esclarecida esta empresa nacional en cada alemán, ella es, a la vez, efecto y causa de la cooperación financiera internacional. Ha sido y es efecto de la ayuda exterior en todo lo que esta ha significado y es causa de esa ayuda, en cuanto una voluntad colectiva de recuperación nacional constituye el más sólido atractivo para que la cooperación financiera se realice y se intensifique incesantemente.

Ni la empresa de expansión mundial, ni la asociación de su destino económico al de sus vecinos, ha impedido a Alemania impulsar y fortalecer sus lazos con el resto del mundo. Alemania es hoy, merced a sus esfuerzos, a su eficiencia y a sus recursos naturales ingeniosamente aprovechados, una avanzada en todo el orbe. Su presencia en el exterior es una réplica a la ayuda recibida y un peculiar ejemplo de los frutos de la cooperación internacional.

Nuestro país está lanzado a un proceso análogo. La Argentina es un país firmemente resuelto a crecer merced al esfuerzo de sus hijos. Nada podrá detener estos esfuerzos ni postergar sus objetivos de recuperación y engrandecimiento. El desarrollo nacional es un imperativo no solo urgente sino inevitable. Confrontados con este destino, se

han echado las bases de la recuperación nacional, que no puede ser concebida sino en términos de vigoroso desarrollo. La coyuntura internacional y nacional no tolera procesos de estabilización financiera sin expansión económica simultánea. Esto es categórico en los países latinoamericanos, como la Argentina; es decir, países rezagados en su crecimiento, pero cuyos recursos humanos y materiales y su participación en la forma de vida occidental no admiten los efectos de un proceso económico sin perspectivas.

Consecuente con estas convicciones, el Gobierno argentino está empeñado en contener la inflación que tantos estragos, de todo orden, ha causado en el país como en el resto del mundo. Sus resultados, por cierto altamente promisorios, están a la vista. Se ha abolido el sistema de control de cambios y todas sus secuelas en el campo comercial. Como consecuencia de ello, se ha situado a nuestro comercio internacional y las relaciones financieras con el exterior sobre bases multilaterales, sin discriminaciones. Se ha rodeado a la inversión extranjera de iguales garantías que las que se ofrecen el capital nacional. Se ha estimulado, en toda forma, la radicación del capital extranjero para que se una a los frutos de la empresa de expansión nacional, irremediablemente acometida por el Gobierno argentino.

Pero, como se ha dicho, estamos fuertemente persuadidos de que todos los esfuerzos hubieran sido vanos para estabilizar financieramente al país, así como liberar las relaciones comerciales y financieras con el exterior, si no se hubiera lanzado un vasto programa de desarrollo nacional. En general, no existen incentivos para la inversión en un país estancado y sin perspectivas, por más resuelta que sea la pretensión de estabilizar sus finanzas. A esta altura del proceso económico y en la coyuntura actual del mundo occidental, estabilización financiera sin expansión económica resulta verdaderamente una falacia.

La estructura económica de nuestro país hace depender buena parte del financiamiento de su desarrollo de las exportaciones agropecuarias que es posible colocar en el mercado internacional a precios de competencia mundial. Ello implica, por supuesto, la necesidad de que no haya barreras proteccionistas prohibitivas y, en algunos ca-

sos, políticas del comercio mundial que vulneran los más elementales principios de cooperación internacional. El hecho se agrava cuando las exportaciones tradicionales del país, en cuanto alimentos, se deprimen a causa de medidas protectoras de actividades ineficientes en nuestros mercados habituales.

En el campo de la asociación económica regional, la Argentina ha tenido activa participación en la constitución de la Asociación Latinoamericana de Libre Comercio, instituida por el Tratado de Montevideo. Es este un esfuerzo que debe ser valorado por las terceras naciones desde que sus signatarios son países de insuficiente desarrollo. La creación de la Zona de Libre Comercio entre siete países latinoamericanos no debe ser interpretada como un propósito de aislamiento. Por el contrario, ella parte de la interdependencia de la economía contemporánea y responde, en términos de asociaciones regionales, a las tendencias actuales sobre coordinación de la política económica mundial.

En tal sentido, uno de sus propósitos básicos es facilitar el estrechamiento y la intensificación del comercio de nuestros países con otras comunidades económicas, como son el Mercado Común Europeo y la Asociación Europea de Libre Comercio. Es axiomático que la expansión del comercio regional facilita mayor desarrollo económico y que este influye en buena medida en el comercio mundial. Así, reemplazando abastecimientos que recibimos desde terceros países por el aprovisionamiento en los países asociados, dispondremos de mayor poder de compra para adquirir equipos, maquinarias y otros bienes de capital de que hoy nos vemos privados a causa de nuestra escasez de divisas.

El saneamiento radical del sistema aplicable a nuestras relaciones económicas, comerciales y financieras con el exterior representa la apertura del país a todo recurso humano, financiero y técnico que desee incorporarse a la empresa de desarrollo nacional irrevocablemente asumida por el pueblo argentino y su Gobierno. A ello predispone un país como el nuestro, de neta raíz occidental, con una población homogénea, dotado de excepcionales recursos naturales en una geografía prodigiosamente variada. Estamos persuadidos de que la

irrevocable voluntad de engrandecer nuestro país, mediante el propio esfuerzo, es el mejor atractivo y el más sólido estímulo para promover la cooperación extranjera.

La Argentina ha seguido con admiración y respeto el portentoso esfuerzo alemán. Reconocemos en vuestra vocación nacional un ejemplo para los países como el nuestro, que se encuentran en la tarea de integrar sus elementos constitutivos a través de las más diversas vicisitudes.

Vemos en Alemania no solo al coloso de la industria y la tecnología que expresan su genio realizador. Apreciamos, asimismo, su tradición cultural, expresada en la filosofía, el arte y el derecho, cuyas escuelas fundamentales repercuten y hacen su propia trayectoria en mi país. Vuestras realizaciones despiertan la imaginación de nuestros pueblos jóvenes, que reconocen en ellas cuánto puede alcanzar el hombre si se encuentra pertrechado por un pensamiento de inequívoco sentido nacional y tiene acceso a los fabulosos instrumentos de la técnica contemporánea.

El intercambio argentino-alemán

*Palabras de agradecimiento durante la recepción ofrecida
por la Cámara de Comercio de Hamburgo,
Hamburgo, 28 de junio de 1960*

Señores:

Es con profunda satisfacción que os dirijo la palabra en este acto que reúne a las más destacadas personalidades del comercio de la ciudad de Hamburgo y me acuerdo también de la ciudad hermosa de Bremen, amiga de vosotros y de nosotros.

La importancia del comercio internacional queda demostrada cuando verificamos el progreso que deben los pueblos a los contactos humanos, y a la incorporación de los bienes espirituales y materiales que el comercio internacional pone a su alcance. Esa significación de la actividad comercial se pone de manifiesto también cuando observamos la íntima relación del progreso tecnológico con la dimensión de los mercados de consumo. Los estímulos del comercio internacional fueron decisivos, por otra parte, para impulsar a comienzos de la era moderna los conocimientos geográficos que culminaron con el descubrimiento del Nuevo Mundo. Recordamos, asimismo, el papel positivo que en la empresa occidental jugaron los hombres, que con fe en sus propias fuerzas y espíritu de realización, se lanzaron por los mares del mundo a la buena ventura de Dios para intercambiar los productos del trabajo y de la esperanza humana.

Vuestra ciudad, que ha escrito en la historia de la navegación páginas heroicas desde hace más de mil años, fiel a sus tradiciones, mantiene hoy el mismo espíritu de empresa que en el pasado le diera renombre y esplendor. Vemos así que Hamburgo ha vuelto a ser el primer centro marítimo de Alemania y del norte de Europa. Sus banderas flamean como antaño en todos los océanos y sus barcos llevan a todos los rincones del mundo el mensaje creador de la nación alemana.

Los vínculos tradicionales que unen a mi patria con la vuestra deben mucho a esta ciudad. Las primeras líneas de navegación establecidas entre la Argentina y Alemania tuvieron como puerto de destino esta ciudad de Hamburgo.

De aquí partieron miles de hombres y mujeres que, en un acto de fe, decidieron alcanzar las playas del Plata y poblar las vastas llanuras de la Argentina para transformarlas en las ricas praderas que hoy vuelcan sobre el mundo su valiosa producción agropecuaria.

El esfuerzo que hoy estamos realizando los argentinos y que culminará en un vigoroso desarrollo de la economía nacional al consolidar las bases de un intenso intercambio comercial, contribuirá a estrechar más aún los lazos que nos unen. La política comercial argentina comparte en un todo los principios de liberalización, proclamados por el Gobierno alemán como esenciales para elevar el nivel del intercambio mundial y alcanzar el desarrollo armónico de todo el orbe.

Quiero manifestar, sin embargo, que la capacidad de compra de la Nación Argentina depende de las disponibilidades que estén a su alcance a través de sus propias exportaciones. Es decir, que con relación a la Argentina, el nivel de su comercio internacional estará dado por la magnitud de las adquisiciones que de su producción agropecuaria realicen los países extranjeros. Al referirme a países extranjeros, indudablemente hago hincapié en los mercados tradicionales que, como el alemán, están vinculados a mi patria por intensas relaciones de carácter económico.

Señores:

Las conversaciones que he sostenido con muchos de ustedes me han permitido formar un juicio optimista acerca del futuro de nuestro intercambio. Sé que no escatimaréis esfuerzos para fortalecerlo y desarrollarlo.

En esa tarea comprometo desde ya el apoyo del Gobierno argentino. Los argentinos tenemos especial interés en elevar al más alto nivel posible nuestras relaciones con la República Federal Alemana, para servir a la prosperidad de ambos pueblos y al acercamiento cada vez mayor de las naciones de Europa y América, unidas bajo el signo de la libertad y la justicia.

Saludo al pueblo holandés

*Palabras pronunciadas al arribar a la estación
de La Haya, el 1º de julio de 1960*

Experimento profunda alegría al encontrarme en Holanda, país que tanto admiramos y queremos los argentinos.

Traigo el saludo de mis compatriotas a este magnífico pueblo, ejemplo de tenacidad y coraje, que ha logrado doblegar a las fuerzas de la naturaleza y construir una nación próspera y feliz.

La Argentina y Holanda han sido invariables amigos en el pasado y nosotros aspiramos a incrementar esta amistad con renovado empuje.

Agradezco de todo corazón la invitación del Gobierno holandés para visitar este bello país. En mi corta visita me empeñaré por ver y conocer de cerca las modernas conquistas de vuestra técnica, al par que admirar las bellezas naturales de vuestro territorio. Todos los pueblos del mundo tenemos mucho que aprender del tesón y la habilidad de los holandeses y de su inmensa contribución a la paz y la armonía internacionales.

Precisamente esta misma ciudad es sede de la Corte Internacional de Justicia, dignísimo tribunal que ha perfeccionado el derecho de gentes a través de una larga y honrosa trayectoria. La Haya es símbolo del imperio de la justicia y del derecho en las relaciones internacionales.

Mi país se ha sometido siempre a los dictados de esa justicia y toda su política internacional se ha ajustado invariablemente a los principios del arbitraje y la conciliación.

Por eso es natural que un argentino se sienta en Holanda como en tierra familiar y querida. Muchas gracias.

Los objetivos argentinos respecto de la Comunidad Económica Europea

Discurso pronunciado durante el almuerzo ofrecido por el presidente del Consejo de Ministros de Holanda, en Ámsterdam, el 1º de julio de 1960

Señor Presidente del Consejo, señoras y señores:

Representa una gran satisfacción y me honra sobremanera la oportunidad que se me ofrece de exponer ante V. E. y este distinguido auditorio el pensamiento de mi país acerca de algunos problemas importantes de la hora presente y que interesan a nuestros respectivos países.

En el plano de la política internacional, Holanda se ha destacado por su firme actitud a favor de la paz y la cooperación entre los Estados.

Las aspiraciones del pueblo holandés, tradicionalmente al servicio de la paz, han sido siempre el trabajo fecundo y las realizaciones concretas.

Vivimos un momento trascendente de las relaciones internacionales. La paz deja de ser un mero principio por el que luchan las naciones, para convertirse en el medio en que inevitablemente deben actuar. La capacidad ilimitada de desarrollo que la técnica nos permite alcanzar alejará, si se utiliza en beneficio de todos, el peligro de las luchas sociales. En la medida en que ese desarrollo alcance a todas las naciones, la violencia de ese tipo de luchas habrá desaparecido. De ahí la necesidad de la cooperación internacional en todos los órdenes.

Como presidente de un país latinoamericano, no deseo dejar de señalar la importancia que ha tenido Holanda en la gestión del Mercado Común Europeo, sin duda alguna uno de los pasos más decisivos de cooperación dados dentro de la esfera occidental. Está presente en nuestra memoria el esfuerzo consciente y constante del Gobierno ho-

landés para superar las divergencias y los obstáculos incidentales que amenazaron detener las conversaciones de los seis países que constituyen la llamada “pequeña Europa”.

Es necesario puntualizar que la perspectiva a través de la cual Holanda encaró las líneas políticas generales del Mercado Común Europeo, constituye la base más sólida para que la experiencia regional que estáis llevando a cabo sirva a la causa del desarrollo económico, social y cultural de Europa, al mismo tiempo que a la empresa común de Occidente.

Deseo destacar, sin embargo, que si la política comercial de vuestros países unidos en una entidad económica regional trata de aplicar en el orden mundial la misma concepción restrictiva que han vencido y superado en las relaciones internas de cada uno de sus propios países, no se alcanzarán los beneficiosos resultados que eran de esperar.

Si se pretende reemplazar el proteccionismo nacional por un proteccionismo de región, los antagonismos y los enfrentamientos que pueden surgir con las otras áreas económicas internacionales redundarán a corto plazo en detrimento del mismo Mercado Común. Este hallará limitados sus mercados internacionales, como resultado de las restricciones que imponga a los demás países.

Ya señalé en Val Duchesse, ante las principales autoridades de la Comunidad Europea, los riesgos que una actitud de esta naturaleza lleva consigo.

El Gobierno argentino se ha trazado, y lo está llevando a cabo con indeclinable decisión, un plan de desarrollo económico que ha comenzado ya a rendir sus primeros resultados positivos. Las limitaciones que a nuestro desenvolvimiento imponía una balanza comercial deficitaria van siendo resueltas de manera paulatina pero segura. El déficit de nuestra producción petrolífera, que durante los últimos tiempos nos insumió más de 230 millones de dólares anuales, habrá desaparecido en el año 1961, en el que la Argentina llegará al autoabastecimiento de petróleo. Las exportaciones de nuestra producción ganadera –una de las bases de la riqueza de nuestro país– reforzarán nuestro mercado de divisas. Además, los planes siderúrgicos en marcha atacan de manera resuelta otro importante sector de nuestras

importaciones: el del hierro y del acero. En estos proyectos, que son ya en parte realidad, se basa la confianza que hemos logrado despertar en los círculos financieros internacionales.

El plan de expansión económica y estabilización financiera da al ahorro, tanto nacional como extranjero, las mejores seguridades para incorporarse a la vida activa de la República con la decisión exigida para alcanzar el desarrollo integral.

La Argentina se ha decidido por una economía libre, sin controles de ninguna especie, convencida de que ese es el único camino para la recuperación y el progreso. Nadie puede dudar de sus intenciones firmes, llevadas ya en gran parte a la práctica con soluciones fructíferas.

Holanda es un país de antigua vocación universal. Sus marinos, sus hombres de empresa y sus comerciantes han recorrido el mundo en el afán de establecer una firme corriente de intercambio que ha hecho de estas tierras ganadas al océano una de las naciones más florecientes del globo.

La Argentina confía en despertar el interés de la industria y las finanzas holandesas para que el aporte que han hecho en el pasado al progreso argentino se multiplique en el porvenir.

Como ya dije, cumplimos los argentinos un gran esfuerzo por convertir a nuestro país en una nación moderna y próspera.

Una de las condiciones indispensables para lograr ese objetivo es incrementar nuestro comercio con Europa, pues el aumento de volumen y valor de nuestras exportaciones nos permitirá importar de Europa los bienes de capital y las materias primas industriales que necesitamos.

Nuestra mayor aspiración es que este intercambio se acentúe en el futuro para adquirir en Holanda maquinaria y productos de su avanzada industria.

Europa y América latina constituyen una sola comunidad ideológica y cultural. Desean coordinar sus economías para fortalecer las bases de esa comunidad espiritual.

Nuestras tradiciones históricas, nuestras creencias religiosas, toda nuestra formación cultural y nuestra permanente adhesión a los principios de libertad y democracia nos ubican en Occidente. Es aquí,

pues, donde nos sentimos dentro de nuestra esfera y donde naturalmente buscamos solución a nuestros problemas.

Holanda, estamos seguros, aportará su contribución al desarrollo de los nuevos pueblos latinoamericanos, que son sin duda la reserva de Occidente.

Brindo, pues, por el pueblo holandés, por la ventura personal de V. E. y el éxito de su gestión y, finalmente, por la inquebrantable amistad holando-argentina.

Entrega de condecoraciones

Palabras pronunciadas con motivo de la entrega de condecoraciones al presidente del Consejo de Ministros y al ministro de Relaciones Exteriores del Gobierno holandés, en Ámsterdam, el 1º de julio de 1960

Señor Presidente del Consejo de Ministros:

Os agradezco profundamente la invitación a visitar vuestro gran país, magnífico en sus bellezas y ejemplar en su cultura. El pueblo argentino quiere expresar por mi intermedio su profundo anhelo de estrechar más aún sus vínculos con el pueblo y el Gobierno de los Países Bajos. La vieja amistad que nos une y nuestros destinos nacionales inspirados por un ideal común de paz, justicia y libertad señalan un camino de colaboración fecunda para nuestras dos naciones.

Es con esa convicción que entraré en contacto con vuestros hombres de gobierno y con los representantes de los distintos sectores de este país. Tengo la seguridad de que nuestras conversaciones servirán para que conozcáis mejor la realidad argentina y el esfuerzo que estamos realizando para impulsar nuestro desarrollo económico. Creo, asimismo, que el intercambio franco de nuestros puntos de vista acerca de los problemas internacionales será un aporte positivo y valioso a la causa de un Occidente unido y solidario.

Permitidme ahora cumplir la muy honrosa misión de entregar a Vuestra Excelencia y a Su Excelencia, el ministro de Relaciones Exteriores, las condecoraciones que mi gobierno os ha discernido por el noble empeño que ambos habéis puesto para que la cooperación venturosa de nuestras dos naciones traduzca los sentimientos de amistad que unen a sus pueblos.

La paz internacional y la seguridad jurídica

*Discurso pronunciado ante la Corte Internacional de
La Haya, Holanda, el 1º de julio de 1960*

Es para mí motivo de honda satisfacción visitar el recinto de esta ilustre Corte.

Satisfacción como presidente de un Estado que en su trayectoria internacional ha reconocido siempre los valores comunes a todo ordenamiento jurídico: el valor de la justicia y el valor de la paz.

Satisfacción como hombre de derecho que ve en esta Corte realizado el ideal de una jurisdicción internacional, ante la cual los Estados renuncian a convertirse en jueces de su propia conducta para someter sus controversias a la institución judicial de las Naciones Unidas, beneficiaria de la experiencia feliz de la anterior Corte Permanente de Justicia Internacional y digna de igual reputación.

Como miembros de la comunidad internacional, la función de esta Corte en el desenvolvimiento del derecho internacional y en el afianzamiento de la paz nos concierne en modo directo.

A pesar de las limitaciones propias de todo tribunal de justicia, vuestra contribución al desarrollo del derecho de gentes es estimable y valiosa. Medimos acabadamente la delicada misión de un tribunal cuya jurisdicción reposa en el consentimiento de las partes y cuya autoridad se basa en la confianza de la comunidad de naciones. Sabemos que la normatividad derivada de la jurisprudencia es de elaboración lenta y silenciosa. Es obra constante e inacabada, como lo es también la elaboración de un mundo dinámico, cuyas cambiantes necesidades, cuyas variables condiciones, se reflejan en un derecho no fijado, que ha de ser captado y desenvuelto con criterio de evolución.

En la adaptación de la Corte a las necesidades de la comunidad mundial, en esa captación de los requerimientos de la vida internacional como elemento idóneo para el desarrollo del derecho de gentes, reside un elemento vital que la arraiga en su tiempo y le confiere la realidad de todo lo que participa en el quehacer histórico.

Como factor de paz y de seguridad jurídica, la Corte ha sabido armonizar esa necesidad de un responsable y progresivo desenvolvimiento del derecho, con la estabilidad y certidumbre de las reglas jurídicas. Son numerosos los terrenos en los que no es posible la consideración de aspectos del derecho internacional sin referencia a las decisiones y a las opiniones consultivas de esta Corte. Su labor interpretativa y de consciente elaboración contribuye a dar certeza a los principios del derecho internacional, tarea de importancia en el afianzamiento de un derecho no consolidado aún mediante una codificación integral.

Cada controversia sometida a vuestra decisión, cualquiera sea la dimensión de los intereses comprometidos y la naturaleza jurídica de la cuestión suscitada, implica eliminar un motivo de fricción internacional. Cada una de vuestras decisiones, acatada y cumplida, es un triunfo de la causa de la humanidad. Representa la realización concreta de uno de los más preciados ideales de las Naciones Unidas: el de que las disputas internacionales sean resueltas por medios pacíficos, de conformidad con los principios de justicia y de derecho internacional. Esas decisiones van así creando una tradición valiosa, cuya lenta consolidación es esperanza de que el recurso de la fuerza sea descartado como medio de dirimir conflictos entre los Estados.

Brinda esta Corte la reconfortante visión de un cuerpo en el que convergen juristas de los más diversos países, representantes de los principales sistemas de derecho y de las distintas formas de civilización, unidos en la noble acción común de administrar justicia en el ámbito internacional. Se deponen subjetivismos nacionales y se oponen criterios parciales, para dar cabida a un superior criterio de justicia apoyado en el derecho internacional. Se abre así la fecunda posibilidad de convivir, de crear y de armonizar lo divergente, cuando

se parte del reconocimiento de valores comunes y superiores que son patrimonio de una comunidad civilizada de naciones.

Aparece, entonces, la luz de la esperanza en un mundo ensombrecido por las dudas y agobiado por el temor. Y el hombre comprende que, más allá de toda divergencia política, más allá del enfrentamiento de intereses encontrados, se va elaborando una realidad promisoría, hecha de coincidencias. La paz, la aspiración a la paz, es la que nutre esa coincidencia. A su realización, por medio del derecho, han contribuido esta Corte y su antecesora en su breve y fecunda vida. Por lo realizado, y por las otras posibilidades que en ella se encierran, la humanidad le es ya su deudora.

La paz por medio del derecho. He ahí el único camino acorde con la dignidad del hombre. Que la paz no sea solo una tregua, ni el producto de claudicaciones ante la posibilidad de la violencia.

En medio de las tribulaciones de la hora es nuestro deber guardar la esperanza de un mundo de paz en la justicia, y de obrar para su logro.

La Argentina acaba de dar una demostración de su espíritu de concordia al someter a instancias internacionales un viejo diferendo de límites con la hermana República de Chile. Continúa así una tradición elaborada desde los albores de su independencia. Sus ejércitos se han batido en medio continente americano para llevar la libertad por ella conquistada a pueblos sojuzgados, y allí donde hubo el dolor del vencido, levantó –simultáneamente– la esperanza del liberado. Es la Argentina que triunfante en guerra internacional proclamó que la victoria no da derechos, la que desechó el recurso de la fuerza para dirimir sus litigios, la que proclamó la doctrina de Drago, la que participa plenamente en la consolidación del orden jurídico internacional a través de su actuación en los organismos internacionales y en la consecuencia de su política exterior de paz y fraternidad.

Es esta Argentina la que por mi intermedio dice a esta Corte el reconocimiento de todos los hombres de buena voluntad por la obra ya cumplida y, sobre todo, por las esperanzas que ella encierra como posibilidad de paz y de justicia, de razón y de libertad.

Libertad e imaginación creadora

Discurso pronunciado en ocasión de la comida ofrecida al Presidente de la Nación por la reina Juliana de Holanda, en Ámsterdam, Holanda, el 1º de julio de 1960

Permitidme antes que nada agradecer profundamente las palabras que acabáis de pronunciar. Ellas constituyen un capítulo de especial relieve en la larga serie de atenciones que hemos recibido en esta tierra tan amiga de la nuestra. Provieniendo de vuestra augusta persona, esas palabras cobran el significado de ratificar solemnemente lo que el pueblo holandés nos había hecho comprender con su acogida fraterna: que en Holanda, la Argentina es sinónimo de amistad.

El breve tiempo transcurrido entre vosotros me ha permitido ver la magnífica realidad de este país, reducido en su geografía y grande en la obra de sus hijos. He visto con real admiración cómo habéis transformado los quebrantos y desgracias que muchas veces os deparó la historia en el resurgir orgulloso de una gran nación. El espíritu de derrota y el pesimismo inerte no tienen lugar en esta tierra en la que la fe no se apaga jamás. La unión indestructible de vuestro pueblo en la procura de sus grandes objetivos es una prueba concluyente de que la historia grande de las naciones se escribe tan solo en la solidaridad de sus hijos, en su esfuerzo conjunto y en la identidad de sus ideales.

Hoy, Holanda se ha erigido en ejemplo contundente de las realizaciones que se alcanzan a partir de una sólida conciencia nacional. Esa conciencia nacional, como vosotros lo habéis demostrado, no nace de principios dictados por la fuerza, sino que se nutre de la libertad, de la libre adhesión de dirigentes y pueblo a los ideales que, trascendiendo sectores e intereses, constituyen la vida misma de la nacionalidad.

La nación holandesa es también claro ejemplo de la capacidad creadora de la democracia. La Argentina, empeñada en convertirse

en testimonio de que la libertad y la vida democrática constituyen el ámbito más fecundo para el bienestar y el progreso de los pueblos, sigue vuestra marcha con atenta admiración. Ya que ese, y no otro, es el sentido de la empresa argentina. Tenemos fe en su resultado, porque sabemos que en definitiva solo en la libertad podrá el hombre desatar las fuerzas de su imaginación creadora y que solo las conquistas alcanzadas por la persona humana en el goce pleno de su dignidad se incorporan al patrimonio permanente de los pueblos.

Tenemos conciencia de que la batalla que libramos en mi patria no es un episodio aislado de la historia de nuestro tiempo. Por el contrario, representa el símbolo del formidable desafío que la hora actual ha lanzado a los valores de Occidente. Es por ello que hoy más que nunca las naciones que hacen de esos valores su orgullo y su razón de ser, deben enfrentar los problemas mediante una acción conjunta y solidaria. El afianzamiento de la unidad occidental en todos los campos se proyectará, así, como un aporte decisivo a la causa de la humanidad, de toda la humanidad, libre en la paz y en la justicia.

Brindis

Brindis en la comida ofrecida por el señor Presidente a la Reina de los Países Bajos, en Ámsterdam, Holanda, el 2 de julio de 1960

En nombre del pueblo argentino formulo mis más fervientes votos por el fortalecimiento de la tradicional amistad de Holanda y la Argentina, y expreso el deseo de que esa amistad se vea, en el futuro, cada vez más afianzada por una colaboración fecunda entre ambas naciones.

Este anhelo común existe en el fondo de nuestros corazones y se perpetuará, sin duda, a través del porvenir.

Os invito a formular votos, en este brindis, por la prosperidad de Holanda y de su pueblo, y por la ventura personal de Vuestra Majestad.

Significado de la civilización occidental

Discurso pronunciado en el aeropuerto de La Haya, en ocasión de la despedida del Presidente de la Nación, el 4 de julio de 1960

Me alejo de tierra holandesa con profunda satisfacción.

La cordial acogida del pueblo y el Gobierno de Holanda y las atenciones recibidas, a la par que comprometen para siempre nuestra gratitud, han hecho de estos días un momento que será, sin duda, inolvidable.

He podido comprobar hasta qué punto la amistad entre nuestras dos naciones no es el resultado de una coyuntura ocasional. Y he podido comprobar también hasta qué punto los vínculos que nos unen tienen raíces profundas en la historia y en el presente de nuestros pueblos.

Holanda ha ofrecido a lo largo de toda su historia un aporte valioso a la causa de la armonía internacional. Su perfil de nación pujante y vigorosa, capaz de resurgir haciendo del revés un estímulo y de la desgracia un desafío a sus propias fuerzas, la ha llevado a ocupar una firme posición en el concierto de las naciones.

La capacidad de creación de vuestros hijos, el ingenio y el tesón que habéis demostrado en la lucha por convertir a la naturaleza en instrumento del progreso, la inagotable jerarquía de vuestro arte, son todas ellas conquistas que habéis logrado a través de la inquebrantable adhesión de los holandeses a los valores supremos de la nacionalidad.

Vuestra magnífica realidad de hoy, una nación pujante en la democracia y dinámica en la libertad, debe llenaros de orgullo, porque es el fruto de vuestro propio trabajo.

Comprenderéis entonces la satisfacción de un argentino que ha constatado la identidad de principios e ideales que comparte su patria

con esta gran nación. Las conversaciones que he mantenido en estos días demuestran que Holanda y la Argentina ven la realidad internacional desde una perspectiva común. Ambos países, llevados por una honda vocación universal, comprenden que serán fieles a esa vocación bregando por la unidad y la solidaridad de Occidente.

Porque afianzar la civilización occidental significa servir a la causa de todos los hombres, significa una dedicación constante y una preocupación sin pausas por el destino de toda la humanidad. La comprensión que han demostrado los hombres de Estado holandeses por los problemas de América latina y la necesidad de considerarlos como graves problemas de todo Occidente, me lleva a la convicción de que en el futuro los países latinoamericanos encontrarán en esta tierra eco a sus inquietudes y a sus aspiraciones. Holanda ha comprendido que si así no fuera, el destino mismo de nuestra concepción, basada en la dignidad de la persona humana, se vería amenazado por su propia debilidad y por su propia inercia ante el dramático desafío que nuestro tiempo le ha lanzado.

Pueblo de Holanda:

Quiero decirles antes de partir que la Argentina ha sido y es vuestra amiga. Que el futuro nos encontrará siempre en la misma senda, trabajando en común para bien de nuestras dos naciones y para bien de toda la humanidad.

La colaboración entre Estados

Discurso pronunciado en ocasión del almuerzo ofrecido por el canciller británico, en Londres, el 4 de julio de 1960

En las horas difíciles que vive el mundo actual, vuestra Nación ha tomado una vez más la decisión de contribuir al alivio de la tensión internacional. Esa posición adoptada dentro de los más firmes propósitos de paz, libertad y justicia, es plenamente compartida y apoyada por mi país.

La República Argentina, alejada en la geografía pero en contacto directo con todos los centros de cultura y de pensamiento político, trazó con seguridad, desde el principio de su vida independiente, los rumbos de su política exterior. Desde su nacimiento buscó la paz y la justicia, tanto en el orden interno como en las relaciones con otros pueblos. Es ese legado, basado en la fe y en la moral cristianas, el que confiere hoy una dimensión universal a nuestra concepción de los problemas internacionales. La República Argentina, hermanada con las naciones de América, mira hacia el porvenir con la esperanza de que los hombres de las diferentes latitudes sepan vivir en un clima de fecunda solidaridad humana. Así lo entendemos los habitantes de los pueblos jóvenes de América y nos satisface ver que así lo comprende también el pueblo de la vieja Inglaterra.

Vuestro país, señor ministro, ha realizado y continúa realizando esfuerzos decididos para que las diferencias entre las naciones no obsten al profundo deseo mundial de convivencia pacífica. Por sobre la conveniencia particular, se va abriendo paso la necesidad de la colaboración entre los Estados. No podemos sino elogiar el espíritu gracias al cual Gran Bretaña es hoy una de las naciones que más eficazmente bregan por alcanzar la armonía internacional.

Inglaterra es un ejemplo vivo de democracia, afianzada en la prosperidad y la cultura de su pueblo. Por ello nos place hondamente coincidir con ella en la estimación de los problemas que plantea la realidad de nuestro tiempo.

Señor Ministro:

La República Argentina saluda en vuestra persona a todo un pueblo volcado a la conquista de la paz, la democracia y la justicia.

Las condiciones para el desarrollo de la vida internacional

Discurso pronunciado ante las Cámaras de los Lores y de los Comunes del Parlamento británico, el 4 de julio de 1960

Estoy sinceramente conmovido de encontrarme en este recinto histórico del Parlamento británico, símbolo universal de soberanía popular.

Cada vez que en alguna parte del mundo se debilita la confianza en el sistema representativo y en el mecanismo parlamentario, el ejemplo de esta institución sirve para tonificar a los escépticos y desarmar a los críticos. El Gobierno del Reino Unido es un modelo para todos los pueblos, pues significa la perfecta armonía entre la continuidad histórica de la nación, representada por la Corona y las cambiantes corrientes de la democracia moderna, representadas en el Parlamento.

Este augusto palacio, con su hermosa silueta de piedra a orillas del Támesis, ha sido escenario de las más extraordinarias batallas del pueblo británico en defensa de la libertad y de la democracia universales. En las horas más sombrías de las guerras que nuestra generación ha sufrido, la humanidad vivía pendiente del heroísmo y la resistencia de Gran Bretaña. Podían las bombas enemigas demoler una parte de la estructura material de este edificio. Pero eran incapaces de doblegar las energías del pueblo británico representado en su Parlamento. Las campanas del Big Ben, transmitidas por la radio en todas las latitudes de la tierra, comunicaban que, en la negra noche de la violencia y de la sangre, la democracia británica montaba guardia para defender la dignidad del hombre.

Hoy vivimos los tiempos de la paz. Una paz precaria, hija del temor de la guerra y no de la convicción de los hombres. Una paz que no se apoya en modos de conducta internacionales a cuyo valor ético prestan adhesión los pueblos, sino que surge de equilibrios ocasio-

nales, amenazados en forma constante por la debilidad que les es inherente.

El proceso tecnológico, que es asombro y definición de nuestro tiempo, ha unido a todas las sociedades en un solo proceso histórico, que es único y que es universal. El destino de la humanidad se juega hoy en todas las latitudes y todos los hombres son protagonistas no solo de la historia que sus pueblos elaboran, sino también actores de la historia universal.

La estrecha independencia de las sociedades y la convivencia inevitable de los pueblos en un mundo sin distancias, han dado como resultado el carácter reflejo de los acontecimientos internacionales. La repercusión de un suceso particular no queda limitado a las fronteras nacionales.

Los acontecimientos de la vida internacional gravitan decidida y necesariamente en la vida interna de los países.

Es por todo ello que la tarea de la paz requiere en esta hora, y como nunca en el pasado, el esfuerzo resuelto de todas las naciones para que la interdependencia sea sinónimo de colaboración y fecundo entendimiento. La eliminación de las distancias debe proyectarse como la base de intercambio provechoso de las experiencias nacionales en la lucha por el progreso y no como vehículo para propagación de conflictos y tensiones.

Durante su larga historia, Gran Bretaña ha contribuido de manera decisiva a la armonía internacional. No es ajeno al papel moderador que ha cumplido en las relaciones entre los países la propia armonía y el equilibrio de las instituciones británicas, de las cuales este Parlamento es ejemplo elocuente.

Esa función histórica de vuestro país, nacida de una firme vocación universal, responde, asimismo, a la indestructible unidad del pueblo británico y a su sólida conciencia nacional, de la que es testimonio y ejemplo la vida cotidiana de esta gran nación.

Respeto y permanencia de la vida institucional, unidad de objetivos e ideales en la conciencia de su pueblo; son estos los valores que, encarnados en este Parlamento, proyectan la firme posición de Gran Bretaña en el concierto de las naciones.

Por consiguiente, este ámbito es el más propicio para expresar nuestro anhelo de que la nación británica siga contribuyendo, como hasta ahora, a la causa de la paz y la justicia de toda la humanidad.

Estamos persuadidos de que Gran Bretaña luchará por evitar que la evolución mundial hacia agrupaciones o bloques regionales ofrezca caracteres que tornen imposible el fluido desarrollo de la vida internacional.

Señores, tened siempre presente en vuestras conciencias que la región del nuevo continente a la que pertenecemos, cuya particularidad americana sublima la civilización occidental, habrá de luchar sin descanso para afianzar el sistema de vida que nos es común a todos.

Saludo en vosotros a los representantes de un gran pueblo amigo de la Argentina, con el que nuestro país tiene contraída una deuda de gratitud desde los días iniciales de nuestra existencia nacional.

Formulo votos por que el Reino Unido y la Argentina sigan unidos en la lucha por la paz, la libertad y la justicia, y contribuyan a desterrar de todo el mundo la miseria, la ignorancia y el temor.

La transformación de la economía agraria en una economía industrial integrada

Discurso pronunciado en ocasión del almuerzo ofrecido por la banca oficial y privada de Gran Bretaña, en Londres, el 5 de julio de 1960

Creo innecesario evocar los antecedentes y las razones históricas que han servido hasta ahora, y habrán de servir en el futuro, de sólido sostén a las relaciones entre la Argentina y el Reino Unido. Entre la influencia ideológica ejercida en las organizaciones patrióticas que forjaron nuestra independencia y la activa participación de Inglaterra en la evolución de nuestra economía, existe toda la gama de una fecunda cooperación, política y económica, entre dos países que no solo tienen importantes intereses comunes, sino también amplias posibilidades para intensificar su recíproca colaboración.

Permitidme, pues, que aborde directamente nuestras inquietudes actuales y que os exprese, como gobernante de un país americano, y, por lo tanto, occidental, cuáles son las nuevas formas que, a nuestro juicio, deben asumir las relaciones entre un país de América latina, como es nuestro caso, inexorablemente impulsado al desarrollo nacional, y una nación, como la vuestra, que ha alcanzado un elevado grado de desenvolvimiento.

Estoy persuadido de que aquí, en suelo británico, pueden ser entendidos de manera cabal los problemas que mi país está empeñado en resolver a través de un gran esfuerzo nacional, pero también mediante la cooperación extranjera.

Y sé que comprenderéis la franqueza con que deseo explicarme.

La Argentina está llevando a cabo un programa de estabilización y desarrollo que involucra una profunda transformación de su estructura económica, y por consiguiente, una modificación sustancial en sus relaciones con el exterior, tanto en el campo comercial como en el financiero.

Tenemos, sin embargo, la convicción de que la transformación de la economía argentina, lejos de deprimir, puede y debe intensificar las relaciones que mantenemos con los países de Europa occidental y, de modo muy particular, con el Reino Unido. En todo caso, queda abierto el camino para una cooperación fecunda en una dimensión que tienta la imaginación de quienes deseen penetrar el futuro y poner en él la decisión de forjarlo, a la medida de las más amplias y legítimas aspiraciones de los hombres de empresa.

Mientras la Argentina estuvo habitada por no más de diez millones de habitantes, fue posible que con nuestras exportaciones de artículos primarios y alimentos solventáramos la importación de manufacturas y servicios. El mero crecimiento demográfico y el constante deterioro de los términos de nuestro intercambio nos llevaron al punto en que encontramos el país al asumir el Gobierno el 1º de mayo de 1958. Para entonces no quedaba alternativa alguna.

O procedíamos con energía a transformar la estructura económica del país o nos condenábamos al subdesarrollo y al hambre, con la consiguiente frustración nacional y la secuela lógica de los mayores trastornos sociales.

Debíamos proceder con energía a sustituir las más importantes importaciones por la explotación de nuestras propias riquezas. Esta política, aplicada al petróleo, al carbón y al acero, tiene para la Argentina, tradicionalmente dependiente de estas importaciones, una significación monetaria del orden de los 500 millones de dólares anuales. Pero sobre todo, tiene un profundo sentido de realización nacional, en la medida en que demuestra la inequívoca y valiente decisión del pueblo de mi patria de atacar frontalmente y en la base los males que determinan su estancamiento económico.

Este ataque directo a las raíces de una estructura económica caduca, implica, en síntesis, la transformación de nuestra tradicional economía agraria, cada día más insuficiente, con una industria liviana precaria y sin base energética ni siderúrgica, en una economía con petróleo, carbón y acero, regida, tanto en el campo como en la ciudad, por los adelantos tecnológicos.

Para hacer posible este dinámico plan, que se destaca como expresión de la economía nacional argentina, y de cuyo éxito parcial dan elocuente muestra actual los niveles de producción alcanzados en un año por Yacimientos Petrolíferos Fiscales, tuvimos que recurrir, a falta de un ahorro interno suficiente, a la colaboración del ahorro extranjero.

Este acudió, en primer término, gracias al incentivo de este programa de desarrollo que, a la vez que demostraba la decisión del país de movilizar sus cuantiosas riquezas, antes inexplotadas, ofrecía precisamente en ellas la posibilidad de contar con medios de pago suficientes para satisfacer los compromisos financieros adquiridos. Tenía, además, la posibilidad de prever una gran expansión del mercado interno que, asegurando un más alto nivel de vida a la población nacional, creara las condiciones indispensables para una estabilización definitiva en el sector social y político.

Por otra parte, este programa de desarrollo se compaginó con una severa política de estabilización, que desde el 29 de diciembre de 1958 ha eliminado toda discriminación monetaria y cambiaria en relación con el exterior, sustituyendo el control de cambio, que aprisionó a nuestra economía durante tres décadas, por un régimen con un tipo de cambio único, libre y fluctuante, dentro de un mercado financiero abierto, que asegura absoluta libertad para todas las transacciones de divisas.

Integra este sistema un régimen provisional de recargos a la importación y retenciones a la exportación que funciona a la manera de derechos aduaneros, y que será sustituido en breve por una nueva tarifa de avalúos que se encuentra en gestación.

Todas estas medidas de carácter económico se encauzaron dentro del cuadro de un orden jurídico preestablecido, que cumplimos inexorablemente en todos los casos. No en vano anunciamos, oportunamente, aun antes de asumir el Gobierno, que había llegado para la Argentina la hora de la ley. Dan testimonio de ello el cumplimiento escrupuloso de los compromisos contraídos por el país anteriormente, aun sin examinar ni su oportunidad ni su justicia intrínseca, restituyendo así el tradicional crédito internacional argentino, como

la efectiva vigencia de las seguridades debidas al capital extranjero, tratado sobre una base de absoluta igualdad con relación al capital nacional.

En el orden comercial, han sido eliminadas las anteriores restricciones discriminatorias y hemos colocado nuestro comercio exterior en un régimen de realidad económica, de libertad y de competencia.

Quiero señalar aquí que esta decisión de liberalizar nuestro comercio exterior, con la eliminación de discriminaciones en el sector importador, es lo que nos da el irrefutable derecho de pedir un tratamiento igualitario con relación a otros mercados compradores. Y Gran Bretaña es, precisamente, uno de nuestros más importantes mercados. Ha llegado a serlo por razones que hacen a la complementación de nuestras economías, que encontraron su natural intercambio con facilidad, gracias a la tradicional vocación comercial británica.

Vocación y servicio por el comercio, que ha dado a Gran Bretaña el prestigio que ha tenido y que mantiene, en un mundo perturbado por graves fricciones, y que, sumado a su papel de defensora de los atributos de la persona humana, le ha permitido asumir una peculiar jerarquía moderadora de intereses encontrados.

A esa misión histórica de Gran Bretaña debemos agregar su proverbial realismo político, que ha hecho posible adecuar su acción a las posibilidades y a las necesidades de los pueblos a los que se ha encontrado vinculada.

Es evidente que el nuevo panorama argentino modifica las perspectivas anteriores y abre nuevas y muy fecundas posibilidades a las relaciones comerciales y financieras argentino-británicas. Esta modificación, que involucra forzosamente una nueva concepción, no está solo condicionada por el esfuerzo en aras del desarrollo que está ejecutando mi país. Lo está también por los cambios ocurridos en los últimos años en la relación de precios entre los productos básicos, de los que fuimos y somos tradicionales exportadores, y el valor de los artículos manufacturados que adquirimos de nuestros proveedores. Hay también un hecho nuevo en el concierto económico internacional, de profundas implicaciones en nuestras relaciones comerciales

con los países de la Europa occidental. Nos referimos a los procesos de integración económica, que presentan la tendencia a sustituir la autarquía nacional por una autosuficiencia regional, en detrimento de las naciones no asociadas, pero que pertenecen a un sistema económico común, de análoga constitución básica y que presenta una estrecha interrelación.

Al trazar este sucinto esquema de perspectivas hemos tenido presente la experiencia de que se haya podido aumentar considerablemente el comercio industrial entre los países altamente desarrollados, merced a una creciente especialización y eficiencia. El mismo objetivo puede lograrse entre nosotros, que, por nuestra parte, tenemos la ventaja de poder continuar abasteciendo a los países industrializados con nuestros tradicionales alimentos y materias primas. En lo que concierne a nuestra creciente producción industrial de productos intermedios y manufacturas livianas, el mercado nacional y los mercados latinoamericanos son sus destinatarios inmediatos. A tal efecto, nuestro país ha tenido una activa participación en el establecimiento de la Asociación Latinoamericana de Libre Comercio, que, mediante la liberación gradual y progresiva del intercambio intrazonal, expandirá las relaciones comerciales entre los países asociados y contribuirá a impulsar su desarrollo económico.

En el orden del comercio argentino-británico puedo asegurar que es deseo firme de mi gobierno que la interdependencia y la complementación de las economías entre los dos países operen en función de las necesidades económicas de uno y otro pueblo, y al abrigo de la evolución exigida por la coyuntura internacional.

En el caso de Gran Bretaña, esa evolución le ha permitido alcanzar uno de los índices más altos en la especialización de la industria de maquinarias y bienes de capital, fecundada por el prodigioso adelanto de la tecnología inglesa. Esta última tiene para nosotros una importancia de considerable significación en la lucha por el desarrollo que empeña nuestra acción de gobierno. Debemos reconocer, sin embargo, que nuestra actual escasez de divisas limita el acceso de la Argentina a dichos bienes. Ello es consecuencia de las fluctuaciones del mercado mundial para los productos básicos que exportamos,

entre otros países, a Gran Bretaña. Estamos, por consiguiente, empeñados en aumentar nuestras exportaciones, que en el sector de la carne, por ejemplo, serán notorias en el próximo año. Estamos también resueltamente dispuestos a acelerar al máximo posible el desarrollo industrial argentino, liberándolo de la dependencia energética y siderúrgica, para imprimir un nuevo ritmo a la sustitución de importaciones mediante la utilización integral de nuestros propios recursos naturales. Es evidente que solo a través de la aceleración industrial de nuestro país podremos liberar nuestro poder de compra externo que nos permite adquirir, en Gran Bretaña y en los demás países altamente industrializados, los bienes, equipos y maquinarias que actualmente no podemos realizar a consecuencia de nuestra escasez de medios financieros.

Por otra parte, la colaboración del Reino Unido en nuestra empresa de desarrollo nacional puede ampliarse a una política crediticia a mediano y largo plazo más intensa, de parte de la banca oficial y privada británica. Las centrales termoeléctricas y atómicas, los medios de transporte, en especial aéreo, fluvial y marítimo y la siderurgia, son, entre otros, rubros básicos en los cuales Gran Bretaña puede ofrecer una significativa cooperación para el desarrollo de nuestro país, obteniendo adecuados beneficios.

Quiero referirme también a un punto que la inteligencia británica ya ha analizado a la luz de sus propios intereses. Aludo a los esfuerzos de cooperación económica internacional, que se encuentran hoy en plena y acelerada gestación. Estos esfuerzos han sido en parte determinados por las condiciones objetivas de la realidad económica actual, y merecen por ello, en principio, nuestro más caluroso apoyo. Sin embargo, creo indispensable señalar que esas tentativas no pueden ignorar un hecho tan objetivo y tan real como las condiciones que he apuntado. Me refiero a los enormes esfuerzos que están realizando en la actualidad vastas regiones del globo, y, entre ellas, América latina, que pertenece a lo que se conoce como bloque occidental, para lograr un desarrollo y una estructura económica a la altura de los tiempos que corren.

Estamos convencidos de que este hecho debe estar siempre presente en la mente de los estadistas que elaboren esos planes de cooperación económica internacional. Es un hecho de raíz económico-social, pero tiene también una dramática magnitud política. Y es esta magnitud política la que nos hace afirmar nuestra absoluta convicción de que de su debido reconocimiento puede depender acaso el mantenimiento sin fricciones del sistema de vigencias espirituales que constituye y da forma a nuestro mundo occidental.

Creemos que lo contrario, es decir, toda tentativa de cooperación y coordinación económica entre áreas o países pertenecientes al mundo occidental que excluya a América latina, introduce una discriminación injustificable y contraría los objetivos del hemisferio occidental. Podrá, acaso, ofrecer soluciones transitorias a problemas que se presenten circunstancialmente con alguna agudeza, pero dará origen a su vez, a otros problemas más profundos, que pueden tener gravísimas consecuencias político-sociales, en la medida en que afectan de manera decisiva la suerte de países lanzados en complejos procesos de ofrecimiento y expansión.

Nosotros, como representantes de un país de América latina que está realizando, aun a costa del bienestar actual de sus hijos, el duro pero irrenunciable tránsito al desarrollo y a la completa realización nacional, tenemos la obligación histórica de señalar este hecho sin eufemismos.

Lo hacemos no solo en defensa de nuestros propios intereses nacionales, motor fundamental de todos nuestros esfuerzos, en cuanto queden expuestos a una política altamente restrictiva, y aun discriminatoria, de las naciones fuertemente desarrolladas, sino también en la convicción de que están en juego la vigencia y la eficacia de los principios y valores que dan sentido a nuestra forma de vida occidental.

Conocéis acabadamente las inmensas posibilidades argentinas. Existe en nuestra República un campo ilimitado para las realizaciones más audaces del ingenio humano, del espíritu de empresa y la capacidad de trabajo, cualidades que el pueblo británico tiene justamente acreditadas en el mundo. Como partícipe de un sistema político y

económico común, al que es inherente una estrecha interdependencia funcional, la Argentina reclama la reciprocidad a que tiene derecho sobre la base de una cooperación útil para quien la recibe, provechosa para quien se disponga a prestarla, e indispensable para asegurar el desarrollo armónico y equilibrado del hemisferio occidental.

Apoyo argentino a la convivencia pacífica

Palabras expresadas en ocasión de la comida ofrecida por el Primer Ministro y Primer Lord del Tesoro del Gobierno de S. M. británica, el 5 de julio de 1960

Llegamos a Gran Bretaña invistiendo la representación de un país democrático y no sin emoción recorreremos los lugares que han sido cuna de tantas instituciones representativas.

Los argentinos hemos admirado siempre esa magnífica conciencia nacional que ha sostenido a Inglaterra en horas difíciles y que la ha impulsado hacia su pujante actualidad.

Lazos espirituales, culturales y económicos han acercado cada vez más a nuestros países. Puedo afirmar con satisfacción que en la hora actual hay una profunda coincidencia en los puntos de vista que orientan la política de ambas naciones frente al panorama internacional. El objetivo es uno y fundamental: la paz mundial. Mi país está dispuesto a contribuir con sinceridad y fervor a toda iniciativa que permita alcanzar la convivencia pacífica entre todas las naciones.

La comunidad de ideales no se forja en plazos breves y el pasado de amistad que une a nuestros países nos asegura un futuro de colaboración basado en relaciones cada día más estrechas.

Ese es el anhelo argentino. Estoy seguro de que se concretará mediante la acción firme y decidida de los gobernantes de ambas naciones, traduciendo así la voluntad inquebrantable de sus pueblos.

Brindo por Vuestra Excelencia, por el pueblo inglés, por su magnífica realidad presente y por su brillante futuro.

Exportaciones y prácticas discriminatorias

Palabras pronunciadas en ocasión del almuerzo ofrecido por el Lord Mayor de Londres, en Londres, el 6 de julio de 1960

Os agradezco, Lord Mayor, las cordiales palabras que habéis pronunciado en nombre de la ciudad de Londres, como también las delicadas pruebas de afecto que me fueron brindadas por el pueblo británico. Vuestra ciudad, centro poderoso de una nación de ilustre pasado y de pujante presente, se halla vinculada a mi país por fuertes lazos desde los albores mismos de su emancipación. De aquí partieron San Martín y sus compañeros en la noble empresa de la independencia sudamericana. Aquí nutrieron su espíritu con las nobles ideas de las que luego fueron entrañables defensores. Aquí también llegó nuestro Libertador, cumplida su hazaña, con la frente cubierta de gloria luego de su renunciamiento, que elevó su espíritu y su carácter a las altas cumbres donde solo moran aquellos que poseen en su alma el fuego de la virtud.

En esta ciudad vivieron hombres que, como Miller y Robertson, dijeron de nuestro pasado en el trazo pintoresco de la anécdota o en la precisa composición del orden de nuestras batallas. Veo a Miller paseando por vuestras calles, buscando en su memoria el recuerdo de Chacabuco y de Maipú. A Robertson, frente a vuestro Támesis proyectar su pensamiento a través del océano en nuestras aguas del Plata y del Paraná, que conoció como nadie en sus viajes y en sus aventuras.

Aquí llegaron nuestras primeras misiones diplomáticas.

Fueron Rivadavia, Belgrano y muchos otros los que al retornar a la patria volcaron en nuestro suelo la experiencia adquirida junto a vuestros sociólogos, a vuestros economistas y a los hombres de Estado que tuvieron la visión de un destino luminosos y feliz para las naciones del Plata.

Como en el pasado acompañasteis nuestro dolor en la pelea y nuestra alegría en la victoria, así también, cuando la crueldad de la guerra cubría con el horror sin atenuantes de la tragedia el cielo de Londres, los argentinos fuimos testigos emocionados del valor y la entereza de vuestro pueblo.

Esas jornadas de ansiedad y zozobra hicieron de Londres un ejemplo para millones de hombres y mujeres que admiraron vuestra fe y vuestra resistencia.

La dimensión heroica de la lucha que soportasteis fue posible porque junto a los valores individuales arraigados en lo más profundo de vuestro espíritu, estabais también inspirando la energía y la decisión de vuestra empresa en un sentimiento de unidad nacional y en la cabal conciencia de que vuestro esfuerzo poseía el sentido de una hazaña puesta al servicio de la causa de la dignidad.

La Argentina trata de inspirarse en esos atributos del pueblo inglés, porque ellos han sido los forjadores de sus instituciones, diseñadas a través de una larga historia siguiendo los dictados del respeto a la persona y de la solidaridad nacional.

Vuestra ciudad, Lord Mayor, ha jugado un papel fundamental en el desenvolvimiento de las relaciones anglo-argentinas. De su puerto partieron los destinos de las primeras líneas de navegación establecidas entre Inglaterra y el Río de la Plata. De Londres también han provenido vigorosas corrientes financieras, que contribuyeron de manera esencial al progreso del país. Londres representa aún el principal centro del intercambio comercial argentino, que aspiramos a intensificar más aún, persuadidos de que representa un factor angular de nuestro progreso económico y un elemento decisivo para fortalecer las relaciones anglo-argentinas.

Mi país atraviesa una situación económica cuyas pautas responden a condiciones particulares del desarrollo nacional y a otras de carácter general y comunes a todos los países insuficientemente industrializados.

El Gobierno argentino está decidido a movilizar los ingentes recursos naturales que guarda su territorio. Estamos conscientes de que dicha tarea de promoción económica será acelerada considera-

blemente si el ahorro nacional se halla complementado de manera adecuada por la financiación externa.

En ese sentido, puedo afirmaros que el Gobierno argentino comprende cuáles son los aspectos que deben contemplarse para crear los incentivos y las seguridades que requiere el inversionista extranjero para arriesgar en tierra extraña el capital que es fruto de su trabajo y de sus desvelos.

Nuestro gobierno, al trazar su plan de estabilidad financiera y desarrollo económico, consideró de manera especial la necesidad de constituir los estímulos económicos que la iniciativa privada requiere para su desenvolvimiento.

A su vez, en el plano concreto de las garantías jurídicas, la solución de importantes problemas con sectores financieros de Europa ha demostrado la decisión del Gobierno argentino de superar controversias que afectaron durante mucho tiempo el clima de cordialidad que debe reinar en nuestras relaciones económicas y dificultaron la puesta en marcha de iniciativas de recíproco beneficio.

Si el aspecto financiero constituye un factor de indudable importancia para el desarrollo nacional argentino, no puede dejarse al margen la apreciación del intercambio comercial entre nuestros países, que ha representado durante mucho tiempo la piedra angular de una vieja amistad.

Creo estaréis al tanto de la orientación impresa por las autoridades argentinas a la producción agropecuaria. Conscientes de que nuestro poder de compra internacional depende en gran medida del volumen de nuestras exportaciones agropecuarias, hemos procedido a estimular la misma a través del ingreso real de los productos, que se ha visto considerablemente elevado como consecuencia de decisiones expresas del Gobierno. Los factores que perturban a la economía agropecuaria emanaban de una rígida política intervencionista. Ellos han sido suprimidos de tal forma que el nivel de ingreso de los sectores que componen la producción nacional está determinado por las más justas razones que se derivan del libre juego de la competencia, que constituye la pauta estimulante de la producción de bienes.

Comprenderéis, sin embargo, que las decisiones adoptadas por mi gobierno no son suficientes para incrementar los índices de nuestro intercambio si se ven neutralizadas por una política discriminatoria de los países importadores. Sería lamentable que un proteccionismo agropecuario excesivo deprimiera el intercambio de mi país con las naciones de Europa y nos obligara a desplazar corrientes comerciales y vinculaciones financieras de tanta importancia como las mantenidas con las naciones de Europa.

Lord Mayor:

Deposito en los estadistas ingleses y en los sectores representativos del comercio londinense una gran confianza.

Confirmando aquí mi impresión de que vuestro realismo y la capacidad mil veces probada de vuestro pueblo para adecuarse a las cambiantes condiciones que la historia presenta darán su fruto en este momento del mundo. No dudo que la instintiva capacidad de los hombres de esta isla para penetrar en el signo de los tiempos os dicta la conducta precisa frente a la situación mundial y, de especial modo, a los nuevos problemas que plantean los pueblos insuficientemente industrializados del mundo libre para alcanzar un grado de progreso económico y cultural que sirva, en definitiva, para fortalecer las fuerzas que luchan por la paz, la justicia y la libertad en todo el orbe.

Libertad y bienestar

Discurso pronunciado durante la comida ofrecida por el Presidente de la Nación en la residencia de la Embajada Argentina en Londres a S. A. príncipe Felipe duque de Edimburgo y a las autoridades del Gobierno británico, en Londres, el 6 de julio de 1960

Es para mí una gran satisfacción el teneros como huéspedes aquí, en la Embajada Argentina, y poder retribuir de alguna manera la gentileza y la amistad con que nos habéis recibido en esta tierra que tanto admiramos y a la que tanto nos une.

Varios años han transcurrido ya desde la que fue mi primera e inolvidable visita a este gran país. He podido comprobar en estos breves días que el esfuerzo de vuestro pueblo y la tenacidad de sus gobernantes han rendido espléndidos frutos.

Gran Bretaña puede exhibir hoy una magnífica realidad, que la convierte en un claro ejemplo de la capacidad creadora de la democracia. Su historia y su presente demuestran que la libertad es el ámbito más fecundo para el progreso de los pueblos.

Asimismo, he podido comprobar la siempre inalterable vigencia de vuestras instituciones, resultado admirable en el terreno político del amor por el orden y la justicia, y del profundo respeto por la persona humana, que en su vida diaria hacen del pueblo inglés un modelo de solidaridad y sentido de la convivencia.

Pero si el magnífico juego de vuestras instituciones es el resultado de las tradicionales virtudes de vuestro pueblo, podemos también afirmar que vuestro papel moderador en la historia de las relaciones internacionales es la consecuencia directa de vuestra vida institucional.

Nuestro país se halla empeñado en convertirse en escenario donde se pruebe para siempre la falacia del dilema que opone libertad y bienestar, prosperidad y democracia, como términos opuestos e irreconciliables.

Puedo aseguraros que en la lucha que ese desafío nos exige, el espectáculo de vuestro gran país es para nosotros una fuente de permanente inspiración.

La estadía plena de recuerdos imborrables que hemos disfrutado en vuestra patria ha servido para demostrar la sinceridad profunda de los lazos que nos unen. La amistad entre nuestros pueblos y la coincidencia de nuestros ideales sientan las bases para una colaboración cada día más estrecha entre las dos naciones, en la marcha hacia su común destino de paz en la democracia y justicia en la libertad.

Saludo en Madrid

*Palabras expresadas al recibir las llaves de Madrid,
en Madrid, el 7 de julio de 1960*

Me habéis dado las llaves de Madrid; desearía usarlas para recorrer las estancias de este hogar dulcísimo que es para nosotros la capital de España y para penetrar en los tesoros que guardan sus museos, sus calles y sus jardines.

Quiero sentirme inundado por la luz madrileña, ancestral, diáfana y sonora. Conversar con las gentes del pueblo, decirles la amistad del mío, expresarles con cuánta alegría concluyo aquí mi viaje europeo, en la Madre Patria, para fortalecer el vínculo legendario establecido por los navegantes de Colón y los sacerdotes de Loyola.

Cuando regrese a mi país, podré decir a mis compatriotas que los españoles me recibieron con algo más que su hidalguía y su hospitalidad. Que me recibieron con emoción.

Eso es, precisamente, lo que experimento como argentino en esta acogida, que guardaré en mi recuerdo como uno de los momentos más gratos de mi vida.

La alta distinción, cargada de historia, que acabáis de conferirme, compromete para siempre mi gratitud.

Las relaciones de cooperación con España

*Discurso pronunciado en respuesta al jefe de Estado de España,
en ocasión del banquete ofrecido al Presidente de la Nación,
en Madrid, el 7 de julio de 1960*

Con una emoción que va mucho más allá de las cortesías diplomáticas, saludo al pueblo español; saludo su pasado; saludo sus tradiciones; rindo homenaje a los valores espirituales y permanentes de nuestra comunidad nacional.

Acabo de recorrer muchos países de esa vieja y siempre joven Europa, con todos los cuales mantenemos las más cordiales relaciones y que, en mayor o menor medida, han contribuido y contribuyen a nuestro desenvolvimiento y a forjar nuestra personalidad.

Antes de emprender el regreso a mi país, que lucha duramente por consolidar su unidad, afianzar su auténtica condición de libre y alcanzar un desarrollo que proporcione bienestar popular; antes de volver a un continente americano que pugna por ofrecer al mundo la forma de conciliar el progreso material con el respeto al ser humano, quise tomar contacto con la fuente de nuestra nacionalidad, cuyo espíritu nutre nuestro proceso histórico.

Las naciones no son una mera suma de individuos que conviven sobre una misma tierra. Las naciones son, ante todo, empresas colectivas que enriquecen en su diversidad la necesaria unidad del género humano. Son, ante todo, destinos que se sienten compartidos por una comunidad de hombres y que pretenden proyectarse en el plano de lo universal. Por ello, cuanto mayor sea la fidelidad de un pueblo para con sus orígenes; cuanto más desenvueltas sus virtualidades en la línea que le marca su tradición, mayor será su aporte a la causa de la comunidad internacional.

Al mismo tiempo, en estos momentos en que la humanidad centra sus preocupaciones en suprimir la ignorancia, la miseria, el hambre y el dolor, es indispensable encuadrar todas las conquistas científicas y tecnológicas que a ello contribuyen en un esquema integral de vida y servir así para que el hombre sea más libre, más justo, más plenamente realizado.

España nos legó a través de todos los hombres que cruzaron el océano en la más formidable hazaña colectiva de la historia, su sentido cristiano de la existencia, su respeto a la dignidad del ser humano, su escrupulosa fidelidad a las normas del coraje y el honor. No en vano el tipo humano producido por España se encarna en la señera figura del hidalgo.

Cuando los argentinos indagamos en nuestra realidad nacional, encontramos vivo ese legado de creencias. A través de él descubrimos que pertenecemos a una comunidad más vasta, que lleva nuestra misma sangre, habla nuestro mismo idioma y reza a un Dios común. Lo que podría denominarse "lo español" se transformó así en un insustituible elemento de integración nacional.

América latina está en estos momentos bregando por desterrar del continente el hambre, el miedo y la ignorancia. Está empeñada en desarrollar plenamente sus inmensos recursos naturales y consolidar una convivencia basada en la ley, la libertad y la democracia.

Tengo la plena seguridad de que no pasará mucho tiempo sin que su poderío material y sus valores espirituales se proyecten decisivamente en el concierto mundial. Esa será la justificación histórica del verdadero protagonista de la epopeya que constituye el descubrimiento de América: el pueblo español.

En esta hora, España, como cada una de las naciones latinoamericanas, concentra sus esfuerzos en la recuperación económica, que proporcione al pueblo el bienestar a que tiene legítimo derecho, y en la explotación de sus riquezas en forma tal que modifique la estructura que las volvía dependientes de los países más desarrollados.

En líneas generales, la tendencia actual de la economía latinoamericana persigue los mismos objetivos: detener la inflación median-

te la estabilización, pero imprimir un vigoroso impulso a la explotación de nuevas fuentes de riqueza, en especial en aquellos rubros que, como el petróleo, el carbón y el acero, inciden más pesadamente en la balanza de pagos.

Concretamente, en mi país le estamos pidiendo al pueblo grandes sacrificios para conseguir la estabilización financiera; esto es imprescindible para asegurar la expansión y para que los trabajadores no se vean burlados con el espejismo de aumentos de salarios nominales que se traducen inexorablemente en la caída del poder adquisitivo de la moneda.

Pero, la rehabilitación es solo un medio del desarrollo.

Antes de emprender en mi país la política en materia de petróleo, acero, carbón, petroquímica y muchos otros rubros básicos, sentamos las bases para que no se reprodujera la paradoja de una unidad monetaria firme, pero solo al alcance de algunos privilegiados.

Comprendimos, además, que nuestro problema fundamental no podía resolverse mediante medidas aisladas, sino a través del cambio total de la estructura que generaba el estancamiento en un país de inmensas posibilidades. Resolvimos que estaba definitivamente superada la etapa que nos condenaba a entregar los productos agrarios a cambio de los manufacturados y, por ello, nos lanzamos a sentar, por el camino de la siderurgia y la energía, las bases de la industria pesada y lo necesario para que nuestra pujante industria liviana consiguiese en el país todos los elementos que le son imprescindibles.

En este orden, recurrimos a todos los medios: a la eliminación de todo lo que frena el impulso creador de la iniciativa individual; al decidido apoyo del Estado en los terrenos que puede darlo; al ahorro nacional y, como este es insuficiente, al capital extranjero que con sus legítimas ganancias opere para liberar la economía nacional y no para someterla. No nos guían la ideología ni fórmulas superadas por el tiempo. En cada caso concreto nos preguntamos qué convenía a los intereses de la patria y obramos en consecuencia sin titubeos.

He seguido con profundo interés y atención los esfuerzos que el pueblo español realiza con un objetivo similar.

Sé de la batalla por la estabilización que ocasiona inevitables sacrificios al pueblo; pero sé también de las nuevas industrias que surgen a lo largo de toda la tierra española, de la mecanización del agro y del aumento de la energía eléctrica. Si perseveramos con tenacidad en ese propósito, si no nos dejamos llevar por los desalientos e incomprendimientos que pueden traer las dificultades iniciales, todos los pueblos de habla hispana tenemos un gran futuro en nuestras manos.

La complementación de nuestras economías significará un aporte insustituible para esta empresa requerida por la historia. Y así como el reciente tratado de libre comercio entre países latinoamericanos firmado en Montevideo demuestra la madurez del concepto de la cooperación económica interlatinoamericana, el feliz arreglo de la deuda con España no solo intensificará las relaciones comerciales entre los dos países, sino que sumará el esfuerzo de España en la tarea de forjar un mundo nuevo.

Los barcos que se construyen de acuerdo con el convenio ya no llevarán descubridores al continente americano. Servirán, en cambio, para transportar nuestros productos y traernos los que necesitamos para el desarrollo. Pero, a través de ese aporte material, serán portadores y símbolos concretos de la amistad que nos une desde siempre.

Hoy puedo decir aquí, con orgullo, que mi pueblo está empeñado en una difícil batalla por asegurar su liberación y su bienestar; pero que esa liberación y ese bienestar no son fines en sí mismos, sino que están al servicio de sus hermanos y de una concepción espiritual de la existencia que apreciamos por encima de todas las cosas.

La sangre generosa de millones de españoles fecundó la tierra argentina y se incorporó de manera definitiva al proceso nacional. Nosotros queremos decirle aquí y ahora al pueblo español, de manera enfática y solemne, que seremos fieles al legado espiritual y a la tradición histórica que llevaron consigo; que vislumbramos un gran destino histórico con los hermanos de España y que lo lograremos aunque nos cueste los mayores sacrificios; que deseamos para este pueblo que

nos dio su entraña los mejores frutos de la paz, la concordia y la unidad, y que le aseguramos que esa cruz y esa espada que clavó un día en la costa americana engendraron un mundo que, a través de los avances de la ciencia y de la técnica, plasmará aquellos valores espirituales que vosotros nos legasteis y que nunca pasan ni pasarán.

Para nuestro futuro nosotros soñamos con un alto horno, una central eléctrica o un pozo de petróleo que proporcionen bienestar, pero que, también, sirvan de sostén al alma de un pueblo hidalgo.

Sentimientos comunes argentino-hispanos

Palabras expresadas en ocasión de la comida ofrecida por el alcalde de Madrid, en Madrid, el 8 de julio de 1960

Apenas llegué a Madrid, me brindasteis las llaves de vuestra ciudad. Ahora ofrecéis este agasajo en mi honor.

Esta hidalga hospitalidad me conmueve y alegra, por más que la esperaba. La esencia cordial de esta recepción española me acompañará para siempre cuando recuerde este viaje por Europa. Y quedará de tal modo grabada en mi espíritu que querré volver con más tiempo, menos prisa y menos obligaciones protocolares, a pasar por Madrid como un madrileño más.

Para los argentinos, Madrid ha sido un centro permanente de inspiración espiritual. Sus escritores, sus filósofos, sus artistas son tan conocidos en mi país como en el vuestro, hasta el punto de que se confunden con nuestro propio acervo cultural.

Pero más profunda aún es la comunidad de sentimientos entre porteños y madrileños. El 15 de mayo, día de san Isidro Labrador, patrono de Madrid, se reza en Buenos Aires a vuestro santo. En nuestras fiestas populares, la gracia madrileña está siempre presente. En nombre de esa fraternidad entrañable e íntima de nuestros pueblos, saludo a Madrid, capital de la Madre Patria.

Brindo por la prosperidad y la felicidad de todos los madrileños y agradezco, desde lo más profundo de mi alma, la amistosa acogida que Madrid ha prestado al representante de un pueblo que pronuncia el nombre de España con veneración y cariño.

El ser nacional argentino

Discurso pronunciado en ocasión de recibir el título de Doctor Honoris Causa de la Universidad de Madrid, en Madrid, el 9 de julio de 1960

Recibo con emoción de vuestras manos este diploma que me une a la Universidad de Madrid. Será para mí motivo de alegría siempre nueva, porque traduce un vínculo real y efectivo entre España y mi propio país. Esto que digo aquí, en esta ceremonia investida de académica solemnidad, trasciende la apreciación que afirma, con justicia, que los países iberoamericanos somos herederos de la cultura hispana.

España, creadora permanente de valores, siendo ella misma, como nación, un valor que desborda los límites de su propia geografía, encuentra en nuestra América inagotable repercusión para cada una de sus creaciones. Así, cuanto se enseña en estos claustros proyecta en mi país, aun fuera de los círculos universitarios, su eco fecundo e incitante.

Los maestros de esta brillante juventud española son maestros que los argentinos respetan, quieren y siguen.

Quien os habla es un político, un hombre que tiene la aspiración de ser intérprete de su pueblo. Lo hace con profunda fe, confiando en el auxilio de Dios para no equivocarse en el camino que ha escogido. Pero como político, es por naturaleza hombre atento a la inmediata realidad, pronto a buscar soluciones concretas a los arduos problemas que cada jornada le presenta. Con esto quiero decir que transito otros caminos que los de la pura especulación. Las responsabilidades que he asumido en mi vida me obligan a actuar sobre la realidad. En esta Universidad de Madrid veo lo que ven todos los argentinos. Y lo veo a través de nombres que fecundan el pensamiento en mi país: Ortega, cuyo viaje argentino fue un largo estremecimiento para mi generación. Ramón y Cajal, el hombre que alguna vez se llamó él mismo a

la realidad porque en el camino de la ciencia infatigable había debilitado su amor por la locura del Quijote. Pedro Laín Entralgo, a quien citan con veneración los científicos de mi país. Menéndez Pidal, quien a través de sus discípulos Amado Alonso y Américo Castro, dejó en el Instituto de Filología de la Universidad de Buenos Aires, que ellos fundaran, la impronta de su talento.

Perdonadme por haber abundado en recuerdos que son presencia viva en los muros de esta universidad. Perdonadme también por las omisiones de esta reseña. No es olvido, sino respeto a vuestra atención.

Señores:

Quiero, si me lo permitís, aprovechar esta ocasión, propicia como pocas, para esbozar algunas de las líneas que definen nuestro ser nacional.

Al definir nuestra propia nacionalidad procuramos expresar la reunión de los elementos que la constituyen. Así, en todos sus aspectos, encontramos la presencia española que surge de esa manera como tema permanente y como factor constante, en el proceso de forjar en la diversidad un estilo único de vida y pensamiento.

Nuestra geografía, el territorio que ocupamos, es descubrimiento hispano y no hay un palmo de nuestra tierra que no haya conquistado para nosotros el español. Aun el primer reconocimiento de nuestro sur, que encierra en su entraña el futuro argentino, está asociado a uno de los actos más luminosos de la genial aventura humana. Ocurrió circunvalando el mundo, en una hazaña que, por sí sola, bastaría para señalar la presencia española en el Renacimiento.

El idioma que los españoles llevaron a nuestras playas es allí lengua universal. Amasado con la tierra, no constituye un dialecto, sino la expresión precisa de nuestras propias modalidades. Hoy, nuestros hombres de letras saben que su espíritu puede volar tan alto como lo quiera su talento, porque cuentan para su expresión con la lengua castellana. Tenemos literatura propia, vigorosa e independiente porque constituimos una nación cabal. Pero seríamos injustos si no reconociéramos las fuentes. Debemos a España el fuego inspirador de sus letras, la incitación que resulta de su arte, el estímulo que surge de sus creaciones.

Con vosotros rezamos a un mismo Dios y así, en cada jornada, el argentino y el español comulgan en el mismo templo. España llevó la evangelización con la conquista.

Quienes la emprendieron proyectaron el espíritu del caballero andante en tierras de América. De ellos somos herederos y aunque luego se sumaron a la trayectoria nacional hombres de todos los orígenes, lo español quedó como signo inagotable. Esto mismo de amalgamar una personalidad es típicamente español. Al cabo también es España síntesis magnífica de diversos elementos.

El español que vino a nuestra tierra era un misionero, tenaz perseguidor de un sueño: incorporar a las viejas latitudes un mundo desconocido; brindarle a la fe nuevos hijos y nuevas dimensiones. Y así surge, del triunfo de un sueño, la tierra nueva. Así nace América para ser depositaria de la esperanza de los hombres. Nace América sin renegar de los legados que la fecundan. Para sublimar el signo de España y dar testimonio ante la historia de que solo se hinca el tiempo ante las victorias de la fe.

Señor Rector, Señores:

Quisiera que esta fugaz incursión de un político en el quehacer intelectual sea considerada tan solo como una tentativa de interpretar, desde la perspectiva argentina, la presencia de España en mi tierra. Como pretendemos gobernar a partir de la realidad, esta interpretación nos ha sido y nos será indispensable. Al formularla a vosotros, cumplo con un mandato de mi patria, que quiere rendir testimonio de profundo y sincero reconocimiento.

Muchas gracias.

Origen y futuro de la relación con España

Discurso pronunciado en ocasión de la comida ofrecida al jefe del Estado de España, en Madrid, el 9 de julio de 1960

Al ofreceros esta comida, quiero con ella agradecer la cordial invitación del Gobierno español.

Hemos venido a esta tierra ciento cincuenta años después del momento aquel en que nos separamos de España. Os aseguro que cada momento transcurrido de nuestra historia independiente acerca más a nuestros pueblos, ya que ellos perciben, cada día con mayor claridad, el profundo sentido de nuestra emancipación.

La batalla fue dolorosa, pero toda separación está hecha de dolor. Si en ella hubo sangre, siempre desgarró el ver la luz primera. Pero ese dolor y esa sangre, las de la madre y el hijo, fueron símbolo de amor y no de odio, fueron símbolo de unidad y no de separación.

Hoy podemos afirmar con orgullo que la mirada satisfecha de España y la mirada agradecida de nuestra patria son los vínculos indestructibles que unen a nuestros pueblos.

Visita por primera vez España un presidente argentino, para decirnos lo que hemos hecho de vuestro legado, para demostraros como hijos orgullosos los frutos de nuestra amorosa rebeldía.

La mañana clara de hoy, inundada por la luz castellana, nos encontró unidos frente al altar recordando aquel día de julio en que nos separamos y agradeciendo al Altísimo que la sangre entonces derramada tuviera para siempre el signo del amor. Las banderas que esta mañana se unieron al viento no son ya los estandartes de la guerra. La proclama fraterna de su abrazo vibra en la entraña misma de los dos pueblos.

Hace algunas horas, quiso España que, entre las glorias de que Madrid es purísima evocación, figurara el caballero cristiano, forjador

de nuestra independencia, don José de San Martín. El monumento que ya prefigura la piedra colocada será el símbolo del encuentro definitivo. San Martín, nacido en tierra argentina y en sus venas sangre española, ofreció a la independencia de América el mismo noble coraje, el mismo arrojo hidalgo que antes ofrendara a la causa de España. Así, luchando por ambas, unió para siempre vuestra patria y la mía en los trazos diáfanos de su vida heroica.

El día de emoción que hemos vivido hoy confirma ante la historia que España y la Argentina, surgiendo de un mismo pasado, marchan juntas hacia la esperanza.

La Argentina y Bolivia

Discurso pronunciado durante la comida ofrecida en honor del presidente electo de Bolivia, doctor Víctor Paz Estensoro, en el Salón Blanco de la Casa de Gobierno, el 17 de julio de 1960

Es con profunda satisfacción que recibimos a Vuestra Excelencia en esta tierra argentina, hermana y amiga de la noble patria boliviana. En esta tierra que se enorgullece de tener con la vuestra una historia solidaria y un porvenir que aspira a realizar en fecunda hermandad de sentimientos.

Los lazos que unen a nuestros pueblos se gestan en la empresa emancipadora que forjamos en pujante comunidad de esfuerzos y arraigan en los intereses comunes que unen de manera indestructible el destino de ambas naciones.

Esos factores determinantes de nuestra amistad deben ser enriquecidos cada día para robustecer el acercamiento solidario de nuestros pueblos.

Vuestra visita representa, en ese sentido, un acontecimiento que trasciende las formas protocolares para convertirse en símbolo de la decisión inquebrantable de Bolivia y la Argentina, deseosas de ratificar en un presente pleno de realizaciones la historia que las une.

Si en el pasado fue necesario que los pueblos de América conjugaran su vocación de libertad en un solo haz de voluntades, la hora presente del mundo les exige un esfuerzo mancomunado y una decisión semejante a la que pusieron en juego para alcanzar su condición de naciones libres.

Solo así preservaremos del naufragio y de la destrucción valores tan preciados como la paz y la democracia.

La vida internacional se halla conmovida en este preciso instante de la historia por tensiones y conflictos que constituyen una clara advertencia para los pueblos.

Estoy convencido de que esas tensiones, que imprimen un signo tan elocuente de inestabilidad al mundo contemporáneo, responden, en gran parte, a presiones sociales que tienen su origen en las condiciones económicas y culturales que soportan vastos sectores de la humanidad. Es por ello que el problema del subdesarrollo adquiere una dimensión que trasciende su ámbito original, para proyectarse de manera negativa en el plano superior de las cuestiones que hacen a la paz, a la vigencia de la libertad y al entendimiento internacional.

Constituye, en consecuencia, un imperativo indeclinable de la hora presente para las naciones que se han decidido por la democracia, afrontar la lucha contra la miseria y la ignorancia que afectan a grandes sectores de nuestra América latina. No debe olvidarse que el fortalecimiento de las bases materiales del poder de las naciones democráticas es una condición fundamental para consolidar su seguridad.

Asimismo, la actual situación histórica nos demanda con urgencia soluciones positivas para sustentar la vigencia de la democracia en condiciones de vida adecuadas al progreso alcanzado en nuestro tiempo.

Es indudable que la conquista de un nivel de vida acorde con la realidad económica que predomina en los países más adelantados, no puede alcanzarse a través del esfuerzo aislado de cada uno de nuestros pueblos. La cooperación internacional constituye, por ello, la respuesta más efectiva para afrontar los problemas que trascienden las fronteras nacionales y gravitan tanto sobre una región determinada como sobre el mundo entero.

La necesidad de una política económica común no constituye solo una exigencia para los países latinoamericanos; representa un imperativo para las naciones más evolucionadas de América y de Europa, partícipes de nuestra misma civilización y defensoras de nuestro mismo estilo de vida.

Es por ello que, persuadido de la exigencia impostergable de ampliar la cooperación económica del mundo occidental y convencido

de los resultados negativos que pueden provocar orientaciones económicas antagonicas, decidí viajar a Europa para tomar contacto con sus estadistas y sus hombres de empresa.

Allí señalé el peligro que implica la adopción de decisiones económicas al margen de los intereses de América latina y en desconocimiento total de las lesiones que estas pueden causar a nuestros países.

La coincidencia de los problemas que estamos enfrentando, la identidad de sus causas profundas, dan validez continental a todos los esfuerzos que se realicen para que nuestros países alcancen la plenitud de su desarrollo.

Dentro de Latinoamérica las relaciones entre Bolivia y la Argentina tienen el signo de un entendimiento sólido y constructivo. Nada conmovió nunca nuestra estrecha amistad.

La vocación argentina de colaborar en la vigorosa tarea emprendida por el pueblo boliviano para vencer su compleja geografía y alcanzar niveles más elevados de prosperidad y bienestar, se ha manifestado y se manifestará en el futuro en la medida de nuestras posibilidades.

Estoy persuadido de que Bolivia se halla en los umbrales de una nueva era. Vastos territorios ajenos hasta ayer al desarrollo tecnológico aplicado a la producción económica, están alcanzando un grado de progreso que dice de manera elocuente de la capacidad y del espíritu de empresa de su pueblo.

No dudo que vuestra gestión servirá de manera decisiva al objetivo de promoción y desenvolvimiento económico que se ha trazado la nación boliviana.

Ese desarrollo, paralelo al que estamos empeñados en alcanzar los argentinos, brinda campo fértil para la complementación armónica de nuestras economías.

Excelentísimo Señor:

Vuestro país os cuenta desde hace muchos años como una de sus personalidades más destacadas en el ámbito de los problemas económicos y sociales, y vuestras realizaciones, como la de la carretera Cochabamba-Santa Cruz de la Sierra, verdadera obra maestra de la ingeniería moderna, fruto de la fe y esperanza de un pueblo en su propio futuro, no solo constituye un instrumento puesto al servicio del

despertar económico de la zona del Oriente, sino que expresa también vuestra indeclinable vocación de progreso.

Excelentísimo Señor:

Representamos, las veinte repúblicas de América latina, una fuerza de profunda gravitación en el mundo contemporáneo. Nuestra participación en los organismos mundiales, donde se decide hoy más que nunca el destino de la humanidad, debe ser cada día más intensa.

Ello será en bien de principios que interpretan aspiraciones comunes a todos los pueblos del orbe.

No nos mueve otro propósito que no sea el de consolidar la paz entre las naciones, afianzar la democracia y poner al alcance de todos los hombres los bienes espirituales y materiales que el progreso de nuestro tiempo ha hecho posible.

Vuestra patria es una nación de neta personalidad y de profundas raíces vernáculas. Ha elaborado una cultura de perfiles definidos, que enriquece el caudal de la contribución americana. Cuando aspiramos a intensificar las relaciones culturales no lo hacemos con el propósito de suprimir los aspectos distintos a través de los cuales el alma nacional expresa sus mejores características. Nos guía el deseo de estimular la labor creadora de nuestros pueblos precisamente en ese sector de sus manifestaciones culturales que le es más propio y genuino.

Excelentísimo Señor:

El pueblo argentino os ha recibido con el cálido afecto que guarda para sus hermanos más dilectos. Si somos fieles al mensaje de aquellos que forjaron la unidad indestructible de los pueblos americanos en la comunión de la sangre y de la fe, con entrañable amor por la libertad y con fervoroso respecto por los ideales de justicia que inspiran nuestra conducta, podremos conquistar el común destino de grandeza que constituyó el sueño de nuestros mayores.

Europa y el desarrollo argentino

Discurso pronunciado por radio y televisión, el 21 de julio de 1960

Al regreso del viaje por varios países de Europa, con los cuales la Argentina mantiene antiguos y estrechos vínculos de amistad, deseo informar al pueblo de algunos aspectos de una gestión que calificué, en vísperas de la partida, de acto de gobierno indispensable y urgente. La ocasión es propicia para que el pueblo argentino tenga presente los problemas internacionales de todo orden, no solo porque ellos inciden diariamente en su vida, sino también porque su exacta valoración permitirá resolver los problemas del país.

Ante todo, deseo comunicar la profunda satisfacción experimentada al comprobar la honda estima en que se tiene a la República Argentina en el Viejo Mundo, tanto en los círculos de Gobierno como en el seno de los pueblos. Hemos apreciado cuán firme es la confianza depositada en el destino de nuestro país. Antiguas y poderosas naciones, creadoras de los valores básicos de la cultura occidental, tributaron al pueblo argentino los más sinceros y cálidos homenajes. No es, pues, infundado el orgullo de pertenecer a un país que ha ganado y mantenido un firme prestigio en el mundo.

En esta ocasión, quiero agradecer nuevamente esos homenajes de pueblos y Gobiernos amigos. Recuerdo con especial emoción la audiencia acordada por Su Santidad, Juan XXIII, porque ella simbolizó el más noble auspicio espiritual para la misión que cumplimos en Europa. El Santo Padre bendijo a nuestro pueblo y demostró su más entrañable afecto hacia los argentinos y la más honda preocupación por nuestros problemas, y expresó compartir nuestras esperanzas de que ellos serán superados.

Aunque en la exposición de hoy he de hacer referencia a las cuestiones políticas y económicas, deseo señalar que en los diálogos que he mantenido con grandes personalidades intelectuales europeas, hemos concordado en la imperiosa necesidad de preservar los irrenunciables valores sobre los cuales se ha construido la civilización occidental. Hablamos de la dignidad y la libertad del hombre, de las esencias morales cristianas, de la organización política democrática, de la plena libertad en la investigación científica y en la creación artística, del fundamento moral de una auténtica justicia social. Hemos ratificado que esos grandes valores del espíritu son las bases mismas de la unión y de la semejanza de Europa y América, y el objetivo final de nuestras concretas preocupaciones y programas económicos.

Las premisas del viaje

En vísperas de mi partida señalé la necesidad de tomar contacto directo y personal con estadistas, intelectuales, hombres de empresa y periodistas europeos, con el objeto de explicarles que en la presente situación internacional –por tantos motivos, particularmente fluida y dinámica–, la presencia activa de América latina y sus doscientos millones de habitantes es un hecho histórico fundamental, que no puede desconocerse sin grave riesgo para la unidad de Occidente.

En el transcurso de las visitas a varios países vecinos del nuestro, que realicé como presidente electo, tuve ocasión de señalar que el desarrollo nacional de cada uno de los países americanos es condición y prenda del desarrollo de los demás. Un año después pude decir en los Estados Unidos que la estabilidad del sistema interamericano no podría alcanzarse de manera cabal si el país más desarrollado y poderoso del continente no actuaba decididamente a favor del esfuerzo que realizan las naciones latinoamericanas para lograr su plenitud nacional. Creí ahora indispensable plantear en Europa, con igual franqueza, las necesidades de nuestro desarrollo en relación con nuevas estructuras de la economía europea que están evolucionando rápidamente sin la participación de América latina.

Oportunidad de la visita

Llegamos a Europa en momentos especialmente oportunos para subrayar la urgencia de buscar amplias soluciones, acordadas con la participación de todos los integrantes de la comunidad occidental.

En efecto, nuestra visita coincidió con el fracaso de la llamada Conferencia Cumbre, la cancelación del viaje del presidente Eisenhower al Japón, la frustración de la Conferencia sobre Desarme y un amenazante deterioro de las relaciones entre Cuba y los Estados Unidos. Como es notorio, estos acontecimientos ponen en peligro la convivencia internacional y perturban las relaciones entre los dos grandes bloques en que se divide el mundo actual.

En el cuadro de la economía internacional, nuestra visita a Europa se produjo en un momento particularmente significativo. Conforme al llamado Plan Dillon, se discute en este momento la incorporación de los Estados Unidos y Canadá a los 18 países europeos integrantes de la OEEC, en una nueva Organización para la Cooperación Económica y el Desarrollo. Con la creación de esta entidad se procura solucionar los problemas comerciales derivados de la intensificación del programa económico del Mercado Común Europeo y del establecimiento de la Asociación Europea de Libre Comercio. También se busca incorporar a los países del viejo continente, que ha rehecho sus reservas monetarias, a los programas de asistencia financiera para el adelanto de las zonas subdesarrolladas. Estos programas han estado, hasta ahora, sustancialmente, a cargo de los Estados Unidos. Además, se persigue en Europa el propósito de establecer una "política agropecuaria común" de los países asociados en la Comunidad Económica Europea, cuyas tendencias altamente restrictivas para nuestras exportaciones tradicionales suscitaron una inmediata reacción de la Argentina y de otras naciones, como Australia, Nueva Zelanda, Canadá y los Estados Unidos, habituales exportadores de productos agropecuarios de zonas templadas como la nuestra.

Por consiguiente, no pudieron ser más apropiadas las circunstancias en que me cupo plantear en el viejo continente los problemas del desarrollo argentino que, por su notoria analogía, abarcan los problemas del desarrollo de toda América latina.

Cuando partimos para Europa, América latina en general, y la Argentina, en particular, necesitadas de la paz y de la cooperación externa, enfrentaban las consecuencias desfavorables que pueden derivarse de hechos internacionales que amenazan la convivencia entre los pueblos, así como de las tendencias que apuntan en los grupos económicos europeos en el sentido de asumir formas regionales autárquicas y, por lo tanto, de aislamiento comercial, sobre todo en el sector agropecuario.

Transformación de las relaciones económicas de América latina con Europa y con el resto del mundo occidental

Desde luego que, al igual que en nuestra visita a los Estados Unidos, reiteramos en Europa que la Argentina no aspira a recibir dádivas ni regalos. Fuimos a demostrar en qué medida deben modificarse nuestras relaciones económicas con Europa y el resto de Occidente si las naciones altamente desarrolladas desean mantener e incrementar sus actuales mercados y, lo que es mucho más importante, preservar los grandes valores espirituales y culturales de nuestra civilización.

Pude transmitir, sin esfuerzo, a mis interlocutores europeos la convicción de que América latina no pide nada que no le corresponda por estricta justicia y por propia conveniencia de las grandes naciones industriales. Les recordé que el desarrollo de las economías de sus países descansó, durante siglos, en el aprovisionamiento regular y a bajos precios de materias primas y alimentos importados de América latina y otras regiones subdesarrolladas. Y que de ese hecho histórico fundamental partía la primera justificación de nuestras actuales demandas. Asimismo, fue fácil demostrar que, en la actual situación de la economía mundial y del progreso tecnológico, si Europa no mantiene y amplía sus mercados de exportación fuera de su propia área continental, estará condenada a frenar su desarrollo y a asfixiar su propia industria. Debo declarar con satisfacción que estos argumentos fueron plenamente comprendidos y aceptados por los estadistas, los hombres de empresa y los demás sectores dirigentes del Viejo Mundo.

Estamos seguros de haber cimentado en Europa la convicción de que los países latinoamericanos están lanzados por el camino del desarrollo nacional de modo irreversible y definitivo. A esta altura de los tiempos, el atraso económico no solo es una injusticia irritante que invalida la marcha hacia la convivencia y la paz internacional, sino que, además, aparta a los pueblos de la democracia y de la libertad.

Hasta hace no muchos años, la incesante concentración del capital determinó, en ciertas regiones del mundo, el apogeo de un tipo de cultura, que podríamos llamar "cultura industrial", y que parecía compatible con la existencia en otras zonas de colectividades que cambiaban buena parte de los alimentos y materias primas que producían por artículos elaborados, postergando su legítimo derecho a disfrutar de los beneficios del progreso. Hoy, los adelantos alcanzados por el avance prodigioso de la ciencia y de la técnica, en el campo de las comunicaciones entre los hombres y sobre todo en el espíritu de los pueblos con su incontenible anhelo de justicia y de progreso, han tornado impracticable e injustificable la división del trabajo internacional en la forma en que fue practicada hasta hace unos años.

Ninguna nación quiere ni puede sustraerse al imperativo de su desarrollo industrial, no solo en el sector de sus industrias agropecuarias y extractivas, sino también en el sector de las más originales y avanzadas industrias fabriles.

Estas premisas y conclusiones comienzan a penetrar en las entidades y en los hombres que tienen a su cargo la reorganización de la economía internacional. Sin embargo, el egoísmo, el temor, la duda y la presión de intereses ajenos a la comprensión de la realidad mundial perpetúan en la práctica tendencias viciosas, que resultan tanto más injustificables cuanto mayor es el desarrollo de los países en que se manifiestan.

Nuestro mensaje a Europa

En mis conversaciones con los estadistas europeos he podido considerar extensamente los problemas que plantea la actual situación del

mundo con relación al mantenimiento de la paz universal y al mejoramiento de las relaciones internacionales. Tanto los dirigentes como los pueblos de los países que he visitado anhelan consolidar la paz, asegurar la convivencia armónica de todas las naciones del mundo y garantizar la constante actividad creadora de la democracia en el terreno cultural y material.

De modo particular hemos analizado la creciente gravitación de América latina en la solución de los conflictos mundiales. Esa gravitación será positiva y permanente si las naciones latinoamericanas, al desarrollar sustancialmente sus economías, dan un firme y real basamento a las instituciones libres que rigen en la gran mayoría de ellas y que, sin duda, constituyen el anhelo de todas.

Los jefes de Gobierno con lo que he tratado estos problemas concordaron en la necesidad de que la política económica mundial tenga en cuenta ese objetivo, que ha de llevar a fortalecer las instituciones de la democracia como el mejor camino para afianzar la paz mundial.

Nos esforzamos especialmente en esclarecer el inmenso sacrificio en que está empeñada la Nación Argentina para transformar radicalmente una estructura económica, que era el principal obstáculo para lograr la paz entre sus hijos y que, por añadidura, resultaba inapropiada para contribuir a mantener los beneficios de la amistad y las relaciones cordiales en el conjunto de los pueblos de América latina.

Hemos explicado a Europa que, en el momento mismo de asumir el gobierno, nos comprometimos solemnemente a edificar las bases de un vigoroso desarrollo nacional y pusimos en marcha todo el esfuerzo de que es capaz el pueblo argentino, con el objeto de movilizar los excepcionales recursos naturales de nuestro país. Hemos señalado que la insuficiencia del ahorro nacional para acelerar nuestra expansión económica, en contraste con la lógica aspiración de alcanzar condiciones superiores de vida de que disfrutaban naciones menos dotadas que la nuestra, nos determinó a luchar sin desmayo por echar las bases políticas, jurídicas y sociales capaces de atraer la cooperación exterior a nuestra empresa de desarrollo nacional.

Como los argentinos y los extranjeros que habitan en nuestro país, Europa ha podido comprobar también el respeto a la propiedad

privada, la existencia de una justicia absolutamente independiente de los demás poderes y de toda presión de grupos políticos o económicos, y los esfuerzos de todo género destinados a asegurar el Estado de derecho y la paz social dentro de la legalidad inherente a toda democracia.

También pudimos señalar a Europa, con verdadera satisfacción, que cuando nos lanzamos a transformar sustancialmente las estructuras fundamentales de la Nación, partimos de la firme convicción de que en el mundo actual ningún país puede alcanzar su desarrollo pleno al margen del desenvolvimiento de la comunidad internacional y que, por lo tanto, la interdependencia de las naciones es un hecho objetivo, que se ofrece por encima del diverso grado de adelanto logrado por cada una de ellas. El bienestar actual de los pueblos depende, en gran parte, de la reciprocidad que cada uno obtenga en el ámbito mundial.

En la medida en que no se logre esa reciprocidad, porque el atraso de determinados países les impida el acceso a los beneficios del progreso alcanzados por otros, la convivencia internacional y la paz continuarán permanentemente amenazadas.

Hemos insistido en que el esfuerzo que la Nación Argentina está llevando a cabo para contribuir al mejor desenvolvimiento del orden internacional, nos confiere títulos legítimos para exigir la reciprocidad correlativa al aporte que realizamos para la defensa del sistema de vida que nos es común.

La realidad que hemos apreciado

La portentosa reconstrucción europea de posguerra, que involucra una expansión económica jamás alcanzada en tan corto tiempo, significa para nosotros un ejemplo y una lección.

Hace quince años, al concluir la Segunda Guerra Mundial, Europa era un campo de ruinas y desolación. El hambre, la miseria, la desorientación espiritual, la destrucción de ciudades, fábricas y elementos de trabajo se unían en un panorama de caos y desesperación.

En esa época, la Argentina vivía en prosperidad, con grandes reservas en oro y divisas que le hubieran permitido, merced a sus propios recursos, pasar a ser una de las naciones más adelantadas, si entonces se hubiera promovido una explotación valiente, honesta e inteligente de sus riquezas naturales.

El resultado de ambas evoluciones está a la vista. En los quince años posteriores a la guerra, Europa está lanzada a los más altos niveles de expansión y de progreso. Entre tanto, la Argentina agotó sus divisas y arruinó su crédito exterior, consumió más de lo que produjo y, sobre todo, no cambió las bases de una estructura económica que ya impedía el desarrollo nacional desde antes de la guerra.

El déficit de energía y de combustibles, la creciente dependencia del exterior para abastecer la industria y el atraso en la técnica de la producción agropecuaria, nos llevaron a una profunda crisis de la que estamos empezando a salir.

La Europa de hoy es la expresión gigantesca de lo que puede llevar a cabo el tenaz esfuerzo nacional para reconstruir países asolados por la destrucción, la miseria y la desesperación. En poco más de una década, ese esfuerzo ha hecho posible a las naciones europeas recobrar su poderío y esplendor y, como consecuencia, su decisiva gravitación internacional.

Europa es también el ejemplo más notorio de cómo la cooperación y la asistencia financiera y técnica extranjeras pueden ayudar y acelerar la reconstrucción y el desarrollo de los pueblos, sin que por ello resulten menoscabados los altos intereses y objetivos nacionales. Y es ejemplo, además, de los frutos que derivan del establecimiento de condiciones permanentes de atracción y receptividad para el capital y el ahorro externo, siempre que estén firmemente establecidos los objetivos de la política económica nacional.

Pero no fueron únicamente factores económicos los que determinaron ese resurgimiento asombroso. Los auxilios técnicos y financieros hubieran resultado insuficientes sin el esfuerzo tesonero, la decisión inteligente y el espíritu de disciplina y solidaridad. Los pueblos europeos supieron superar las divergencias internas y todas las fuerzas políticas, sociales y económicas trabajaron para la reconstrucción

de cada país. Nada era ni podía ser superior al supremo interés de la Nación, y comprendiéndolo así se aplicaron con alto sentido patriótico a superar las dificultades de una economía en ruinas y de una sociedad dislocada.

Peligros derivados de las tendencias autárquicas

La prodigiosa expansión económica que ofrece la Europa actual no nos ha impedido señalar cuáles son los peligros que pueden surgir del aislamiento de su economía en ciertos sectores y cuáles serían las repercusiones políticas y económicas que produciría dicho aislamiento en sus relaciones con América latina.

Reiteradamente hemos llamado la atención acerca de las tendencias a la autarquía regional de las agrupaciones económicas del Viejo Mundo, en especial la de los países de la llamada Pequeña Europa (Mercado Común Europeo), y sobre el efecto desfavorable que pueden ejercer esas tendencias autárquicas no solo en la economía de los países exportadores de alimentos y otras materias primas, como son las naciones latinoamericanas, sino también en la propia expansión de la economía europea. Hemos coincidido con estadistas y hombres de empresa en la conveniencia recíproca de detener esas tendencias. Así como América latina necesita mantener y expandir sus exportaciones tradicionales a los mercados europeos, los países del viejo continente necesitan intensificar sus ventas de productos elaborados, maquinarias y demás bienes de capital, en los mercados latinoamericanos. Sin la ampliación del poder de compra de América latina, resultante de la venta de sus materias primas en los mercados tradicionales de Europa occidental, el nivel de las exportaciones de manufacturas y bienes de capital europeos puede verse peligrosamente detenido, con las consecuencias negativas que son de prever.

Concordamos también en que si Europa occidental restringe o cierra sus mercados a las importaciones procedentes de ultramar, verá disminuida su actividad industrial, a la cual, por otra parte, el proteccionismo agropecuario interno sustrae una masa considerable

de recursos y de mano de obra en desmedro de su productividad y de sus eficiencia técnico-económica.

Librecambio y proteccionismo

A mérito de estas realidades, hemos señalado que América latina, empeñada en liberar su comercio exterior y alcanzar una política monetaria multilateral y no discriminatoria para adaptar su economía a los objetivos de expansión de la economía occidental, está, sin embargo, profundamente preocupada. Comprueba que, mientras se han logrado importantes progresos en la liberación del comercio de productos industriales, el intercambio de materias primas y, en especial, de artículos agropecuarios, continúa sujeto a una política altamente restrictiva, con frecuencia discriminatoria, por parte de los países industrializados.

Por otro lado, el proteccionismo agropecuario y la intervención estatal en las actividades agrícolas actúan a través de los conocidos mecanismo de subsidios, cuotas, licencias de importación, impuestos al consumo y tarifas de compensación entre los precios internos y los del mercado mundial y reducen así los efectos de la política de convertibilidad monetaria y de libertad en las transacciones financieras, adoptada por los países altamente industrializados así como por las naciones en vías de desarrollo que, como la nuestra, lo han hecho a costa de grandes sacrificios de sus pueblos.

Hemos advertido, asimismo, las limitaciones que crea a la libertad y la expansión del comercio internacional la inexistencia de un mercado de capitales libre y fluido. Por un lado, se ha reconocido la necesidad de suprimir, en lo posible, las restricciones actualmente vigentes en la mayoría de los países europeos para la colocación de títulos y la cotización de acciones de sociedades extranjeras que impiden reconstituir el mercado de capitales para la Argentina. Por otro lado, hemos indicado los obstáculos con que tropiezan los países en vías de desarrollo, como el nuestro, debido a que el mercado de capitales no actúa independientemente de las operaciones comerciales concretas.

Por consiguiente, forzados a adquirir equipos y maquinarias en las mismas fuentes del capital, resulta afectada la competencia internacional y disminuyen los efectos favorables del comercio multilateral y no discriminatorio.

Coincidimos en que es necesario estudiar la manera de ampliar los plazos de los créditos para adquirir plantas industriales completas, maquinarias y equipos. Los plazos actuales, excesivamente cortos, limitan no solo su uso por parte de los países en desarrollo sino también las posibilidades de exportación de bienes duraderos de las naciones industrializadas.

Finalmente, hemos concordado con algunos países en la necesidad de procurar que el financiamiento de provisiones de materia prima industrial se canalice por la vía de las operaciones a crédito corriente, sin necesidad de coberturas especiales.

La cooperación multilateral

Todas estas circunstancias de la política económica internacional nos han llevado a señalar a los países europeos el derecho indiscutible de la Argentina y de las demás naciones de América latina de no ser excluidas de la discusión tendiente a coordinar las economías occidentales. Lo contrario importa una discriminación injustificable entre países que integran el mismo conjunto económico, cuya estrecha interdependencia funcional y cuya eficacia están en razón directa de la reciprocidad que cada país obtenga del conjunto de los demás.

No fue objetada la posición defendida por el Gobierno argentino en el sentido de que, si se transforma la Organización para la Cooperación Económica Europea con la incorporación del sector del continente americano constituido por los Estados Unidos y Canadá, debe también admitirse el ingreso del resto de América, que es la única región subdesarrollada del mundo occidental. Ha sido admitido que las naciones occidentales más avanzadas no pueden requerir a las naciones latinoamericanas solidaridad política para defender los objetivos del mundo occidental mientras se las excluye de la pro-

gramación y la coordinación de la política económica, que afecta los destinos de todas.

Poco antes de emprender mi viaje, había sido aceptada la participación de la Argentina en las conversaciones oficiosas sobre la política agropecuaria de la Comunidad Económica Europea, que debían celebrarse entre la comisión de dicha Comunidad y las delegaciones de Australia, Canadá, los Estados Unidos y Nueva Zelanda. Ahora hemos coincidido en la necesidad de que estos contactos oficiosos sean seguidos de tratativas formales, que permitan coordinar el comercio internacional de los productos agropecuarios.

Este debe ser liberado de las distorsiones de una política altamente proteccionista en los países del Mercado Común Europeo y de la intervención estatal en el mercado interno estadounidense, caracterizado por el régimen de subsidios y de colocación de excedentes agrícolas. Así se logrará que el intercambio de tales productos sea colocado sobre bases menos restrictivas y no discriminatorias.

La colaboración del capital europeo

Hemos destacado en Europa la necesidad de que se intensifiquen la afluencia de capitales extranjeros y la radicación de plantas industriales extranjeras en América latina.

Europa comprende de manera cabal el esfuerzo, no solo político sino también social, que está llevando a cabo América latina para crear estímulos verdaderos y permanentes que atraigan la inversión de capitales para nuestro proceso de desarrollo. Comprende, también, que esas inversiones deben canalizarse en actividades reproductivas que elaboren, dentro de nuestros propios territorios nacionales, las materias primas que guarda nuestro suelo, superando así el viejo esquema de países exportadores de materias primas.

Aunque los capitales europeos no han alcanzado la fluidez necesaria para su circulación en el exterior y la mayoría de los países que he visitado requieren aún mayores recursos financieros en sus propios territorios y naciones asociadas, el esfuerzo que está realizando

la Nación Argentina para reconstruir su economía en un marco de legalidad y paz social despierta verdadera atracción y hondo interés, y hace posible que se intensifiquen en nuestro país las inversiones privadas europeas.

Se ha comprendido cabalmente que la continuidad de la estabilización financiera de la Argentina, apreciada en todo su alcance y magnitud, exige, en estos momentos, un gran impulso en el plano del desarrollo nacional, del mismo modo que la movilización de nuestros recursos petrolíferos, de gas y de carbón constituyó, cuando asumimos el gobierno, el presupuesto básico de la actual política de estabilización monetaria.

Hemos coincidido con los estadistas europeos en que, en nuestro plan económico, el objetivo de la estabilización y el saneamiento financiero y fiscal está indisolublemente ligado al desarrollo de la siderurgia, la petroquímica, los caminos y la energía eléctrica, y a la intensificación de la explotación del petróleo, el gas y el carbón.

Esta coincidencia en la necesidad de que países como el nuestro desarrollen su economía en sus sectores industriales básicos, revela cuánto ha adelantado la opinión pública europea en la comprensión de objetivos que constituyeron durante muchos años los más caros pero postergados afanes de varias generaciones de argentinos. Es que se ha roto el esquema de la antigua división internacional del trabajo, según el cual los países avanzados se abastecían de materias primas en las naciones atrasadas para mantener su continua expansión industrial y, con ello, el derecho a los beneficios del progreso, de los que se excluía a las colectividades no desarrolladas. Hoy se sabe que la expansión de la economía industrial debe basarse irremisiblemente en el progreso armónico y equilibrado de todas las naciones, grandes y pequeñas.

Consecuencias de la visita en nuestro porvenir

Europa ve en el esfuerzo que está realizando la Argentina el equivalente de los inmensos sacrificios que ella debió realizar en el período de su reconstrucción.

Embargado por la emoción de pertenecer a un pueblo que concita el interés, la simpatía y hasta la admiración de naciones nuevamente poderosas, escuché decir a los europeos que si la recuperación nacional en que estamos empeñados los argentinos llegara a fracasar, estarían en peligro en América latina los valores fundamentales de la cultura occidental.

Declaro que he vuelto alentado por la confirmación de que no solo es la nuestra una buena senda, sino que es la única que ha de conducir a la Argentina a un destino de alto bienestar y de creciente gravitación en el concierto de las naciones.

Renovados nuestro ánimo y nuestras esperanzas, no podemos menos que atacar, resueltamente, los flancos débiles que aún ofrece la ejecución del programa de desarrollo nacional que el 1º de mayo de 1958 propusimos a veinte millones de argentinos.

Como entonces, afirmamos que la recuperación del país depende fundamentalmente del esfuerzo conjunto de todos los argentinos. Seguiremos contando con la colaboración exterior en la medida en que completemos el esfuerzo nacional en la línea de nuestros claros objetivos. Estos objetivos se concretan en un vigoroso desarrollo nacional asentado en la democracia, el orden jurídico y la paz social dentro de la legalidad. Magnífico será el destino de la República si todos los sectores sociales levantan estas banderas por sobre las diferencias ideológicas y las rivalidades anteriores, y afirman en los hechos la unidad de la Nación.

La solución: el desarrollo nacional

El impresionante progreso técnico-científico de los países europeos está marcando índices crecientes de productividad, tanto en la industria como en la agricultura. Este crecimiento económico determina, a su vez, la necesidad de coordinar mercados y formalizar acuerdos regionales para asegurar la absorción de la producción en ascenso. Las formas de cooperación y de integración regional están determinadas por necesidades económicas actuales. Pero hemos llamado la atención sobre los peligros de que los procesos de integra-

ción asuman caracteres de autarquía regional en detrimento de la economía y el comercio mundiales. Así lo han comprendido nuestros amigos europeos. Nos aseguraron su franco apoyo para coordinar las exigencias de América latina con sus planes de integración económica. Han prometido apoyar nuestras gestiones para obtener créditos y asistencia de los organismos internacionales de cooperación económica. Asimismo, están dispuestos a alentar las inversiones privadas de capital europeo en la Argentina. Todo ello, con el honesto y franco convencimiento de que no solo nos benefician, sino que defienden su propio interés y el interés del comercio mundial.

Pero lo que puede concluirse de estas conversaciones es que no hay solución más orgánica, estable y eficaz para los lemas de nuestro continente que tratar de alcanzar en tierra americana las formas de la cooperación con Europa, el grado de desarrollo que ellas permiten, el elevado nivel de progreso tecnológico y científico de sus pueblos; el fortalecimiento y expansión de sus mercados nacionales.

América latina, sin olvidar sus tradicionales vinculaciones con el resto del mundo, y decidida a expandir su comercio con todos los pueblos de la tierra, debe empeñarse, sin embargo, en crecer hacia adentro, en elevar sus propios niveles de producción y de consumo, en explotar al máximo sus recursos, en constituir sólidos mercados nacionales y regionales. El desarrollo integral de nuestros pueblos es la única respuesta definitiva a nuestro atraso.

Regresamos de Europa más convencidos que nunca de la razón de nuestra política de desarrollo nacional. Hemos reclamado el apoyo de la Nación para el logro de ese objetivo. Reiteramos ese reclamo ahora que hemos visto de cerca lo que significa para el nivel de vida y la cultura de los pueblos el esfuerzo de toda una nación aplicado en el sentido de su desarrollo económico. La batalla universal por la paz y el bienestar social se libra en términos de ciencia, tecnología, energía, industria.

Europa cree en la Argentina. Admira la riqueza de nuestro suelo y conoce el esfuerzo tenaz de nuestro pueblo. Sabe que con ellos pueden lograrse prodigios como los que sus países han logrado en circunstancias más difíciles que las que nosotros pasamos. Confía en ese esfuerzo y nos ofrece su valiosa colaboración. Pero hemos de ser no-

sotros mismos los forjadores de nuestra grandeza. Tal es el mandato de nuestra generación. Ningún motivo podrá excusarnos de cumplir el deber, arduo pero honroso, de entregar a las nuevas generaciones un país mejor que el que recibimos.

La siderurgia, base de la transformación económica nacional

Discurso pronunciado en ocasión de la puesta en marcha del primer alto horno de la planta siderúrgica General Manuel Savio, en San Nicolás, el 25 de julio de 1960

Este día señala un jalón de gran trascendencia para la vida del país. Hoy comienza en la economía argentina una etapa en el proceso de transformación estructural que ha de llevar al pueblo argentino a conquistar el alto nivel de vida que demanda.

No ocultamos nuestro júbilo y nuestra emoción ante el acontecimiento que vamos a presenciar. Es un gran privilegio para los hombres de nuestra generación ser partícipes de hechos como este. En el pasado, gobernantes, hombres de ciencia y de armas, técnicos y empresarios argentinos vislumbraron lejano este momento, que a nosotros nos toca tan de cerca. Permítaseme evocar con emoción particular, de entre esa falange, al visionario y constructor que fue el general Manuel Nicolás Savio. Debemos a su memoria no solo el homenaje del recuerdo, sino el de la tenaz prosecución de los esfuerzos por alcanzar una vigorosa siderurgia.

El plan de desarrollo económico, en cuya realización estamos empeñados en nombre y representación de los intereses permanentes y de las necesidades de todos los argentinos, debió comenzar por la siderurgia. En efecto, las industrias básicas que darán al país una nueva estructura económica exigen disponer de centenas de millares de toneladas de hierro y acero.

No obstante, debimos iniciar el plan con el petróleo y los hechos nos han dado la razón. El autoabastecimiento en materia de combustibles líquidos ya está próximo, pues debe ser alcanzado a fines del año venidero, y con él, un objetivo fundamental del plan de desarrollo: la nivelación de nuestra balanza comercial, desde años atrás crónicamente deficitaria. El autoabastecimiento de petróleo significará

una economía de divisas de la cuarta parte del valor de nuestras exportaciones. La importancia del hecho, en términos de soberanía real y concreta, no solo declarativa, no solo declarativa, supera en mucho su importancia económico-financiera, que tampoco es desdeñable.

Pudo hacerse antes

El acero no podía proporcionarnos, en un término tan breve, este magnífico resultado. Por eso elegimos el camino del petróleo. No lo hubiéramos hecho de haber dispuesto, como en 1946, de más de 1700 millones de dólares, que eran propiedad de la Nación Argentina.

Disponiendo de reservas suficientes, podríamos haber emprendido el plan en los dos frentes: petróleo y acero, pero infortunadamente, no lo permitían las condiciones en que se encontraba el país el 1º de mayo de 1958, al iniciar nuestra gestión de gobierno. Las disponibilidades totalizaban solo unos 260 millones de dólares, y los compromisos con el exterior superaban holgadamente los mil millones de dólares.

Imposibilitados de realizar las dos tareas a la vez, nos vimos en la necesidad de optar, y para ganar tiempo debimos invertir los términos del planteo teórico. Todo el apoyo para el petróleo, sin perjuicio de continuar realizando el esfuerzo financiero y técnico que demandó la construcción de esta planta. El factor tiempo era y es fundamental.

Cuanto más rápidamente alcancemos el equilibrio de nuestra balanza comercial, más rápidamente concluirán los sacrificios que hoy soporta el pueblo.

Estas realizaciones en materia de petróleo, que la ciudadanía debe inscribir con toda justicia en el haber de Yacimientos Petrolíferos Fiscales, exigirán miles de toneladas de hierro y acero en lingotes, caños, torres, máquinas, herramientas, artefactos y vehículos. A ello debe unirse la demanda existente y la potencial en el proceso de desarrollo. Es, pues, evidente la urgencia de satisfacer las necesidades en el consumo de acero.

La magnitud del déficit de nuestra siderurgia puede medirse comparando el consumo de hierro y de acero de nuestro país con el

de otras naciones. Y si establecemos la correlación entre el consumo actual y el que hacíamos en el pasado, veremos a qué extremo alarmante hemos llegado.

El consumo anual de acero por habitante en algunos países servirá para ubicarnos en el panorama del desarrollo mundial. Veamos las cifras del trienio 1956-58:

Argentina	80	kg por habitante
Australia	297	kg por habitante
Canadá	372	kg por habitante
Estados Unidos	533	kg por habitante

Es decir, que consumimos cuatro veces menos hierro y acero por habitante que Australia, casi cinco veces menos que Canadá y casi siete veces menos que los Estados Unidos.

El consumo de acero es el índice más representativo del nivel de vida alcanzado por los habitantes de un país, y representa el grado de efectividad de su defensa nacional. Puede apreciarse, pues, la magnitud del problema que enfrentamos si a los datos anteriores añadimos que el bajo consumo argentino, de 80 kilogramos por habitante, se encuentra agravado por el hecho de que de ellos solo se producen en el país 12 kilogramos, es decir; la sexta parte.

Consumimos menos acero que en 1914

Nuestro consumo actual de hierro y acero por habitante es menor que el registrado antes de comenzar la Primera Guerra Mundial. En el decenio 1905/1914 el consumo fue de 150 kilogramos por habitante. Es decir, que actualmente con los 80 kilos por habitante resulta que consumimos apenas la mitad de ese promedio.

Para retornar al consumo de 150 kilogramos por habitante deberíamos consumir el equivalente de 4 millones de toneladas de acero en lingotes en lugar de las 2,2 millones de toneladas que estamos consumiendo.

Esta realidad debe ser modificada enérgicamente y a breve plazo si queremos salir del subdesarrollo. La falta de producción de acero es una de las causas del estado calamitoso de nuestros transportes, de los bajísimos índices que registran la mecanización del agro, la provisión de agua, la extracción y el transporte de petróleo y la construcción de viviendas. Todas estas tareas demandan grandes cantidades de hierro y acero.

Cifras del subdesarrollo

Esta visión panorámica se hace tangible en cifras reveladoras.

Las tres cuartas partes de los 44.000 kilómetros de nuestra red ferroviaria tienen que ser totalmente relevadas, porque su vida útil ha vencido. Su renovación demandará 200.000 toneladas anuales de rieles durante los próximos quince años. Además, requiere renovación gran parte de las locomotoras y vagones.

Mientras en los Estados Unidos hay un automotor cada 2,5 habitantes, en nuestro país la proporción es de un automotor cada 29,4 habitantes, sin contar con que no menos del 50% de este material está vencido.

En materia de tractores –factor esencial en la producción del agro– nuestra situación es aún más desastrosa.

Veamos algunas cifras comparativas:

Nueva Zelanda	un tractor cada	10 ha cult.
Alemania	un tractor cada	14 ha cult.
Estados Unidos.....	un tractor cada	39 ha cult.
Australia	un tractor cada	88 ha cult.
Argentina	un tractor cada	327 ha cult.

Solo para alcanzar el nivel de Australia necesitamos 318.000 tractores en lugar de los 100.000, en gran parte desgastados, de que disponemos. Se equivocan quienes creen que la Argentina debe elegir entre el acero y la producción agropecuaria. Sin siderurgia no habrá

ni ganadería en la magnitud que el país necesita y, sobre todo en condiciones competitivas de calidad y precio que solo se logran con la tecnificación, en cuya base está la mecanización agraria.

Es igualmente alarmante el análisis comparativo del déficit, con relación a otras máquinas agrícolas e industriales y a los demás rubros vinculados al hierro y al acero.

Tenemos capacidad de consumo y de producción

No obstante, de tan grave panorama surgen dos comprobaciones positivas que nos impulsan a encarar decisivamente la solución del problema. Primera: nuestro país tiene en potencia la capacidad de una gran nación para consumir hierro y acero. Segunda: esa capacidad y necesidad angustiosa de consumo interno justifican económica y técnicamente la creación de sus industrias siderúrgicas y metalúrgicas con la calidad y precios que exige la competencia internacional.

En síntesis, el déficit siderúrgico nacional no solo resulta del bajo consumo actual, sino de las necesidades actuales y futuras del país. Consumimos por año un equivalente de 2,2 millones de toneladas de acero en lingotes y necesitamos unos 4,5 millones de toneladas. Sin ellas es imposible transformar la estructura económica de la Nación; crear nuevas fuentes de trabajo para una población en aumento; dotar al país de transportes eficientes; multiplicar la producción agropecuaria; elevar el nivel de vida del pueblo y asegurar la defensa nacional.

El mundo moderno marcha sobre acero, impulsado por el petróleo, el carbón o la electricidad. Sin hierro, acero y energía, los pueblos carecen de porvenir y están condenados a la miseria, la dependencia y el atraso.

Conciencia siderúrgica

Siendo tan claro este problema, se hace visible cierta incompreensión frente a las contradicciones que nos crea la falta de una siderurgia

adecuada a nuestras necesidades. Es que el conjunto del país carece de una clara conciencia siderúrgica. Los argentinos supieron siempre que habitaban un territorio que era uno de los graneros del mundo; más tarde la acción de YPF y, sobre todo, la de dos hombres fundamentales, Yrigoyen y el general Mosconi, determinó la creación de una conciencia nacional en lo relativo al petróleo. Pero muy pocos fueron, aparte del general Savio, los que señalaron, en forma didáctica y persistente, la necesidad de dar bases ciertas a nuestra industria pesada.

Importar o producir

Hemos señalado que el país necesitará consumir el equivalente de 4,5 millones de toneladas de acero en lingotes. Ante esta necesidad impostergable cabe preguntar si podemos adquirir en el exterior los productos siderúrgicos que necesitamos, o si debemos y podemos fabricarlos en el país. La respuesta es categórica. No tenemos opción. O producimos el acero que necesitamos o no podremos adquirirlo en las cantidades indispensables. Allí está la clave del problema.

La historia reciente es ilustrativa al respecto. En 1930 la Argentina, con una población de poco más de once millones de habitantes, era una de las mayores naciones exportadoras de productos agropecuarios. Sin embargo, ya para entonces las importaciones superaban generalmente a las exportaciones. No había, pues, saldo favorable para adquirir el hierro y el acero necesarios para la expansión de su economía. Esto ocurría porque ya en 1930 el aumento de la población, y por consiguiente de sus necesidades, determinaba un creciente consumo interno en perjuicio de la exportación de productos básicos. Con una producción estacionaria, aquellos once millones de habitantes son hoy más de veinte millones y, como es natural, al aumentar el consumo disminuyen los saldos exportables. Pretender, pues, equipar al país con las divisas producidas por las exportaciones sería hoy una ingenuidad imperdonable, si no respondiera a un

juego de intereses para mantenerlo en el estancamiento y acentuar su dependencia externa.

Papel del crédito externo

Podemos recurrir al crédito externo para adquirir en medida limitada maquinarias y equipos de capital, pero no es posible basar en él, sino en el desarrollo siderúrgico nacional, el equipamiento del campo, de la industria y del transporte.

Mantener niveles ficticios de consumo a través del crédito exterior es reiterar la línea del constante endeudamiento, comprometiendo más y más la soberanía, la libertad y la autonomía de la Nación. Esto no lo hará el actual Poder Ejecutivo, cualesquiera sean los sacrificios que nos demande esta determinación. Y estamos seguros de que el pueblo argentino, sin distinción de ideologías ni de sectores sociales, nos acompañará en forma inquebrantable en esta decisión.

Obstáculos en la consecución del Plan Savio

La solución del problema está en el establecimiento de la industria siderúrgica nacional con plantas integrales, desde el mineral de hierro hasta los productos semielaborados, y las plantas de transformación del acero en productos terminados. Con clara visión del porvenir argentino así lo comprendió el general Savio hace más de quince años, promoviendo el Plan Siderúrgico. El 13 de junio de 1947 la Ley 12987 lo aprobaba y ponía en marcha. Por dicha ley se creaba la Sociedad Mixta Siderúrgica Argentina, que quedó constituida el 15 de octubre de 1947, pero, no obstante los claros propósitos del Plan Savio y de la ley, no recibió el impulso necesario ni con las divisas requeridas en momentos en que el país disponía de ellas. Su ejecución fue reiteradamente postergada y el plan mismo quedó parcializado, con enormes pérdidas para la economía del país y con evidente peligro para la defensa de su soberanía. De esta responsabilidad, cuyo

enorme significado resulta obvio destacar, ninguno de los argentinos está exento.

Tal responsabilidad colectiva obliga, más que otra cosa, a trabajar, de ahora en más, con tenacidad y fervor, para recuperar el tiempo pedido.

Veamos cuál es la situación actual.

Zapla y San Nicolás

La pequeña planta que existía en Zapla (provincia de Jujuy) desde el año 1945 ha sido recientemente ampliada con dos nuevos altos hornos. Este es un hecho positivo promisorio. Para 1961 está prevista la producción de 160.000 toneladas de acero en lingotes, con una importante economía anual de divisas en virtud de tratarse de una planta de carácter integral que utiliza el ciento por ciento de mineral y carbón argentinos.

Pero la base del Plan Savio era esta enorme acería de SOMISA, cuyo primer alto horno entra hoy en producción. Con este alto horno que hoy inauguramos, primera parte del plan de realizaciones, se alcanzará una producción equivalente a poco más de 600.000 toneladas de lingotes por año. Cuando esta planta siderúrgica con tres altos hornos alcance su total capacidad productiva, dispondremos de un equivalente de 2 millones de toneladas de lingotes por año. Hasta la fecha se llevan invertidos en esta acería 240 millones de dólares y cuando la planta esté terminada habrá demandado una inversión de unos 500 millones de dólares. Pero debe tenerse en cuenta que trabajando un solo alto horno, obtendremos un ahorro de divisas que se estima en 60 millones de dólares por año, a pesar de trabajar con carbón y mineral importados. Como una prueba del alto interés demostrado por el Poder Ejecutivo con relación a esta planta, debo recordar que desde la constitución de la sociedad, en 1947, hasta el 10 de mayo de 1958, es decir en once años, el Gobierno nacional entregó 930 millones de pesos. En cambio, en los dos años de nuestro gobierno, hemos entregado ya con el mismo destino 4500 millones de pesos aproximadamente.

Fundamento de la siderurgia: capacidad de consumo

La posibilidad de crear y desarrollar nuestra propia siderurgia no está dada por el hecho cierto de que contemos en el país con materia prima suficiente. Esta es una circunstancia que favorece nuestros planes, pero no constituye el factor determinante. La posibilidad está dada por nuestra capacidad de consumo.

Si el tener una industria pesada dependiera de contar con materias primas suficientes en el propio territorio, ni Italia ni Japón podrían marchar, como marchan, entre los primeros países productores de acero. Tampoco podría haber sido Gran Bretaña uno de los principales exportadores de maquinarias. Los Estados Unidos mismos importan del exterior el mineral de hierro con el que producen más de una cuarta parte de su acero. En cambio, Sudamérica, que dispone del 20% de los yacimientos de hierro de todo el mundo, no produce más que el 0,6% del acero mundial. Queda claro, entonces, que el fundamento de la industria siderúrgica no radica en la existencia o no de materias primas propias, sino en la capacidad de consumo y de elaboración que existe en el país.

Importar materia prima, no productos elaborados

Aun si no contáramos con carbón ni mineral de hierro, que no es el caso de nuestro país, siempre será más conveniente importar materia prima de países vecinos y hermanos como Chile, Bolivia, Perú, Brasil, Venezuela y Colombia, dueños de una excepcional riqueza minera. La materia prima para producir una tonelada de acero comprada en el exterior nos cuesta aproximadamente 45 dólares. En cambio importando productos terminados, equipos y máquinas su costo varía de 150 a 1000 dólares por tonelada. Además, la producción propia crea y mantiene en crecimiento fuentes de trabajo para la población en ascenso.

Si la riqueza de otros países se ha forjado sobre la base de importar materias primas para elaborarlas y devolverlas invertidas en productos de acero y maquinarias, resulta evidente que no puede ser un obstáculo para nuestro desenvolvimiento el importar mineral de hierro y carbón para la siderurgia.

Tenemos materia prima suficiente

El país dispone, sin embargo, de materia prima suficiente. Además de la mina artificial constituida por el hierro y el acero importado al país desde principios de siglo, contamos con las inmensas posibilidades de Sierra Grande (provincia de Río Negro).

Aunque el conocimiento de la existencia de mineral de hierro en Sierra Grande data de muchos años, desde hace solo diez se lo ha explorado y calificado en su real magnitud. Estos trabajos, cumplidos por la Dirección General de Fabricaciones Militares y la Dirección General de Minería, arrojan una estimación de reservas de aproximadamente 150 millones de toneladas, que equivalen a una provisión mínima de dos millones de toneladas anuales durante 75 años.

De la producción de Sierra Grande, dadas las características de su mineral y el tipo de instalación de la planta siderúrgica de San Nicolás, puede esperarse un abastecimiento importante, que podrá cubrir gran parte y quizá toda la capacidad de dicha planta.

Como ya fue señalado, hay que tomar en consideración la mina artificial de hierro y acero procedente del material importado durante medio siglo, y cuya vida útil, como material elaborado, caducó hace 25 años en su mayor parte. Ese stock potencial puede estimarse en 45 millones de toneladas. Como el acero se elabora generalmente con un 50% de chatarra y un 50% de lingotes de alto horno, contamos con reservas suficientes para varias décadas, puesto que el propio consumo va aumentando las reservas con la renovación de los materiales.

Producción futura y déficit

Todas estas referencias integran el siguiente panorama:

- 1) Cuando la planta de San Nicolás esté completa y sus tres hornos accionen, producirá el equivalente de 2 millones de toneladas de lingotes.
- 2) Hacia 1961 cabe esperar de la planta de Zapla una producción de 160.000 toneladas de lingotes.
- 3) La producción actual de diversas plantas privadas asciende a 240.000 toneladas de lingotes.

En consecuencia, una vez ejecutados los planes en marcha, el país producirá 1,4 millones de toneladas del total de 4,5 millones de que necesita. Faltaría, pues, una producción equivalente a 2,1 millones de toneladas de acero en lingotes que, si no se producen en el país, habrá que importar como productos derivados.

Contamos con las plantas de Zapla y San Nicolás, pero el país necesita más plantas siderúrgicas, y en este sentido existen dos soluciones bastante próximas. Una es la explotación de Sierra Grande, y la otra el aporte directo de la actividad privada.

Sierra Grande

La Dirección de Fabricaciones Militares ha hecho ya una adjudicación previa a un consorcio de capitales argentinos, europeos y norteamericanos para la exploración y explotación de Sierra Grande.

La existencia de ese yacimiento en la Patagonia y la posibilidad, ya inminente, de establecer allí una acería, ofrece también la perspectiva de una transformación total de esa región del país, cuya completa integración en todo el territorio nacional es uno de los objetivos del plan de desarrollo económico.

La operación Sierra Grande implica el trazado de una línea férrea que una la mina con Puerto Madryn y, asimismo, la movilización de fuentes de materias primas de la zona. Por supuesto que también

significará un impulso más para la extracción de carbón de Río Turbio. Asimismo, derivará hacia esa región parte del gas natural y del petróleo de Comodoro Rivadavia. Es previsible la creación de nuevas industrias, derivadas de la actividad en torno al acero, tales como la fabricación de abonos y otros productos químicos.

Aporte de la actividad privada

Además, estamos dispuestos a que el capital privado tome mayor participación en la actividad siderúrgica argentina, donde hallará un amplio y fecundo campo de expansión. La producción de acero se cumple ya en las acerías de Zapla, de propiedad fiscal, y San Nicolás, de propiedad mixta, y se proyecta por Fabricaciones Militares en Sierra Grande, a través de empresas particulares. La iniciativa privada tiene asimismo una doble posibilidad. Puede y debe actuar en mayor medida dentro de SOMISA. A fin de facilitar su ingreso se promoverán de inmediato las reformas legales necesarias. A su vez, los empresarios pueden y deben construir por cuenta propia nuevos altos hornos y acerías. El Estado prestará pleno apoyo a estas iniciativas. Se cumplirán así las prescripciones de la Ley Savio y el espíritu de la letra de la Ley de Promoción Industrial 14781.

Perspectiva general

Con estas perspectivas ciertas y efectivas se alcanzará, en un plazo de pocos años, el nivel de producción necesario para un pujante desarrollo del país. Resumiendo lo expuesto, tenemos que:

- 1) Si queremos elevar el nivel de vida de la población del país y sentar sobre bases sólidas nuestra seguridad nacional, necesitamos en productos siderúrgicos el equivalente de 4,5 millones de toneladas anuales de lingotes.

- 2) No podemos satisfacer ese consumo mediante la importación dado el déficit crónico de nuestra balanza comercial.
- 3) La alternativa de mantener el consumo en su nivel actual lleva al estancamiento de la producción y a la dependencia del exterior en todos los rubros económicos, inclusive en la provisión de elementos para la defensa nacional.
- 4) No podemos recurrir al empréstito externo para cubrir necesidades de consumo, porque por esa línea mantendríamos al país permanentemente endeudado y sujeto a intereses extraños.
- 5) Podemos y debemos producir el hierro y el acero que necesitamos para impulsar el desarrollo económico nacional, aunque tengamos que importar la materia prima necesaria.
- 6) La Nación dispone para su Plan Siderúrgico de la riqueza ferrífera de Sierra Grande, con una reserva de no menos de 150 millones de toneladas de mineral de hierro, además de otras depósitos. Dispone, asimismo, de una mina artificial de hierro y acero de 45 millones de toneladas, procedentes de los materiales importados desde hace medio siglo y ya vencidos.
- 7) La puesta en marcha de un alto horno en San Nicolás permitirá al país producir el equivalente de 600.000 toneladas anuales de lingotes. Esta planta siderúrgica alcanzará a producir 2 millones de toneladas cuando cuente con sus tres hornos.
- 8) La planta de Zapla, en la que acaban de inaugurarse dos altos hornos, alcanzará a producir 160.000 toneladas en 1961.
- 9) Diversas plantas privadas producen 240.000 toneladas.
- 10) La Dirección de Fabricaciones Militares ha hecho la adjudicación previa para la exploración de la zona de Sierra Grande, donde se prevé posteriormente la instalación de una importante planta siderúrgica.
- 11) El Gobierno ha recibido una propuesta de empresarios privados para instalar una planta con capacidad de producción de 1,3 millones de toneladas de lingotes, que podría entrar en funcionamiento en un plazo de tres años. Otros grupos europeos han informado sobre planes en estudio de características semejantes.

Estas son las líneas generales y las perspectivas del plan en materia siderúrgica. Tiene en cuenta las necesidades reales del país, porque, como hemos señalado al comienzo, solo para alcanzar el nivel de consumo por habitante y por año que teníamos en el decenio 1905/1914, y cubrir las necesidades futuras, deberíamos consumir en productos siderúrgicos el equivalente de 4,5 millones de toneladas de acero en lingotes. Pero, además del consumo normal, el país necesita reequiparse y, como no estamos en condiciones de importar todos esos equipos, debemos crear las condiciones y los medios para producir aquí el hierro y el acero, y fabricar los equipos. Debemos construir nuestros buques, renovar la red ferroviaria y su material rodante, fabricados por la siderurgia argentina; fabricar tractores en número suficiente; equipar nuestras fábricas; incrementar la producción de automotores, sobre todo de camiones; construir caminos y viviendas. Todo ello hace necesario que produzcamos aquí el hierro y el acero.

A pesar del bajo consumo, la importación de hierro, acero y petróleo, sin incluir máquinas, absorbe alrededor del 45% de las divisas que produce la Nación a través de exportaciones. Este porcentaje muestra la magnitud del problema y su trascendencia en el cuadro de las posibilidades del desarrollo económico del país.

Resueltos los problemas del acero y del petróleo, estarían dadas las condiciones económicas de fondo para que el signo monetario argentino sea uno de los más estables del mundo.

El significado de esta conquista nacional, que está al alcance de nuestros esfuerzos, no ha de ocultarse a nadie: importa haber derrotado a la inflación, dar al salario real la magnitud del salario formal, ofrecer a las empresas seguridades que ningún otro factor puede ofrecer.

Pero la trascendencia de esas conquistas rebasa los límites del problema monetario. Con acero y energía tendremos transportes, máquinas industriales, tractores, vehículos, viviendas, artículos domésticos. Se multiplicará la producción agropecuaria, satisfaciendo el ansia de consumo de un país cuya población en ascenso aspira a mejorar su nivel de vida, sin comprometer la magnitud de los saldos exportables, que tendremos que multiplicar también para fortalecer

a una gran nación, definitivamente lanzada a ocupar un puesto de vanguardia en el mundo de nuestros días.

Por sobre todo, se consolidará nuestra soberanía, porque seremos realmente independientes y tendremos para respaldar esa soberanía una industria capaz de abastecer todas las necesidades de la defensa nacional.

El acero, que en la ejecución del plan de desarrollo debiera haber ocupado el primer lugar, llega, si no tarde, demorado a la cita. Nos vimos obligados a comenzar la labor por el petróleo, a fin de abreviar un período de penurias. Pero, para eso mismo, ahora todos los esfuerzos han de volcarse en aquella dirección y en primer término, para que cada argentino comprenda la magnitud del problema y lo haga suyo, porque realmente es un problema de todos y cada uno de nosotros. Estas batallas por el desarrollo se ganan con el consciente esfuerzo de toda la comunidad. Así como es de todo el país la responsabilidad por la falta de producción de acero, pertenecerá a todos el triunfo, cuando los altos hornos de todo el país suministren la producción necesaria.

El fluir de la primera colada de esta acería, que dentro de algunos instantes tendremos la satisfacción de presenciar, será una fiel imagen material del impulso creador de la Argentina futura. Se mezclan en él, como en nuestra tierra bendita, ancestrales y lejanísimos aportes. La luz de su metal incandescente fue encendida por el ardiente afán creador de fray Luis Beltrán, el que de la nada dotó a la patria naciente de sus primeras armas para ganar la independencia, y será prolongada en el esfuerzo constante que nos lleve a construir en nuestro suelo un lugar de paz, de justicia, de libertad y de progreso.

Al declarar inaugurada esta planta siderúrgica, felicito, en nombre de la Nación Argentina, al ejército que actuó a través de la Dirección de Fabricaciones Militares; al directorio de SOMISA; a los técnicos, empleados y obreros y a todos los que hicieron posible esta obra que vale como realidad, pero que tiene, sobre todo, la trascendencia señalar un camino para el futuro.

El autoabastecimiento de petróleo

*Discurso pronunciado por radio y televisión,
el 4 de noviembre de 1960*

El pueblo argentino quiere ser realmente independiente, quiere que la libertad y la democracia no sean meras palabras, sino un modo de vida asentado en la realidad. Sabe, por experiencia, que no hay paz ni libertad para el pueblo en un país estancado y endeudado, cuya población aumenta a un ritmo desconocido en el pasado sin que aumenten correlativamente la producción de bienes de consumo y el salario real para satisfacer dignamente las necesidades de esa población.

Hemos recibido del pueblo el mandato de sacar al país del atraso y la paralización. Hemos recibido el mandato de mejorar sus condiciones materiales de existencia sin las cuales no hay vida cultural ni libertad espiritual.

Estamos en vías de ejecutar ese mandato. No hay fuerza humana capaz de hacernos desviar de este propósito, pero, en la medida en que avanzamos en medio de tremendas dificultades, los intereses afectados presionan sobre el Gobierno para que defecione y para que desista del cumplimiento de un programa que asegurará el bienestar y la independencia de los argentinos.

Es necesario que el pueblo sepa que estamos librando esta batalla y cómo la estamos librando. Por eso, me he decidido a mantener, en conversaciones sucesivas, un contacto directo con los millones de hombres y mujeres de mi país que trabajan y sufren privaciones porque creen en el porvenir de su patria y porque están resueltos a que sus hijos vivan en un mundo mejor. Trataré de explicarles lo que estamos haciendo y cómo lo estamos haciendo.

Hoy vamos a hablar de petróleo.

Por dos caminos diferentes podemos explicar con claridad nuestra política petrolera. Uno parte de los principios básicos de soberanía y desarrollo y llega a las fórmulas concretas de explotación del petróleo y sus consecuencias sobre el ascenso del nivel de vida del pueblo. Otro, en cambio, arranca de los hechos concretos para llegar a los principios generales. Esta vez he elegido este último camino, y procedo así porque quiero hablar con el espíritu del gobernante que advierte, en forma concreta y directa, los beneficios para el país de una política petrolera en pleno funcionamiento.

Quiero encarar el problema con la simple claridad con que podría hacerlo el ama de casa, que hasta ayer nomás cada mañana encendía el fuego, como un rito, para hacerlo durar durante todo el día y ahora asiste cada mañana al milagro repetido de la pequeña llamita de su modesta y útil cocina de gas. Para ella, que atiende los quehaceres de la casa o de la chacra, el petróleo es comodidad, higiene y también más horas libradas para el trabajo fecundo o para el ocio reparador.

El gas –es decir, el petróleo– le acerca más luz, más calor, la posibilidad de una heladera; en fin, todos los detalles del bienestar hasta ayer reservados a las grandes ciudades o a los más ricos.

Quiero encarar el problema con el estado de ánimo de los que trabajan en el ingenio azucarero, que deja de quemar bagazo de caña de azúcar porque ahora es el gas el que entra en combustión para hacer marchar su fábrica. Para ellos, el gas significa liberar una materia prima hasta ayer quemada y hoy útil para una nueva industria. Significa, pues, menor costo y transformar una industria ayer antieconómica en una fuente de prosperidad para su propio beneficio y el de todos los habitantes de la zona.

Ellos no dudan de que las nuevas posibilidades de la industria y el bienestar proceden de la extracción del petróleo de debajo de la tierra –donde yacía ubicado con precisión– retenido en gran parte por un preconcepción que nos impedía aceptar la colaboración extranjera para extraerlo.

Haber quebrado el viejo prejuicio permite asentar las bases reales de la soberanía nacional, porque estamos ya próximos al autoabastecimiento y, con él, en condiciones de disponer de las divisas que hoy

utilizamos para la importación de combustibles y que nos servirán ahora para importar las máquinas que necesita nuestra industria; es decir, para desarrollar el país.

Estos resultados alcanzados pueden expresarse en cifras concretas que el país ya conoce. En julio de 1958, cuando iniciamos la batalla del petróleo, la producción de YPF en petróleo y gas equivalente fue de 405.000 metros cúbicos. Veintisiete meses después, en setiembre de 1960, la producción global fue de 915.000 metros cúbicos. Es decir, hemos más que duplicado la producción. En esta cifra, el oleoducto y los gasoductos del Norte aportan 130.000 metros cúbicos y los dos contratos con empresas extranjeras –tantas veces y tan exasperadamente impugnados– aportan 268.000 metros cúbicos. Esto significa que mediante esos contratos que operan en áreas que alcanzan solo al 8,3% de las reservas comprobadas del país, se ha obtenido aproximadamente el 30% de la producción total de YPF.

Sin embargo, la polémica de hoy no se traba en torno a los éxitos alcanzados, y la buena ama de casa o el industrial azucarero o los cientos de miles de productores que incorporan el gas y el petróleo a su labor de todos los días podrían decirme que, si bien es cierto que lo ya hecho ha dado buenos resultados, no podemos por eso asegurar que todo cuanto hagamos de aquí en adelante dará iguales resultados. Sostendrán, ahora, usando los argumentos que difunden aquellos que consciente o inconscientemente se oponen a que saquemos el petróleo: “Ahora se trata del flanco sur, la zona más rica del país y en la que YPF, por sí, sola puede sacar todo el petróleo que necesita”. Pues bien; a estos hombres y mujeres de buena fe me dirijo especialmente para plantear el problema en sus términos reales.

En términos de volumen de petróleo, el flanco sur, consta de:

- 300 millones de metros cúbicos de reservas comprobadas de petróleo y gas equivalente.
- 100 millones de metros cúbicos de reservas probables de petróleo y gas equivalente.

De acuerdo con el plan de explotación, elaborado por YPF, esta empresa debe perforar por administración, con equipos de su pro-

piedad, 486 pozos en 1961, y 519 en 1962, 1963 y 1964, respectivamente. Además, por contratos de perforación, 630 pozos en 1961; 858 en 1962 y 900 en 1963 y 1964 respectivamente.

La experiencia ha demostrado que la explotación de estos pozos no se autofinancia, porque la producción no sigue el ritmo de la perforación. Todos estos son detalles técnicos que el país conoce, porque han sido ampliamente difundidos. Fueron expuestos sistemáticamente en la reunión realizada en la Casa de Gobierno con la asistencia del directorio de YPF, y los gabinetes económico y militar.

Las actas de esa reunión fueron publicadas precisamente para que estos datos salieran del secreto de los entendidos y sirvieran para que cada cual en el país tuviera información suficiente al respecto.

En definitiva: para cumplir este plan de perforaciones, YPF necesita una suma extraordinaria que oscila alrededor de los 34.000 millones de pesos.

Es cierto que YPF aliviaría su situación si las empresas estatales le pagaran las sumas que le adeudan por suministros de petróleo. Pero ni los ferrocarriles, ni los demás transportes, ni Agua y Energía están en condiciones de pagar lo que deben a YPF, porque se debaten en las más arduas dificultades financieras y soportan enormes déficits.

Así, tenemos que elegir.

Si estas empresas pagan a YPF lo que le deben, aumentarán su déficit y tendremos que emitir moneda para enjugarlo. Es decir, iremos nuevamente hacia una política inflacionaria. Inflación significa que el peso moneda nacional vale menos, o sea, que aumentan los precios y los salarios no alcanzan para vivir.

Si tales pagos no se realizan e insistimos en que YPF financie totalmente el plan de perforaciones, necesitaremos también emitir dinero para dárselo a YPF, con lo cual desataremos una nueva ola inflacionaria.

Por otra parte, YPF debe, todavía al 30 de setiembre de este año, al Fondo de Vialidad, al Fondo Nacional de la Energía y a otros organismos, 8800 millones de pesos. Esta deuda procede del gravamen a la nafta y demás combustibles que YPF recauda con el precio fijado para esos productos, con destino al plan de caminos y de electrificación, riego y salubridad del país.

Si YPF no paga esas deudas, no podrá emprenderse con decisión el programa vial y sin caminos es inútil que desarrollemos la industria de automotores. Asimismo, se trará la ejecución de obras de electrificación, riego y salubridad.

Este es el problema en términos generales. Pero, aun así expresado, quizás no resulte suficientemente claro. Convendrá pues que lo traduzcamos a cifras. He dicho que las reservas comprobadas del flanco sur ascienden a 300 millones de metros cúbicos. De estas, YPF se reserva para la perforación y explotación, por locación de obra o por administración, aproximadamente el 87%. De lo que se trata, entonces, es de incorporar el capital privado a la explotación de los recursos restantes, que alcanzan alrededor del 13% de dichas existencias.

En términos geográficos, esto significa que YPF retiene para sí las reservas comprobadas de Cañadón Seco, Meseta Espinosa, Cañadón León y Pico Truncado. Las zonas colindantes del flanco sur son las que se licitan entre empresas privadas.

Sin embargo, todavía queda en pie un argumento. ¿Por qué –se pregunta– entregar a la explotación privada zonas en las que sabemos positivamente que hay petróleo abundante en lugar de hacer contratos de exploración para que esas empresas busquen en otras zonas el petróleo que han de explotar? La respuesta es sencilla.

Tenemos localizadas y cubiertas reservas de petróleo y gas equivalente en todo el país por 600 millones de metros cúbicos con los que se cubren nuestras necesidades actuales por un período de 30 años. De modo que nuestro problema inmediato no consiste en buscar nuevas reservas. Sin perjuicio de prevenir el futuro, como lo estamos haciendo al explorar todo el territorio del país, lo urgente es sacar el petróleo y sacarlo ya mismo, para promover el desarrollo, sustituir el uso de otros combustibles y liberar nuestra balanza de pagos a fin de disponer de divisas útiles a otros aspectos del desenvolvimiento económico argentino.

Cuando en 1958 firmamos los contratos con la banca Loeb y la Panamerican se esgrimieron estos mismos argumentos. Los resultados están a la vista y son perfectamente aplicables al caso presente.

Otra razón que obliga a acelerar la marcha hacia el autoabastecimiento es la siguiente:

Es necesario construir el segundo gasoducto entre el sur y Buenos Aires. Una obra de gran trascendencia, pues a lo largo de la ruta de ese gasoducto se impulsará el desarrollo de nuevas industrias en centenares de pueblos del sur. La licitación se ha abierto hoy y se calcula que el conducto transportará hasta 3 millones de metros cúbicos diarios.

Pero el gasoducto costará 300 millones de dólares, o sea, unos 25.000 millones de pesos y solo puede ser financiado con el producto de la tasa que se cobre por el transporte de gas. Las compañías que se dispongan a realizar esta obra necesitan estar seguras de que el gasoducto trabajará a plena capacidad para así amortizar su costo. Si no tenemos petróleo suficiente, no tendremos gas, y si no hay gas no hay gasoducto.

Quiero referirme especialmente a un caso que por sus características arroja mucha luz sobre cuál es la verdadera manera de defender la soberanía nacional.

Se trata de los yacimientos petrolíferos de Tierra del Fuego. Allí trabajó YPF sin sacar petróleo. En total obtuvo 829 metros cúbicos. También YPF licitó la perforación de pozos. Se adjudicó la licitación y no se obtuvo un metro más de petróleo. Pues bien, desde que se firmó el contrato con la Tennessee, el 29 de mayo de 1959, hasta la fecha, se han extraído 114.039 metros cúbicos. El programa para 1961 anticipa que la producción se elevará a un millón de metros cúbicos, es decir, más de la quinta parte del total que producía YPF en todo el país, antes de iniciarse la batalla del petróleo.

A la luz de estos resultados cabe preguntarse: ¿cuándo se defiende mejor la soberanía nacional en Tierra del Fuego? ¿Conservando inútil en el subsuelo esa inmensa riqueza o produciendo un millón de metros cúbicos de petróleo por año, que pueden por sí solos transformar toda esa inhóspita región en un emporio industrial de primera magnitud? Piénsese que ese millón de metros cúbicos en un solo año tiene un valor superior a los 20 millones de dólares, que antes permanecían bajo tierra.

El petróleo es un elemento de transformación de la economía, no solo porque libera nuestra balanza de pagos y permite disponer de divisas para equipar las industrias básicas; no solo porque es fuente de energía que multiplica el trabajo; no solo porque suministra la materia prima para esta industria fundamental, madre de industrias, que es la petroquímica. La simple presencia del petróleo en los pozos da origen a una actividad que reactiva la zona en forma inmediata. He aquí una muestra de ello en la vertiginosa transformación de Comodoro Rivadavia, donde la tierra ha adquirido ya un valor que se aproxima al que rige en la propia Capital Federal. Mediante el manejo de esta herramienta –petróleo– hemos quebrado para siempre el círculo de hierro en torno al puerto de la Capital Federal, que detenía el desarrollo del interior del país.

Pienso, sin embargo, que si nuestra lucha de hoy asume caracteres tan dramáticos es porque estamos más cerca del objetivo propuesto. Pienso igualmente que, ocurrida esta circunstancia, no volverán a repetirse episodios semejantes con relación al petróleo. En cambio, se reproducirán en otros sectores de nuestro desarrollo nacional. En consecuencia, el esfuerzo que hagamos para aclarar este problema servirá para que alcancemos igual claridad en la solución de los que han de sobrevenir.

Este examen de la realidad petrolera argentina no quedaría completo si no recogiera yo la objeción que se hace a nuestra política en relación con YPF. Se ha dicho insistentemente que estamos quebrando a la institución en beneficio de las empresas extranjeras. Por ello, debo reafirmar ahora: he defendido siempre y continuaré defendiendo a YPF como magnífica realización de los argentinos.

Dejemos que hablen las cifras. El incremento de la producción de YPF por sus propios medios ha sido de más del 23% entre los años 1958 y 1959. Esto no es, por cierto, suficiente para asegurar la victoria de la Nación –y precisamente por ello acudimos a los contratos con compañías extranjeras–, pero supera el ritmo de incremento habitual en la producción de YPF.

El proceso de capitalización de YPF ha seguido asimismo un ritmo nunca registrado antes. De los 4400 millones de pesos anotados 1955

se ha pasado a 15.700 millones de pesos en 1959, según los siguientes cuadros extraídos de la Memoria de YPF correspondiente al año 1959.

1955	\$	4.400.000.000
1956	\$	6.400.000.000
1957	\$	7.500.000.000
1958	\$	9.100.000.000
1959	\$	15.700.000.000

En cuanto a las compras realizadas por YPF en esos mismos períodos, han seguido la siguiente evolución:

1955	\$	527.000.000
1956	\$	964.000.000
1957	\$	1.637.000.000
1958	\$	4.944.000.000
1959	\$	5.814.000.000

Esta es la forma en que estamos impulsando a YPF, dándole los medios para su desenvolvimiento sin límite. Eso sí, la institución necesita una reorganización a fondo para alcanzar plena eficiencia. Es necesario descentralizar funciones para que en cada zona y en cada etapa de la producción se conozcan los costos reales y la responsabilidad de cada sector de la **empresa fiscal**.

Creo que ya no puede discutirse razonablemente si debemos mantener el petróleo bajo nuestros pies –so pretexto de defender la soberanía– o extraerlo con la ayuda de quien sea para aplicarlo a la auténtica defensa de nuestra soberanía. No obstante, las críticas apasionadas continúan, y en su apasionamiento hay adversarios que hasta llegan a pedir la quiebra de la legalidad. No es aventurado suponer, que así se persigue el claro objetivo de impedir que alcancemos el autoabastecimiento petrolífero en el menor tiempo posible. Es lógico, entonces, que los ataques arrecien cuando estamos a punto de alcanzar este autoabastecimiento y con él las bases para convertir a la Nación de importadora en exportadora de petróleo. Se trata de

frenar el desarrollo mediante la paralización de la explotación del petróleo.

Sin petróleo no hay caminos y sin caminos no hay industria automotriz. Sin petróleo no hay liberación de nuestro poder de compra en el exterior para adquirir bienes de capital, equipos y maquinarias industriales, necesidad actualmente insatisfecha por la escasez de divisas. Sin liberación de poder de compra en el exterior no hay siderurgia y bien es sabido que la capacidad económica de una nación moderna se mide por la producción de acero.

Sin petróleo no es posible la efectiva defensa nacional, pues la seguridad de la Nación se debilita en tiempos de paz y se encontrará sometida a todo género de peligros en caso de guerra, al errarse las fuentes de aprovisionamiento en el exterior.

Creo que ahora estamos en condiciones de volver a analizar el problema del petróleo en su conjunto y quiero hacerlo con las palabras que dirigiera al país el 11 de diciembre de 1959 –18 meses después que emprendiéramos la batalla del petróleo–. Dije entonces:

“Hace veinte años, en 1940, el volumen de la producción nacional de petróleo satisfizo casi el 61% del consumo. La diferencia fue cubierta mediante la importación de 2,1 millones de metros cúbicos de petróleo extranjero. Nueve años después, en 1949, la producción nacional cubría nada más que el 44% del consumo y la compra de petróleo extranjero llegaba a 4,75 millones de metros cúbicos. En 1958, la producción nacional solo representó el 35,4% del consumo y se importaron 10,35 millones de metros cúbicos. De mantenerse esta ruinoso insuficiencia de producción nacional cada vez más acentuada, dentro de diez años tendremos que destinar el importe íntegro de nuestras exportaciones a pagar el petróleo para nuestro consumo. En los últimos diez años importamos 78,65 millones de metros cúbicos de petróleo que obligaron al país a enviar al exterior 1776 millones de dólares. Sin embargo, el petróleo estaba y está en el subsuelo en grandes cantidades ya determinadas, pero estéril e imposibilitado de ser el instrumento de nuestra liberación”.

De estas palabras que pronuncié hace diez meses, deseo extraer algunas conclusiones para que juntos reflexionemos sobre ellas. En

diez años invertimos en la compra de petróleo casi 1800 millones de dólares. Con esta suma pudimos haber llevado a cabo el más ambicioso plan de desarrollo. Mil ochocientos millones de dólares nos habrían permitida financiar no solo la planta siderúrgica de San Nicolás, sino construir también las plantas hidroeléctricas de Salto Grande y El Chocón sin recurrir al aporte extranjero. Mil ochocientos millones de dólares habrían permitido instalar plantas termo e hidroeléctricas en los puntos estratégicos del país, adquirir barcos de transporte, modernizar los equipos de nuestras Fuerzas Armadas, construir puentes y caminos, aeródromos, reacondicionar los ferrocarriles, prestar asistencia técnica a los agricultores. En una palabra: transformar el país.

Pero todavía hay otro argumento que esgrimen los críticos de nuestra política petrolífera. Se dice que aun en el caso de llegar al autoabastecimiento, no ahorraríamos divisas, porque tendríamos que pagar en dólares a las empresas extranjeras que han contratado con YPF y estos pagos en dólares superan los que tendríamos que hacer para abonar el petróleo importado. En otras palabras, se dice que los contratos suscritos con empresas extranjeras son tan onerosos que resulta más caro al país extraer su propio petróleo que comprarlo en el exterior.

Esta es otra inexactitud, como se demuestra por las siguientes cifras.

El petróleo que actualmente importamos nos cuesta un promedio de 20 dólares por metro cúbico. En cambio, a las empresas contratistas les pagamos el petróleo que extraen a un promedio de 10 dólares el metro cúbico. Hay que agregar 2 dólares por metro cúbico en concepto de transporte desde la boca del pozo hasta las destilería; o sea, un total de 12 dólares el metro cúbico. Pero de estos 12 dólares, 6 dólares quedan en el país, en forma de fletes y salarios que pagan en moneda nacional. Quiere decir que el gasto de divisas no puede ser nunca mayor a 6 dólares por metro cúbico, contra 20 dólares que nos cuesta el petróleo importado. Ahorramos pues 14 dólares por cada metro cúbico.

Esto sin contar las siguientes ventajas:

- 1) No dependeremos de las contingencias externas como pueden ser una guerra o una represalia o boicot de cualquier país productor de petróleo.

- 2) Los 6 dólares por metro cúbico que las empresas gastan en el país sirven para pagar mano de obra y suministros argentinos, en lugar de pagar a los extranjeros. Esto significa que estamos promoviendo la actividad económica y la ocupación de nuestro propio pueblo.
- 3) La explotación de nuestro propio petróleo significa realizar obras permanentes que se incorporan al patrimonio del país y significa movilizar recursos y fuentes de trabajo nacionales. Solamente el error o la mala fe pueden llevar a sostener que es mejor importar petróleo que producirlo en el país.

Pienso que la imaginación fecunda es un don de los pueblos jóvenes. No haber tenido la facultad de soñar nos ha llevado a esta situación. Aún estamos a tiempo de repararla; claro es que en otras condiciones, porque el problema se ha tornado mucho más difícil. En 1958 no teníamos las perspectivas que se le ofrecían al país al término de la Segunda Guerra Mundial. El 1º de mayo de 1958 no teníamos reservas acumuladas en el Banco Central; por el contrario, nos agobiaban enormes compromisos con el extranjero. Estábamos próximos a la cesación de pagos. Sin embargo, encontramos el camino, y puedo afirmar con orgullo que este esfuerzo no ha sido solamente por el Gobierno y un grupo de hombres de coraje. A esos hombres, técnicos, empleados y obreros, les agradezco con emoción su esfuerzo. Pero este resultado se ha podido alcanzar por el valor y la comprensión de nuestro pueblo, al que no lograron confundir los enemigos emboscados o desembozados de la nacionalidad. Niego rotundamente que la política petrolera se haya llevado a cabo cargando el sacrificio sobre las espaldas de un pueblo manso que lo soporta sin tener conciencia de su significado. Al contrario, estos éxitos que hoy orgullosamente exhibimos pertenecen a todo el pueblo argentino. Pero quiero tener un recuerdo muy especial para los trabajadores que con su certera conciencia nacional desecharon una y otra vez las provocaciones que los incitaban a la insurrección.

Repito: estoy orgulloso como argentino de los resultados obtenidos. Pero estoy mucho más orgulloso aún de presidir los destinos de

un pueblo que marcha decidido hasta su liberación. Con plena conciencia de sus actos, nuestro pueblo se sacrifica hoy para construir una nación que en pocos años será una potencia que compensará plenamente este sacrificio presente, con la grandeza de la patria y el bienestar de sus hijos.

Contribución de la Iglesia a la integración histórica de nuestra nacionalidad

Discurso pronunciado al clausurarse el Primer Congreso Mariano Interamericano, en Buenos Aires, el 13 de noviembre de 1960

Este Congreso Mariano de alcance continental, ha deliberado en momentos de honda crisis para la humanidad. Millones de seres, en distintas regiones del mundo, inclusive en nuestra América latina, luchan desesperadamente por incorporarse a la civilización y disfrutar de sus beneficios. Esta honda transformación de los pueblos hasta hoy demorados en alcanzar la plenitud de su desarrollo, crea problemas internacionales que ponen en peligro la paz y la concordia entre las naciones. La misma sustancia de la libertad y de la dignidad del hombre se encuentra amenazada.

En estas instancias dramáticas del acontecer universal es cuando más se necesita sobreponer el señorío del espíritu a las urgencias y pasiones que agitan y dividen a los hombres. Necesitamos afianzar la fe en los valores eternos para poder hallar soluciones a los problemas contingentes que nos abruma. Nada permanente, nada justo, nada inteligente puede construir el hombre si no lo guían las luces del espíritu dadas a él por Dios.

Después del exitoso desarrollo de la Gran Misión en Buenos Aires, que brindó una experiencia apostólica multitudinaria y que en momento de grave crisis demostró cuál era la riqueza moral de los argentinos, este Congreso Mariano ha analizado, a la luz de esa experiencia, las bases ideales de la tarea social de la Iglesia y su aplicación inmediata.

Es un hecho trascendental que este trabajo común, de carácter teórico y de fijación de principios, se haya desarrollado bajo el signo del amor. María, la madre de Cristo, es la Gran Abogada del hombre.

Ella intercede ante Nuestro Señor, a causa de los errores humanos, y es por eso, por la dulce caridad que evoca el nombre de María, que su devoción tiene aquí, el nuestro país, una vigencia entrañablemente popular. Se trata del amor por la Madre, sentimiento profundamente humano y varonil.

Nadie mejor que María, pues, evocada por los pueblos de América en medio de sus dolores y sus esperanzas, para presidir una labor de esclarecimiento teórico que debe realizarse con amor. Porque la cuestión social, que hace a la vida colectiva de los hombres, debe ser analizada no solo con ciencia, sino también con amor.

Como gobernante de un pueblo católico, me siento orgulloso de que mi país haya sido elegido para sede de estas expresiones de una creencia activa, militante y teóricamente esclarecida. De lo más hondo de nuestra historia patria heredan los argentinos la fe católica, elemento espiritual unificador que opera por encima de toda otra consideración. Y la misma imagen de la Reina del Cielo, que bendice las deliberaciones, fue consagrada Capitana de los Ejércitos Libertadores de San Martín y Belgrano.

Esta hermandad inalterable de la cruz y la espada está en la base de nuestra larga y difícil epopeya nacional. Manteniendo esta hermandad, nuestro pueblo no se hundirá en la disgregación y la anarquía.

La unidad de nuestras creencias religiosas ha sido y es el fundamento de la unidad argentina. Bajo el amparo de su doctrina ecuménica, la fe católica aglutinó a todas las razas y pueblos del mundo que la inmigración trajo a estas tierras nuevas. Predicó el amor y el olvido en nuestras guerras civiles. Borró con la piedad que brota de cada palabra de Jesús la enemistad y el rencor que suelen separar a distintos sectores o facciones de la comunidad. Proscribió el odio y la persecución por razones políticas, ideológicas, de raza o de clase.

Cada vez que la unidad y la fraternidad entre los argentinos estuvieron en peligro, llamó a la concordia y predicó el perdón. Jamás olvidaremos, ni han de olvidarla las generaciones venideras, esta noble contribución de la Iglesia a la integración histórica de nuestra nacionalidad. Contribución que hoy, en un mundo confundido y cruelmente dividido por las ideologías, adquiere una importancia fundamental.

Pero la Iglesia no se limita a predicar su doctrina, sino que interviene activamente para ayudar a los pueblos a crear las condiciones materiales que contribuyan a su unidad y a su bienestar espiritual. La doctrina social cristiana, elaborada desde los orígenes de la Iglesia y enriquecida constantemente con las encíclicas papales, ha creado ideas, instituciones y métodos para hacer efectivos los principios de la justicia distributiva enseñados por Cristo. Y ha elevado estos principios a la categoría de normas universales que deben reglar la conducta de los individuos y de las naciones.

La doctrina social cristiana comprende así un cuerpo de principios y armas de conducción social que constituye un valiosísimo aporte de la Iglesia militante a la seguridad de los pueblos, en esta hora difícil por que atraviesa la humanidad.

Frente a la prédica confusionista del comunismo, que bajo el pretexto de una real necesidad de justicia social, introduce en los pueblos la semilla del odio y de la disgregación, la doctrina social cristiana exhorta a los hombres a la unidad y la paz, los alinea tras la consecución pacífica del bien común, que es el bien de la comunidad en su conjunto, y los exhorta a ser justos en la distribución de los bienes espirituales y materiales.

La fe en Dios es el más efectivo y noble factor de elevación de las cualidades morales del pueblo. La fe en Dios hace más buenos a los hombres y los hace servir mejor a la comunidad en que viven. Al dignificar el trabajo y la cooperación, infunde en el pueblo confianza en su destino y ahonda en él su amor a la patria.

En relación a las actuales desigualdades entre los pueblos, la Iglesia ha enseñado sin eufemismos que las naciones poderosas de la tierra están obligadas a contribuir al desarrollo de las menos adelantadas.

Su Santidad, el papa Pío XII, sintetizó este pensamiento en su mensaje de Navidad de 1952, diciendo:

“Cada pueblo, en lo que concierne al nivel de vida y a la incorporación al trabajo, desarrolla sus posibilidades y contribuye al progreso correspondiente de otros pueblos menos dotados. Y aunque la actuación de la solidaridad internacional, aun la más perfecta, difícilmente podrá conseguir la igualdad absoluta de los pueblos, sin embargo

urge practicarla, al menos en la medida en que modifique sensiblemente la actual condición que está muy lejos de representar una proporción armónica”.

Esta sabia doctrina de la Iglesia promueve eficazmente la comprensión del histórico proceso mundial, del cual todos somos actores. El mundo se salvará de la anarquía y el caos solo si se reconoce que los dones del espíritu se hallan unidos en forma indisoluble con las legítimas aspiraciones del hombre a su bienestar material y con las no menos legítimas aspiraciones de los pueblos a su integral independencia.

La Iglesia, con la infinita sabiduría que aprendió de su maestro y guía, nos enseña que de nada valen la persecución, la división entre individuos y naciones y que solo el esfuerzo cotidiano, el trabajo creador, la conciencia de la justicia y el respeto por la dignidad de la persona humana pueden asegurar las condiciones indispensables para que el hombre cultive y desenvuelva sus maravillosos atributos espirituales.

El pueblo argentino, unido siempre en la fe cristiana, lucha sin tregua por su unidad espiritual y su progreso. Realiza los más intensos sacrificios para superar la violencia y el encono, y para conquistar el lugar que le corresponde en el concierto de las naciones. Merced a su propio esfuerzo y a la solidaria comprensión de otros pueblos amigos, la Nación Argentina trata de mostrar al mundo que se puede lograr el bienestar de un pueblo sin encadenar el espíritu ni doblegar la voluntad del hombre, y sin erigir como ley de la sociedad el odio, la venganza y el miedo.

Al hablar en nombre de la Nación Argentina en este Congreso Mariano Interamericano, que cuenta con la presencia ilustre del delegado pontificio y de altas dignidades eclesiásticas de América, quiero recordar al Santo Padre, que en una entrevista para mí inolvidable me señalara “la necesidad de mantener siempre los pies en la tierra”. A su vez, en su magnífico mensaje de la Navidad de 1958, pronunciado en un mundo menos atribulado que el de hoy, pudo aconsejar con la valentía y la seguridad característica de su experimentado magisterio:

“Nada de militar o violento en nuestras actitudes de hombre de fe. Pero es menester velar en la noche que se está haciendo más tene-

brosa; caer en la cuenta de las acechanzas de los que son enemigos de Dios, más bien que de nosotros, y prepararnos para defender, plenamente, los principios cristianos, que son el escudo de la verdadera justicia ahora y siempre”.

Invoco finalmente a María, Reina y Señora que tuteló maternalmente estas deliberaciones, para que interceda por nosotros, los pueblos de América, que, en medio de todas las dificultades, avanzamos con la gracia de Dios hacia la consecución de un luminoso destino.

Promoción del desarrollo dentro del régimen democrático

Discurso pronunciado en ocasión de la visita de 28 gobernadores de los Estados Unidos, en el Salón Blanco de la Casa de Gobierno, el 14 de noviembre de 1960

La visita que la Argentina se honra en recibir inviste singular trascendencia, porque establece, en una forma sin precedentes, un profundo contacto entre dos países estrechamente ligados por una fraternal amistad. En efecto, vosotros, señores gobernadores de 28 estados de los Estados Unidos, representáis todas las modalidades de la vida regional de vuestro gran país y sois portadores de sus expresiones, intereses e inquietudes peculiares.

En el diálogo que mantendremos, ahondaremos el conocimiento y la comprensión del gran país del norte. Y, por vuestra parte, tendréis la oportunidad de observar la realidad argentina y de llevar y transmitir (a vuestro regreso) impresiones y conclusiones que recojáis, a todos los sectores representativos de vuestra vida nacional.

Habéis atravesado de extremo a extremo un continente que pertenece al mismo mundo que el vuestro, porque está hecho con la misma sangre, la misma cultura y la misma historia brotada con renovado vigor del tronco de Occidente. Al cabo de vuestra travesía encontraréis un país que aprecia los valores del espíritu por encima de los materiales, y la dignidad y libertad humana por sobre todas las cosas; un país que en el culto a esos principios se siente solidario con todos los otros pueblos que creen en ellos y los practican.

Dentro de esa raíz común hallaréis rasgos semejantes a los de vuestro país, pero también notables diferencias.

En poco más de un siglo, los Estados Unidos cimentaron una vigorosa unidad nacional en un vasto ámbito geográfico, dentro del cual un pueblo emprendedor y pujante supo utilizar y desarrollar los

abundantes recursos naturales y crear, con esfuerzo tenaz, una comunidad económicamente próspera y socialmente estable.

Todo ello se concretó en un desarrollo sólido e integrado de la actividad primaria, agrícola y minera, y del sector industrial, sostenido por un gran mercado consumidor interno y por un activo comercio internacional.

Vuestra cohesión política, vuestra magnitud geográfica, vuestra capacidad de trabajo y vuestras riquezas se conjugaron en una pujante empresa nacional. Ella permitió a los Estados Unidos conquistar la posición de gran potencia mundial que otros países solo alcanzaron a través de la construcción de vastos imperios coloniales; los cuales nunca lograron la solidez y permanencia de una gran unidad nacional.

El desarrollo nacional argentino se llevó a cabo a una escala material mucho más modesta. Las condiciones naturales del país lo orientaron durante algunas décadas a la producción y exportación de productos agropecuarios que proporcionaron prosperidad, mientras las exportaciones mantuvieron un volumen relativamente elevado y los precios de dichos productos se sostuvieron a niveles favorables.

En estas circunstancias, el desarrollo económico del país no se llevó a cabo de una manera suficientemente equilibrada y diversificada, y actuaron factores determinados por la subordinación de nuestra economía a los mercados exteriores. Entre los resultados de esas influencias puede señalarse el retardo en la explotación de recursos naturales como el petróleo, una desigual participación de las diversas regiones geográficas en el desarrollo nacional y la falta de un crecimiento industrial sostenido y eficiente.

Finalmente, el país sufrió una profunda perturbación política y social que lo llevó a una situación de virtual estancamiento económico.

Ahora nos corresponde la dura tarea de promover la reactivación y aceleración del desarrollo económico nacional, dentro de nuestro régimen democrático. Para ello, debimos comenzar por aplicar una drástica política monetaria y fiscal, a fin de detener el agudo proceso inflacionario que afectaba al país, estabilizar el valor de la moneda y nivelar nuestra balanza de pagos. Se concretó una amplia liberalización de la política comercial exterior; se acentuó un fuerte impulso

para acelerar la expansión del sector agropecuario en condiciones de alta eficiencia; se puso en marcha un amplio esfuerzo de desarrollo industrial en condiciones de más alta productividad y, sobre todo, se adoptó una vigorosa política para alcanzar en breve plazo el autoabastecimiento energético del país, mediante el desarrollo de sus recursos en petróleo y gas natural.

Estas medidas no constituyen sino parte de una política nacional de desarrollo que hemos considerado indispensable llevar a cabo dentro del lapso más breve, como condición esencial para el progreso económico y la estabilidad política y social del país.

Dentro de esta política de desarrollo se cuentan también otros aspectos, igualmente esenciales, cuyo enfoque es impostergable.

El país necesita fortalecer su desarrollo tecnológico. Necesitamos contar con un número fuertemente creciente de técnicos altamente especializados, de hombres de ciencia y de centros de investigación científica y tecnológica, para darle al país un ritmo de progreso coherente con el del progreso mundial y al crecimiento económico, la indispensable sustentación tecnológica.

Necesitamos aplicar un gran esfuerzo para mejorar y expandir nuestros transportes y nuestra red vial, a fin de asegurar un desarrollo nacional geográficamente balanceado, ampliar los mercados internos y facilitar el acceso económico de nuestros productos exportables a los puertos.

La Argentina necesita consolidar definitivamente las bases para un desarrollo industrial sólido y eficiente. Ya nadie discute hoy que no puede haber desarrollo económico sin industrialización y que el mantenimiento de un ritmo adecuado de desarrollo agrícola, que asegure condiciones competitivas a las exportaciones, no puede lograrse sin un sustento industrial. Los países por tradición predominantemente agropecuario constatamos que las grandes naciones industriales han volcado vastos recursos, resultantes de su avance tecnológico-industrial, a sus sectores agrícolas. Como resultado de ello han expandido el ritmo de aumento de su producción agropecuaria con impresionante incremento de su productividad, a la vez que en los mismos sectores industriales la tecnología crea constantemente nuevos pro-

ductos sintéticos que van sustituyendo en forma creciente los productos tradicionales de la agricultura. Como consecuencia, los países principalmente productores y exportadores de materias primas se han quedado cada vez más rezagados en su ritmo de crecimiento, con respecto a los países industriales y su participación relativa en el comercio mundial ha declinado también fuertemente.

Por eso, nos hemos propuesto auspiciar en nuestro país el desarrollo de sectores industriales básicos, como la siderurgia y la industria química y petroquímica, para los cuales existen ya condiciones que aseguran su funcionamiento económico, a la vez que estamos favoreciendo el reajuste de otros sectores industriales a niveles de mayor eficiencia y productividad.

Naturalmente, el comercio exterior es y seguirá siendo para la Argentina un factor esencial en su proceso de desarrollo. Además de las importantes medidas adoptadas, tenemos la intención de agotar todos los recursos a nuestro alcance para expandir nuestras exportaciones tradicionales y abrir nuevas corrientes de exportación con productos competitivos en precio y calidad. Desde luego, en este campo probablemente más que en ningún otro, es indispensable la cooperación y comprensión internacional para que los esfuerzos de cada país rindan fruto. Las condiciones en que se desenvuelve actualmente el comercio internacional provocan las más fuertes dudas y preocupaciones. Como he señalado anteriormente, los países tradicionalmente exportadores de productos agropecuarios, especialmente de la zona templada, como el nuestro, nos hemos encontrado con que los países de mayor desarrollo industrial se han convertido en nuestros fuertes competidores. Ello ha ocurrido a raíz de su mayor desarrollo tecnológico y poderío económico, como es el caso de los Estados Unidos, o la utilización de esa capacidad económica para sostener políticas autárquicas en materia agropecuaria, restringiendo las posibilidades de aumentar nuestras exportaciones a sus mercados, como es el caso de muchos países de Europa occidental.

La misma existencia de los excedentes agrícolas, principalmente en los Estados Unidos, constituye un serio factor de inquietud, en lo que respecta a las perspectivas de expansión sana del comercio mun-

dial en condiciones competitivas, a la vez que expresa una contradicción de muy difícil solución con respecto a las condiciones de subconsumo que prevalecen en grandes áreas del mundo.

Un grupo de países latinoamericanos hemos llegado a la conclusión de que es necesario un mayor esfuerzo de cooperación entre nosotros mismos, principalmente mediante la expansión de nuestro comercio interregional, para cuyo objeto decidimos establecer la Asociación Latinoamericana de Libre Comercio, que esperamos comenzará a operar próximamente. Este ha de ser el primer paso en un largo y difícil esfuerzo, tendiente a promover una mayor complementación económica, que pueda dar una base más amplia para acelerar el crecimiento de los países latinoamericanos. Esta cooperación resulta también indispensable para defender la posición competitiva de América latina en una economía mundial estructurada sobre la base de grandes conglomerados económicos.

En nuestro esfuerzo de desarrollo estamos recibiendo una amplia colaboración económica, financiera y técnica del Gobierno y de los sectores privados de los Estados Unidos, materializada en empréstitos, inversiones y asistencia técnica. Nosotros estamos convencidos de que esta cooperación ha de cimentar e intensificar nuestro vínculo económico en condiciones ventajosas para ambos países.

El mundo occidental atraviesa hoy una nueva prueba en su historia, cuyo resultado tendrá un efecto profundo sobre el destino humano. Múltiples fuerzas están en juego en el mundo contemporáneo: un mundo colonial y subdesarrollado que emerge a la independencia política pugna por alcanzar lo más rápidamente posible niveles más altos de bienestar; por otra parte, un mundo comunista, que acelera su propio desarrollo y procura al mismo tiempo acelerar el logro de su objetivo de revolución mundial.

El mundo occidental, amenazado por la presión externa y la penetración comunista y querido por las áreas subdesarrolladas, debe llevar a cabo un gran esfuerzo defensivo frente al enemigo y cooperar con las áreas subdesarrolladas.

El pueblo de los Estados Unidos, que ha logrado en forma más amplia dentro de Occidente el goce de los beneficios de la libertad, la

estabilidad política y el bienestar social, es también el que comprende con más claridad la necesidad de defender estas conquistas. Pero, en otros países occidentales y principalmente en América latina, que constituye la región menos desarrollada de Occidente, no se verifican todavía condiciones óptimas en su realidad política, social y económica. En estos países existe una adhesión y una fe profunda en los valores tradicionales de Occidente, pero, al propio tiempo, existe el anhelo de asegurar que la justicia social y el progreso económico se realicen plenamente dentro de las instituciones democráticas, a fin de asegurar la estabilidad de estas contra todos los embates.

Como gobernante de un país que aspira a promover ese desarrollo y fortalecer la vigencia de las instituciones democráticas, os aseguro que esa tarea no es fácil. Cuando en un país faltan recursos y condiciones para un rápido desarrollo, los sectores menos favorecidos se impacientan ante la postergación de sus aspiraciones, mientras otros grupos no comprenden claramente su responsabilidad, ni la necesidad de un intenso esfuerzo común. Al mismo tiempo, en el ámbito internacional no se percibe siempre la magnitud de los problemas y los peligros implícitos en la demora para atenuarlos y resolverlos. A veces, la reacción ocurre cuando la situación es casi irreparable.

Todo ello hace indispensable estrechar contactos para fomentar la comprensión mutua y la discusión franca y amplia de los problemas de interés común.

He tenido el privilegio de iniciar esos contactos con el presidente Eisenhower, tanto en Washington como en Buenos Aires. Jamás mi país había hallado tanta simpatía y comprensión de parte del pueblo y el Gobierno de los Estados Unidos como en conversaciones con vuestro presidente y vuestros políticos y hombres de negocios.

Estoy sinceramente convencido de que los norteamericanos confían en la Argentina y desean de verdad cooperar con nosotros. He recibido pruebas concretas y reiteradas de vuestra amistad. En forma enfática, vuestro Gobierno y vuestro pueblo me han transmitido la inequívoca convicción de que consideran a la República Argentina como un bastión de la democracia y la libertad en nuestro continente

y que apoyarán a los argentinos para que mantengan la solidez de sus instituciones libres.

Por eso, no me cabe ninguna duda, a través de mi conocimiento y vinculaciones con los dirigentes del Partido Demócrata, que el nuevo presidente Kennedy confirmará esa política de íntima relación entre los Estados Unidos y la Argentina. Más aún: creo que se abre una era de intensa participación de los Estados Unidos en el desarrollo de América latina. La visión audaz e inteligente del senador Kennedy le ha señalado la urgente necesidad de fortalecer a las jóvenes democracias de América latina, como lo ha expresado en sus discursos. El pueblo norteamericano lo ha elegido en comicios que demuestran el alto grado de discernimiento y madurez de vuestra democracia, porque en estos comicios, quizás sin precedentes en vuestro propio país, cada ciudadano ha pesado y reflexionado su decisión antes de votar.

Estas elecciones han sido un alto ejemplo para el mundo y demuestran la infinita superioridad de la democracia sobre los regímenes totalitarios. El pueblo se expresa dentro de la ley y quedan entonces descartados todos los intentos demagógicos de los extremistas.

La América latina espera mucho del nuevo equipo que regirá los destinos de su hermana del norte. No puede olvidar que John Kennedy y sus colaboradores comparten los ideales de Franklin Delano Roosevelt, el genial estadista que, entre las cuatro libertades básicas del hombre, mencionó la de sentirse libre de la necesidad, la cual, "trasladada a términos mundiales, significa iniciativas económicas que asegurarán a todas las naciones una vida pacífica y vigorosa para sus habitantes, en todas partes del mundo".

Y agregaba el ilustre presidente, después de enumerar las cuatro libertades: "Esta no es la visión de un lejano milenio. Es una base concreta para un mundo que podemos lograr en nuestra época y en nuestra generación".

Cuando regreséis, señores gobernadores, a vuestro país, diréis a vuestro pueblo que América latina confía en que se cumpla ese sueño y en que ha de lograrse en nuestra generación. Porque solamente una

paz justa y la satisfacción inmediata de las necesidades espirituales y materiales de toda la humanidad derrotarán a las fuerzas oscuras del comunismo. El mundo de Occidente compite con un poderoso adversario y no debe perder un minuto.

Como muy bien lo vio Roosevelt, la historia marcha demasiado de prisa y “el único límite a nuestras conquistas de mañana serán nuestras vacilaciones de hoy”.

Señores gobernadores: bienvenidos a tierra argentina.

El Gobierno es nacional

*Discurso pronunciado por radio y televisión,
el 23 de noviembre de 1960*

Reanudo hoy la comunicación directa con el pueblo para continuar analizando los factores negativos que perturban la vida del país.

Me he propuesto dejar al desnudo los elementos de la crisis y, para ello, seguiré el sencillo medio de mostrar al pueblo los hechos tales como son en realidad para que se forme justa idea de ellos. Hablaré ahora sobre el comunismo.

Mencionaré hechos y nada más que hechos. Todos ellos están al alcance del conocimiento de cada argentino preocupado por su propia suerte, la de su familia y la del país.

No contestaré agravios, ni formularé acusaciones personales.

Mi objetivo es despejar equívocos y convencer a los sinceros para alcanzar por este camino la pacificación argentina.

Solo en la paz y en la convivencia fraternal lograremos salir de la crisis que padecemos, y podremos dar pasos concretos para impulsar el desarrollo nacional.

El comunismo

Todo el país conoce el grado de penetración del comunismo y su acción en los más diversos sectores sociales.

El comunismo actúa preferentemente en dos medios, el estudiantil y el obrero, al amparo de la inquietud de los jóvenes y de la dura vida de los trabajadores. Allí recluta el comunismo la mayor parte de sus militantes y propagandistas. Allí encuentra los voluntarios que aceptan los más duros sacrificios. Pero, no por ser estas sus esferas de

acción predilectas; el comunismo deja de actuar en los demás sectores sociales. Sus agentes trabajan afanosamente en todos los campos de la actividad nacional. Esta es una realidad concreta y no solo, en la República Argentina.

Acusaciones al Gobierno

Señalada la cuestión y ubicada en sus verdaderos términos, resulta obvio que la creación de condiciones que hagan imposible la mayor difusión del comunismo debe ser y es parte de la acción del Gobierno; pero desde sectores aparentemente contradictorios se procura desarmar a este Gobierno haciéndolo objeto de imputaciones que se oponen y contradicen entre sí.

Se acusa al Gobierno de ser procomunista, proimperialista, properonista, procapitalista, por contradictorios que sean estos cargos. Más aún; se afirma que el Presidente:

- es comunista, pero también al mismo tiempo, que es instrumento de los monopolios capitalistas;
- se afirma que propicia la recuperación del poder público por el peronismo, pero al mismo tiempo se afirma que está aliado al llamado gorilismo para aplastar al peronismo;
- se afirma que mediante una política maquiavelista incita al caos y a la anarquía, pero también se afirma que ejerce una dictadura férrea sobre el pueblo y sobre el país, mediante el abuso de medidas excepcionales e instrumentos represivos;
- se afirma que está liquidando la industria nacional, pero al mismo tiempo impone a los trabajadores un régimen de hambre y de miseria para capitalizar a los industriales;
- se afirma que ha impuesto la enseñanza libre para servir los intereses del clero, pero también se afirma que estimula la hegemonía marxista en la vida estudiantil.

En síntesis, resultaría que el Gobierno es a la vez comunista y capitalista; peronista y antiperonista; anárquico y dictatorial; enemigo y

aliado de los empresarios; instrumento de la Iglesia y a la vez servidor de los librepensadores y marxistas.

En esta campaña, desarrollada sistemáticamente por distintos sectores, están presentes en primer plano los comunistas. Estos se empeñan en hostigar al Gobierno para que no pueda llevar a cabo los planes políticos, económicos, sociales y culturales, cuya realización integral tornará igualmente vacía la prédica del comunismo y la de todo otro extremismo reaccionario.

Y esto es así porque en una nación fuerte, unida, próspera y feliz no cabe el odio sectario, proceda del extremismo comunista o de su opuesto. Los sectarismos proliferan en países abrumados por las privaciones, divididos por la lucha de clases y de facciones, y minados en su fe espiritual y en su fe patriótica.

Nuestra ideología

El Gobierno no es, pues, comunista ni comunizante; no es peronista, ni properonista, ni proimperialista. El Gobierno es nacional. Lo es por su clara ideología, que procura reunir en un haz todos los elementos que constituyan nacionalidad. Por lo tanto, se define de manera afirmativa y no negativa.

A los que nos califican de modos tan diversos les digo que nuestra ideología es nacional a secas; que busquemos en el país y en su profunda riqueza espiritual la fuerza necesaria para sobrellevar esta lucha que tiene un solo destinatario: el país mismo. Tratamos de comprender, desde nuestra perspectiva actual, la totalidad del país, en su rica y contradictoria historia, en su dramático presente y en su venturoso porvenir.

Consideramos la historia argentina, toda entera, desde la colonia a su más inmediato pasado, como un todo inseparable, un todo argentino. En consecuencia, nos hemos negado y nos negaremos a excluir del seno nacional a quienes, sin atentar contra la ley, quieran, por el hecho de ser argentinos, pensar de diferente modo que nosotros. Nos hemos negado y nos negamos a seguir líneas que separan a los ar-

gentinos en lugar de unirlos, bajo el emblema único de consolidar la nacionalidad.

Tradición y doctrina

Cuando postulamos un programa de realizaciones económicas, enunciamos nuestra doctrina. Sostuvimos, entonces, que la crisis nacional no era ni accidental ni esporádica; que lo que estaba en crisis era la propia estructura económica del país, que si creó la prosperidad argentina en las primeras décadas del siglo, desembocó luego en una crisis profunda. Su causa principal consistía en que, dadas las condiciones existentes y la evolución económica mundial, el fruto de nuestras exportaciones no alcanzaba para financiar nuestras importaciones, por lo cual la producción nacional se deprimía cada día más y estábamos a un paso del hambre, la desocupación y la miseria.

Esas fueron nuestras conclusiones económicas. Pero un pueblo no resuelve sus problemas económicos si no se moviliza orgánicamente y con el valor que le permita hacer todos los sacrificios necesarios. Para poner de pie a la Nación era menester, pues, restaurar en el espíritu del pueblo, en las fuerzas dinámicas de la Nación, la armonía, la unidad y la confianza capaces de asegurar la paz social al amparo de la ley jurídica y de la democracia política.

Seremos fuertes e independientes en la medida en que el interés nacional sea nuestra única línea. Pensamos que la libertad y la democracia triunfarán en el mundo cuando los países en condiciones similares a las nuestras puedan ser escuchados en el concierto mundial con voz propia, con el poder que surja de su propia realización nacional y de su unidad de objetivos espirituales.

Es inútil que se nos quiera enrollar en movimientos internacionales, porque esta ideología nuestra se nutre en el conocimiento profundo de la realidad argentina, en el respeto de nuestras tradiciones y en la vocación irrenunciable de construir para la República la estructura de la gran potencia que debe ser.

El comunismo antes del 1º de mayo de 1958

Con esta ideología claramente expresada, nos aprestamos a gobernar el 1º de mayo de 1958. Para esa fecha, el comunismo actuaba legalmente en el país. El Decreto 19044 de 1956, dictado por el Gobierno Provisional, reconoció la preexistencia de partidos políticos anteriores a la revolución, entre los que se encontraba el Partido Comunista.

En julio de 1957 este partido político concurrió a los comicios para elegir convencionales constituyentes y, puesto que este comicio se cumplió bajo el sistema de la proporcionalidad, quedó reflejada la fuerza real del comunismo. En el transcurso de las sesiones de la Asamblea Constituyente, los representantes comunistas fueron tratados como pares por todos los sectores en ella representados.

Para entonces, el Partido Comunista tenía sus publicaciones oficiales y hacía, en lo externo, la vida común de todos los partidos políticos. Cuando el gobierno de la Revolución Libertadora adoptó medidas contra la infiltración comunista lo hizo a través de la Junta para la Defensa de la Democracia, cuya función específica era identificar los movimientos comunistas y criptocomunistas, pero no proscribirlos, puesto que se mantenía su legalidad siempre que hicieran pública su filiación.

Con la misma franqueza con que presento este panorama de la realidad inmediata, señalo que entonces el comunismo no preconizaba la subversión. Tenía abierto el camino de la persuasión pública y de la tarea política dentro de la política.

El comunismo después del 1º de mayo

El comunismo modificó sustancialmente sus tácticas después del 1º de mayo de 1958, pues advirtió que nada apartaría al Gobierno de su propósito de restablecer la paz social, impulsar el desarrollo económico, consolidar la enseñanza libre y promover efectivamente el establecimiento de universidades privadas. El comunismo percibió que estaba en marcha una política inexorablemente nacional, tanto en sus métodos como en sus objetivos.

Cuando iniciamos la batalla del petróleo y emprendimos la solución de los pleitos que el Estado nacional tenía pendientes con los principales grupos financieros internacionales para restablecer la confianza del crédito exterior, el comunismo comprobó que nuestro programa de lanzar a la Nación en un vigoroso y acelerado plan de desarrollo comenzaba a convertirse en realidad. En el mismo momento en que nos resolvimos a emprender la transformación radical de la fisonomía económica, el comunismo se lanzó a la insurrección, el sabotaje y el terrorismo.

Y fue precisamente en esos frentes que alineó sus fuerzas procurando arrastrar el mayor número de aliados. Así sobrevino la huelga revolucionaria contra lo que denominaban la "entrega" del país; así se produjeron las tentativas de incendio de pozos de petróleo y otros actos de sabotaje; así, con consignas y métodos comunistas, se inició la lucha contra la enseñanza libre.

En enero de 1959, al iniciar mi viaje a los Estados Unidos, nuestras fuerzas de seguridad descubrieron, asimismo, la mano comunista en la frustrada tentativa que entonces se produjo de derribar al poder constitucional mediante una huelga revolucionaria motivada en los incidentes producidos en el Frigorífico Nacional. Así, para mostrar en un solo acto la característica de la técnica insurreccional, para impulsar a los trabajadores hacia la rebelión se fraguó la noticia de que habían muerto obreros.

Cómo actuó el Gobierno

Frente a la acción insurreccional del comunismo, que se propagó por la infiltración y la propaganda a determinados sectores laborales, especialmente el peronista, el Gobierno adoptó con serenidad, pero con energía, todas las medidas que las circunstancias aconsejaban. Se decretó el estado de sitio y se movilizaron gremios.

Pero nuestra acción no se detuvo ahí. Se prohibieron en todo el territorio nacional las actividades comunistas, fueran del partido o de sus entidades colaterales; se clausuraron más de doscientos locales de

dicho partido y de organizaciones afines, como así también editoriales y periódicos; se secuestró ingente material de difusión, propaganda, libros y diarios comunistas o vinculados al comunismo; fueron alejados de la administración funcionarios vinculados a dicha ideología; se instruyó a los procuradores fiscales para que gestionaran en todo el país la disolución y cancelación de la personería electoral del Partido Comunista, en los distintos distritos, para que se opusieran a la oficialización de las listas de sus candidatos impidiéndose su participación en las elecciones.

Nos propusimos reprimir la insurrección y poner fin a las reiteradas campañas terroristas y a las actividades subversivas del comunismo. Procedimos así para preservar la estabilidad de las instituciones, la vida de nuestros ciudadanos y el orden de la colectividad. Tuvimos plena conciencia de la gravedad que entraña toda política de emergencia que suspende las garantías constitucionales, pero ponderamos el deber del Estado de defender el conjunto de la Nación cuando se incita a ocupar fabricas, a quemar pozos de petróleo, a paralizar los servicios públicos y a promover la subversión contra el orden constitucional.

La experiencia internacional

Mi gobierno ha adoptado contra el comunismo todas las medidas aconsejadas por las circunstancias, y continuará haciéndolo en la misma forma.

No obstante, estoy profundamente convencido de que la represión, por sí sola, no remedia ni impide la penetración comunista. La experiencia mundial es categórica al respecto.

Recuerdo que en 1927 el Gobierno chino inició una campaña de exterminio de los comunistas, que duró varios años. Cientos de miles de dirigentes, en todo el país, fueron fusilados. Un periodista europeo que asistió a esas matanzas en masa escribía la siguiente conclusión: "Los comunistas han sido aniquilados. No habrá comunismo en China por mil años". Veinte años más tarde se implantaba la República

Comunista y eran los comunistas los que entonces fusilaban y amenazaba con extenderse por todo el continente asiático.

Recuerdo también la preocupación que embargó a Italia y al mundo occidental cuando la caída del fascismo fue seguida de un auge extraordinario del comunismo. Pero la nueva democracia italiana, nacida bajo el signo cristiano, no creyó necesario fusilar a los comunistas. Prefirió reconstruir la economía, levantar escuelas y hospitales, fortalecer el histórico sentido de unidad del pueblo italiano y afianzar las instituciones republicanas. El genio de la nación italiana, profundamente religioso y universal, es más fuerte que todos los extremismos que quisieran disgregarlo.

He citado estos dos ejemplos –el de China y el de Italia– para que se vea que el comunismo es favorecido por la violencia y la miseria y, en cambio, se disgrega y se eclipsa en el seno de una sociedad vigorosa y materialmente próspera, democráticamente organizada y respetuosa de la ley.

Por eso, no hay partidos comunistas poderosos en las dos grandes democracias anglosajonas.

El “macarthismo”

Uno de estos países, los Estados Unidos, pasó –hace una década– por la experiencia de la represión anticomunista llevada a cabo en forma indiscriminada. Con motivo de la guerra de Corea entró en acción un movimiento que pronto fue denominado “macarthismo” y presentó todas las características de una perturbación colectiva. Vastos sectores de la población norteamericana fueron sacudidos por una persecución que convertía en sospechosos a millones de hombres. Fueron objeto de acusación e investigación muchos de los que habían colaborado en la administración Roosevelt e inclusive jefes de las Fuerzas Armadas.

Esta represión indiscriminada, en cierto sentido justificable por hallarse el país en guerra, debió ser dejada de lado por inoperante y desquiciadora. Se comprobó, una vez más, que establecido el delito

de opinión, los propios interesados en desenvolver la corriente comunista son los organizadores de denuncias que procuran invalidar al enemigo. De esa manera, la ecuación comunismo-anticomunismo se hace más estrecha y el investigador se encuentra perplejo e imposibilitado de decidir quién realmente trabaja para el extremismo perseguido. La salud moral del pueblo norteamericano lo arrancó rápidamente de esta terrible encrucijada y volvió a su método tradicional de lucha contra el comunismo: fortalecer las raíces espirituales y materiales de un estilo de vida que, por ser realmente nacional, los enorgullece.

La Argentina en el concierto mundial

Actuamos ante un mundo inquieto que es testigo de nuestras acciones. Deseo recordar a mis compatriotas que el mundo entero ha juzgado los métodos de mi gobierno.

No importa que en el exterior se diga que este gobierno es bueno o malo, porque al respecto solo debemos decidir los argentinos. Pero, contra las acusaciones de procomunistas que se nos dirigen, sí importa saber que Su Santidad, el papa Juan XXIII, el presidente de los Estados Unidos y varios jefes de Estado de Europa occidental, dijeron una y otra vez que lo métodos de gobierno que seguimos en la Argentina no solo no son comunistas, sino que constituyen una contribución al fortalecimiento del estilo de vida cristiano.

No podrá decirse que tras los juicios explícitos de Su Santidad, el papa Juan XXIII, haya solamente una fórmula diplomática que carecería de sentido frente a la lucha contra la propagación del comunismo en que se halla empeñada la Iglesia. A menos que admitamos que los dos mil años de sabiduría que iluminan la historia de la Iglesia son insuficientes para advertir la realidad argentina, o que la Iglesia misma es la que se encarga de propagar el comunismo alentando a los gobiernos que, como el nuestro, procurarían facilitar su difusión.

No podrá decirse tampoco que el presidente de los Estados Unidos y los hombres que integran su equipo de colaboradores inmedia-

tos hayan enunciado sus juicios laudatorios engañados por sus servicios de inteligencia, que pasan por ser los más sagaces del mundo, o que estos hayan sido también infiltrados por la ideología comunista y actúan así al servicio de ella.

Por los mismos conductos, se han reconocido jubilosamente los esfuerzos que realiza nuestro país para obrar en el ámbito internacional conforme a su índole occidental y americana. La solidaridad con Occidente y con América está basada en la autonomía de nuestros actos internacionales, y no en que la República Argentina sea satélite de nación alguna en la lucha por el dominio mundial.

Ideología y economía mundial

En mis visitas a los Estados Unidos y a Europa enuncié la firme decisión del Gobierno argentino de no encerrar a nuestro país en bloques autárquicos, que tanto aquí como allá significan contrariar las corrientes de la historia y agudizar las tensiones internacionales, de suyo muy profundas.

Por el contrario, deseamos incorporarnos a la corriente universal del intercambio, sin trabas ni discriminaciones, en un mundo en el que las naciones altamente desarrolladas tienen la necesidad de promover y acelerar el progreso de los países atrasados. En el caso del hemisferio occidental, una auténtica solidaridad económica dará fuerzas a nuestras débiles entidades nacionales, para repudiar los métodos violentos a que se apela en otras latitudes para salir del estancamiento, la ignorancia y la miseria.

Sería suicida que por motivos políticos no activáramos nuestro intercambio económico a escala mundial, particularmente en las circunstancias actuales, en que los mercados tradicionales –Europa occidental y los Estados Unidos– intensifican sus barreras a la importación de nuestros productos. Inglaterra, Italia, Alemania, los países escandinavos, Bélgica, Holanda y otros países del mundo occidental mantienen y tratan de incrementar su comercio con Rusia, China y demás naciones comunistas. Estos países no creen que el comercio de

bienes y productos pueda favorecer la penetración del comunismo, pues el Estado tiene suficientes resguardos para vigilar e impedir este contrabando ideológico. Si el tráfico de mercancías y personas diera lugar a actividades de espionaje o de propaganda, los resortes derivados de la soberanía efectiva del país afectado constituyen medios suficientes para reprimir esta actividad ilegítima.

La enseñanza libre

Cumpliendo fielmente la promesa que habíamos hecho a nuestros electores, implantamos la libertad de enseñanza en toda la República. El comunismo, partidario acérrimo del monopolio estatal de la enseñanza, organizó y alentó toda la agitación que siguió a esa medida. Pero el Gobierno no se dejó intimidar y hoy la libertad de enseñanza es un hecho promisorio, que se traduce en la creación de nuevas universidades e institutos privados, confesionales y no confesionales. A esta última categoría pertenece el Instituto Tecnológico de Buenos Aires –fecunda iniciativa de la Armada nacional– que formará técnicos en electrónica, química, metalurgia, náutica, armas y explosivos y dirección de empresas.

En fecha reciente hemos dictado el Decreto 12719, por el cual se libera a la escuela media privada del peso de un complicado mecanismo burocrático que le impedía cumplir sus finalidades. Recién ahora goza de la autonomía necesaria reconocida por una ley dictada ochenta años atrás.

Este acto pone en manos de los padres la conducción de sus hijos, dentro de un marco tradicionalmente religioso y, en consecuencia, inequívocamente contrario al comunismo.

Se nos acusa de tolerar la infiltración comunista en la universidad. Mi gobierno, respetuoso de una larga tradición argentina, no ha intervenido ni directa ni indirectamente en la organización y funcionamiento de las universidades. Les ha proporcionado el apoyo económico a que estaba obligado por disposiciones legales. Su régimen interno, la reorganización de sus autoridades y la remoción y desig-

nación de profesores se establecieron durante el gobierno que nos precedió. La verdad, entonces, es que recibimos una universidad autónoma, organizada totalmente por quienes nos antecedieron en el gobierno. Y es asimismo verdad que importantes sectores de la universidad oficial están empeñados en el desarrollo de la cultura para servir al país y no al comunismo.

Lo que sí hicimos, enfrentando enormes resistencias, fue apoyar el desarrollo de la universidad libre y la libertad de enseñanza de la escuela primaria y secundaria con felices resultados que ya he indicado. Estas medidas fueron recibidas con lógico beneplácito por la Iglesia, y ello nos ha valido la acusación de “clericales”, sin que por eso se deje de acusarnos de “favorecer la penetración comunista”.

El apoyo que prestamos a las universidades libres y las medidas de gobierno adoptadas para que también sea un hecho la enseñanza libre en el ciclo medio, no vulneran el principio constitucional que consagra la libertad de cultos.

Nadie está obligado a pensar ni a educar a sus hijos de manera predeterminada. Lo que sí hemos hecho fue facilitar a todos los padres la oportunidad de proporcionar a sus hijos la educación que deseen, compatible con los fines de la nacionalidad.

Desarrollo y comunismo

La realidad mundial que nos circunda nos muestra que el comunismo no prospera en los países desarrollados.

Esto es un hecho. Por eso, nuestra política económica, que tiende al desarrollo, constituye, por sí misma, un antídoto contra la penetración comunista. Lo es también por sus características, opuestas a cuanto postula la doctrina marxista. Baste recordar que hemos adoptado una política económica que ha roto el intervencionismo estatal que paralizaba el desarrollo del país.

Desafiamos preconceptos al planear el desarrollo económico sobre la base de la más amplia participación del capital privado nacional y extranjero. Cuando dimos solución a los viejos pleitos existentes con

los principales grupos financieros internacionales para restablecer la confianza exterior en la estabilidad jurídica del país, el comunismo aprovechó la oportunidad para formular contra nosotros la acusación de entreguistas, sin perjuicio de que, al mismo tiempo, se nos siguiera criticando por “favorecer el comunismo”.

El comunismo nos ha declarado la guerra porque estamos cumpliendo las etapas de una auténtica liberación nacional. Este es otro hecho, y no son palabras.

Hemos requerido y obtenido la colaboración de las grandes instituciones de crédito internacionales y nacionales de los Estados Unidos y de Europa occidental, porque entendemos que ese capital exterior acude a desarrollar nuestros propios recursos y a liberarnos de la dependencia de los monopolios exportadores e importadores. Los comunistas nos llaman “entreguistas” porque hemos colocado en sus términos reales el problema del imperialismo. También este es un hecho y no presunciones.

Factores anticomunistas en la Argentina

El país cuenta con defensas directas contra el comunismo, que resultan más eficaces que cualquier método represivo, porque hacen a la esencia misma de nuestra condición de argentinos.

En primer lugar, la Iglesia, cuya eficaz militancia frente al comunismo acaba de expresarse en las calles de Buenos Aires a través de ese magnífico Congreso Mariano al que tuve el honor de asistir como presidente de la Nación en un solemne acto pleno de emoción religiosa.

La presencia de esa multitud transportada por la fe trajo a mi recuerdo el fervor con que asistí al Congreso Eucarístico celebrado en la ciudad de Córdoba y, como entonces, comprendí una vez más que, en la medida en que la Iglesia actúe en nuestro medio, será imposible la infiltración del comunismo. Antes bien, este ha de retroceder superado por el espíritu profundamente religioso de nuestro pueblo, puesto así de relieve por la actividad de la Iglesia.

En segundo lugar, nuestro propio desarrollo económico dota al país de una extensa clase media, la más invulnerable a la penetración ideológica de todos los extremismos.

En los sectores obreros el comunismo choca, asimismo, con la certera conciencia nacional de nuestros trabajadores.

Las Fuerzas Armadas resumen valores esenciales de la nacionalidad y constituyen, por sí mismas, un muro de contención contra el avance del comunismo. Ellas proporcionan al espíritu argentino la seguridad de que, en última instancia, si hubiera que ir a la lucha la fuerza estará al servicio de los ideales nacionales.

Acción negativa frente al comunismo

Determinadas así nuestras auténticas reservas nacionales, debemos concluir que, en cambio, se trabaja a favor del comunismo en cualquiera de estos casos:

- a) Cuando se ataca a las instituciones republicanas y representativas;
- b) cuando, desde cualquier sector, desde cualquier ideología, se ataca a la Iglesia y se procura quebrantar el espíritu religioso de nuestro pueblo;
- c) cuando se busca anular la conciencia nacional de los trabajadores o debilitar la fuerza de nuestra clase media;
- d) cuando se procura desprestigiar a las Fuerzas Armadas o algunos políticos procuran infiltrar en ellas la pasión partidaria de las facciones, para hacerles perder de vista su auténtica vocación nacional.

Contra estas acciones que sirven al comunismo, aun sin desearlo, propugno la acción clarificadora del debate, sin perjuicio de las medidas de que he dado cuenta.

Por otra parte, estoy cabalmente convencido de que el pleno desarrollo nos librerá no solo de la acechanza del comunismo, sino también de estos extraños colaboradores suyos.

La cuestión gremial

El análisis precedente no quedaría completo si no registráramos este hecho: el campo de acción en que el comunismo entiende desenvolverse con más eficacia es el campo gremial. Cualquier observador advierte que en nuestro país el comunismo trata de penetrar en este terreno cubriendo la vacancia dejada por la conducción peronista.

Aparentemente, las condiciones resultan favorables para sus designios. En procura de sus objetivos, los comunistas han buscado reiteradamente la alianza con los sectores peronistas para penetrarlos y ponerlos a su servicio. En más de una oportunidad y dentro de un campo bien delimitado alcanzaron pleno éxito. Pero en este momento se encuentran en retroceso, porque, tras el triunfo circunstancial, todavía el espíritu nacional de nuestros trabajadores logra imponerse y traza una clara y enérgica línea separatoria.

Sin embargo, el peligro subsiste. Mientras no se hayan suprimido las causas de fondo que dan lugar a esta situación, el comunismo constituirá un enemigo cierto que actúa en terreno propicio. El más eficaz antídoto en este sector es la aceleración de la organización de los trabajadores sobre bases que aseguren a la mayoría, que evidentemente no se inclina al comunismo, elegir sus auténticos representaciones que, en la medida en que sean auténticos, serán de inspiración inequívocamente nacional.

Estoy seguro de que, si constituyen la central obrera, los trabajadores argentinos, que han demostrado un maduro espíritu nacional, actuarán ordenadamente dentro de la ley, gravitarán con energía a favor del desarrollo del país y dentro de él en pro de una más equitativa distribución de la riqueza. Ambos factores –poderío económico nacional y elevación del nivel de vida del pueblo– consolidarán las defensas reales del espíritu nacional contra el elemento disgregador del extremismo.

Es nuestro decidido propósito no solo proporcionar a los trabajadores un más alto nivel de vida, sólidamente asentado en una economía sana, mediante el esfuerzo común de la Nación, sino también

escuchar su voz y satisfacer sus legítimas aspiraciones en la medida en que las circunstancias lo hagan posible.

Cualquier error que hayamos cometido debe ser corregido, porque urge restablecer el diálogo en todos los planos de nuestro complejo social, evitando así que se frustre el esfuerzo que estamos realizando.

Estado de sitio

Se argumentará que se mantienen en vigencia un prolongado estado de sitio y otras medidas represivas. Ellas fueron adoptadas en su oportunidad para reprimir la subversión. Dichas medidas fueron y son eficaces porque sirven a la contención de movimientos que porfían por quebrantar la legalidad. Asumo toda la responsabilidad ante la Nación por haber obrado así. Lo hice para evitar el caos y la anarquía.

No obstante, tendrá que reconocerse que el estado de sitio ha sido manejado por este Gobierno con criterio restrictivo, procurando no alterar las bases esenciales de la convivencia democrática y de la libertad. Rige en el país una libertad de expresión en el ejercicio de la cual se llega diariamente hasta el insulto al propio presidente de la República. Los únicos sectores que no gozan de libertad de prensa en el país son los comunistas y los grupos peronistas que predicán la insurrección.

Mientras subsista la subversión, regirán estas medidas. Y este período será tanto más breve cuanto más colaboremos todos en remover las circunstancias que la favorecen.

Debe ser destacado que no solo el comunismo alienta y promueve planes insurreccionales. Obligan, asimismo, al gobierno a mantener medidas de fuerza algunos sectores retornistas del peronismo, que mantiene una ya debilitada campaña de terror, y todos los grupos políticos que alientan desembozadamente el golpe de Estado o lo que ha dado en llamarse, en los últimos tiempos, la "revolución democrática".

La alternativa

Es verdad que están en oposición dos concepciones de vida y esto ocurre en el mundo entero. En nuestro país, a la formulación comunista oponemos la solución nacional.

Marchamos hacia su encuentro por el camino que reiteradamente he señalado: la unidad del país, la paz, el desarrollo y la legalidad.

En la disyuntiva entre la violencia y el derecho, hemos elegido el derecho, porque creemos que la arbitrariedad solo engendra la violencia. Hemos decidido defender el imperio de la legalidad republicana hasta sus últimas consecuencias.

Aspiramos vehementemente a que cesen todos los actos subversivos que nos han obligado a suspender algunas garantías constitucionales. Pedimos la colaboración de todo el pueblo para restablecer en su plenitud la vigencia de las libertades públicas, porque solo así podremos consagrarnos a trabajar por el bien de todos. Ningún pueblo puede conquistar su futuro si el presente está cargado de odios, rencores y disputas fratricidas.

Tenemos la obligación de comportarnos como un pueblo adulto, que no se deja ganar por el pánico y la desconfianza en sus propias fuerzas.

Medidas concretas

He expuesto qué es lo que hemos hecho ya para combatir al comunismo. Quiero señalar ahora cuál será nuestra actitud futura.

Mantendremos el estado de sitio hasta que la subversión haya sido definitivamente derrotada. Pero, como hasta ahora, seguiremos procurando que estas medidas represivas afecten lo menos posible el Estado de derecho que procuramos ampliar y no restringir.

No se admitirán comunistas en la administración pública. Pero nada nos arrastrará, so pretexto de acusaciones infundadas, a discriminar personas que no piensan como nosotros. Como lo establece la Constitución, la idoneidad, la honestidad y el acatamiento a las insti-

tuciones republicanas son el solo título que vale para ejercer funciones y empleos públicos.

Continuaremos favoreciendo la enseñanza libre, la expansión del culto y el desenvolvimiento de todos los valores espirituales.

Daremos nuevo impulso al desarrollo económico, pues reconocemos que del ritmo que alcance depende la pronta solución de nuestros problemas más profundos.

Combatiremos al comunismo con firmeza, adoptando el Poder Ejecutivo todas las medidas que correspondan a sus atribuciones y proponiendo al Congreso las leyes indispensables. Pero no admitiremos que, so pretexto de anticomunismo, se frene el desarrollo nacional.

El ejercicio de la libertad

Dije muchas veces, antes de ser elegido por el pueblo, que aspiraba a ser el presidente de todos los argentinos y que gobernaría con todos los argentinos cualesquiera fueran sus posiciones políticas. El pueblo sancionó en las urnas este claro pensamiento de unión y de paz. Quienes me aconsejan apartarme de él, me piden en realidad que traicione este mandato. Quieren que en lugar del imperio del derecho existan la arbitrariedad y la dictadura. Un dirigente de un partido político democrático sostuvo públicamente en marzo de 1959 que los males que soporta la República se deben a que la Revolución Libertadora no procedió con suficiente energía. En momentos en que en Cuba se producían gran cantidad de fusilamientos este político expresó textualmente: "¡Ojalá el gobierno revolucionario hubiera procedido como está procediendo del gobierno revolucionario de Cuba! ¡No hubieran ocurrido ciertas cosas...!"

La experiencia de toda nuestra historia y los hechos recientes en América muestran que los fusilamientos nada solucionan. La sangre derramada entre hermanos arrastra al odio y al ansia de revancha y, tras ella, a la pérdida de ingentes riquezas espirituales y materiales producidas por otras generaciones.

Los que creen que las ideas antinacionales del comunismo se extirpan con la implantación de una dictadura –aunque se autocalifique de democrática– son los mejores aliados del comunismo.

La experiencia de las más grandes democracias de la tierra demuestra que el único antídoto eficaz contra las ideologías extremistas es el ejercicio de la libertad y la vigencia del derecho, porque la violencia de arriba solo provoca la violencia de abajo.

La fuerza de la tradición

No me voy a dejar empujar hacia la irreflexiva posición de los que no tienen confianza en la democracia ni en la capacidad del pueblo para practicarla. Tengo fe en el ejercicio responsable de la libertad. Confío en la tradición de mi patria, que siempre triunfó sobre la anarquía y el odio y que siempre derrotó a los tiranos.

Confío ilimitadamente en un pueblo que cree en Dios, rechaza la violencia y que, cuando tuvo que optar entre la democracia y la dictadura, se pronunció finalmente por la democracia y se aferró a la legalidad, por precaria e inestable que fuera.

No vamos a gobernar ni para un sector, ni para una ideología, ni para un grupo de hombres o un partido. No aceptamos que los argentinos se dividan en réprobos y elegidos. Estamos gobernando y seguiremos gobernando para la Nación en su conjunto, porque nadie tiene derecho a fraccionar o a mutilar esa totalidad de historia, de cultura y de esfuerzo que es una Nación.

Defenderé ese patrimonio moral y material contra las subversiones, pero también contra las impaciencias. Estoy persuadido de que el pueblo quiere que el país sea gobernado con serenidad, con la firmeza consciente que solo emana de la ley, del respeto a los derechos y garantías constitucionales.

Mi fe en el país es de toda mi vida. Desde la juventud elegí un rumbo, adherí a una causa y libré una lucha.

Son mi rumbo, mi causa y mi lucha de hoy. Esa fe y esa confianza en lo que estamos haciendo son el fundamento de la paciencia que

se requiere para mantener el ánimo firme y sereno en una lucha tan decisiva para la suerte de la Nación.

Se me ha elegido para que sea el presidente de todos los argentinos. Pueden estar seguros mis compatriotas de que seré fiel, hasta el fin, a ese noble mandato de mi pueblo.

Gobierno, como dije, para todos los argentinos con todos los argentinos. En mi gabinete hay solo cuatro miembros que pertenecen al partido que me ha elegido, que tiene una clara posición nacional. Tres más, son oficiales superiores de las Fuerzas Armadas. El resto son independientes o pertenecen a partidos democráticos. Todos tienen públicas y notorias definiciones cívicas frente al comunismo. Es decir, se trata de un gabinete que, de ningún modo, puede ser acusado de facilitar la penetración extremista.

En lo que respecta a mi posición personal, la he definido en distintas oportunidades. El 19 de febrero de 1958, en un discurso transmitido a todo el país, dije, entre otras, estas palabras que quiero repetir: "No he sido, no soy ni seré nunca comunista. Pertenezco desde hace treinta años a un partido argentino que es una fuerza nacional y que se opone por consiguiente a los partidos políticos internacionales. Todo nos separa del comunismo como ideología, como partido político y como fuerza internacional".

Esto lo dije antes de ser elegido presidente, lo digo ahora y lo diré mañana.

Triunfo del pueblo

Los provocadores de la campaña ideológica, que oscurece a nuestro pueblo el concreto camino nacional, únicamente logran esconder parcialmente tras una cortina de humo las realizaciones trabajosamente logradas, tanto en el orden espiritual como en el orden material. De ese modo, en definitiva, lo que se preconiza es la lucha fratricida y el caos social.

Los que acusan al Poder Ejecutivo de simpatizar con doctrinas ajenas a nuestra realidad nacional están facilitando, en los hechos, de

modo consciente o inconsciente, la entronización de esas doctrinas en el seno de nuestro pueblo.

Confiamos en nuestro pueblo y en nuestras instituciones republicanas. No es esta la primera vez que a lo largo de nuestra historia, la Nación se ve interferida en sus objetivos fundamentales con el pretexto de una lucha ideológica maliciosamente traída al debate.

No obstante, nuestra propia experiencia histórica nos enseña que los elementos en pugna siempre supieron encontrar el camino de la coincidencia tras los objetivos nacionales. La patria finalmente se puso en persecución de su grandeza.

Confío en que también hoy, enfrentados a una alternativa ineludible y que nos obliga a elegir entre el camino de la unidad nacional en la línea del desarrollo y la soberanía, o el de la disgregación, la miseria y la sumisión, el pueblo argentino sabrá distinguir entre fines nacionales y meros propósitos partidarios.

Nadie se dejará atrapar por la lucha fratricida que nos parcializa, cuando debemos servir todos juntos la causa de la Nación. Aunados en el trabajo fecundo, nos defenderemos de todo lo que en el campo espiritual y material atente contra la esencia de nuestra nacionalidad.

El Gobierno frente a la insurrección

Discurso pronunciado por radio y televisión, el 2 de diciembre de 1960

En los accesos al cuartel confiado a su custodia, fieles a la bandera de la patria, a la Constitución Nacional y al deber militar, han derramado su sangre jóvenes oficiales, suboficiales y soldados del Ejército Argentino, en defensa del orden institucional, la ley y la democracia. El glorioso y amargo episodio obliga a la gratitud de la República para con los inmolados y nos hace compartir el dolor de sus familiares.

Ellos, con su sacrificio, preservaron para los veinte millones de argentinos –que aman la paz, ansían la fraternidad nacional y están dispuestos a todos los esfuerzos para lograrlas– los bienes inestimables e irrenunciables de la libertad, otra vez agredida por quienes quieren establecer una tiranía.

La Nación entera se inclina reverente ante el holocausto de estos guardianes heroicos de la libertad.

No hubo pueblo en la asonada de Rosario y los trabajadores fueron tan sorprendidos por el ataque al cuartel del 11 de infantería, como los soldados que dieron su vida defendiendo el puesto de guardia que, en nombre de la patria, les habían confiado sus superiores.

Y esta circunstancia conforta el espíritu, porque nos demuestra que el hombre y la mujer argentinos –cualquiera sea su ideología– rechazan la violencia como medio para dirimir los pleitos políticos. No puede ni debe confundirse al pueblo con el minúsculo grupo que dio la orden de iniciar la revuelta e intentó en la madrugada del miércoles precipitar al país en una lucha fratricida.

No hay posibilidad alguna de retorno a una dictadura y todo intento de establecerla conspira contra la voluntad nacional de alcanzar la convivencia pacífica y la plenitud del Estado de derecho.

He dicho antes, y lo repito ahora, que la Revolución de 1955 es un hecho irrevocable. Existe un signo común para todos los que no estamos dispuestos a soportar ninguna dictadura, y es la voluntad inequívoca de mantener a la República sobre sus basamentos democráticos. Las discrepancias políticas y sociales de distintos sectores no logran oscurecer la firme decisión del país de asegurar los beneficios de la libertad y cerrarle el paso a una restauración incompatible con los más altos intereses de la nación, cualquiera sea el esfuerzo y aun el sacrificio que ello nos demande.

Hay políticos y sindicalistas empeñados en el doble juego de exigir legalidad y reclamar derechos, y al mismo tiempo, atentar contra la legalidad y propiciar la dictadura que los niega. Ellos apreciarán en los hechos que el país no tolerará esa duplicidad.

El Poder Ejecutivo ha dispuesto enérgicas medidas y adoptará todas las otras que sean necesarias para la prevención y represión de estas actividades.

El Gobierno hará responsables de sus actos a los dirigentes que se ampararon en la ley para alcanzar los mandatos que ejercitan y, obedeciendo órdenes del exterior, pusieron al servicio de la sedición los medios y recursos que su situación les procuraba, provocando incluso la muerte a hijos de trabajadores. Pero no basta con que el Gobierno y los órganos de represión funcionen con acierto y serenidad. Son los propios trabajadores quienes deben tomar conciencia de esta situación y repudiar a esos dirigentes que los traicionan, sabiendo que nuestra voluntad de proporcionar al movimiento obrero los carriles más amplios para su libre expresión no se convertirá nunca en tolerancia para que se lleve adelante la actividad facciosa que desemboca en el intento subversivo.

He dicho y reiterado en toda oportunidad, y quiero repetirlo aquí, que no soy presidente de la Nación para satisfacer los intereses de un partido, aunque sea el mío, sino para defender y preservar los derechos de la totalidad de los argentinos, sean cuales fueren sus preferencias políticas, tendencias ideológicas o convicciones sociales.

He dicho que mi voluntad de servir a la comunidad, sirviendo a los fines esenciales de la Nación, no concibe a un pueblo dividido en

réprobos y elegidos. Esto pertenece a un pasado que fue democráticamente superado en un comicio, cuya pureza garantizaron las Fuerzas Armadas de la Nación, custodios entonces y ahora de los derechos ciudadanos de los argentinos y de la inviolable dignidad de las instituciones republicanas. Pero los predicadores de la subversión, los empresarios de la violencia y sus instrumentos no gozarán de libertad de acción. Atentan contra el pueblo y el país más que contra el Gobierno. Y como enemigos del pueblo y del país van a ser tratados por nosotros, que tenemos el deber de hacer respetar la Constitución.

Son los mismos que cada vez que el proceso de pacificación y reencuentro argentino alcanza posibilidad de creación definitiva, realizan actos de provocación para postergarlo o frustrarlo. Son los mismos que con ese propósito organizaron la huelga revolucionaria de enero de 1959, cuando ya los trabajadores se aprestaban a constituir al Confederación General del Trabajo y a participar del quehacer político social argentino. Son los mismos que en las primeras horas del miércoles 30, frente a las medidas tendientes a normalizar y legalizar la acción de los trabajadores, respondieron con el golpe alevé.

No hay manera alguna de excusar la tremenda responsabilidad de quienes instigan, alientan o participan en este tipo de descabelladas aventuras. La acción sistemática del terrorismo, las huelgas políticas como la recordada de enero de 1959 o la asonada de Rosario, tienen esta común consecuencia: retardan el proceso de pacificación del país y malogran el sacrificio común del pueblo por alcanzar la recuperación económica, ya que desalientan el ahorro nacional y a todos cuantos estén dispuestos a colaborar en este esfuerzo.

Esta responsabilidad alcanza a los autores directos del criminal atentado, así como a sus instigadores, dondequiera se encuentren. El país no ignora que desde cierta prensa se estimula y promueve este tipo de acciones subversivas.

Nuestro empeño en asegurar la más amplia libertad de prensa nos ha dictado la tolerancia aun para sus mismos excesos verbales contra los gobernantes. Solo no gozaron de esa libertad los periódicos que se pusieron en la línea subversiva, los cuales fueron clausurados. Debe saberse que esta misma conducta adoptará el Gobierno con res-

pecto a todos los que instiguen a la subversión y al motín aunque encubran sus intenciones, exaltando sentimientos tan respetables como el nacionalismo.

El valor, la decisión y la firmeza del Ejército, la Marina y la Aeronáutica en defender la legalidad, la Constitución y la libertad amenazadas, han frustrado el bárbaro intento del miércoles.

Este hecho lamentable justifica las medidas excepcionales del estado de sitio y de la puesta en marcha del Plan Conintes y demuestra que ellas no responden a propósitos políticos del Gobierno, sino a concretas necesidades del orden público, alevosamente agredido. Será menester mantener esas disposiciones mientras los irresponsables alienten la esperanza de obtener por la violencia un retorno imposible. Esto está descartado por la irrevocable decisión del Gobierno, de las Fuerzas Armadas y del pueblo. El pueblo, que es sano de espíritu y de intenciones, limpio de odios y resentimientos y que ama el orden y la paz, rechaza sus métodos de terror.

El Estado sancionará con implacable severidad a los responsables. No solo para satisfacer la justa indignación republicana que sacude en estos momentos a la ciudadanía, sino para que no quepa duda alguna de que así como están abiertos todos los caminos de la legalidad a las justas reivindicaciones del pueblo en cualquier de sus manifestaciones, está definitivamente cerrado el camino de la violencia.

La preservación del orden para evitar el caos y la anarquía, que es nuestro máximo deber y la más honrosa de nuestras obligaciones, compromete nuestra responsabilidad de gobernantes.

Las Fuerzas Armadas aseguran y garantizan el respeto a la Constitución. El país puede estar seguro de que la legalidad será defendida sin vacilaciones.

No se castigará a un solo inocente. Los culpables serán sometidos a los procedimientos y garantías de la ley militar o civil, según los casos. Pero se reprimirá con el mayor rigor a los enemigos de la paz nacional.

La gravedad de la ofensa contra el país no nos hará perder la serenidad, ni abandonar los objetivos de pacificación que nos hemos propuesto. Reiteramos que vamos a gobernar para todos los argentinos,

que rechazamos el odio y la discriminación por razones ideológicas o políticas. Haremos todos los sacrificios necesarios para asegurar la convivencia civilizada entre los argentinos.

Sin un clima de libertad y de respeto a la ley se frustrarían los esfuerzos que realiza el pueblo para conquistar los grandes objetivos nacionales que estamos en camino de alcanzar. Cada uno de estos episodios contra el orden jurídico nos hace retroceder. Por eso es doblemente suicida la actitud de los dirigentes políticos y sindicales que pretenden conducir a sus afiliados al terrorismo y la subversión, sabiendo que están condenados al fracaso y que solo conseguirán prolongar los sacrificios del pueblo en la lucha en que la Nación está empeñada.

Estamos serenamente decididos a gobernar un país regido por la ley, donde sea posible el diálogo de todas las ideas.

Quienes recurren a la violencia para imponer las suyas, son enemigos de todos por igual. El pueblo quiere trabajar en paz y asegurar un nivel de vida decoroso a sus hijos.

Abomina las luchas fratricidas y las aventuras irresponsables. Este es un clamor que como gobernante no puedo desoír. El país puede estar seguro de que tendré la serenidad pero también la energía necesarias para que los argentinos podamos al fin consolidar la convivencia pacífica, que es condición indispensable para alcanzar con éxito el destino que la historia tiene reservado a la Nación.

El Día del Petróleo

Discurso pronunciado por radio y televisión, el 13 de diciembre de 1960

Conmemoramos hoy el Día del Petróleo. Hace 53 años, el 13 de diciembre de 1907, se descubrió en Comodoro Rivadavia la existencia de tan preciado combustible.

Esta conmemoración tiene hoy un significado especial para nosotros, que hace 29 meses –el 24 de julio de 1958– asumimos la responsabilidad de culminar con la victoria nacional de una lucha comenzada hace ya más de medio siglo. El triunfo pertenece a esta generación, que recibió el legado de aquella otra que hizo el descubrimiento y sentó las bases de la nacionalización del petróleo.

La victoria nacional se expresa en la escueta noticia que me transmite YPF –la gran institución argentina– de que diariamente producimos ya casi la misma cantidad que consumimos de petróleo y de gas, y que en los primeros meses de 1961 tendremos excedentes de nafta y fuel oil. Es decir, que es ya virtualmente una realidad el autoabastecimiento de petróleo, uno de los puntales más sólidos e incommovibles para apoyar nuestra autodeterminación. Considero un deber declarar expresamente que el autoabastecimiento fue ofrecido de buena fe por todos los Gobiernos desde hace cincuenta años y no se pudo alcanzar por los intereses que se interponían para lograrlo. Dios ha querido que nuestra generación cumpliera ese gran objetivo nacional.

Deseo hoy, no solo hacer una recapitulación del significado de esta batalla y de esta victoria, sino también rendir cuenta ante el pueblo de los beneficios, directos y mensurables que ya puede alcanzar toda la población, a través de medidas concretas que he querido tener la satisfacción de anunciar al pueblo, sobre cuyo sacrificio se ha construido este triunfo.

Producimos petróleo y gas en cantidad casi suficiente para satisfacer las necesidades actuales de nuestro consumo.

Es decir, hemos alcanzado prácticamente el autoabastecimiento. El hecho, que viene a poner punto final a la campaña que negaba nuestra capacidad de autoabastecernos de productos fundamentales que hacen a nuestra soberanía, no significa que dispongamos del potencial energético suficiente para nuestras necesidades futuras. No hay, pues, descanso ni tregua en esta lucha. Nuevos esfuerzos tenemos a la vista.

El objetivo nacional no puede ser alcanzar el autoabastecimiento mediante la restricción del consumo, sino alcanzarlo en los niveles en que un consumo sin trabas determine el monto de las necesidades del país.

En materia de energía, las naciones tienen en nuestra época tres fuentes primordiales de las que abastecerse, mientras la que duerme en el seno del átomo se mantenga fundamentalmente en manos de las grandes potencias mundiales, por razones de adelanto científico, técnico y económico, y solo aplicable a determinadas actividades. Esas fuentes son el petróleo, el carbón y la hidroelectricidad. Quiso la providencia que las dos primeras yacieran en el seno de la tierra argentina, desafiando la decisión nacional de ponerlas al servicio de la comunidad, y que la tercera solo demandara esa misma decisión para materializarse, a todo lo largo y lo ancho del país.

Encaramos la solución del problema energético nacional, en primer lugar a través del petróleo, por razones de tiempo y de economía. De tiempo, porque la explotación petrolífera rinde frutos en un lapso muchísimo menor que la hidroelectricidad, cuyas obras iniciales insumen años en realizarse. De economía, porque normalizadas las relaciones con los centros inversores del mundo occidental, los capitales extranjeros, cuya colaboración necesitábamos para hacer menos doloroso el esfuerzo del pueblo argentino, acudirían a nuestra invitación ante la perspectiva de ganancias lícitas y garantías de seguridad para sus inversiones.

Así comenzó la batalla del petróleo, que culmina victoriosamente con el autoabastecimiento. Prácticamente producimos ya, al finalizar

el año 1960, el petróleo y el gas equivalente al que consumimos. Debemos recordar que ayer nomás, en 1957, importábamos unos 9 millones de metros cúbicos de petróleo y derivados por un valor de 270 millones de dólares. Todavía en 1958 aumentó la importación de petróleo hasta sobrepasar los 10 millones de metros cúbicos.

La autosuficiencia nacional en materia petrolífera, que en julio de 1958, cuando anunciamos nuestra decisión de lograrla, pareció un sueño a los pusilánimes, un recurso demagógico a los indiferentes y un peligro remoto a los monopolios ligados a los intereses contrarios al desarrollo nacional, es una realidad concreta a las puertas del año 1961.

El pueblo ha triunfado y la soberanía nacional reposa ahora sobre un puntal energético que, sólido e inconvencible, es necesario ampliar multiplicando la producción y pasar a consolidarlo definitivamente con la siderurgia, la electricidad, la petroquímica, los transportes y el conjunto de actividades básicas.

Este triunfo se ha logrado por dos factores fundamentales: primero, el esfuerzo financiero realizado por todo el país y canalizado a través de la eficiencia de YPF, que insumió una gran parte de nuestra capacidad de ahorro; segundo, la cooperación de compañías privadas, que nos permitió alcanzar el autoabastecimiento en menos tiempo y con menor sacrificio nacional. Para valorar el significado de este esfuerzo y de este triunfo, bastará decir que hace dos años casi una cuarta parte de nuestra capacidad de importación era absorbida por el valor de las compras de petróleo y derivados. Este ahorro podrá ahora ser canalizado hacia otras necesidades urgentes de la Nación.

El autoabastecimiento alcanzado, como ya he dicho, no pone fin a la batalla del petróleo, aunque constituye la sólida posición desde la que se puede tener, sin ninguna clase de impedimentos, la seguridad absoluta de la victoria final. La batalla del petróleo continuará con más energía y con mayor amplitud hasta que el autoabastecimiento alcanzado en niveles de consumo restringido, pueda ser mantenido en los niveles de máximo consumo que demande el país.

La razón es evidente; la baja demanda actual, de poco más de 16 millones de metros cúbicos anuales, es la consecuencia de haber desalentado enérgicamente el consumo.

Cada metro cúbico de petróleo importado significaba hasta ahora un drenaje de divisas que aumentaba el déficit de la balanza de pagos y comprometía gravemente el esfuerzo exigido a todo el pueblo para crear las bases materiales de la independencia y la soberanía de la Nación.

La posibilidad de eludir la bancarrota a que estábamos abocados y la cesación de pagos a que inexorablemente habríamos llegado en diciembre de 1958, estaba ligada a dos decisiones tan dolorosas como necesarias: 1) reducir el consumo interno de cuantos rubros constituyen nuestras exportaciones para así aumentar los saldos disponibles para vender en el exterior y 2) reducir al mínimo el monto de cuanto necesitamos importar para mantener activo al país. En otras palabras: consumir menos para poder vender más y consumir menos para disminuir nuestras compras al exterior. Es decir, equilibrar por la vía de ese doble sacrificio el déficit casi permanente que desde hace muchos años carcome y deteriora el progreso nacional.

Seguimos sufriendo un déficit potencial en materia de petróleo, porque hemos cubierto con nuestra producción solamente las necesidades mínimas del país. Necesitamos cubrir todas nuestras necesidades en aumento, para que el proceso de desarrollo económico donde el petróleo es nada más que una parte, muy importante por cierto, no se detenga en su conjunto. El autoabastecimiento de petróleo o de cualquier otro producto no se puede expresar mediante una cifra determinada que sirva para todas las circunstancias. Varía con el tiempo y con el aumento de la actividad nacional y de la población. La cantidad de petróleo que pudo autoabastecernos en 1940 difiere totalmente de la que necesitábamos para el mismo objeto en 1950 o en 1960. Y diferirá sustancialmente de la que vamos a necesitar en 1970 y 1980. Son esas necesidades, sin restricciones artificiales, las que verdaderamente fijan las cifras a las que debemos elevar nuestra producción.

Desde 1958 la libre demanda de combustibles de nuestro mercado interno está trabada por el elevado nivel de los precios, que nos vimos obligados a imponer para desanimar el consumo de petróleo, mientras este implicaba usar divisas que aumentaban el déficit permanente de nuestra balanza de pagos. En otras palabras: mientras teníamos

que importar el petróleo para satisfacer las necesidades nacionales y destinar una parte sustancial de los recursos del país para pagar esas importaciones, tuvimos que desalentar ese consumo so pena de multiplicar el sacrificio del pueblo sin perspectiva de ponerle fin.

Hoy, las circunstancias han cambiado. Y como ya prácticamente cubrimos con la propia producción nuestras necesidades mínimas, podemos hacer desaparecer las trabas con que limitábamos la utilización de petróleo en el país. Hemos dicho hace un momento que a partir de los primeros meses de 1961 vamos a tener excedentes de nafta y de fuel oil. En consecuencia, se ha dispuesto que inmediatamente se realicen los estudios necesarios para determinar en qué monto se podrá rebajar el precio de venta de estos dos subproductos del petróleo.

Esta política de rebaja de precios de los combustibles ha tenido comienzo de realización en lo referente al gas.

El 1º de junio de este año se dejó sin efecto la factura de 20 centavos por metro cúbico de gas distribuido por redes. También se suspendió en esa oportunidad la facturación de un adicional de 50 centavos por metro cúbico de 4500 calorías. Y desde el 1º de noviembre, no solamente no se cobran ya los adicionales citados, sino que se ha comenzado a devolver a los usuarios 25 centavos por metro cúbico de gas con que estos habían contribuido para la realización de obras indispensables. Esta devolución continuará por el término de dos años. Tan pronto como conseguimos resolver el problema del gas, el público empezó a beneficiarse con una auténtica rebaja de tarifas.

Con el menor precio de la nafta y el fuel oil, el pueblo argentino deberá recibir el beneficio directo de la política del petróleo que, venciendo toda clase de resistencias, hemos llevado adelante.

El país se contará entre aquellos que por tener combustible abundante están en condiciones de fijar precios más bajos para su uso. Los nuevos precios colocarán a la Argentina en la situación que corresponde a sus nuevos niveles de producción. Cuanto más abundante sea el producto, tanto más barato tendrá que ser. Mientras sufrimos escasez de petróleo, como soportamos aún ahora escasez de hierro, de productos petroquímicos, caucho o cobre, deliberadamente mantuvimos los precios en un alto nivel.

Ahora deben entrar en otra etapa, la del fomento del consumo.

En cualquier país del mundo los productos son caros o baratos según sean abundantes o no. Nuestro país pasa ahora de la situación de nación importadora de combustibles a la situación de autosuficiente. Esto pensábamos lograrlo a fines de 1961. En cambio, lo hemos alcanzado prácticamente a fines de 1960.

Los aumentos de precio de los productos y subproductos del petróleo respondieron a dos objetivos. El primero fue limitar el consumo a fin de no utilizar dólares y otras divisas en su importación; el segundo fue recaudar recursos para el fisco.

El primero de los objetivos ha dejado de tener vigencia.

Dentro de poco el incremento de la producción permitirá llevar el consumo de combustibles a niveles más acordes con nuestro proceso de desarrollo, tal como sucede con el gas. En cuanto a los fondos que se recaudan con el impuesto, tienen por finalidad proporcionar recursos para caminos y para energía.

YPF necesitará seguir invirtiendo, tanto para mantener el actual ritmo de producción, como por la necesidad de acompañar el crecimiento del consumo interno. Lo mismo deberán hacer las compañías extranjeras y nacionales que colaboran con YPF.

La Dirección Nacional de Vialidad tiene imperiosa necesidad de fondos para impulsar su plan de caminos. Agua y Energía Eléctrica necesita terminar obras en realización.

Parte de estos fondos deben provenir de los gravámenes aplicados a la adquisición de otros artículos que aún importamos, gravámenes que permiten contener el drenaje de divisas. Hay que distribuir la presión tributaria quitando la carga a los productos que dejan de importarse y aplicando esa misma presión a los que aún se importan.

El producto nacional es la suma de los bienes y servicios creados por el sistema económico en un determinado período. Cuando esa masa de bienes y servicios es elevada, la renta nacional también lo es y se alcanza entonces alto nivel de vida. Cuando la masa de bienes y servicios producidos es escasa, la renta nacional también lo es y tenemos miseria y subdesarrollo.

El país no puede conseguir más bienes y servicios que los que produce, ya que si los aporta sin tener divisas desequilibra la balanza de pagos. En cambio, puede y debe aumentar la producción y el consumo de aquellos elementos que se dan en su territorio.

Para que el país consuma mucho petróleo y mucho gas es necesario que estos dos productos sean baratos. Esa es la nueva etapa de la batalla del petróleo, traducir el éxito del autoabastecimiento en un mayor consumo, que representa un mayor bienestar y un más amplio desarrollo.

Pese a estos anuncios, cuya trascendencia sobre el desarrollo económico de la Nación no puede pasar inadvertida, deberá cumplirse un esfuerzo mayor en la prosecución de la batalla del petróleo para que el autoabastecimiento, alcanzado en niveles restringidos de consumo, se alcance a corto plazo en niveles libremente determinados por la progresiva demanda nacional que va implícita en el desarrollo. Seguiremos elevando enérgicamente el nivel de producción al mismo ritmo del plan de desarrollo en que estamos empeñados, para que la Nación sea realmente independiente y soberana y esté capacitada para dar a sus hijos la suma de bienestar y felicidad a que tienen derecho.

El anuncio del autoabastecimiento y la posibilidad cierta de rebajar el precio de la nafta y el fuel oil es la mejor manera de conmemorar el día del descubrimiento del petróleo en nuestro país y rendir homenaje a los pioneros del autoabastecimiento nacional, encarnados todos ellos en la pasión emancipadora del general decisivo esfuerzo para consolidar la construcción de una nación libre, próspera y justa .

Tenemos plena conciencia de la importancia de una rebaja del combustible en el año inicial de nuestro autoabastecimiento. El precio de la energía incide sobre todos los costos de la producción nacional, ya sea a través de la producción misma, como del transporte desde sus fuentes hasta los mercados de consumo. Tanto los productos de la tierra como los de las fábricas y talleres de todo el país verán reducidos sus costos en proporción directa a la rebaja del precio del combustible. Ello asegurará la elevación automática de todos los salarios reales, con lo que expresará la mejor síntesis del rendimiento del

esfuerzo exigido al pueblo en la lucha por el desarrollo económico de la Nación. Esto es, elevar el nivel de vida del pueblo al mismo tiempo y en idéntica proporción en que se consolida la independencia y la autodeterminación nacional.

Este hecho, de una trascendencia y magnitud que la experiencia de todo el país va a verificar, es el primer resultado concreto del esfuerzo y del sacrificio de nuestro pueblo. Constituye apenas un pequeño anticipo de los frutos que el desarrollo y la expansión económica ofrecerán al país en un futuro próximo, en proporción directa a su decisión de llevarlos obstinadamente a la práctica superando cualquier obstáculo que se interponga al objetivo de toda la nacionalidad.

Es efectivamente cierto que el país está alcanzando el autoabastecimiento en materia de petróleo. Es decir, se está llegando a cubrir con la producción nacional actual los consumos actuales.

Pero el autoabastecimiento es un concepto ininterrumpidamente progresivo en su expresión numérica. Verificados los factores que lo posibilitaron en tan corto plazo, y que se pueden resumir en la acción de YPF y en la cooperación de las empresas privadas, el camino que nos conduce a autoabastecernos en niveles de absoluta liberación no ofrece dudas. El camino es el de consolidar, ampliar y fortalecer ese dispositivo, pues, a medida que se multiplique la producción nacional de petróleo, nos permitirá canalizar hacia otras necesidades básicas el ahorro y el esfuerzo que hasta ahora estamos canalizando hacia YPF.

La experiencia vivida de 1946 a 1955 demuestra palpable y terminantemente que el desarrollo de un sector, en este caso el de la industria liviana y de consumo, debe ir acompañado del desarrollo de las fuentes nacionales de aprovisionamiento de combustibles y materias primas.

De otra manera, no se da a las industrias livianas el basamento que las consolide definitivamente y se origina un nuevo factor de subordinación exterior. Porque si se crean nuevas fuentes de trabajo y se libera al país de la importación de determinados artículos de consumo, se acrecienta su dependencia exterior por la necesidad de aumentar las importaciones de combustibles y materias primas.

Tal es nuestra experiencia, confirmada por la experiencia internacional. Nuestra capacidad para realizar inversiones es insuficiente para construir esa estructura, sin la cual el desarrollo conduce, como he señalado, a nuevas formas de dependencia internacional. Situándonos en la realidad tenemos que utilizar el aporte de los capitales privados en aquellos sectores que, por su rendimiento, resulten atractivos para dichos capitales y volcar nuestro propio ahorro hacia aquellos fines que tienen una extraordinaria gravitación en nuestro desarrollo y corresponden a necesidades urgentes y fundamentales del país, como, por ejemplo, caminos.

Obrando de esta manera, la autodeterminación está asegurada, pues la cooperación del capital extranjero al desarrollo de un país solo puede encararse en un plano de mutuo provecho y no como acto de beneficencia de una parte hacia la otra. Y la autodeterminación no será entonces una idea abstracta, sino una cadena de hechos concretos que se expresarán con la misma claridad con que se expresa, desde este momento, el autoabastecimiento de petróleo.

Este es el mensaje que quiero hacer llegar al pueblo en este 13 de diciembre en que los argentinos conmemoramos un aniversario más del descubrimiento del petróleo. Es el tercero que se cumple desde que llegué a la presidencia de la República por la soberana voluntad del pueblo. Para el cumplimiento del solemne compromiso que contraí con mis conciudadanos, mi gobierno mantiene los grandes objetivos espirituales y materiales, que deben cimentarse en una nueva estructura económica, que, haciendo al país autosuficiente en los rubros básicos, consolide su soberanía. El primer paso está dado. Se llama petróleo y se ha logrado con el esfuerzo y el sacrificio conjunto de todo el pueblo.

Algunas regiones del país, como la Patagonia, han recibido ya los beneficios de la promoción petrolífera. Las demás los irán también recibiendo. En lo profundo de la economía nacional la estructura de la dependencia está quebrada y los pasos sucesivos podrán realizarse con menor sacrificio, aunque no con menos esfuerzo.

Ahora marcharemos todos juntos en la búsqueda de nuevas metas. Se llaman ellas siderurgia, petroquímica, electricidad, comunica-

ciones, transportes, promoción industrial, reactivación del agro. Es un vasto programa, digno de la voluntad de un pueblo al que no arredra la perspectiva del trabajo fecundo y liberador. Tras esas metas están el bienestar y la felicidad de los argentinos. También está la real y efectiva soberanía de la patria y, por consiguiente, la seguridad de que podremos y sabremos conservar nuestra tradicional concepción de vida republicana y democrática.

Mensaje de Fin de Año

*Discurso transmitido por radio a todo el país,
el 31 de diciembre de 1960, a las 22*

El final de un año nos enfrenta siempre con el balance de las aspiraciones que sustentamos al iniciarlo y de los resultados que fue posible alcanzar en su transcurso. El año que hoy concluye ha puesto duramente a prueba las energías morales de nuestro pueblo, su capacidad de esfuerzo, su confianza en sí mismo, su aptitud para la esperanza.

Con la más profunda emoción rindo homenaje a los esfuerzos y a los sacrificios de tantos millones de hombres, mujeres y niños. Sin haberlos causado, ellos pagan hoy las consecuencias de males antiguos, que han hecho crisis en años recientes.

En este día, en que se celebra en los hogares argentinos con austeridad una fiesta hecha para el regocijo, y al dirigir como primer mandatario el tradicional saludo a mis conciudadanos, quiero mostrar los signos que determinan el optimismo con que veo el porvenir argentino, para que cada uno de ustedes los confronte con su propia observación de los hechos.

He apelado a las más hondas reservas espirituales de nuestro pueblo y he comprobado que esas reservas existen.

Sobre ellas descansa mi permanente convicción de que los males por que pasa el país han de ser superados. Ahí está el testimonio reciente de los mensajes de Navidad, dados a conocer por los pastores de la iglesia en los cuales, junto a la fe, campea una vocación de paz y convivencia que es común a todos los argentinos.

A lo largo de dos años y medio el pueblo ha demostrado su aptitud para reaccionar frente a un estado de cosas que cada día lo empobrecía como nación y empobrecía a cada uno de sus componentes. Contrariando prejuicios e intereses creados, ha comprendi-

do amargas verdades, las ha aceptado y ha comenzado a obrar en consecuencia.

Por eso, pienso que la realización más alta y más fecunda de la Argentina durante 1960 ha sido la comprensión que el pueblo ha llegado a alcanzar de una realidad ingrata e ineludible. Esa comprensión no siempre se manifestó de manera ostensible, pero fue gracias a ella que la vida del país pudo seguir desarrollándose normalmente.

En el campo institucional, 1960 ha sido un año lleno de dificultades. Nuestro orgullo argentino consiste en haberlas superado. Las sucesivas tentativas de vulnerar la normalidad institucional encontraron al pueblo unido en su inquebrantable voluntad de defender la legalidad más allá de cualquier disidencia política. Asimismo, las Fuerzas Armadas, en su conjunto, defendieron el orden institucional con decisión ejemplar.

Es nuestra voluntad consolidar esta legalidad para la convivencia y el desarrollo. Para ello estoy dispuesto a dialogar cuantas veces fuera necesario, tanto con los dirigentes de los partidos que integran el cuerpo político nacional como con los de los distintos sectores sociales.

No estamos buscando una legalidad meramente formal. La queremos con contenido sustancial. Es decir, una legalidad que sea un instrumento para todos los argentinos y que sirva no solo para que todos puedan expresarse en su ámbito, sino también para que el país en su conjunto dé el más enérgico impulso al desarrollo nacional en sus aspectos espirituales, culturales, económicos y sociales.

Si somos capaces de encontrar entre todos, Gobierno y gobernados, trabajadores y empresarios, civiles y militares, la línea que define el común denominador del interés nacional, nada podrá ya detenernos en el camino del desenvolvimiento de las potencias de esta Nación, que emerge con caracteres propios y relevantes en la hora final de un subdesarrollo que agoniza en el mundo entero.

Hemos avanzado, asimismo, por la senda de la paz social. Quizás sea esta la zona del quehacer argentino donde más satisfechos podamos manifestarnos. En 1960 las huelgas no fueron tantas como en 1959, ni tuvieron el carácter político que con frecuencia las singularizó en aquel año.

Pero, aún mucho más auspicioso es que estemos prácticamente en vísperas de la normalización total del movimiento obrero, por la unidad alcanzada por los mismos trabajadores. En reciente entrevista con representantes de las 20 Organizaciones, dije que de los propios obreros depende que la CGT, organización madre del gremialismo argentino, vuelva a sus manos. Esta promesa mía mantiene su plena vigencia. Solo los obreros, todos los obreros, tienen en sus manos decidir el destino de la conducción gremial en la Argentina. El Gobierno no quiere mantener intervenida a la CGT, quiere que la etapa final de la organización de la central obrera sea presidida por los propios trabajadores.

Al obrar así, lo hacemos con la absoluta certeza de que ellos, junto a los empresarios y técnicos, constituyen la lógica de la vanguardia del desarrollo nacional. Y para que el desarrollo sea posible, en términos que interesen a todos los sectores sociales, trabajadores y empresarios deben estar en condiciones de ser parte consciente en ese proceso de desenvolvimiento.

En esta noche augural quiero una vez más invitar al pueblo a imaginar la Argentina del futuro. Imaginar no es vana ilusión: es preparar la creación del mañana. Solamente los pueblos que persiguen un sueño alcanzan la grandeza. Nuestra Argentina de hoy es apenas un pálido esbozo de lo que podrá ser la Argentina de nuestros hijos: una nación a lo largo de la cual el esfuerzo creador del hombre extraerá de la tierra la oculta riqueza, sin dejar un palmo para el ocio o la esterilidad. Una nación que, merced al trabajo fecundo y al respeto por la persona humana realizará en su suelo la misión de constituir una esperanza cierta para todos los que ansían libertad, pan y justicia. Una fuente fecunda de belleza, que se expresará en el estilo, en los ritmos y en las formas nacidas de la profundidad del alma nacional. Un taller para la creación; un aula para la verdad; un refugio para la libertad; un hogar para el amor.

Tal será nuestra tierra si lo queremos intensamente, si cada día avanzamos en la materialización de nuestro sueño, sin pausa, sin desconfianza, sin prevenciones.

Nuestra patria es apenas un retoño. La difícil tarea de hoy será menos ardua si pensamos en el árbol adulto que será mañana. Afir-

memos lo permanente, lo profundo que nos une por sobre lo efímero y accidental que motiva nuestras discrepancias.

Pedimos nuevamente a Dios que nos infunda el amor que sienten los hermanos y la fe más profunda en el destino de nuestra patria; que nos otorgue valor para vencer las dificultades y voluntad para el esfuerzo. Formulo fervientes votos por la felicidad de los argentinos y de quienes no han nacido en nuestro suelo pero construyen con nosotros la nación del futuro, esa Argentina soñada que hemos de ser.

Sierra Grande: un paso decisivo en la batalla del acero y el progreso de la Patagonia

Discurso pronunciado por radio, desde Sierra Grande, provincia de Río Negro, el 28 de enero de 1961

El Poder Ejecutivo nacional ratificó el 10 de enero último el contrato por el cual la Dirección General de Fabricaciones Militares adjudica la exploración y explotación de los yacimientos ferríferos de Sierra Grande a un conjunto de empresas que actuará con la denominación común de MISIPA, Minera Siderúrgica Patagónica Sociedad Anónima.

Con la explotación de las “piedras negras y pesadas”, como se identificó en un principio al mineral ferroso de esta zona de la provincia de Río Negro, la Nación da un paso decisivo en la batalla del acero.

Siderurgia y desarrollo nacional

No es este el primer hecho relevante en la evolución de la siderurgia argentina que toca presidir al Gobierno actual. Pero la explotación de los yacimientos de Sierra Grande señala, en cambio, el comienzo de otra etapa decisiva para la economía nacional, a saber: siderurgia a gran escala, con hierro y energía argentinos a cargo de la empresa privada.

La Nación redobla con ello sus esfuerzos para vencer una anacrónica estructura económica, cuya transformación nos propusimos llevar a cabo desde el primer día de gobierno con toda la firmeza y resolución de que somos capaces para evitar la miseria y el caos social.

La significación de esta nueva meta en el proceso de la siderurgia argentina, nos obliga a reiterar que el dilema que enfrentamos el 19 de mayo de 1958 fue: o nos lanzábamos, como lo hicimos, a explotar los recursos naturales inmovilizados en nuestro territorio, que paradójica-

mente constituían el grueso de nuestras importaciones o, de lo contrario, paralizábamos las industrias, deteníamos la producción agropecuaria y reducíamos drásticamente el nivel de vida de toda la población.

El aumento incesante del consumo nacional y la multiplicación de industrias de bienes intermedios sin el sostén que solo proporcionan la industria pesada, el petróleo y la energía eléctrica, impedían que la economía argentina continuara apoyándose en las exportaciones agropecuarias.

Nuestras exportaciones seguían produciendo al país alrededor de mil millones de dólares anuales, mientras aumentaba la población, la cantidad y variedad de bienes a importar y los precios de estos, incrementando nuestra deuda exterior hasta un punto verdaderamente dramático.

O continuábamos tomando préstamos en el extranjero para seguir importando productos que yacían adormecidos en suelo argentino, o nos resolvíamos a explotarlos en beneficio de toda la Nación sumando el capital y el crédito externos a nuestro capital propio.

Decidimos, pues, abrir el país a la colaboración extranjera desterrando el criterio del endeudamiento financiero improductivo y sustituyéndolo por el de la participación del capital extranjero en el proceso de liberación y desarrollo nacional.

Así procedimos en el caso del petróleo para impedir que el país, en perjuicio de su desarrollo, siguiera invirtiendo una cuarta parte del valor de sus exportaciones en comprar en el exterior un producto del que se disponía en abundancia en nuestro territorio. El resultado está a la vista: a poco más de dos años, nos abastecemos mediante nuestro propio petróleo, y en este mismo momento nos hallamos gestionando nuestro ingreso como exportadores del combustible.

La batalla del acero

Del mismo modo, en otro gran esfuerzo nacional, el capital privado argentino y el capital privado extranjero se mancomunan en la empresa de liberar a la Nación de su dependencia de la importación de

acero y de los productos terminados que pueden ser fabricados en el país. La importación de hierro y sus artefactos, máquinas y vehículos insume el 50% de nuestras exportaciones.

La falta de acero nacional nos impide importar bienes esenciales, retarda el reequipamiento industrial, la tecnificación del campo y la reposición del sistema de transporte.

La Argentina dispone de un mercado de consumo interno de posibilidades inmensas, que no podrán ser aprovechadas si no se explotan plenamente todos los recursos que posee el país.

El estrangulamiento de la economía argentina se debe esencialmente a que el país no dispone de divisas para adquirir en el exterior los bienes que su población es capaz de consumir, de modo creciente, y ni siquiera los que son indispensables para cubrir sus necesidades vitales.

Por consiguiente, o ampliamos la producción agropecuaria, minera e industrial, aplicando además del esfuerzo interno la colaboración exterior atraída por la capacidad de consumo de nuestro mercado interno, o llegaremos al extremo de no poder importar los bienes vitales para nuestra subsistencia nacional. En el caso del acero y sus derivados, esta conclusión es por demás evidente.

Exiguo consumo nacional de acero

El atraso siderúrgico argentino está representado, en primer lugar, por el exiguo consumo de acero. Actualmente, consumimos menos de 100 kilogramos por habitante y por año. Tan bajo índice traduce nuestro atraso respecto de otros países, y aun con relación al consumo que teníamos en años anteriores.

No hemos podido alcanzar nuevamente el consumo del decenio 1905/1914, que fue de 150 kilogramos por habitante, ni tampoco el del quinquenio 1925/29 de 117 por persona.

Consumo anual por persona:

1905/09	157 kg
1910/14	143 kg
1925/29	117 kg

Si comparamos el consumo de acero con el ingreso de la población, la Argentina contraría el axioma de toda economía moderna según el cual a medida que se eleva el ingreso por habitante, aumenta el consumo de acero per cápita. Mientras que en el quinquenio 1905/09 cada habitante consumió 56 kilogramos de acero por cada \$1000 de ingreso, en 1958 dicho consumo se había reducido a 25 kilogramos con relación a igual ingreso en valores constantes.

El mismo signo de atraso muestra la comparación de nuestro consumo de acero con el de otros países:

Consumo anual por habitante:

Promedio 1956/58

Estados Unidos	533,6
Alemania	395,6
Canadá.....	372,6
Gran Bretaña	362,3
Argentina	80,5

Asimismo, estamos muy por debajo de las cifras que corresponden a países cuyo proceso de desarrollo tiene características análogas a las nuestras. Tal es el caso de Australia, que tiene un consumo anual per cápita de 297,3 kilogramos. Para igualarlo deberíamos alcanzar la cifra de 6 millones de toneladas en lugar del 1,8 millones de toneladas que consumimos. Si quisiéramos alcanzar el nivel de Canadá deberíamos consumir más de 7 millones de toneladas.

En el nivel de un consumo potencial, no de primer orden, sino apenas necesario para responder a las exigencias mínimas de nuestro desarrollo, nuestro índice anual debería ser, por lo menos, de 200 kg por persona, o sea, alcanzar un consumo total de 4 millones de toneladas.

Baja producción siderúrgica nacional

Otro índice de nuestro atraso siderúrgico está representado por la baja producción nacional de aceros y por el notorio retraso en la explotación de nuestros yacimientos.

La reducción de nuestro poder de compra externo ha venido comprimiendo, en términos relativos, la importación de aceros y productos elaborados. Paralelamente, la Argentina ha quedado muy a la zaga en la curva de crecimiento de la producción mundial, que desde 1948 a 1959 pasó de 150 millones a 300 millones de toneladas. En ese lapso nuestro país ha mantenido su consumo estancado y su producción local, de poco más de 200.000 toneladas, cubre una parte insignificante de su consumo. En los Estados Unidos, la producción de acero pasó de 60 millones de toneladas en 1940 a 100 millones en la actualidad. Canadá ha elevado su producción de dos millones de toneladas en 1940 a 5 millones en el presente.

El contraste es mucho mayor si nos referimos a los países latinoamericanos productores de acero. El Brasil, cuya producción en 1940 era casi nula, ha alcanzado hoy el nivel de 1,5 millones de toneladas, y se ha fijado las metas de 3,5 millones de toneladas para 1962 y 6 millones para 1965.

México, cuya producción era también insignificante en 1940, hoy se autoabastece con una producción de un millón de toneladas con firme tendencia a la expansión. También nos supera Chile, país que promovió su siderurgia al cabo de la última guerra mundial. Su producción actual gira alrededor de las 360.000 toneladas.

En Australia, país predominantemente agropecuario como el nuestro, la producción actual, del orden de los 3 millones de toneladas anuales, le permite autoabastecerse y disponer de saldos exportables.

La lentitud del proceso siderúrgico argentino ha comprimido el desarrollo de nuestra industria metalúrgica liviana. El ritmo de crecimiento de esta última no ha sido acompañado por la producción nacional de acero, y al contraerse nuestra capacidad adquisitiva en el exterior, se ha frenado la expansión de dicha industria metalúrgica, lo que traba el mejoramiento de sus costos.

En 1946 la producción de acero bruto en nuestro país fue de 133.000 toneladas, elevándose a 214.000 en 1959. En el mismo período la producción de laminados pasó de 126.000 toneladas a casi 900.000, lo que denota la creciente desproporción y provoca una fuerte ten-

dencia a importar acero, pero al no disponerse de divisas no pueden satisfacerse todas las necesidades de importación de la industria nacional. De tal modo, se contrae la producción metalúrgica en particular, y la actividad económica del país, en general.

La descapitalización argentina

Todo ello hace necesario que la Argentina impulse aceleradamente su producción de acero y explote resueltamente sus propios yacimientos ferríferos. Es indispensable que los errores del pasado nos sirvan de lección para resolver los problemas del presente y del futuro. La lentitud del proceso siderúrgico ha sido uno de los factores determinantes de la descapitalización argentina. A ello debemos el desmantelamiento del sistema ferroviario, la escasez de automotores, la insuficiencia de la producción y conducción de energía, y la paralización de la construcción de caminos. A ello se debe también el extremo desgaste de la maquinaria industrial cuyo reequipamiento obligó al Gobierno a volcar todo su esfuerzo para evitar la paralización de nuestras industrias, postergando necesidades actuales de la población en salvaguardia de sus fuentes de trabajo y en su futuro beneficio.

De la aceleración del proceso siderúrgico nacional depende que la Nación se independice de la importación de hierros y aceros, que trabaja su desarrollo y acentúa cada vez más intensamente su vulnerabilidad exterior.

La función del acero en la economía nacional

Es imprescindible tomar plena conciencia de la función del acero en la economía moderna. Para la Argentina, acero nacional significa tecnificación del agro y consolidación definitiva de la victoria del petróleo. Significa intercomunicar el país en toda su extensión mediante la construcción de carreteras, la remodelación de nuestro sistema ferroviario y la producción de automóviles, camiones, aviones y barcos.

Significa la modernización y equipamiento de nuestros puertos. Es sostén indispensable de la industria liviana e intermedia que ha tenido gran desarrollo en las dos últimas décadas como consecuencia del ingenio creador y el espíritu de empresa de los argentinos. Es vivienda sana y confortable. Es, en fin, progreso y bienestar para todo el pueblo de la Nación.

La prensa nos proporciona diariamente ejemplos de todo ello. Nos comunica que en Europa circulan trenes a una velocidad de 160 km por hora; que la generalidad de las aldeas rurales de Francia están electrificadas; que en los Estados Unidos existe una disponibilidad de automóviles a razón de uno por cada tres habitantes; que sus campesinos disponen de todos los adelantos de la técnica agropecuaria; y así indefinidamente.

La batalla del acero en la situación económica actual

La batalla del acero significa que el Gobierno considera que ha transcurrido ya la etapa en que la economía nacional ha debido sufrir la contracción derivada de las medidas que se vio forzado a adoptar a fines de 1958 para impedir la paralización nacional. Está firmemente resuelto a evitar que esa contracción se convierta en beneficio exclusivo de minorías y dispuesto a aplicar todo su esfuerzo, con prioridad esencial, tanto en el orden interno como en el ámbito internacional, para que la Nación alcance esta meta decisiva para el desarrollo argentino.

Ni siquiera en los momentos más adversos de nuestra acción de gobierno hemos creído posible reducir los ingresos de la población para salvaguardar el patrimonio de sectores minoritarios. Ni la evolución del proceso histórico nacional, ni las condiciones de nuestra economía permiten ni permitirán en el futuro gobernar con otro criterio que no sea el del progreso y bienestar del pueblo de la Nación en su totalidad.

Los resultados de la política petrolera, la reposición y construcción de nuevas carreteras, la explotación de los yacimientos de Sie-

rra Grande que ahora se inicia, y otras medidas fundamentales para nuestro desarrollo, traducen la profunda preocupación del Gobierno nacional por forjar definitivamente las bases fundamentales de la grandeza futura de la Nación en su conjunto.

Es evidente que debemos acelerar cada vez más el ritmo de nuestro desarrollo venciendo todos los obstáculos que aún se oponen a ello. El Gobierno multiplicará sus esfuerzos en esa dirección con el concurso de todo el pueblo de la República que ha demostrado estar alineado con firmeza en la consecución de ese objetivo nacional por encima de sus preferencias políticas.

Producir acero: objetivo nacional

Sin embargo, debemos estar alertas para defender nuestra producción siderúrgica del ataque de los intereses que se resisten a la transformación que habrá de derivar de la conquista del acero nacional.

Todos los argentinos deben definirse sobre la trascendencia que tiene el ritmo del desarrollo siderúrgico. El pueblo no podrá ser sorprendido si recuerda los fines que pretendió servir la disputa que se desencadenó con motivo de la política petrolera iniciada en julio de 1958.

Los resultados de esa política indican, además, que el esfuerzo del pueblo no tiene necesidad de inspirarse en experiencias extranjeras para acometer, con criterio realista, el desarrollo nacional en todas sus fases. Ni la discusión ideológica ni el debate teórico apartarán a la Nación de la necesidad de producir acero, aquí y ahora.

Con motivo de la reforma a la Ley Savio y de la celebración del contrato para la explotación de Sierra Grande, se ha intensificado la discusión sobre el origen de los capitales que deben promover la siderurgia nacional y si el Estado nacional debe ser el único industrial a cuyo cargo esté la producción del acero.

Tales disputas deben quedar subordinadas a la necesidad de que la Argentina intensifique aceleradamente su producción de acero empleando la mayor cantidad posible de mineral de hierro y otros recursos propios. No solo consumimos poco acero, sino que produci-

mos escasa parte del que consumimos. Tanto el bajo consumo como la baja producción derivan fundamentalmente de dos circunstancias correlativas: que no tenemos suficiente capacidad de compra en el exterior y que no explotamos nuestro propio mineral ni elaboramos todo el acero que necesitamos consumir.

El resultado de tales circunstancias consiste en que no solo adquirimos, en términos relativos, cada vez menos acero en el exterior, sino que también importamos, proporcionalmente a nuestras necesidades, cada vez menos productos en cuya composición interviene predominantemente el acero.

Por añadidura, empleamos una parte sustancial de nuestras divisas en adquirir en el exterior repuestos y maquinarias que estamos en condiciones de fabricar en el país; lo que nos priva de importar equipos y otros bienes de capital de la alta técnica contemporánea por falta de poder de compra. Todo ello atrasa nuestro objetivo de forjar una Nación moderna a la que el pueblo tiene derechos irrefutables.

Gobierno y empresa privada en la siderurgia nacional

La meta que hemos alcanzado en el proceso nacional se debe al esfuerzo gubernamental y a la siderurgia privada.

La planta fiscal de Zapla, situada en la provincia de Jujuy, mediante la incorporación de dos nuevos altos hornos alcanzará a producir a partir del presente año toneladas en lingotes de acero. Zapla, a cargo de la Dirección General de Fabricaciones Militares, es un ejemplo de la función multiplicadora de la industria siderúrgica. Aparte de utilizar el mineral de hierro de sus propios yacimientos, la planta emplea briquetas de eucaliptos que provienen de los bosques ubicados en las inmediaciones y que se encuentran en franca ampliación. Sin perjuicio de ser utilizadas para la fabricación del acero, dichas plantaciones son la base esencial de industrias químicas subsidiarias, que producirán brea, alcohol metílico y ácido acético.

Siderurgia, aumento de la población, fuente de trabajo para empresarios, técnicos y obreros argentinos, industrias auxiliares, en fin,

civilización y progreso, es el resultado de la empresa siderúrgica que el Ejército de la Nación está llevando adelante en el límite norte de la República.

La planta General Savio de San Nicolás, provincia de Buenos Aires, propiedad de SOMISA Sociedad Mixta Siderúrgica Argentina, es otro gran esfuerzo siderúrgico en el que el financiamiento y la técnica exterior se han sumado a la acción conjunta del Gobierno y la empresa privada argentina. Esta planta, por ahora abastecida fundamentalmente con mineral importado, podrá absorber en el futuro el mineral argentino de Sierra Grande.

Como tuve ocasión de señalarlo el 25 de julio de 1960 al inaugurar su primer alto horno, la planta de San Nicolás alcanzará en su primera etapa una producción de 600.000 toneladas de lingotes por año, y cuando su funcionamiento se complete con los dos nuevos altos hornos producirá un equivalente de más de 2 millones de toneladas anuales.

El capital privado local y extranjero ha intervenido antes de ahora en la industria del acero, pero la exigua tasa del ahorro interno y la falta de condiciones nacionales que atrajeran el ahorro exterior han impedido que cumpliera el papel que solo él puede ejercer en el desarrollo nacional.

Estamos firmemente persuadidos de que la consecución de esas condiciones, que acaban de culminar con reformas introducidas a la Ley Savio por el Congreso Nacional intensificarán la participación de la empresa privada, nacional y extranjera, en nuestro proceso siderúrgico. Creo un deber señalar en forma expresa la participación que ha cabido al Ejército Argentino, precursor de la siderurgia nacional, en el esclarecimiento previo a esas reformas.

Siderurgia y nacionalismo económico

En siderurgia como en petróleo, se continúa insistiendo en que el Estado debe hacerlo todo.

El Gobierno nacional proseguirá prestando todo su apoyo a la acción fiscal que se viene desarrollando. Pero el Estado no dispone

de los recursos financieros y los elementos técnicos necesarios para acelerar el ritmo de la siderurgia nacional, siquiera de acuerdo con las exigencias mínimas del desarrollo y de la seguridad y defensa nacionales.

En salvaguardia de los intereses inherentes a tales necesidades firmemente estamos resueltos a que el capital privado nacional y el capital privado exterior constituyan factores esenciales de la siderurgia argentina. Aplicaremos en este campo con toda firmeza el criterio con que encaramos la explotación petrolera.

Ratificamos aquí que el capital es un instrumento y que su función favorable o perjudicial respecto del desarrollo de países como el nuestro no depende de la fuente de que proviene, sino de la política a que sirve. De esa política depende que el capital exterior se incorpore a la economía de un país para acentuar su condición de exportador de materias primas e importador de manufacturas, condenándolo al atraso, o que el capital extranjero, por el contrario, supliendo la incapacidad financiera, se incorpore en función de las necesidades insatisfechas del mercado interno en los sectores destinados a integrar su economía, a fecundar nuevas actividades básicas, a expandir la producción existente y, en general, a impulsar su armónico desarrollo.

En virtud de ello, concederemos todas las facilidades para que la iniciativa de los particulares, sean nacionales o extranjeros, se vuelque decisivamente a la exploración y explotación de los yacimientos ferríferos del país, e instale todas las acerías que sean posibles para transformar la Nación en verdadera potencia mundial.

Para no aludir a experiencias de países distantes, el Brasil repetidamente se nos ofrece como modelo de política nacionalista y, además, estatista. En el gran país hermano actúan ocho grandes plantas siderúrgicas de las que solo una es propiedad del Estado. Las restantes, dos de las cuales están en proceso de instalación, pertenecen a capitales privados brasileños y extranjeros del más diverso origen.

Es que el nacionalismo económico no consiste en cerrar las puertas de un país al capital exterior, ni excluir de sus actividades fundamentales al capital privado local, sino en crear las condiciones que impidan a ese capital consolidar estructuras coloniales y que, por el

contrario, faciliten la transformación de esas estructuras en el sentido de la autonomía económica nacional y de una efectiva vigencia de la soberanía política.

Los yacimientos de Sierra Grande

La exploración y explotación de “los extensos pedregales oscuros de Sierra Grande” por un complejo de técnicas y capitales privados, nacionales, alemanes y estadounidenses es parte esencial de un proceso de significación análoga a la que tuvo la empresa de integración geográfica y política que la historia nacional ha llamado “la conquista del desierto”.

En la localización y estudio de estos yacimientos debe destacarse la tesonera acción de Fabricaciones Militares y de la Dirección Nacional de Geología y Minería.

La cuenca de Sierra Grande, situada en la provincia de Río Negro a 170 kilómetros al norte de Puerto Madryn y 125 kilómetros del departamento de San Antonio Oeste, comprende tres yacimientos, que pertenecen a la Dirección de Fabricaciones Militares.

Hasta el momento, las reservas de mineral aseguradas y probables de la cuenca de Sierra Grande ascienden a 70 millones de toneladas, y las reservas posibles no son inferiores a 200 millones.

Para apreciar el valor de Sierra Grande es necesario señalar que los 70 millones de toneladas de mineral de las reservas significan 35 millones de toneladas de acero con un valor aproximado de 2200 millones de dólares.

Se estima que el mineral contiene entre 55% y 56% de hierro, superior a la ley de 46% que posee el mineral de Palpalá que transforman los altos hornos de la planta de Zapla.

Junto al esfuerzo de Sierra Grande debemos continuar con decisión la búsqueda y explotación de otros yacimientos, como ya sucede en Mendoza y anhelamos se concrete en Misiones, donde los organismos técnicos de la provincia han iniciado con buenas perspectivas los estudios previos.

El contrato con MISIPA S. A.

Con relación al contrato suscripto entre la Dirección General de Fabricaciones Militares y el Grupo MISIPA, de acuerdo con el cual la empresa explorará y explotará el mineral existente e instalará una planta siderúrgica, debo señalar lo siguiente.

En primer lugar, reitero la importancia de que el capital privado y la técnica nacionales y extranjeros se incorporen resueltamente a la exploración y explotación del mineral de hierro y a la producción de acero y derivados nacionales. El capital privado, cuando se resuelve a acometer empresas de la envergadura inherente al proceso siderúrgico, produce efectos excepcionales. Ese capital es intrínsecamente dinámico e indefinidamente reproductivo no solo en el propio proceso siderúrgico, sino en un sinnúmero de industrias y actividades afines. Funciona como un verdadero multiplicador de la actividad económica general y trasciende, por propio impulso, al campo de la seguridad y defensa de las naciones.

En segundo lugar, deseo señalar que todo criterio que no subordine el costo de explotación y producción del acero al estado de desarrollo económico del país se aparta de la realidad e impide, en definitiva, que la Argentina impulse su propia siderurgia. Desde luego que no solo en el caso de Sierra Grande, sino en todas las demás explotaciones del país deben hacerse los mayores esfuerzos para que la Nación extraiga el mineral de hierro y produzca acero al menor costo posible en el más corto plazo.

Pero no puede olvidarse que la encrucijada actual de la economía argentina signada por la escasez de divisas nos obliga a elegir entre impulsar en forma resuelta nuestra propia siderurgia, con el mínimo aprovechamiento de materia prima nacional, o importar cada día menor cantidad de hierro, acero y derivados con las consiguientes repercusiones perjudiciales para nuestra economía y la defensa y seguridad nacionales.

Significación de Sierra Grande

Pero Sierra Grande no solo se relaciona con el proceso siderúrgico argentino. Su explotación involucra otro paso trascendente para la transformación económica de la Patagonia, ya iniciada con la explotación del petróleo.

Sierra Grande significa acero a gran escala con mineral argentino producido por el capital privado; pero también significa acero alimentado por el petróleo y el gas de la Patagonia, por el carbón de Río Turbio y por la hidroelectricidad procedente de la represa Florentino Ameghino y, en el futuro, de El Chocón. Significa impulsar definitivamente las industrias de fertilizantes que habrán de derivar de los compuestos fosfóricos que contiene el mineral de la cuenca en elevadas proporciones. Significa activar el tráfico marítimo del sur del país y la modernización de los puertos existentes y aun la eventual habilitación de uno nuevo.

Permitirá establecer la industria de fabricación de esponjas de hierro, llamada chatarra artificial, que servirá para aumentar la producción de arrabio de la planta General Savio y de las demás que se establezcan en el país. Importará expandir la demanda de materias primas requerida por la industria del acero, como son los minerales de manganeso, cromo, níquel, molibdeno, vanadio, calizas, dolomitas, fluoritas y arcillas refractarias. Movilizará, así, la inmensa riqueza mineral que posee el país en toda su extensión, incorporando a su inagotable fisonomía agropecuaria los recursos igualmente valiosos que encierra su subsuelo.

Pero Sierra Grande significa mucho más que todo eso. Significa un paso más para asegurar definitivamente la integración de la Patagonia con el resto del país iniciada en 1879 por el general Roca y que nuestra generación tiene el deber y la responsabilidad de consolidar.

La Patagonia: desafío del desierto

Hemos venido al desierto para enfrentar con indoblegable firmeza el desafío de la soledad que aún segrega este sector geográfico del resto de la nación.

Pertenece a una generación absolutamente resuelta a aceptar desafíos como el de Sierra Grande, donde la civilización no ha podido aún abrirse paso. Sierra Grande constituye la brecha segura para que la vida moderna penetre frontalmente y de lleno este complejo geográfico en el que la incalculable riqueza mineral pugna con la erosión y el desierto.

Aquí mismo en la Patagonia desde el sur de la provincia de Buenos Aires hasta Tierra del Fuego, hemos desafiado con éxito, no hace mucho tiempo, condiciones no mucho mejores. Hoy, allí, las torres de acero que multiplican incesantemente la producción de petróleo han echado las bases definitivas para la prosperidad de un vasto sector argentino que será no solo protagonista de muy significativos hechos económicos, sino de acontecimientos venturosos para el espíritu y la cultura nacional.

Sierra Grande significa no solo acero nacional, del que estarán compuestas, mañana, las torres y las perforadoras que penetran en la entraña de nuestros yacimientos de petróleo. Significa la expresión resuelta de la voluntad nacional de reproducir la pequeña obra de riego del Alto Valle a escala regional, es decir, para toda la Patagonia, haciendo que sus saltos de agua poderosos se transformen en represas que harán de los pedregales actualmente inhabitables vastas praderas pobladas.

Sierra Grande es también otro paso decisivo para emprender con firmeza el establecimiento de comunicaciones aéreas y terrestres, para comunicar entre sí ciudades y poblados de la Patagonia y estas con el resto del país. Traduce el objetivo nacional de transformar en real y efectiva nuestra condición casi nominal de país marítimo, impulsando el transporte atlántico, la industria de la pesca y la construcción de puertos.

La conjunción del acero con el petróleo, el gas natural y la hidroelectricidad patagónicas constituye el signo definitivo de que a lo largo y a lo ancho de la Patagonia proliferarán ciudades de equilibrada y armoniosa pujanza, evitándose los efectos perniciosos de la concentración política, económica y cultural que caracteriza al litoral del país, particularmente en torno al puerto de Buenos Aires.

Petróleo, gas, hidroelectricidad, acero, carbón, caminos, puertos y regadío son metas irreversibles del desarrollo económico de la Patagonia, que impulsarán ilimitadamente la vida espiritual y cultural de sus hijos

El desenvolvimiento patagónico, expresado en el petróleo y el gas, ya ha comenzado a irradiar bienestar para la totalidad de la Nación.

He querido, ahora, señalar desde el desierto la trascendencia de la batalla del acero. Ningún otro lugar que este hubiera sido más indicado para hacerlo. En los tiempos que vivimos, el acero es la base esencial de la economía y del desarrollo social, pero, además es condición insustituible para la seguridad y la defensa del país. Tengo la firme convicción de que la siderurgia, madre de las industrias, fábrica de las fábricas, multiplicará indefinidamente el progreso y la seguridad de la República.

Mensaje desde la Antártida

Isla Decepción, 8 de marzo de 1961

Compatriotas de la Antártida:

Cumplo con un imperativo nacional al pisar esta tierra para traer el fraternal abrazo de nuestro pueblo a esta avanzada de la argentinidad en el extremo austral del territorio patrio. El pueblo y el Gobierno argentinos se sienten orgullosos del esfuerzo denodado que cumplen las Fuerzas Armadas, investigadores y técnicos, para afirmar la soberanía nacional en la Antártida Argentina. Esta afirmación de soberanía es, fundamentalmente, el sentido de mi presencia en esta región, que incorpora al patrimonio espiritual y material de los argentinos la decidida acción de la Armada nacional.

Desde 1904, y sin interrupción alguna, el pabellón de la patria flamea en un sector de la Antártida, continente tan extenso como toda la América del Sur y cuya riqueza, hoy apenas conocida, constituye una de las más grandes reservas materiales de la humanidad. Vuestro desinteresado sacrificio y el de los compatriotas que os precedieron han hecho posible, a lo largo de dos generaciones, afirmar de modo real y efectivo que la Antártida Argentina es, para siempre, parte inseparable del territorio nacional.

Este continente, que circunda uno de los polos terrestres, punto máximo de referencia geográfica, parece señalado para ser también un punto de encuentro y de coincidencia humanos. Desde hace más de medio siglo, de todas las latitudes han llegado hasta la Antártida hombres de varias naciones, para arrancar, en dura lucha con el medio, sus secretos a una naturaleza hostil. Es que el conocimiento y la exploración de la Antártida tienen capital importancia. Los estudiosos extraen datos indispensables para el progreso técnico, la seguri-

dad de la navegación marítima y aérea, y el control de las variaciones atmosféricas.

Para mantener su presencia como ser viviente en estas mesetas heladas, el hombre debe realizar un esfuerzo que reviste caracteres de hazaña. La extrema dureza de las condiciones de vida es en estas zonas del continente difícilmente soportable, como no sea a base de energía, voluntad y vigoroso esfuerzo espiritual y físico. Un constante desafío a la naturaleza pone a prueba todos los valores humanos. En este lugar el riesgo es cierto y permanente. Como siempre que el ser humano es sometido a una extrema prueba que pone en juego su propia supervivencia, en zonas como esta ha debido superar sus divergencias y organizar en conjunto sus esfuerzos. Es siempre la máxima dificultad la que impone la cooperación de todos los seres humanos.

Sin duda, ello también ha influido en un hecho tan excepcional y promisorio como la firma del Tratado Antártico, suscrito el día 16 de noviembre de 1959 por doce naciones, entre ellas la República Argentina. Ese documento, que tiene una profunda significación histórica y moral, es la primera tentativa lograda de integrar los intereses de un grupo de naciones y ponerlos al servicio de la paz y del bien de la humanidad. Con el Tratado Antártico hallan expresión concreta los nuevos conceptos de cooperación internacional que se están abriendo camino en el mundo. Constituye este tratado el primer intento, llevado a feliz término, de prohibición de las explosiones nucleares. Proscriptas de la Antártida las detonaciones atómicas, la Argentina alienta el ferviente anhelo solidario de que una prohibición semejante se extienda al mundo entero.

Os habéis arrancado por un año al abrazo y al cuidado de vuestros seres queridos. Durante ese período han quedado postergadas en vuestras vidas todas las aspiraciones y las posibilidades que no sean las de servir a la Nación. Habéis quebrado una barrera de hielo y de distancia, pero, más alta y poderosa, habéis vencido como varones cabales una barrera de comodidad y de egoísmo.

Veo en vosotros a un símbolo del quehacer argentino de esta hora. Si hay argentinos como vosotros, que desafían el hielo y la tempestad

en los ignotos mares australes, hay otros que en la selva, en la pradera y en la montaña, en el laboratorio, el taller y la escuela, en buques, aviones y cuarteles, hospitales y misiones religiosas, trabajan por la grandeza de su patria con desprendimiento de los halagos materiales.

El país tiene conciencia de vuestro esfuerzo; él es un alto ejemplo de cómo las grandes decisiones espirituales triunfan por sobre la adversidad y la pobreza de elementos materiales. Hoy necesitamos de ejemplos como el vuestro. Es preciso saber abandonar la fácil comodidad del momento por la alta finalidad del mañana: debemos aprender a reconocer nuestro deber en el esfuerzo. Necesitamos no dejarnos vencer por la dificultad y la penuria, sino apoyarnos virilmente en ellas para librar y ganar, con decisión, tenacidad e inteligencia, las grandes luchas de la paz, en el trabajo, en la educación, en la investigación científica, en la creación artística, en la asistencia social, en la producción económica, que señalan, día a día, la construcción del país.

Estamos empeñados en un decisivo esfuerzo para consolidar la construcción de una nación libre, próspera y justa. Vosotros ocupáis aquí, ejemplarmente, de espaldas a los hielos eternos y frente al mar indomable, un sitio de inmenso sacrificio en esa labor.

Pero es fundamental advertir a vosotros y al país que el gran esfuerzo cumplido aquí en el último medio siglo solo podrá rendir sus frutos y consolidar definitivamente nuestra soberanía si el conjunto de los argentinos realiza el ideal de desarrollo nacional integral, traducido en decisivo esfuerzo para consolidar la construcción de una nación libre, próspera y justa, en la creación de riqueza espiritual y material, en paz y en concordia, en organización social, en libertad, democracia y justicia para la totalidad de la Nación.

Esforzados compatriotas nuestros:

Somos testigos de vuestro sacrificio que afirma nuestra soberanía en la Antártida Argentina. Pero, además, representáis a la humanidad entera en una de las avanzadas de su lucha contra los medios naturales adversos.

Estáis en un puesto de las fronteras que demarcan el dominio del hombre sobre la tierra. Manteneos firmes, como hasta ahora. A

vuestro cargo está el aporte argentino a una noble y trascendente tarea humana. El pueblo del que formáis parte y al que representáis aquí, orgulloso de vosotros, os acompaña con su afecto solidario y el Gobierno de la Nación os testimonia por mi intermedio la gran deuda de gratitud de la República por cumplir tan gallarda y valerosamente vuestro deber.

Los problemas del trabajo y el subdesarrollo

Discurso pronunciado en la sesión de apertura de la VII Conferencia de la OIT, en la Honorable Cámara de Diputados de la Nación, el 10 de abril de 1961

El pueblo y el Gobierno argentinos, unidos en la valoración del puesto de vanguardia que cabe al trabajo en el desarrollo económico y político-social de las naciones, os dan la más efusiva y fraternal de las bienvenidas. Saludamos a las delegaciones de trabajadores, empleadores y representantes gubernamentales de todos los países del continente congregados aquí, así como a la delegación del Consejo de Administración y al director general de la Oficina Internacional del Trabajo, sus colaboradores y observadores e invitados especiales que asisten a esta importante reunión.

La trascendencia de esta asamblea se advierte al tener presente que en ella la representación de las fuerzas productoras de los pueblos americanos, al considerar la Memoria del director general, deberá expedirse sobre el subdesarrollo económico, la más grave y profunda enfermedad que padece nuestra América.

La Organización Internacional del Trabajo es uno de los más antiguos organismos internacionales, integrado hoy en la familia de las instituciones especializadas de las Naciones Unidas y dedicado a promover, mediante la constructiva cooperación de los trabajadores, los empresarios y los gobiernos, condiciones mejores para los hombres que participan en la labor productiva, fuente del progreso espiritual y material de las naciones.

La dignificación del trabajador, que constituye una de las manifestaciones esenciales y más positivas del respeto de la persona humana, se halla en los fundamentos de la doctrina cristiana que orienta al mundo occidental al que pertenecemos. Desde sus comienzos, el

cristianismo reivindicó la dignidad de todos los hombres como criaturas de Dios en un mundo donde la esclavitud era una decisiva categoría social y jurídica.

En los albores de la época contemporánea, la Iglesia, por la voz del romano Pontífice, estableció en la encíclica *Rerum Novarum*, completada luego por la *Quadragesimo Anno*, los principios de un orden social justo, único en el cual podría fundarse una época a la que el progreso científico y técnico ha venido dotando de instrumentos que, por su poderío extraordinario en crecimiento constantemente acelerado, acercan cada vez más al hombre a las posibilidades de su bienestar general o de su destrucción total.

La ciencia y la tecnología han introducido en la vida contemporánea elementos que han transformado profundamente las condiciones de convivencia social, y que se han concretado en el profundo y vasto proceso de industrialización iniciado hace casi dos siglos y que continúa con un vigor intenso pero desparejo y a menudo injusto en el mundo actual.

La industrialización ha determinado una impresionante expansión de la capacidad productiva de un importante grupo de países, que mediante ella ha alcanzado condiciones de avanzado desarrollo económico y elevado bienestar.

Esos mismos países han contribuido a una gran expansión del comercio internacional y con ella al desarrollo de los transportes y las comunicaciones, a la difusión mundial de muchos de los instrumentos y condiciones de progreso tecnológico, y han estimulado en el resto del mundo la explotación de recursos naturales, principalmente para su propio abastecimiento de productos de consumo y de materias primas industriales.

Se ha llegado así a la estructura del mundo actual, en la que pueden diferenciarse regiones donde, por su avanzado proceso de industrialización, se ha concentrado la proporción más elevada de la producción mundial de bienes, aunque en ellas no habita más de la tercera parte de la población mundial con niveles de vida relativamente altos. Es lo que ha dado en llamarse países desarrollados, mientras, por otra parte, se observa en el resto del mundo el volumen mayor

de la población mundial viviendo en condiciones mucho más precarias, resultantes de su insuficiente grado de desarrollo industrial; son estas las áreas subdesarrolladas, en muchas de las cuales la única y elemental aspiración del hombre consiste todavía en sobrevivir a la miseria, la peste y el hambre.

No puede decirse, sin embargo, que existan barreras o diferencias infranqueables entre los dos niveles de desarrollo. El proceso que lo impulsa es universal y, por lo tanto, las consecuencias que de él derivan alcanzan a todos los pueblos, aun cuando los beneficios resultantes no se distribuyen equitativamente y, en ciertos casos, hasta perjudican el curso de desenvolvimiento de algunas naciones.

La industrialización de los países más avanzados ha creado una elevada demanda de alimentos y materias primas industriales, que a su vez condujo a una intensa actividad económica en muchas zonas subdesarrolladas, orientada a la producción para atender a dicha demanda.

Las naciones industriales realizaron importantes inversiones en los países aptos para la producción de alimentos y materias primas. Ello determinó la introducción de técnicas modernas de producción en esos campos y el mejoramiento de los transportes y contribuyó, en muchos casos, al desarrollo de industrias manufactureras que iniciaron e impulsaron la industrialización de los países menos desarrollados.

Al mismo tiempo, unificó la introducción de condiciones o factores de progreso, principalmente en materia sanitaria. Pero estos beneficios, generalmente, solo llegaron a aquellas zonas de los países subdesarrollados directamente vinculadas a la nación industrializada. De esta manera, se fue estableciendo también en las áreas subdesarrolladas una diferenciación que se ha designado como "las economías duales", es decir, la coexistencia en dichas áreas de sectores con un progreso considerable, con concentraciones urbanas modernas, y de sectores, los mayoritarios, en situación de atraso.

El tremendo sacudimiento de la última guerra mundial puso en evidencia que estas fuertes disparidades constituyen una de las más graves amenazas a la paz mundial y que los principios de solidaridad

y dignidad humana, reivindicados por las naciones vencedoras, reclamaban un vasto y decisivo esfuerzo de cooperación internacional para promover el desarrollo necesario, a fin de asegurar condiciones adecuadas de bienestar a todos los pueblos del mundo.

Esos objetivos fueron inscriptos en la Carta de las Naciones Unidas, en los estatutos de sus organismos especializados, incluso en la memorable Declaración de Filadelfia de la OIT anterior a la reunión de San Francisco, y han inspirado las políticas de cooperación internacional de muchos países del mundo, entre los cuales queremos señalar en el continente, el caso de los Estados Unidos.

Mucho es lo que desde entonces ha hecho la cooperación internacional para promover el desarrollo de los países subdesarrollados. Pero, lamentablemente, y constituye un deber decirlo con absoluta franqueza, ese esfuerzo ha sido notoriamente insuficiente frente a la magnitud del problema del subdesarrollo, que mantiene en condiciones de miseria, desnutrición, enfermedad e ignorancia a la mayoría de la población mundial.

Esas condiciones han impulsado los grandes y vigorosos movimientos nacionales de los pueblos subdesarrollados para promover e intensificar la lucha por el desarrollo, como requisito para afirmar su soberanía y alcanzar el bienestar social que justicieramente reclaman.

Estas son, además, las condiciones que debemos tener en cuenta al examinar, tanto desde un punto de vista nacional como del de la cooperación internacional, los problemas laborales y de política social.

Debemos reconocer sinceramente, ante todo, que la diferenciación de los niveles de desarrollo determina también la diferenciación de las condiciones de los trabajadores y la política social.

En los países desarrollados, los problemas del trabajo y la política social se encaran a partir de altos niveles de actividad económica. La miseria, el hambre, las condiciones insalubres, la falta de facilidades educativas han sido, en lo esencial, superadas definitivamente, aun cuando circunstancialmente puedan presentarse altibajos en el nivel de actividad económica o formas específicas de injusticia social que, a su vez, determinen aumentos en la desocupación o presiones inflacionarias que incrementen el costo de la vida. Pero todo ello ocurre por

encima del nivel básico en que son atendidas las necesidades elementales de la población. Por eso, en los países desarrollados, el problema económico de los trabajadores es el de sostener la estabilidad de sus ingresos o mejorarlos aún más.

En los países subdesarrollados el problema es mucho más complejo: consiste en que el nivel del producto nacional es demasiado bajo para permitir que toda la población activa logre ocupaciones adecuadamente remuneradas para atender a sus necesidades básicas. En las economías nacionales rezagadas, el desempleo existe en su peor forma, en la forma encubierta de trabajo sin remuneración suficiente para atender a esas necesidades básicas, tanto en las ocupaciones urbanas, como –y aún más– en los sectores de producción primaria. En una palabra, para nosotros el problema no es de estabilidad de ingresos, sino de insuficiencia de estos.

Por estas razones, la política social y la condición de los trabajadores en las áreas subdesarrolladas no pueden mejorar por el simple e ilusorio traslado de los regímenes jurídicos y de seguridad social de los países desarrollados.

Sus resultados formales son rápidamente anulados por la insuficiencia del nivel de ingresos y desembocan en fuertes tensiones sociales, sin que se comprenda el espejismo consistente en que las mismas formas institucionales no produzcan los mismos beneficios.

Por eso, señores, la única solución para asentar sobre bases sólidas y realistas el mejoramiento de las condiciones de vida de los trabajadores y el desenvolvimiento de una política social efectiva, consiste en acelerar el desarrollo económico de nuestros países, esto es, su industrialización en el integral sentido de la palabra, que incluye naturalmente la modernización de los medios de explotación del agro.

Mientras en las políticas nacionales y en la cooperación internacional no se entienda, no se acepte y no se adopte clara y lealmente esta verdad elemental, persistirá una confusión que será fuente incesante de disgregación social y de tensiones internacionales.

Dentro de los países subdesarrollados pueden percibirse los elementos principales de perturbación en este problema. Por una parte, la

que proviene de los sectores de intereses creados que disfrutaban de una posición económicamente ventajosa en la situación presente de dichos países, no reconocen la justicia y la fuerza de las aspiraciones y condiciones de vida más dignas. Dichos sectores no perciben la necesidad del desarrollo o, lo que es peor, temen que con el desarrollo puedan perder sus ventajas. Entonces no ven otra salida que la del mantenimiento del statu quo por medio de un régimen abierto u oculto de restricciones de la democracia real y de las expresiones populares. Es difícil comprender que aún persistan estas actitudes, después de las múltiples y trágicas experiencias que nos muestra la historia contemporánea.

Por la otra, es lamentable percibir los errores y confusiones a que han sido inducidos algunos sectores de los trabajadores por la prédica extremista de agitadores sociales. Cuando los trabajadores siguen estos caminos se empeñan en una lucha estéril para lograr reivindicaciones que resultan imposibles sin una sustentación económica adecuada. La demanda de aumentos de salarios y mejores condiciones de vida sin el aumento en la producción que los respalde, solo trae nuevas perturbaciones en la actividad económica, las que se traducen principalmente en los procesos inflacionarios que no favorecen sino a un grupo de privilegiados. Igualmente perturbadoras son las actitudes de ciertos sectores empresarios que insisten en obtener beneficios por medio de la especulación.

Solo el pleno desarrollo puede valorizar el esfuerzo de todos los sectores productivos de una nación, para promover su progreso real y el consiguiente mejoramiento del nivel de vida de todos los que participan en la actividad económica.

Solo en el desarrollo se pueden armonizar los intereses nacionales con las aspiraciones de los empresarios y de los trabajadores, en una conjunción constructiva que constituye al mismo tiempo una garantía de justicia y paz social y un antídoto efectivo de las prédicas disolventes. Todo ello dentro de un sistema eficiente de relaciones obrero-patronales que permita la solución rápida y equitativa de los diferendos que surjan entre los diversos elementos de la producción.

Desde luego, el esfuerzo nacional para el desarrollo no es fácil ni simple. Para hacer posible conquistar tal objetivo, los gobiernos deben sanear la política financiera y fiscal, reducir los gastos públicos innecesarios, cobrar los impuestos, desalentar las actividades especulativas y favorecer la reestructuración económica nacional hacia formas dinámicas y de alta productividad.

Del mismo modo, los empresarios deben orientarse hacia una actividad sana y eficiente, cuyos beneficios no se fundan en la especulación, ni signifiquen un privilegio basado en el mantenimiento de estructuras estáticas, sino en la expansión de industrias dinámicas que se identifiquen con el progreso nacional y cuyos resultados se traduzcan en el mejoramiento de las condiciones del trabajo y del nivel de vida, por una mayor productividad y una mayor disponibilidad de bienes.

Por su parte, las organizaciones sindicales, libres de influencias disolventes y de interferencias políticas, deben constituirse en promotoras activas y eficaces del proceso de desarrollo, para lograr la materialización de sus legítimas aspiraciones sobre la base de una justa participación en los beneficios de una mayor productividad y una mayor producción nacional.

De la explotación del hombre o de la lucha de sectores para redistribuir la miseria solo pueden resultar frustración y resentimiento, en los que fermenta la desintegración social y nacional.

En cambio, de la cooperación en un esfuerzo sostenido e intenso para el desarrollo surgirá el aumento de la riqueza nacional que, justamente distribuida entre los que participan en el esfuerzo, asentará las bases de una convivencia social digna y constructiva.

La cooperación económica y técnica internacional para el desenvolvimiento de los países subdesarrollados debe, pues, reorientarse y concentrarse en los esfuerzos y métodos que contribuyan a promover un rápido desarrollo. Fundamentalmente, deben promoverse inversiones en masa para incrementar industrias y servicios básicos para la aceleración del desarrollo y difundirse los conocimientos y la capacitación tecnológica indispensables para dicho proceso.

Con industrias básica, electricidad y transportes, con economistas, administradores de empresas, técnicos y obreros especializados,

habrá un crecimiento rápido que permitirá mejorar los salarios, construir viviendas, escuelas, hospitales y elevar sustancialmente las condiciones materiales y culturales de los trabajadores y sus familias.

El avance de la tecnología, aplicada al desarrollo industrial, ha alcanzado un grado que impulsa la constante ampliación de la capacidad de consumo del mercado para no detener su propio proceso. En efecto, la modalidad fundamental de la producción moderna es su carácter masivo.

La técnica y las ciencias aplicadas han elevado a niveles insospechados hasta ayer la capacidad de producción de la industria de nuestros días y tienden a aumentar más aún esa capacidad productiva.

Esa realidad presupone un mercado de consumo en permanente progresión, ya que sin él las plantas industriales de nuestros días se verían obligadas a limitar su enorme capacidad de producción, invalidando en la práctica económica los resultados tan afanosamente buscados y logrados por la ciencia y la técnica. Y dado que la capacidad de producción de la industria moderna crece a un ritmo mucho mayor que la población de cada país y de todos los países sumados, el aumento de la capacidad de consumo de las poblaciones resulta una exigencia de la mecánica misma del proceso productivo.

Estoy firmemente convencido de que este es el único camino que permitirá a nuestros pueblos liberarse de la injusticia, la miseria y la frustración. Al tiempo que afirmamos las bases espirituales de nuestro peculiar modo de vida occidental, americano y, en nuestro caso, católico, debemos colocar los fundamentos materiales que hagan imposible toda infiltración ideológica que, aun siendo incompatible con nuestra idiosincrasia, podría avanzar, sin embargo, a favor de la miseria que padecen nuestros pueblos.

En consecuencia, no se puede pensar en un desarrollo agrario que no se sostenga y relaciones con la provisión abundante de energía, la producción de acero, de fertilizantes y plaguicidas, y la construcción de vías de intercomunicación.

Los países que concentran unilateralmente su actividad económica en la agricultura están condenados a la pobreza, el estancamiento y el retroceso, a menos que reciban de los países desarrollados un apo-

yo tan intenso y constante en materia de subsidios como el que estos otorgan a su propia agricultura, en cuyo caso se engendraría un peligroso factor de lesión al orgullo nacional de los pueblos circunstancialmente favorecidos, y un grave perjuicio al de otros países también productores de materias primas.

La elevada tecnificación agraria asegura la producción de mayores cantidades de materias primas y alimentos no solo para sus poblaciones en aumento, sino también para su colocación en el mercado mundial. En los actuales momentos, no cabe esperar que los saldos exportables de esas materias deriven en la restricción de los mercados internacionales o de salarios más bajos que los hagan posibles. La mayor productividad por la aplicación adecuada de la técnica es la que debe proporcionar esos saldos.

Anhelo para esta asamblea los beneficios de una vital coincidencia de quienes participan en ella y tienen conciencia de la impostergable necesidad de los países latinoamericanos de superar el subdesarrollo y le auguro el mejor de los éxitos para que los pueblos del continente, encabezados por todos los sectores del trabajo, reafirmen su confianza en la OIT, expresión superior de la cooperación internacional en el mundo actual.

A todos sus miembros, a la totalidad de las delegaciones que nos honran con su presencia, les deseo una estada feliz, una grata permanencia en nuestro país, que les abre los brazos fraternal y jubilosamente, identificándolos como los representantes legítimos de todos los sectores de la producción en esta parte del mundo.

Al declarar inaugurada la VII Conferencia de los Estados de América miembros de la Organización Internacional del Trabajo, uno mis votos a los de todo el pueblo argentino por el éxito de su trascendental labor.

El aporte histórico de la inmigración

*Palabras de bienvenida al presidente de Italia, doctor G. Gronchi,
en Ezeiza, el 10 de abril de 1961*

Señor Presidente:

Os doy la más afectuosa bienvenida en nombre del pueblo y del Gobierno argentinos.

Todos los italianos se sienten en la Argentina como en su propia tierra; vos, que representáis en forma egregia las virtudes de vuestra gloriosa nación, sentiréis sin duda el mismo sentimiento al recibir el cálido homenaje de afecto y de admiración de nuestro pueblo.

En las voces que saludarán vuestro paso por nuestro país, escucharéis las de millones de italianos y sus descendientes de varias generaciones, definitivamente incorporados a nuestra nacionalidad. La Argentina no ha sido para ellos lugar de tránsito, sino hogar permanente y cálido, donde la recia corriente inmigratoria se ha confundido en una sola sangre y en un solo espíritu con la raíz nativa.

A este aporte histórico y permanente de Italia debemos los argentinos un hondo y potente influjo espiritual, traducido en inconfundibles rasgos de nuestro carácter y costumbres nacionales, nuestro arte y nuestra literatura. También le debemos grandes esfuerzos materiales en el campo de la agricultura, la industria y el comercio, y en todas las actividades creadoras.

Hermanos en cultura, religión y costumbres, italianos y argentinos se unen hoy en el júbilo de saludar en vos, señor Presidente, a la Italia amada y venerada.

Este noble hogar de la raza os brinda su más cariñosa acogida. Sed en él bienvenido y honrado.

La civilización latina y la unidad nacional

Discurso pronunciado en la comida ofrecida al presidente de Italia, doctor G. Gronchi, en el Palacio Errázuriz, el 10 de abril de 1961

El pueblo argentino experimenta en estos días la inmensa alegría de testimoniar de nuevo su profunda amistad y cariño hacia el pueblo italiano y de retribuir, en la persona de su ilustre Presidente, las manifestaciones de solidaridad con el destino de la Argentina que tuve ocasión de recoger el año pasado durante mi visita a Italia.

Entonces dije a los italianos que la asociación de nuestros pueblos se había forjado en un siglo de constante incorporación de sangre italiana a nuestro acervo demográfico, de fecunda influencia cultural, de fructífero y creciente intercambio económico, de un hondo sentimiento de fraterna comunidad en la fe religiosa y en los valores trascendentes que signan el destino de Occidente.

La civilización latina dio a los argentinos las bases de su organización jurídica, motivos inspiradores para sus escritores y poetas, preceptiva y técnicas para sus hombres de ciencia y sus artistas. Y, además de todo eso, el ejemplo de una nación moderna que gestó su unidad con el hecho material de su geografía. El genio político italiano hizo que monárquicos y republicanos, liberales y socialistas, pueblos industriales del norte y pueblos soñadores del sur, superaran barreras ideológicas y querellas regionales y de partido para cimentar la unión nacional, basamento insustituible de la grandeza de las naciones. Los italianos demostraron al mundo que la patria está por sobre las facciones, que ningún pueblo conquista su independencia verdadera y su lugar en el concierto civilizado si sus dirigentes no saben superar la anécdota menuda de sus pleitos lugareños o sectarios frente al sagrado interés de la nación toda.

Esta Italia unida en su vocación de grandeza pudo afrontar todas las pruebas de su historia reciente y resurgir de las cenizas de la destrucción y de la muerte al amparo de la ley y en el cauce vital de la democracia. En la Europa de nuestros días, renovado bastión de nuestra civilización, Italia ha resurgido otra vez como la imagen ejemplar del derecho y de la justicia, retoño viril de las instituciones romanas.

Con su historia y con su ejemplo, Italia nos señala claramente el camino. Contra la penetración de ideologías ajenas a la sensibilidad nacional de los pueblos, no hay otro medio de lucha que fortalecer los vínculos espirituales que nacen en su tradición, se nutren del sentimiento religioso y crecen a favor de los valores éticos por ellos fundados.

Para que el hambre y el desamparo de las poblaciones no las transformen en fácil presa de corrientes extrañas a la nacionalidad, pero que enarbolan banderas de reivindicación gratas a su apetencia de justicia, se hace necesario fortalecer la economía en sus rubros básicos, creando incesantemente fuentes de trabajo y abriendo ante el pueblo una clara perspectiva de seguridad económica para todos y de plena independencia para la patria.

El ejercicio constante de la libertad y la práctica honrada de la democracia son el mejor antídoto contra el extremismo disolvente. Solamente cuando la democracia pierde la fe en sí misma y se deja perturbar por la irritación, la impaciencia y el temor, sus enemigos sacan fuerzas de esta debilidad y la ponen en peligro. El mundo saluda en Italia la suprema sabiduría y la suprema fortaleza de su Estado nacional y democrático, regido por la vara igualitaria de la ley.

A esta Italia de tan larga experiencia histórica en la lucha por el derecho y la unidad nacional, no puede serle extraño el denodado esfuerzo del pueblo argentino por afianzar su cohesión interna, resañar viejas heridas y retornar a la vida integral de la democracia. En mi viaje del año pasado relaté a mis interlocutores italianos las peripecias de esta lucha y encontré en ellos la más completa comprensión. Hoy puedo decir a nuestros ilustres huéspedes que persistimos en ese propósito y que ya es conciencia definitiva en todos los sectores de nuestro pueblo, que el sostenimiento del Estado de derecho es

condición indispensable de nuestra supervivencia y superación como nación civilizada.

También anuncié la inquebrantable decisión de nuestro pueblo de poner orden en las finanzas públicas, estabilizar la moneda y acometer un vasto plan de desarrollo económico como una de las metas irrenunciables del esfuerzo nacional.

Tengo la satisfacción de decir ahora que hemos realizado grandes progresos en este último año. Nuestro signo monetario mantiene su estabilidad, ha mejorado considerablemente nuestra posición en la cuenta de reservas de oro y divisas, y el notable incremento en la producción de petróleo (producimos tres veces más que en 1958) ha significado un importante alivio en nuestra balanza de pagos al reducirse en proporción nuestras importaciones de combustibles líquidos. Ahora hemos iniciado la batalla de la siderurgia, con la puesta en marcha del primer alto horno de San Nicolás y con la adjudicación de la explotación de los yacimientos de Sierra Grande. Al mismo tiempo, ha entrado en ejecución un plan vial que para 1964 dotará al país de una red de caminos de 15.000 kilómetros más que los que contamos actualmente, transformando radicalmente el sistema de comunicaciones internas. A todo ello debe agregarse el constante flujo de capital extranjero a nuestra industria.

Los italianos, mejor que nadie, saben de este valioso aporte extranjero a nuestro desarrollo económico. Tenemos la inmensa satisfacción de declarar que el capital y la técnica de Italia se han identificado de tal modo con la economía nacional, reinvertiendo en nuestro país sus utilidades, que podemos considerar este aporte italiano como una rama inseparable de nuestro propio capital nacional.

Esta es la oportunidad de que los centros financieros europeos y, especialmente, los de Italia, encuentren en nuestro país nueva oportunidad para impulsar realizaciones que los honrarán por ser los sólidos puntales en que se sostendrá una economía joven. Revertirán al mismo tiempo en la economía italiana no solo con el aporte de sus legítimas ganancias, sino con la expansión de un mercado que será cada vez más comprador de los productos de vuestra península y de la técnica misma que el genio latino va perfeccionando.

La Argentina ofrece a esos capitales la seguridad jurídica que emerge del estricto cumplimiento de la ley y los convenios internacionales. Les ofrece también el más vasto campo de acción para que desplieguen en él todo el ingenio de la iniciativa.

Sé que no necesito reclamar de nuestros amigos italianos que redoblen su aporte a la expansión argentina. Ellos son los más entusiastas admiradores y colaboradores del esfuerzo de nuestro pueblo y no me cabe duda de que nuevos capitales y centenares de técnicos italianos seguirán arribando a nuestro suelo. Contamos con esta contribución como algo natural y definitivo en nuestros planes.

Solo quiero terminar con una reflexión que atañe por igual a italianos y argentinos, como miembros de una comunidad histórica inspirada en los ideales cristianos de Occidente.

El mundo que contemplamos es un mundo que marcha de prisa. Millones de seres humanos, en los más diversos lugares del planeta, están lanzados a una empresa y no han de retroceder. Quieren auténtica libertad, independencia efectiva, democracia integral, bienestar y prosperidad para todos. Este despertar es significativo de toda nuestra época y constituye el acontecimiento capital de la segunda mitad del siglo XX. Asumiré formas diversas y ritmos diferentes. Las modalidades nacionales, las tradiciones y costumbres de cada país le imprimirán caracteres propios. Pero el proceso es universal e incontenible. Su evolución no es cosa que interese solamente a esos pueblos: la humanidad entera está atada a ese designio. Como integrantes del acervo cultural y ético de Occidente, debemos preocuparnos de la respuesta que esa inquietud multitudinaria provocará en las naciones más avanzadas de nuestro mundo occidental.

La respuesta no puede ser tímida, ni tardía, ni temerosa. Debemos ser agresivos, de la única manera que la agresión se justifica ante la historia: cuando promueve el progreso en lugar del estancamiento; cuando crea, en lugar de destruir; cuando marcha del brazo con la esperanza de los pueblos, en lugar de oponerle barreras y mordazas; cuando eleva la vida moral, en vez de conducir a la degradación.

Conforta nuestro espíritu comprobar que los dirigentes más esclarecidos de las grandes potencias occidentales han comprendido la

necesidad de pasar a la ofensiva. Las propias economías de esas grandes potencias ya no pueden descansar sobre un esquema de simple defensa militar, sin estar expuestas al estancamiento y al retroceso. Necesitan expandirse sobre la única vía abierta a esa expansión: la creación de nuevos mercados en los países subdesarrollados. Nuevos mercados que ya no pueden ser los antiguos mercados coloniales, abastecedores de materias primas, pauperizados y atrasados, sino entidades nacionales lanzadas a la dinámica de un rápido, de un impostergable desarrollo económico integral. Solo la alta capacidad de compra de estos nuevos mercados puede asegurar el crecimiento normal de las economías de las grandes potencias, porque el propio mercado interno –despojado de la inyección artificial de la economía de guerra– no alcanza a absorber la colosal capacidad productiva de la técnica moderna.

Sabemos que la inagotable fuerza espiritual de la que está dotada nuestra civilización cristiana ha de llevarla a la cabal comprensión de este problema, de la solución de la cual depende su destino inmediato.

La disyuntiva es dramática y no admite dilación. El destino de nuestra comunidad de valores morales y materiales se resolverá en los próximos diez años, no en los próximos cien años.

Permitid, señor Presidente, que desde este lugar del continente de Colón, un argentino entre veinte millones exprese su confianza en la unidad de nuestras naciones en la hermosa, en la heroica aventura de redimir a los pueblos de un atraso que la historia ya no consiente.

Señor Presidente:

El pueblo argentino os ha tributado, junto con vuestra ilustre comitiva, la calurosa recepción que merecía tan egregia representación del pueblo y la nación italianos.

El lenguaje espontáneo y sincero del pueblo es más elocuente que todos los discursos. Habéis comprobado, Excelentísimo Señor, el perdurable afecto y la profunda admiración que sienten los argentinos por Italia y sus hombres.

Amamos la Italia eterna de la gran cultura ancestral y la Italia dinámica y progresista de nuestros días, ejemplo universal de vida del

espíritu, del trabajo fecundo y del ingenio sin par, lanzada a un porvenir de segura grandeza.

Brindemos por nuestros ilustres huéspedes, por la amistad cada vez más fraternal de nuestros pueblos, por la prosperidad de Italia y la felicidad personal de su eminente Presidente y su distinguida esposa.

La Argentina será una gran nación

Mensaje leído ante la Asamblea Legislativa reunida en la Cámara de Diputados de la Nación, el 1º de mayo de 1961

En cumplimiento de lo prescrito por la Constitución Nacional, vengo a dar cuenta a Vuestra Honorabilidad del estado de la Nación y a proceder a la apertura del período ordinario de sesiones.

En la memoria de la labor cumplida por los ministerios, secretarías y organismos dependientes del Poder Ejecutivo, podrán apreciarse los resultados de nuestra gestión en el último año. Por ese motivo no me detendré en la enumeración de las medidas de gobierno.

Hoy comienza el cuarto año de nuestro mandato. Estamos, pues, exactamente en la mitad del camino y esta circunstancia me permite señalar que se cierra una etapa de nuestra acción gubernativa y se inicia otra de diferentes características. La primera etapa fue de difícil, penosa y ardua reconstrucción; la segunda debe ser de amplia consolidación y concretas realizaciones proyectadas hacia el futuro. El duro esfuerzo que hemos exigido de todo el pueblo argentino debe rendir los frutos prometidos. De tal modo, en esta segunda mitad de nuestra gestión quedarán asentadas las bases definitivas de la transformación del país, para que nuestros sucesores gobiernen una nación en auténtica soberanía, irrevocablemente lanzada en el camino de su vigor espiritual y de su poderío material.

I. Nueva etapa

En los tres años que hoy comienzan, insistiremos con terquedad y confianza en unir a todas las fuerzas creadoras de la Nación, sin dis-

tinción de partidos ni sectores, para ejecutar solidariamente, fraternalmente, la histórica misión de convertir a la Nación Argentina en una de las más prósperas, cultas y felices del mundo. Así como no hicimos hincapié en la filiación política de quienes fueron llamados a colaborar en nuestra gestión, no nos preocupa preguntarnos cuáles han de ser los partidos o los hombres que, dentro del juego regular de las instituciones, asumirán la honrosa responsabilidad de servir a su pueblo en tan hermosa perspectiva. Lo que sí nos importa fundamentalmente, es la continuidad de una política que asegure la realización de los grandes objetivos nacionales. Estamos persuadidos de que la magnitud de la empresa y el patriotismo de los argentinos se impondrán para entonces, en forma definitiva, sobre las pasiones que hasta ahora nos han dividido y paralizado. El pueblo entero estará en marcha, cualesquiera sean sus guías transitorios. Y nuestra generación, la generación que se debatió contra el atraso y la intolerancia, se sentirá sobradamente recompensada al contemplar a las generaciones venideras forjando la gran patria que soñamos. Esta no es una visión utópica. Si tenemos el coraje y la resolución de seguir trabajando por la conciliación de la familia argentina, la transformación que se habrá operado en el país creará el clima espiritual y las condiciones objetivas de esa gran coincidencia patriótica que los pueblos consuman cuando sienten el llamado de la historia. Los argentinos debemos estar absolutamente convencidos de que somos ya y seremos en el futuro, de modo pleno, un gran país. Esto lo siente mi generación con profunda pasión argentina y humana. Tengo inmensa fe en las inagotables reservas morales de nuestro pueblo para vencer, con la ayuda de Dios, sus actuales vicisitudes.

Permitidme que sintetice los resultados de la etapa que hoy se cierra. Mencionaremos, a grandes rasgos, sus aspectos positivos. Pero no omitiremos sus aspectos negativos, ni los errores de acción y de omisión que hemos cometido. De esta crítica debe surgir, fundamentalmente, el plan de la acción futura, que hará posible concretar los ideales nacionales.

II. Punto de partida

Como consecuencia de un largo proceso de desviaciones institucionales y de errores económicos, debimos asumir el gobierno de un país estancado en lo material y dividido por hondas disensiones espirituales. Para rescatarlo de la parálisis económica y la bancarrota financiera, era menester que todo el pueblo hiciera enormes sacrificios. Para superar sus antagonismos y rencores era necesario que todos nos armáramos de una gran dosis de tolerancia y de paciencia, y de cotidiano amor al país. La respuesta del pueblo, si la contemplamos en la perspectiva de estos tres años, ha sido admirable. Podemos estar orgullosos de la conciencia nacional de las mujeres y los hombres de nuestro pueblo.

Aceptaron el desafío histórico y apoyaron, mucho más de lo que podía exigirse de ellos, los planes económicos, políticos y sociales del Gobierno. Los graves antagonismos políticos, la dispersión del movimiento sindical, las proscripciones y restricciones del ejercicio pleno de los derechos ciudadanos, eran males que no podían superarse en pocos meses. El retorno a la vida democrática y a la legalidad integral era un proceso necesario, pero largo y penoso. Con honda y sabia intuición, el pueblo supo comprenderlo y aceptarlo.

III. Factores negativos

No hubo la misma comprensión en todos los sectores. La historia de estos tres años registra la acción negativa de extremistas e impacientes que no comprendieron y resistieron el esfuerzo del Gobierno para asegurar los beneficios de la democracia y de la ley a todo el pueblo argentino. Disturbios sociales, provocados por elementos políticos infiltrados en la vida sindical, así como la acción perturbadora del comunismo, forzaron al Gobierno a tomar medidas de excepción en defensa del orden y de las instituciones democráticas. La actitud del Gobierno en favor de la conciliación nacional y la abolición de las

proscripciones políticas y sindicales fue interpretada como signo de debilidad por algunos y como indicio de especulación electoral por otros. En un ambiente caldeado por antiguas pasiones, no era fácil convencer a todos de que no hay otra manera de retornar a las prácticas sustanciales de la democracia que restaurar el imperio igualitario de la ley. La persecución requiere verdugos, pero también fabrica mártires. Quisimos y queremos, con todas nuestras fuerzas, edificar una nación sin mártires ni verdugos.

Durante tres años, esta aspiración de nuestro espíritu, que nace de la más entrañable tradición cristiana de nuestro pueblo sufrió los embates de la demagogia, el terrorismo, la subversión, la diatriba y las amenazas de diferentes sectores. Debimos implantar el estado de sitio y el Plan Conintes, reprimir la subversión y prevenir la anarquía. Los móviles políticos y la apetencia de poder llevaron a sectores adversos entre sí hasta proponerse apartar a las Fuerzas Armadas de la Nación de su misión de guardianes de la ley y de la integridad republicana. Pero esos intentos se estrellaron contra el patriotismo, la devoción democrática y el sentido de responsabilidad histórica de sus cuadros en todas las jerarquías.

El Poder Ejecutivo no perdió la calma, ni abdicó de sus prerrogativas, ni salió del marco responsable de la Constitución. Le bastó con aplicar la ley y con ejercer su autoridad legítima, sin excesos ni apresuramientos. Pero en este esfuerzo por defender la legalidad consumió energías y perdió un tiempo valioso que restó a la ejecución intensiva de sus planes de gobierno. No se puede gobernar eficazmente cuando incesantemente hay que prevenir la conspiración o el motín, combatir el sabotaje y el terrorismo de elementos criminales o rechazar la impaciencia de quienes, en procura de una supuesta perfección, quieren destruir lo posible.

El país es un organismo vivo, complejo y sensible, que se desconcierta y sufre con cada uno de estos episodios. Los trabajadores y los empresarios ven interrumpido el proceso de la producción, con las cuantiosas pérdidas que ello supone para el patrimonio y los ingresos de todos los sectores sociales. Se intranquiliza el consumidor, el

inversor, el funcionario. Hasta la labor escolar resulta perturbada por las pasiones que llegan de la calle. El país, que necesita trabajar a un ritmo acelerado para recuperar el tiempo perdido, vuelve a perder confianza. El prestigio internacional de la República, que fue y es uno de los más altos propósitos de nuestro gobierno, detiene su marcha ascendente y sufre grave deterioro en lo moral y en lo material.

IV. Lo ya cumplido

En este cuadro, de periódica zozobra, el pueblo argentino ha hecho conquistas decisivas. Voy a enumerarlas sucintamente y me referiré, al mismo tiempo, a lo que el Gobierno no pudo o no supo hacer, porque cumple a nuestra lealtad hacia el pueblo reconocer errores y asumir responsabilidades.

1. En el orden político: convivencia

El afianzamiento de la realidad es un hecho indiscutible, a pesar de los altibajos señalados. Cunde en todos los sectores la conciencia de que no hay soluciones fuera del orden constitucional. El estado de sitio y el Plan Conintes se han aplicado con criterio restrictivo, sin limitar inútilmente las libertades individuales y las garantías constitucionales que protegen los derechos de opinión, de reunión, de asociación y otros igualmente fundamentales. Se ha asegurado la más amplia crítica a la gestión del Gobierno y sus funcionarios. Se han realizado en todo el país elecciones absolutamente libres. En estas elecciones han participado todos los partidos tradicionales y muchas agrupaciones nuevas inscriptas en conformidad con las leyes vigentes. Ha triunfado el partido del Gobierno en algunos de los comicios. En otros ha triunfado el radicalismo del pueblo, los conservadores o los socialistas. Diversos partidos están representados en las legislaturas y en los concejos comunales. La oposición gobierna en una provincia, está

representada en el Senado de la Nación y ha acrecentado su gravitación en la Cámara de Diputados de la Nación.

La vida cívica argentina no será totalmente democrática mientras subsistan sectores políticos privados de concurrir al comicio. Este extrañamiento tiene por causa la negativa de esos sectores a aceptar y acatar la plena vigencia del orden constitucional. Todos los argentinos debemos aplicar sin retaceo nuestro esfuerzo para conseguir que no haya exclusión alguna dentro de la comunidad político-social del país. Para ello, el Gobierno y el pueblo deben proseguir con doblada energía la acción tendiente a afirmar la plena vigencia de la legalidad, sin concesiones que faciliten su quebrantamiento, pero también sin temor a los riesgos que podrían sospecharse en el necesario ensanchamiento de la base democrática de la comunidad.

El Congreso y las legislaturas han debatido y sancionado leyes relacionadas con fundamentales aspectos de la vida nacional, tanto en lo espiritual y cultural cuanto en lo político, lo institucional y lo económico. Han realizado asimismo una esclarecedora labor de crítica, de control y de orientación.

Por su parte, el Poder Ejecutivo ha colaborado con los otros poderes en un plan de absoluto respeto a sus prerrogativas constitucionales. Atento a todas las manifestaciones de la opinión, ha dialogado y continuará dialogando con todos los partidos, con los sectores empresarios y obreros, con todo aquel que desee sugerir una iniciativa de bien público. El Poder Ejecutivo no omitirá esfuerzos por afirmar y fortalecer esta fecunda convivencia democrática, base indispensable de las grandes conquistas espirituales y materiales de la Nación.

La vía de la crítica para obtener la rectificación de los errores o los abusos de los mandatarios y funcionarios está absolutamente garantizada, en una medida que reconoce muy pocos precedentes en la vida institucional de la República y hasta en otros países del mundo. Esta comprobación indiscutible ha servido para desacreditar definitivamente a quienes prefieren el golpe de Estado al proceso legal de la democracia. Nadie tiene derecho a reemplazar la voluntad popular libremente expresada en los comicios, salvo cuando esta

voluntad popular no puede manifestarse o está cerrado el camino de las urnas.

2. En el orden económico: estabilización

En el orden económico se ha conseguido estabilizar el valor de la moneda. Al establecerse el cambio libre, su valor experimentó un brusco descenso, pero desde setiembre de 1959 hasta ahora se ha mantenido en un nivel invariable, con el consiguiente efecto beneficioso en la seguridad de las transacciones internas y externas. Asimismo, tiende a estabilizarse el costo de la vida, que también sufrió un ascenso considerable al tomarse las primeras medidas de saneamiento financiero y al suprimirse los precios políticos, los subsidios y todo el sistema de cambios artificiales.

El índice de aumento del costo de la vida fue en 1960 de solo un 12%, uno de los más reducidos de los últimos años.

Sin embargo, la tendencia alcista ha reaparecido recientemente. El índice del aumento del costo de la vida según estimaciones provisionales ha llegado en el último mes de abril a ser del 2,5% mayor que en diciembre de 1960, lo que pone en evidencia que no habrá estabilización consolidada mientras no se resuelva el problema planteado por el déficit del presupuesto.

Uno de los aspectos más importantes de la política de estabilización ha sido la recuperación de las reservas de oro y divisas. Al 31 de diciembre de 1958, ascendían a 179 millones de dólares, la cifra más baja en las últimas décadas. Apenas alcanzaban para financiar un bimestre o algo más de las importaciones indispensables. Se estaba al borde de la cesación de pagos. Hoy, las reservas superan los 740 millones de dólares. En el año 1960 aumentaron en más de 300 millones. Cabe señalar que en esta sensible mejoría de nuestro balance de divisas ha sido factor importante el ingreso proveniente de la repatriación de capitales argentinos que habían emigrado al exterior, lo que demuestra el renacimiento de la confianza en el progreso nacional.

Otro síntoma elocuente de la recuperación del crédito internacional argentino es el aflujo creciente de capitales extranjeros. Hasta la fecha se han aprobado radicaciones por un valor superior a los 650 millones de dólares. Este es un hecho sin precedentes en la historia económica de la Nación. Adquiere mayor relevancia si consideramos que el mayor volumen de las radicaciones se ubica fuera de la zona del puerto de Buenos Aires.

Nuestro comercio exterior se desarrolla con caracteres que nos permiten ser moderadamente optimistas. Sin embargo, el saldo del intercambio ha sido en 1960 desfavorable en 110 millones de dólares, cifra que, aunque sea muy inferior al saldo negativo de más de 300 millones que se registró en 1957, no por ello puede dejar de preocuparnos.

En la formación del saldo negativo del año pasado incidió en gran medida el aumento de un 20% en las importaciones con relación a 1959, con este signo provisor: se está modificando la composición de nuestras importaciones en un sentido netamente favorable al desarrollo industrial del país. El rubro "maquinarias" insume ahora el 43%, en lugar del 24% que representó en el año 1957. En cambio, el rubro "combustibles y lubricantes", que en 1957 representó el 24% del total, en 1960 se redujo al 13%. El año próximo, habiéndose obtenido ya el autoabastecimiento en este sector básico, podrán importarse más bienes de capital para re-equipar y abastecer a nuestra industria.

También es digna de señalarse la tendencia al aumento en el volumen y el valor de nuestras exportaciones y una sustancial mejoría en los términos de intercambio.

3. En el orden social: independencia del movimiento obrero

Sostuvimos, antes y después de asumir el gobierno, que no hay desarrollo nacional sin la colaboración activa de los trabajadores organizados, sin su participación en la distribución equitativa de la mayor riqueza producida por tal desarrollo. Para que los niveles de vida de la población asciendan paralelamente con el incremento del producto

bruto nacional, es necesario que la clase trabajadora se interese en el aumento de la producción y actúe con sus organizaciones en los lineamientos de la política económica y social. De esta manera, las dos fases de la emancipación del país, la económica y la social, se corresponden exactamente. El bienestar del pueblo es así el resultado directo del desarrollo económico de la nación en su conjunto.

Esta participación activa del trabajo en el proceso nacional exige un movimiento obrero unido, organizado y liberado de toda sujeción a intereses extraños y, especialmente, de toda atadura a la maquinaria del Estado.

Trabajamos desde el primer día por restaurar la independencia y la unidad del movimiento obrero. Tuvimos que luchar contra la incompreensión de muchos sectores, incluso de dirigentes de los propios trabajadores. Atribuyeron al Gobierno móviles de mezquino electoralismo, quienes subestiman la conciencia de los trabajadores y quieren mantenerlos divididos y desorganizados para que sirvan intereses facciosos.

La confusión y el sectarismo retardaron tres años un proceso que el Gobierno procuró que se realizara en pocos meses. Nosotros nunca dudamos del resultado, pues confiamos en la madurez de criterio de los trabajadores argentinos y en su profundo sentido nacional. El proceso ha sido difícil y enfrentará dificultades por algún tiempo. Pero la restitución de la Confederación General del Trabajo, realizada el 16 de marzo último, señala el auspicioso comienzo de la estructuración democrática del movimiento obrero completamente independiente y dispuesto a luchar por la conquista de los grandes objetivos de la nacionalidad.

Nunca intentó el Gobierno negociar, ni siquiera condicionar, este retorno de los trabajadores a la conducción de sus sindicatos y de su entidad central. Hubiera sido doblemente reprobable e inútil intentar con los trabajadores una maniobra política que el Gobierno no ha intentado con sector alguno de la Nación.

El Gobierno no quiere prosélitos, ni aliados políticos. Ha dado de ello sobradas pruebas. El Gobierno solo busca aliados para la causa de la Nación, no para sí ni para su partido. La forma honrada y desprovis-

ta de cálculos con que hemos realizado este acto de normalización sindical, ha eliminado suspicacias y equívocos del campo gremial, y debiera ser prueba concluyente de que ninguna especulación subalterna inspira nuestros actos de gobierno.

4. En el orden internacional: autodeterminación

Estamos realmente satisfechos de la labor cumplida en el plano internacional. En estos doce meses, el país ha señalado su presencia fuera de las fronteras en una constante afirmación de su soberanía, proyectando en el exterior los principios políticos que rigen su vida interna: legalidad, convivencia y desarrollo. Tanto en la relación con cada uno de los países del orbe como en el foro de los organismos internacionales tuvimos oportunidad de reiterar, de manera particularmente vigorosa, la adhesión argentina al principio de la autodeterminación de los pueblos, que comienza por afirmarse al dictar sin restricciones su propia política internacional.

Con no menos vigor hemos ratificado la posición que corresponde a la Argentina como nación católica y occidental, que tiene plena conciencia de su ubicación espiritual y geográfica dentro del continente y que aspira a entenderse lealmente en todas las naciones del mundo.

Nuestra política internacional, inquebrantablemente firme en la custodia de los valores espirituales que hacen a la esencia de la nacionalidad, defiende con igual tesón nuestros intereses materiales, base en que aquellos se sostienen en los hechos. Por eso creemos que es destacable cuanto hemos realizado para defender nuestra producción en los mercados exteriores, ya sea en nuestro viaje a distintos países europeos, ya señalando los riesgos de la campaña denominada Alimentos para la Paz, a la cual contrapusimos nuestra concepción de Desarrollo para la Paz. Con igual sentido adherimos a la llamada Alianza para el Progreso, que compromete a todos los países americanos en un esfuerzo común y hemos acudido a la frontera con el Brasil, a realizar la entrevista con el presidente Quadros, de cuyos proficuos resultados estamos sumamente satisfechos.

Debemos destacar la reciente visita del presidente Gronchi, durante la cual se alcanzaron coincidencias de singular importancia y, sobre todo, se puso de relieve la comunidad de ideales entre ambas naciones. Es propósito del Gobierno mantener inquebrantable en su política internacional la línea que señalan estos hechos.

5. En el orden espiritual: reafirmación de nuestra fe

Los valores morales que hacen a la esencia misma del ser nacional han tenido en este período reiterada ocasión de manifestarse en su plena vigencia, mostrando la sólida estructura espiritual de nuestra patria.

La creación científica y artística se desenvuelve sin trabas y cuenta con todo el auspicio moral del Gobierno, que además le presta la ayuda económica que le es posible en las difíciles circunstancias financieras a que se ve abocado.

La juventud argentina estudia y se prepara en los institutos públicos y privados, para llenar las necesidades de un país en desarrollo. Nuevas casas de estudio, entre ellas el Instituto Tecnológico de Buenos Aires, creado por la Armada Nacional, preparan los técnicos que el país necesita. Las universidades nacionales y los institutos de enseñanza media se orientan hacia el creciente estímulo de la investigación científica y la formación técnica de los educandos, y desarrollan una provechosa labor en medio de la modestia de sus recursos. Sin embargo, es también necesario señalar que la falta de recursos nos ha impedido prestar a la enseñanza todo el apoyo que ella requiere. Esta es una deuda que nos proponemos saldar en esta nueva etapa de nuestra gestión gubernativa.

Nunca ha sido más evidente y fecunda la acción aglutinante y apostólica de la Iglesia en el seno de nuestro pueblo, como lo han demostrado las jubilosas manifestaciones de fe religiosa de estos últimos tiempos en ocasión de celebrarse la Gran Misión de Buenos Aires y el Primer Congreso Mariano Interamericano. Esos actos cobraron singular relevancia por la presencia de grandes masas de pueblo, en todos sus

estratos, que encontró en ellos ocasión propicia para exteriorizar sus sentimientos tradicionales. Las escenas de fervor que nos fue dado presenciar entonces conmovieron nuestro espíritu y dieron la pauta de la unidad del pueblo argentino en torno de los valores imperecederos de nuestra religión, que están en la raíz misma de la nacionalidad.

Es sumamente satisfactorio consignar que el Sumo Pontífice ha creado en nuestro país once nuevas diócesis, promoviendo a arquidiócesis a dos de las ya existentes, con lo que nuestro país se pone a la altura de las necesidades espirituales de la grey católica. Esta medida pontificia es la concreción de los sentimientos expresados para con nuestro país por S.S. el Papa durante la visita que hiciéramos a la Santa Sede en el transcurso del año anterior.

6. En el área de la defensa nacional: resguardo de la soberanía

Dentro de la obligada parquedad de inversiones a que nos constriñe la falta de recursos, se ha tendido a mantener a las Fuerzas Armadas de la Nación en un nivel técnico adecuado. El Plan de Defensa Nacional, en curso de elaboración en el Ministerio de Defensa con la colaboración de las secretarías de las tres armas, procura adecuar nuestro sistema defensivo a las técnicas modernas. El Poder Ejecutivo entiende que el resguardo de la soberanía en un territorio de más de tres millones de kilómetros cuadrados con una extensa frontera y un litoral marítimo singularmente expuesto, requiere la existencia de un sistema defensivo perfectamente pertrechado. Es nuestra obligación reconocer el espíritu de sacrificio y la abnegación con que los hombres de nuestras Fuerzas Armadas aceptan una situación de hecho por la cual frecuentemente deben apelar al uso de materiales que exigen su renovación. Sabemos que los recursos que ponen a disposición de la defensa nacional no están de acuerdo con sus necesidades. Es esta otra deuda que el país debe saldar tan rápidamente como la promoción de la riqueza nacional lo permita, porque es la primera obligación de los pueblos resguardar su soberanía, atendiendo eficazmente a la defensa nacional.

V. El año del petróleo

Hemos aludido al autoabastecimiento en materia de petróleo y gas. Este hecho es de por sí fundamental y decisivo para nuestro desarrollo.

En tres años la producción de petróleo y gas aumentó en más de un 75%. En 1960 alcanzó la cifra de 11,5 millones de metros cúbicos, lo que representó más del 67% del consumo. Ahora estamos en el nivel de autoabastecimiento y la política petrolera actual tiende a asegurar que este se mantenga en el futuro previendo que el desarrollo económico exigirá cada vez mayor consumo de combustibles.

Este ha sido el año del petróleo. En su transcurso se ha ganado la batalla por el autoabastecimiento y hoy podemos presentar con orgullo a las jóvenes generaciones un nuevo mapa del país, en el que los yacimientos petrolíferos y el tendido de oleoductos y gasoductos marcan con firme trazo los caminos del desarrollo nacional y muestran la vigencia plena de la soberanía. Con esta política hemos incorporado a la vida de la Nación zonas hasta ayer olvidadas y se ha quebrado, definitivamente, una estructura económica que nos sujetaba al extranjero.

Las metas alcanzadas con el petróleo valen por su significado propio, pero se presentan también a nuestros ojos como una lección práctica, suministrada por los hechos.

La metodología seguida respecto del petróleo señala el camino de las próximas realizaciones.

Este éxito constituye un desafío para que con igual vigor despertemos las otras riquezas dormidas de nuestro vasto territorio e iniciemos la obra sabiendo que podemos realizarla. Para negarnos ante esta incitación ya no podríamos tener el pretexto de la insuficiencia de nuestra fuerza. Si pudimos hacer lo más, es obvio que debemos realizar el resto.

El petróleo y la radicación de nuevas industrias en el interior del país han roto para siempre el esquema de un país pastoril con un solo centro fabril erigido en torno al puerto de Buenos Aires. La geografía económica argentina se está modificando rápidamente. Pronto serán leyendas la desolación de la Patagonia y la pobreza crónica del Norte.

Nuevas ciudades y centros de producción se formarán a lo largo de los gasoductos y de las líneas de alta tensión, como antes se formaban a lo largo de las vías férreas.

El plan carretero dotará al país de un mínimo de 13.000 kilómetros de nuevos caminos pavimentados para 1964.

Este progreso vial transformará las comunicaciones entre los diversos centros productores y sus mercados internos, integrando la economía del interior sin supeditarla a la centralización porteña.

Ya se han dispuesto la licitación y adjudicación de obras por valor de 15.000 millones de pesos, cuya ejecución se iniciará en los próximos dos meses. A este volumen de obras hay que agregar, naturalmente, el que resulta de la acción de los gobiernos provinciales, que, en algunos casos, es de significación muy considerable.

En materia de política agropecuaria hemos tenido en cuenta que el impulso industrial que estamos dando al país se resentiría grandemente si no acrecentáramos y mejoráramos la producción agropecuaria, que tan decisiva importancia tiene para el fortalecimiento de la economía nacional. Como todos los años, se establecieron precios de sostén para los granos y se trata de contrarrestar el deterioro de la calidad de algunos de ellos ocasionado por el avance de distintas plagas.

El uso cada vez mayor de herbicidas y de plaguicidas, en general, pone de relieve la necesidad de fomentar por todos los medios la química pesada. He aquí un rubro derivado de la producción petrolera y que establece un lazo más entre la industria y la labor agropecuaria que están indisolublemente unidas y fluidamente relacionadas.

Hemos defendido por todos los medios la colocación de nuestra producción agrícola en los mercados de ultramar, seriamente afectados por la política seguida por nuestros tradicionales compradores y por la competencia de los excedentes norteamericanos. El mismo criterio se siguió con las carnes, cuya producción ha mejorado, como surge de la recuperación de los planteles y la aplicación de métodos científicos en la producción. En ese sentido, es destacable la acción de CAFADE (Comisión Nacional Administradora del Fondeo de Apoyo para el Desarrollo Económico) y del INTA (Instituto Nacional de Tec-

nología Agropecuaria), entidades que cada día ganan más prestigio entre nuestros ganaderos.

El mejoramiento y la ampliación de la industria frigorífica tiene por objeto la realización integral del proceso industrial en plantas radicadas en el país. Este objetivo demanda un gran esfuerzo de los productores, industriales y trabajadores de la carne; pero necesita, asimismo, que el Gobierno cree las condiciones en que tal esfuerzo pueda prosperar.

El papel fundamental que cabe a este rubro de la producción en la obtención de las divisas imprescindibles para la expansión nacional, justifica plenamente el esfuerzo que habrá que realizar. Es evidente que en la materia nos encontramos muy alejados de los objetivos que nos hemos propuesto, que son los de llevar la tecnificación del agro hasta sus últimas consecuencias.

VI. Inflación y burocracia

Hasta aquí nos hemos referido solamente a algunos de los hechos concretos que señalan la recuperación económico-financiera del país en estos tres años. Esos avances no son desdeñables, si tenemos en cuenta el punto de partida y las perturbaciones que han retardado tanto la acción oficial como la privada. Pero no deseamos eludir nuestra propia responsabilidad: pudo haberse hecho más y haber impreso un ritmo más dinámico a otros aspectos fundamentales del desarrollo.

No estamos satisfechos con la obra realizada para combatir la inflación. Si bien hemos reconocido que la inflación es el peor enemigo del ahorro nacional y de los ingresos reales de la población y hemos señalado que la fuente primordial de la inflación crónica son los gastos improductivos del Estado, no hemos actuado con energía para suprimir este foco inflacionario. Es cierto que heredamos una estructura económica social deformante. En 1955, más del 10% de la población activa del país desempeñaba puestos en la administración

pública o en las empresas estatales. Por otra parte, el déficit de estas empresas, calculado para 1961, asciende a 29.200 millones de pesos, de los cuales 17.000 millones corresponden a los ferrocarriles.

Tenemos la obligación de señalar que la solución del problema creado por el enorme déficit fiscal radica, en gran parte, en la solución que demos a otro gran problema de la economía argentina. Tal es el de los transportes. Porque es cierto que debemos levantar la mitad de las vías ferroviarias. Con ello y con la eliminación del personal superfluo nos acercáramos rápidamente al equilibrio procurado. Si al mismo tiempo procedemos con energía y rapidez a construir la red vial proyectada, esa labor absorberá la mano de obra liberada por la racionalización ferroviaria y de la administración general. Esto, que no se ha hecho hasta ahora, tiene primera prioridad en el futuro inmediato.

Es necesario revisar la actuación de todas las empresas del Estado y en forma más señalada sus financiaciones.

Ellas no deben contar para sus inversiones con la provisión de fondos del Tesoro Nacional, porque este no puede proporcionárselos. El criterio a seguir consiste en poner en manos privadas los rubros que demande la expansión de esas empresas, mediante la contratación adecuada de servicios. Si este criterio no se pone en práctica en forma inmediata, no podrá ser contenida la inflación, ya que el Estado se verá constantemente obligado a emitir moneda para satisfacer las inversiones que dispongan las empresas estatales.

Tampoco estamos satisfechos de lo realizado en la coordinación de las comunicaciones terrestres y fluviales, en la reestructuración de los ferrocarriles y en la modernización del transporte en general. No ha habido ningún progreso sensible en estas materias y la población tiene razón en protestar debido a las pésimas condiciones en que debe viajar, especialmente en el cotidiano desplazamiento a los lugares de trabajo. Aun considerando las enormes dificultades que hallamos al hacernos cargo del gobierno, no hemos hecho todo lo necesario para corregir la situación, por lo menos en forma transitoria, hasta que se pueda encarar la solución de fondo.

Es verdad que se han adoptado medidas por las cuales la burocracia ha disminuido en más de 75.000 agentes, hecho registrado por primera vez en las últimas décadas.

Sin embargo, el aparato burocrático sigue siendo frondoso, ineficiente y, en algunos casos, perjudicial para la actividad flexible y ágil de la administración en sus relaciones con la producción nacional.

Estamos en mora respecto de la racionalización de la administración pública y de los servicios públicos a cargo de empresas estatales. No estamos tampoco satisfechos del ritmo de la producción siderúrgica y carbonífera. Hemos perdido tiempo en incrementar la primera y estamos estancados en la segunda.

En la nueva etapa, el acero y el carbón figuran también en la primera línea de las prioridades. En cuanto a la siderurgia, la iniciación de la explotación de los yacimientos de Sierra Grande y el comienzo de la actividad del primer alto horno en San Nicolás constituyen hechos auspiciosos cumplidos en esta etapa del gobierno.

La explotación del carbón tendrá que hacerse al ritmo inicialmente proyectado. Los magros resultados alcanzados hasta ahora constituyen una advertencia que el Gobierno tiene la obligación de atender. No escatimaremos esfuerzo alguno para proveer al país del carbón que necesita, arrancándolo de las minas en que yace.

VII. Un programa concreto

Señores senadores, señores diputados:

La lucha ha sido ardua, pero nuestro ánimo no decayó nunca, porque teníamos una fe ilimitada en el pueblo, en el patriotismo de todos los argentinos, aun de aquellos que nos combaten y censuran. Hoy podemos decir que el país pisa en suelo firme para dar el gran salto hacia el futuro. En tierras extranjeras he recogido de estadistas y hombres del pueblo palabras de respeto por la clara posición internacional de la Argentina, de hondo afecto por nuestra patria, de ilimitada confianza en su destino y de reconocimiento del esfuerzo

y sacrificio cumplido por nuestro pueblo para alcanzar la recuperación económica, como así también de encomio por la energía e imaginación puestas de relieve en la conducción de esa política.

En nuestro ámbito propio, cada día se afianza en todos los sectores el concepto de que nuestra dramática lucha por afirmar la legalidad y el orden republicano no es un acto de defensa de un gobierno, sino de defensa de la Nación como entidad histórica indestructible.

El Gobierno tiene aún tres años por delante para cumplir el programa básico que se ha trazado. El país tiene muchos más para consolidarlo y engrandecerlo. Pero de lo que hagamos ahora depende no solo el futuro inmediato, sino el porvenir nacional. En consecuencia, pido a los representantes del pueblo argentino y a los millones de hombres y mujeres de mi patria, que nos ayuden a alcanzar, en los próximos tres años, los siguientes objetivos principales:

- 1) Afirmación de los valores espirituales.
 - Defensa de los principios morales básicos de la comunidad argentina.
 - Ratificación y fortificación del sentido de la nacionalidad.
 - Preocupación especial por la familia y la juventud.
 - Preservación de la tradición religiosa de nuestro pueblo.

- 2) Estado de derecho.
 - Consolidar el Estado de derecho.
 - Derogar las leyes de excepción y asegurar los beneficios de la libertad y del orden jurídico para todos los argentinos.
 - Mejorar las instituciones jurídicas.

- 3) Finanzas y transportes.
 - Concluir el saneamiento de las finanzas públicas y eliminar el déficit fiscal.
 - Racionalizar las empresas de servicios públicos con la cooperación activa de su personal. Transferir a la actividad privada, en forma urgente, los servicios no esenciales, cuya

prestación pueda ser ejecutada más económicamente por contratistas privados.

- Coordinar las obras viales con la red ferroviaria y el transporte fluvial y aéreo. Construir 13.000 kilómetros de nuevos caminos y 40 aeropuertos y reducir la red ferroviaria al trazado troncal de larga distancia. Adoptar una política de aviación comercial, nacional e internacional, que responda a las necesidades del transporte y el comercio argentinos y a la intercomunicación del país.
- Modernizar y ampliar el transporte urbano y suburbano de la Capital Federal.

4) Siderurgia y carbón.

- Producir en 1964 4 millones de toneladas de acero y un millón de toneladas de carbón.

5) Energía.

- Elevar en un 60% para 1964 la capacidad instalada de energía eléctrica y construir usinas hidroeléctricas que abastezcan en el futuro las necesidades de un país en expansión, entre ellas la represa de El Chocón.
- Terminar la construcción de las centrales Florentino Ameghino, Nihuil II, Río Tercero, Salto y otros proyectos en marcha actualmente.

6) Petroquímica. Celulosa.

- Promover las condiciones favorables a la aceleración de la instalación de las plantas petroquímicas que están en ejecución y la instalación de fábricas de celulosa y papel de diario, de soda solway y soda cáustica, de modo de cubrir el consumo local de esos productos y eliminar su importación.

7) Petróleo.

- Intensificar la producción de petróleo y gas natural para asegurar el autoabastecimiento futuro.

- Política aduanera concebida con criterio económico y no simplemente fiscal; nueva tarifa de avalúos en reemplazo de los actuales recargos.
- 8) Producción industrial.
- Estimular la producción industrial, que empieza a recuperarse después de las declinaciones sufridas en los últimos años.
 - Asegurar la más firme protección a la industria.
 - Liberalizar el crédito bancario en forma paulatina, canalizándolo hacia inversiones básicas.
 - Estimular la exportación, perfeccionar y ejecutar las facilidades del *drawback*, eximir de impuestos a nuevas industrias y a las que se instalen en el interior.
- 9) Conciencia marítima y aérea.
- Necesidad impostergable de inculcar en todos los argentinos la decisiva importancia de extender nuestras posibilidades en el ámbito marítimo y aéreo como medio para afirmar nuestra soberanía y proteger ingentes riquezas del patrimonio nacional
 - Desarrollo intensivo de la industria naval y aérea.
- 10) Pesca, granja.
- Fomento de la pesca y de la producción de granja, para diversificar el consumo alimenticio de la población.
 - Política impositiva de franco fomento de esta vital riqueza argentina, para crear un nuevo e importante rubro de exportación.
- 11) Tecnificación del campo.
- Máximo apoyo a la tecnificación del agro y la producción de carne y productos agrícolas.
 - Crédito a los productores para la compra de tractores, implementos y abonos.

- Intensificación de la meritoria labor del INTA y CAFADE.
- Supresión paulatina de las retenciones a la exportación.

12) Cultura.

- Expansión y creciente cooperación con la investigación científica.
- Apoyo integral a las universidades.
- Expansión de la cultura popular.
- Difusión de la cultura argentina en el exterior.
- Acelerar el tendido de los poliductos en el norte y en el sur y hacia el litoral, con los cuales el país dispondrá, en todos los centros de producción, de combustible barato.

13) Enseñanza técnica.

- Estímulo a la enseñanza técnica, oficial y privada, para formar urgentemente los técnicos que el país necesita y asegurarles una justa retribución.
- Formación vocacional en los institutos primarios y secundarios para canalizar a la juventud hacia los estudios científicos y técnicos.

14) Trabajo y previsión social.

- Mejoramiento de las condiciones espirituales y materiales de los trabajadores.
- Cooperación creciente entre el trabajo, el capital y el Estado.
- Aplicación de las leyes de previsión social, suprimiendo trámites burocráticos. Racionalizar los beneficios asistenciales, jubilatorios y los seguros.
- Estudio de un sistema integral de previsión que contemple las necesidades sociales pero no gravite negativamente en la economía nacional.

15) Salud pública.

- Lucha permanente por el mejoramiento biológico de los argentinos en cooperación con las provincias y los organismos internacionales.

- Control y acción creciente contra las enfermedades regionales y endémicas.
- Especial protección de la salud infantil.
- Expansión integral del sistema sanitario argentino.
- Fomento de los centros de estudio de medicina social.

VIII. El esfuerzo común

Este plan mínimo de realizaciones puede y debe ser cumplido en los próximos tres años. A su término, podremos afirmar, con orgullo, que las estructuras fundamentales del país han sido transformadas radicalmente y asentada la soberanía sobre incommovibles bases espirituales y materiales.

La hazaña no será del Gobierno, simple intérprete de un designio nacional, sino del pueblo argentino. Todos los factores de la producción deberán hacer, de hoy en adelante, un esfuerzo coordinado para ejecutar este plan. Requeriremos la colaboración permanente de las organizaciones empresarias y obreras.

En cuanto a la administración pública, seremos inflexibles para exigir, de todos los funcionarios, la dedicación absoluta y diligente a la rápida operación de los proyectos referidos. El Poder Ejecutivo vigilará de cerca la puesta en marcha de las obras y designará, cuando lo estime necesario, funcionarios encargados especialmente de coordinar y acelerar las operaciones. La rutina burocrática no se interpondrá en el camino de estas realizaciones. Estamos decididos a terminar con la lentitud y la profusión de trámites administrativos.

IX. La Argentina del futuro

La Argentina que estamos edificando es una nación materialmente fuerte pero, sobre todo, espiritualmente invulnerable. Las fuerzas morales del pueblo han sido puestas a prueba y han demostrado su

sólida raigambre. Frente a la provocación extremista de algunas minorías, se han cerrado en la defensa de nuestra tradición democrática y católica.

Frente a los intentos de romper la legalidad, subvertir el orden y anarquizar el movimiento obrero, los trabajadores argentinos han dado muestras inequívocas de su madurez y de sus raíces netamente nacionales. Las Fuerzas Armadas de la Nación han superado, con energía y clara conciencia de su deber republicano, todos los episodios que pretendieron quebrar su disciplina y su acatamiento a las instituciones.

Esta Argentina en persecución de su grandeza, ha conquistado el respeto y el afecto de la comunidad internacional. Mantiene relaciones con todas las naciones de la tierra, sin excepción, y trata de incrementar su intercambio con todas ellas. La soberanía argentina es respetada por el mundo, porque la Argentina ha respetado invariablemente la soberanía ajena y no ha intentado inmiscuirse en los asuntos internos de otros pueblos.

Este pueblo que cree en Dios, que ama y vive la libertad y obedece la ley, es impermeable al contagio de cualquier extremismo. Su fuerza reside en sus tradiciones y en su viril decisión de superar el atraso, suprimir la pobreza, afirmar la soberanía nacional y vivir dignamente en paz con todo el mundo. Tiene en esas convicciones la mejor garantía de su victoria.

El programa que acabo de enunciar no es, ni puede ser, solamente el programa de un gobierno, de un partido político o de un sector social. Es un programa cuya misma grandeza de fines lo destina a ser ejecutado por toda una generación de argentinos.

La Nación ha salido ya de la inercia en que se mantuvo durante el período de las indecisiones, a través del proceso clarificador que vivimos en los últimos años. Ya estamos por fin en marcha y ahora corresponde que todos aporten, sin retaceos y sin tregua, su esfuerzo creador a la realización común de los fines nacionales.

Apelo al patriotismo de todos y cada uno de los argentinos, desde los que están aquí, en este recinto, hasta los que me escuchan en los

más distantes rincones de la patria y los que la sirven fuera de sus fronteras, para que se incorporen con fervor y decisión a esta conquista del futuro.

Invocando la protección de Dios para vuestras deliberaciones, declaro abierto el período ordinario de sesiones del Honorable Congreso de la Nación.

